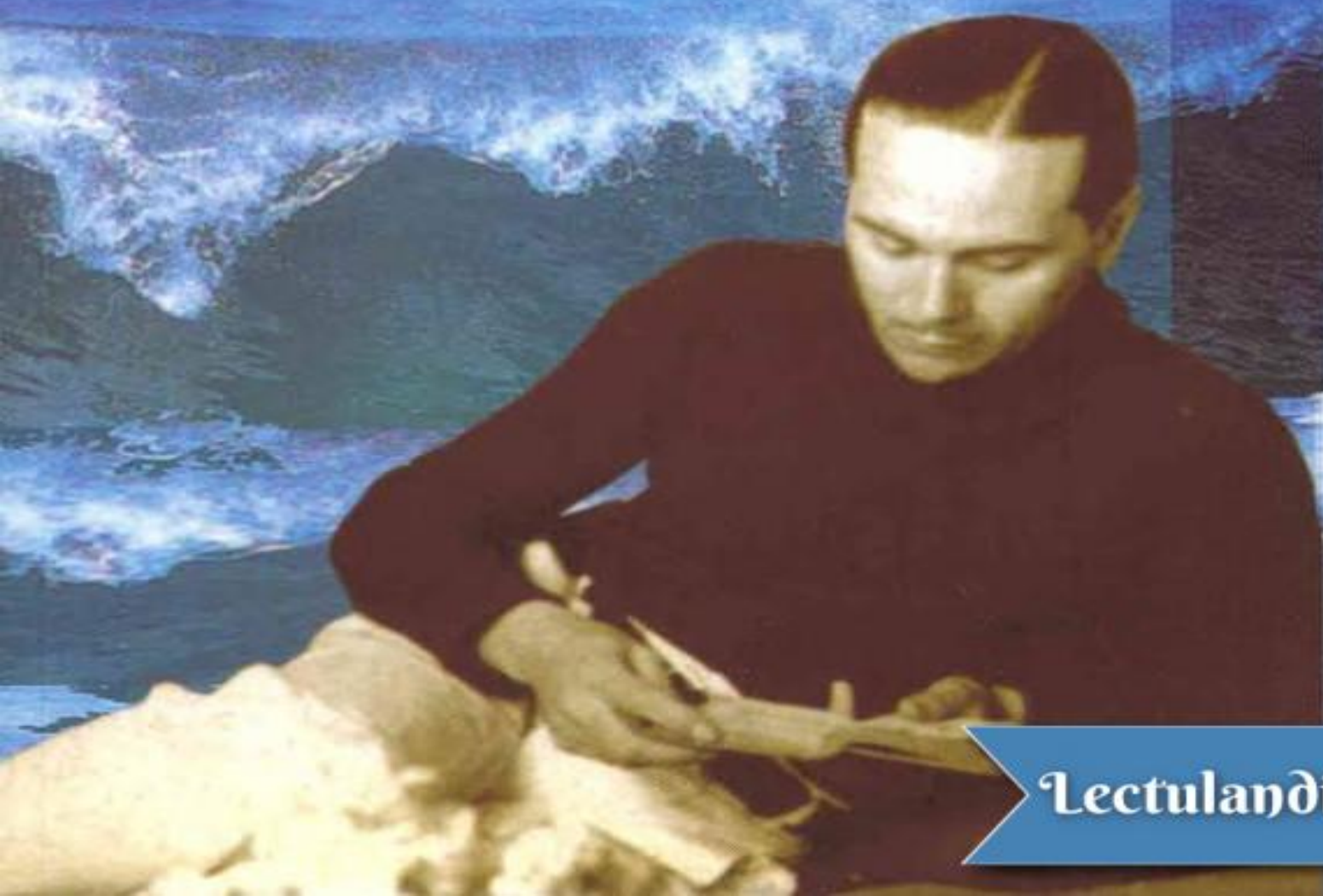


Luis Cernuda

La Realidad y el Deseo (1924-1962)

ae



Lectulandia

Punto de referencia inexcusable en el panorama de nuestra moderna literatura, *La Realidad y el Deseo* resume la obra poética de Luis Cernuda en un libro que ha ejercido una gran influencia en las siguientes generaciones de poetas. Publicado por primera vez en 1936, recogía en aquella edición los poemas escritos hasta el momento por el autor. Con el paso de los años, y a través de sucesivas ediciones, Cernuda fue incorporando al volumen tanto poemas inéditos como libros sucesivos publicados por separado.

La Realidad y el Deseo, según describió Octavio Paz, «podría dividirse en cuatro partes: la adolescencia, los años de aprendizaje, en los que nos sorprende por su exquisita maestría; la juventud, el gran momento en que descubre la pasión y se descubre a sí mismo, período al que debemos sus blasfemias más hermosas y sus mejores poemas de amor —amor al amor—; la madurez, que se inicia como una contemplación de los poderes terrestres y termina en una meditación sobre las obras humanas, y el final, ya en el límite de la vejez, la mirada más precisa y reflexiva, la voz más real y amarga».

Este volumen incluye *Historial de un libro* en el que Cernuda describe las experiencias que contribuyeron a su creación poética, aportación de inestimable valor para la cabal comprensión de su obra.

Lectulandia

Luis Cernuda

La Realidad y el Deseo
(1924-1962)

ePub r1.0

Titivillus 16.09.16

Título original: *La Realidad y el Deseo*
Luis Cernuda, 1964

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota editorial

La presente edición contiene el texto íntegro de *La Realidad y el Deseo* en su versión definitiva. Reproduce los textos de las últimas ediciones que fueron personalmente cuidadas por Luis Cernuda: *La Realidad y el Deseo*, 3.^a edición corregida y aumentada, México, F. C. E., 1958 (para las diez primeras Secciones), y *Desolación de la Quimera*, México, Joaquín Mortiz, 1962 (que constituye la última Sección del Libro). Como complemento, de interés para el lector de *La Realidad y el Deseo*, se incluye el ensayo «Historial de un libro», de 1958, completo —restaurados los cortes que sufrió en su día— según el texto establecido por Derek Harris y Luis Maristany en Luis Cernuda, *Prosa Completa*, Barcelona, Barral, 1975.

A mon seul Désir

I

PRIMERAS POESÍAS

[1924 – 1927]

Va la brisa reciente
Por el espacio esbelta,
Y en las hojas cantando
Abre una primavera.

Sobre el límpido abismo
Del cielo se divisan,
Como dichas primeras,
Primeras golondrinas.

Tan solo un árbol turba
La distancia que duerme,
Tal el fervor alerta
La indolencia presente.

Verdes están las hojas,
El crepúsculo huye,
Anegándose en sombra
Las fugitivas luces.
En su paz la ventana
Restituye a diario
Las estrellas, el aire
Y el que estaba soñando.

II

Urbano y dulce revuelo
Suscitando fresca brisa
Para sazón de sonrisa
Que agosta el ardor del suelo;
Pues si aquél mudo señuelo
Es caña y papel, pasivo
Al curvo desmayo estivo,
Aún queda, brusca delicia,
La que abre tu caricia,
Oh ventilador cautivo.

III

Desengaño indolente
Y una calma vacía,
Como flor en la sombra,
El sueño fiel nos brinda.

Los sentidos tan jóvenes
Frente a un mundo se abren
Sin goces ni sonrisas,
Que no amanece nadie.

El afán, entre muros
Debatiéndose aislado,
Sin ayer ni mañana
Yace en un limbo extático.

La almohada no abre
Los espacios risueños;
Dice sólo, voz triste,
Que alientan allá lejos.

El tiempo en las estrellas.
Desterrada la historia.
El cuerpo se adormece
Aguardando su aurora.

IV

Morir cotidiano, undoso
Entre sábanas de espuma;
Almohada, alas de pluma
De los hombros en reposo.
Un abismo deleitoso
Cede; lo incierto presente
A quien con el cuerpo ausente
En contraluces pasea.
Al blando lecho rodea
Ébano en sombra luciente.

V

Ninguna nube inútil,
Ni la fuga de un pájaro,
Estremece tu ardiente
Resplandor azulado.

Así sobre la tierra
Cantas y ríes, cielo,
Como un impetuoso
Y sagrado aleteo.

Desbordando en el aire
Tantas luces altivas
Aclaras felizmente
Nuestra nada divina.

Y el acorde total
Da al universo calma.
Árboles a la orilla
Soñolienta del agua...

Sobre la tierra estoy;
Déjame estar. Sonrío
A todo el orbe; extraño
No le soy porque vivo.

VI

¿Dónde huir? Tibio vacío,
Ingrávida somnolencia
Retiene aquí mi presencia,
Toda moroso albedrío,

En este salón tan frío,
Reino del tiempo tirano.

¿De qué nos sirvió el verano,
Oh ruiseñor en la nieve,
Si sólo un orbe tan breve
Ciñe al soñador en vano?

VII

Existo, bien lo sé,
Porque le transparenta
El mundo a mis sentidos
Su amorosa presencia.

Mas no quiero estos muros,
Aire infiel a sí mismo,
Ni esas ramas que cantan
En el aire dormido.

Quiero como horizonte
Para mi muda gloria
Tus brazos, que ciñendo
Mi vida la deshojan.

Vivo un solo deseo,
Un afán claro, unánime;
Afán de amor y olvido.
Yo no sé si alguien cae.

Soy memoria de hombre;

Luego nada. Divinas
La sombra y la luz siguen
Con la tierra que gira.

VIII

Vidrio de agua en mano del hastío;
Ya retornan las nubes en bandadas
Por el cielo, con luces embozadas
Huyendo al asfaltado en desvarío.

Y la fuga hacia dentro. Ciñe el frío,
Lento reptil, sus furias congeladas;
La soledad tras las puertas cerradas
Abre la luz sobre el papel vacío.

Las palabras que velan el secreto
Placer, y el labio virgen no lo sabe;
De sueño embelesado e indolente

Entre sus propias nieblas va sujeto,
Negándose a morir. Y sólo cabe
La belleza fugaz bajo la frente.

IX

El fresco verano llena
Andaluzas soledades;
No acercarán amistades
La tierna imagen ajena.
Visos y dejos de pena
El agua me robaría;
Que la desdicha sonría
Hasta que el viento la lleve...
Y en un molino de nieve
Levanto una nevería.

X

El amor mueve al mundo,
Que descansa perdido
A la mirada. Y está
Ternura sin servicio...

Ya las luces emprenden
El cotidiano éxodo
Por las calles, dejando
Su espacio solo y quieto.

Y el ángel aparece;
En un portal se oculta.
Un soneto buscaba
Perdido entre sus plumas.

La palabra esperada
Ilumina los ámbitos;
Un nuevo amor resurge

Al sentido postrado.

Olvidados los sueños
Los aires se los llevan.
Reposo. Convertida
La ternura se deja.

XI

Es la atmósfera ceñida;
Solo centellea un astro
Vertiendo luz de alabastro

Con pantalla adormecida.
La música, que aterida
En el papel hizo nido,
Alisando su sonido,
Tiende el vuelo del atril
A la rama de marfil
Por la cámara en olvido.

XII

Eras, instante, tan claro...
Perdidamente te alejas,
Dejando erguido el deseo

Con sus vagas ansias tercas.

Siento huir bajo el otoño
Pálidas aguas sin fuerza,
Mientras se olvidan los árboles
De las hojas que desertan.

La llama tuerce su hastío,
Sola su viva presencia,
Y la lámpara ya duerme
Sobre mis ojos en vela.

Cuán lejano todo. Muertas
Las rosas que ayer abrieran,
Aunque aliente su secreto
Por las verdes alamedas.

Bajo tormentas la playa
Será soledad de arena
Donde el amor yazca en sueños.
La tierra y el mar lo esperan,

XIII

Se goza en sueño encantado,
Tras espacio infranqueable,
Su belleza irreparable
El Narciso enamorado.
Ya diamante azogado
O agua helada, se desata
Y humanas rosas dilata

En inmóvil paroxismo,
Dejando sólo en su abismo
Fugaz memoria de plata.

XIV

Ingrávido presente.
Las ramas abren trémulas.
Cándidamente escapan
Estas horas sin fuerza.

En la playa remota
El mar no visto canta;
Sobre su verde espuma
Huye el aire en volandas.

Van sus vírgenes fuerzas
Deponiendo la tarde.
La esperanza se duerme
Entre el verdor unánime.

Olvidarán mis días
Su abanico de humo
Y un ángel lo abrirá
Una noche ya mustio.

Una noche que finja
Lo distante inmediato.
Y bajará la luna
A posarse ¿en qué mano?

XV

La luz dudosa despierta,
Pero la noche no está;
Hacia las estrellas va,
Sobre el horizonte alerta.
El aire tierno concierta
Con esta cándida hora.
¿Qué labio forma sonora
Dio a esa risa? La ventana
Traza su verde persiana
En la enramada a la aurora.

XVI

La noche a la ventana.
Ya la luz se ha dormido.
Guardada está la dicha
En el aire vacío,

Levanta entre las hojas,
Tú, mi aurora futura;
No dejes que me anegue
El sueño entre sus plumas.

Pero escapa el deseo
Por la noche entreabierta,
Y en límpido reposo
El cuerpo se contempla.

Acreciente la noche
Sus sombras y su calma,
Que a su rosal la rosa
Volverá la mañana.

Y una vaga promesa
Acunando va el cuerpo.
En vano dichas busca
Por el aire el deseo.

XVII

No es el aire puntual
El que tiende esa sonrisa,
En donde la luz se irisa
Tornasol, sino el cristal;
Que de tan puro, imparcial,
Su materia transparente

Hurta a los ojos, ausente
Con imposible confín,
Porque su presencia en fin
Tan solo el labio la siente.

XVIII

Los muros nada más.
Yace la vida inerte,
Sin vida, sin ruido,
Sin palabras crueles.

La luz lívida escapa
Y el cristal ya se afirma
Contra la noche incierta,
De arrebatadas lluvias.

Alzada resucita
Tal otra vez la casa;
Los tiempos son idénticos,
Distintas las miradas.

¿He cerrado la puerta?
El olvido me abre
Sus desnudas estancias
Grisas, blancas, sin aire.

Pero nadie suspira.
Un llanto entre las manos
Sólo. Silencio; nada.
La oscuridad temblando.

XIX

La desierta belleza sin oriente
A la prisión nocturna ciñe un cielo;
De su seno mortal levanta el suelo
El puro hastío que la llama siente.

Un ídolo corona negra frente
Sobre voraz sonrisa. ¿Cuál anhelo
Al ébano del vientre tendió el vuelo
Y en su nido se duerme blandamente?

Soledad sin amor ni claro día,
La indolencia del ánimo se adueña,
Postrada y fiel huye la edad mudable.

Hurta el primer placer su melodía,
Y el tiempo mira un cuerpo que se sueña
En el cristal fingido irreparable.

XX

Los árboles al poniente
Dan sombra a mi corazón.
¿Las hojas son verdes? Son
De oro fresco y transparente.
Buscando se irá el presente,
De rosas hechos y de penas.
Y yo me iré. Las arenas
Han de cubrirme algún hoy.
Canción mía, ¿que te doy,
Si alma y vida son ajena?

XXI

Va la sombra invasora
Despojando el espacio
Y la luz fugitiva
Huye a un mundo lejano.

Surge viva la lámpara
En la noche desierta,
Defendiendo el recinto
Con sus fuerzas ligeras.

Sólo el azul relámpago,
Que vierte la ventana
Hacia fuera, en el tiempo
Misterioso resbala.

Cuán vanamente atónita
Resucita de nuevo
La soledad. ¿Soñar?

Soñaremos que sueño.

Es la paz necesaria.
No se sabe; se olvida.
Otra noche acunando
Esta dicha vacía.

XXII

En soledad. No se siente

El mundo, que un muro sella;
La lámpara abre su huella
Sobre el diván indolente.
Acogida está la frente
Al regazo del hastío.
¿Qué ausencia, qué desvarío
A la belleza hizo ajena?
Tu juventud nula, en pena
De un blanco papel vacío.

XXIII

Escondido en los muros
Este jardín me brinda
Sus ramas y sus aguas
De secreta delicia.

Qué silencio. ¿Es así
El mundo? Cruza el cielo
Desfilando paisajes,
Risueño hacia lo lejos.

Tierra indolente. En vano
Resplandece el destino.
Junto a las aguas quietas
Sueño y pienso que vivo.

Mas el tiempo ya tasa
El poder de esta hora;
Madura su medida
Escapa entre sus rosas.

Y el aire fresco vuelve
Con la noche cercana,
Su tersura olvidando
Las ramas y las aguas.

II

ÉGLOGA, ELEGÍA, ODA

[1927 - 1928]

HOMENAJE

Ni mirto ni laurel. Fatal extiende
Su frontera insaciable el vasto muro
Por la tiniebla fúnebre. En lo oscuro
Todo vibrante un claro son asciende.

Cálida voz extinta, sin la pluma
Que opacamente blanca la vestía,
Ráfagas de su antigua melodía
Levanta arrebatada entre la bruma.

Es un rumor celándose suave;
Tras una gloria triste, quiere, anhela.
Con su acento armonioso se desvela
Ese silencio sólido tan grave.

El tiempo, duramente acumulando
Olvido hacia el cantor, no lo aniquila;
Su voz más joven vive, late, oscila
Con un dejo inmortal que va cantando.

Mas el vuelo mortal tan dulce, ¿adónde
Perdidamente huyó? Deshecho brío,
El mármol absoluto en un sombrío
Reposo melancólico lo esconde.

Qué paz estéril, solitaria, llena
Aquel vivir pasado, en lontananza,
Aunque trabajo bello, con pujanza

Surta una celestial, sonora vena.

Toda nítida, sí, vivaz perdura,
Azulada en su grito transparente.
Pero un eco es tan solo; ya no siente
Quien le infundió tan lúcida hermosura.

ÉGLOGA

Tal alta, sí, tan alta
En revuelo sin brío,
La rama el cielo prometido anhela,
Que ni la luz asalta
Este espacio sombrío
Ni su divina soledad desvela.
Hasta el pájaro ceta
Al absorto reposo
Su delgada armonía.
¿Qué trino colmaría,
En irisado rizo prodigioso
Aguzándose lento,
Como el silencio solo y sin acento?

Sólo la rosa asume
Una presencia pura
Irguiéndose en la rama tan altiva,
O equívoca se sume
Entre la fronda oscura,
Adolescente, esbelta, fugitiva.
Y la rama no esquiva

La gloria que la viste
Aunque el peso la enoja;
Ninguna flor deshoja,
Sino ligera, lánguida resiste,
Con airoso desmayo,
Los dones que la brinda el nuevo mayo.

Si la brisa estremece
En una misma onda
El abandono de los tallos finos,
Ágil tropel parece
Tanta rosa en la fronda
De cuerpos fabulosos y divinos;
Rosados torbellinos
De ninfas verdaderas
En fuga hacia el bosque...
Aún trémulo el ramaje,
Entre sus vueltas luce, prisioneras
De resistente trama,
Las que impidió volar con tanta rama.

Entre las rosas yace
El agua tan serena,
Gozándose a sí misma su hermosura;
Ningún reflejo nace
Tras de la onda plena,
Fría, cruel, inmóvil de tersura.
Jamás esta clausura
Su elemento desata;
Sólo copia del cielo
Algún rumbo, algún vuelo
Que vibrando no burla tan ingrata
Plenitud sin porfía.
Nula felicidad: monotonía.

Se sostiene el presente,
Olvidado en su sueño,
Con un ágil escorzo distendido.
Delicia. Dulcemente,
Sin deseo ni empeño,
El instante indeciso está dormido.
¿Y ese son atrevido
Que desdobra lejano
Alguna flauta impura?
Con su lluvia tan dura
Ásperamente riega y torna cano
Al aire de esta umbría
Esa indecisa, vana melodía.

Pero no. De algún eco
Es riqueza mentida
Ese vapor sonoro; fría vena
Que en un confuso hueco
Sus hielos liquida
Y a la fronda tan muda así la llena.
Esta música ajena
En su masa no yace;
El eco, con su ala,
Del labio que la exhala,
Adonde clara, puramente nace,
Hurtándola la cede
Al aire que tan vano le sucede.

Idílico paraje
De dulzor tan primero,
Nativamente digno de los dioses.
Mas, ¿qué frío celaje
Se levanta ligero,
En cenicientas ráfagas veloces?

Unas secretas voces
Este júbilo ofenden
Desde gris lontananza;
Con estéril pujanza
Otras pasadas primaveras tienden,
Hasta la que hoy respira,
Una tierna fragancia que suspira.

Y la dicha se esconde;
Su presencia rehuye
La plenitud total ya prometida.
Infiel de nuevo, ¿adónde
Turbadamente huye,
Impaciente, entrevista, no rendida?
Está otra vez dormida,
En promesa probable
De inminente futuro.
Y deja yerto, oscuro,
Este florido ámbito mudable,
A quien la luz asiste
Con un dejo pretérito tan triste.

Sobre el agua benigna,
Melancólico espejo
De congeladas, pálidas espumas,
El crepúsculo asigna
Un sombrío reflejo
En donde anega sus inertes plumas.
Cuánto acercan las brumas
El infecundo hastío;
Tanta dulce presencia
Aún próxima, es ausencia
En este instante plácido y vacío,
Cuando, elevado monte,

La sombra va negando el horizonte.

Silencio. Ya decrecen
Las luces que lucían.
Ni la brisa ni el viento al aire oscuro
Vanamente estremecen
Con los giros que abrían
Ondas tan indolentes de azul puro.
¿Y qué invisible muro
Su frontera más triste
Gravemente levanta?
El cielo ya no canta,
Ni su celeste eternidad asiste
A la luz y a las rosas,
Sino el horror nocturno de las cosas.

ELEGÍA

Este lugar, hostil a los oscuros
Avances de la noche vencedora,
Ignorado respira ante la aurora,
Sordamente feliz entre sus muros.

Pereza, noche, amor, la estancia quieta
Bajo una débil claridad ofrece.
El esplendor sus llamas adormece
En la lánguida atmósfera secreta.

Y la pálida lámpara vislumbra
Rosas, venas de azul, grito ligero
De un contorno desnudo, prisionero

Tenuemente abolido en la penumbra.

Rosas tiernas, amables a la mano
Que un dulce afán impulsa estremecida,
Venas de ardiente azul; toda una vida
Al insensible sueño vuelta en vano.

¿Vive o es una sombra, mármol frío
En reposo inmortal, pura presencia
Ofreciendo su estéril indolencia
Con un claro, cruel escalofrío?
Al indeciso soplo lento oscila
El bulto langoroso; se estremece
Y del seno la onda oculta crece
Al labio donde nace y se aniquila.

Equívoca delicia. Esa hermosura
No rinde su abandono a ningún dueño;
Camina desdeñosa por su sueño,
Pisando una falaz ribera oscura.

Del obstinado amante fugitiva,
Rompe los delicados, blandos lazos.
A la mortal caricia, entre los brazos,
¿Qué pureza tan súbita la esquivo?
Soledad amorosa. Ocioso yace
El cuerpo juvenil perfecto y leve.
Melancólica pausa. En triste nieve
El ardor soberano se deshace.

¿Y que esperar, amor? Sólo un hastío,
El amargor profundo, los despojos.
Llorando vanamente ven los ojos
Ese entreabierto lecho torpe y frío.

Tibio blancor, jardín fugaz, ardiente,
Donde el eterno fruto se tendía
Y el labio alegre, dócil lo mordía
En un vasto sopor indiferente.

De aquel sueño orgulloso en su fecundo,
Esplendido poder, una lejana
Forma dormida queda, ausente y vana
Entre la sorda soledad del mundo.

Esta insaciable, ávida amargura,
Flecha contra la gloria del amante,
¿Enturbia ese sereno diamante
De la angélica noche inmóvil, pura?

Mas no. De un nuevo albor el rumbo lento
Transparenta tan leve luz dudosa.
El pájaro en su rama melodiosa
Alisando está el ala, el dulce acento.

Ya con rumor suave la belleza
Esperada del mundo otra vez nace,
Y su onda monótona deshace
Este remoto dejo de tristeza.

ODA

La tristeza sucumbe, nube impura
Alejando su vuelo con sombrío
Resplandor indolente, languidece

Perdiéndose a lo lejos, leve, oscura.
El furor implacable del estío
Toda la vida espléndida estremece
Y profunda la ofrece
Con sus felices horas,
Sus soles, sus auroras,
Delirante, azulado torbellino.
Desde la luz, el más puro camino,
Con el fulgor que pisa compitiendo
Vivo, bello y divino,
Un joven dios avanza sonriendo.

¿A qué cielo natal, ajeno ausente
Le niega esa inmortal presencia esquiva,
Ese contorno tibiamente pleno?
De mármol animado quiere, y siente;
Inmóvil pero trémulo se aviva
Al soplo de un purpúreo anhelar lleno.
El dibujo sereno
Del desnudo tan puro
En un reflejo duro
Copia la luz que mira su reposo.
Y levantando el bulto prodigioso
Desde el sueño remoto donde yace,
Destino poderoso,
A la fuerza suprema firme nace.

Pero ¿es un dios? El ademán parece
Romper de su actitud la pura calma
Con un gesto de muda melodía
Que luego suspendido no perece;
Silencioso más vívido, con alma,
Mantiene sucesiva su armonía
El dios que traslucía

Ahora olvidado yace;
Eco suyo renace
El hombre que ninguna nube cela.
La hermosura diáfana no vela
Ya la atracción humana ante el sentido;
Y su forma revela
Un mundo eternamente presentido.

Qué prodigiosa forma palpitante,
Cuerpo perfecto en el vigor primero,
En su plena belleza tan humano.
Alzando su contorno triunfante
Sólido sí, mas ágil y ligero,
Abre la vida inmensa ante su mano.
Todo el horror en vano
A esa firmeza entera
Con sus sombras quisiera
Derribar de tan fúlgida armonía.
Pero acero obstinado, sólo fía
En sí mismo ese orgullo tan altivo;
Claramente se guía
Con potencia admirable, libre y vivo.

Cuando la fuerza bella, la destreza
Despliega en la amorosa empresa ingrata
El cuerpo; cuando trémulo suspira;
Cuando en la sangre, oculta fortaleza,
El amor desbocado se desata,
El labio con afán ávido aspira
La gracia que respira
Una forma indolente;
Bajo su brazo siente
Otro cuerpo de lánguida blancura
Distendido, ofreciendo su ternura,

Como cisne mortal entre el sombrío
Verdor de la espesura,
Que ama, canta y sucumbe en desvarío.

Mas los tristes cuidados amorosos
Que tercamente la pasión reclama
De quien la vida entre sus manos deja,
El tierno lamentar, los enojosos
Hastíos escondidos del que ama
Y tantas lentas lágrimas de queja,
El azar firme aleja
De este cuerpo sereno;
A su vigor tan pleno
La libertad conviene solamente,
No el cuidado vehemente
De las terribles y fugaces glorias
Que el amor más ardiente
Halla en fin tras sus débiles victorias.
Así en su labio enamorada nace
Un ala luminosa dilatando
Por el viril semblante la alegría.
Y la antigua tristeza ya deshace,
Desde el candor primero gravitando,
La amargura secreta que nutría.
El cuerpo sólo fía
En su bella destreza,
En su divina fuerza
Que por los tensos músculos remueve.
Y a la orilla cercana, al agua leve,
La forma tras la extraña imagen salta;
Relámpago de nieve
Bajo la luz difusa de tan alta.

Sonriente, dormida bajo el cielo,

Soñaba el agua mientras fluye lenta,
Idéntica a sí misma y fugitiva.
Mas en tumulto alzándose, en revuelo
De rota espuma, al nadador ostenta
Ingrávido en su fuga a la deriva.
Y la forma se aviva
Con reflejos de plata;
Ata el río y desata,
En transparente lazo mal seguro,
Aquel rumbo veloz entre su oscuro
Anhelar ya resuelto en diamante.
La luz, esplendor puro,
Cálida envuelve al cuerpo como amante,

Un frescor sosegado se levanta
Hacia las hojas desde el verde río
Y en invisible vuelo se diluye.
La sombra misteriosa ya suplanta
Entre el bosque ávido y sombrío
A la luz tan diáfana que huye.
Y la corriente fluye
Con un rumor sereno;
Todo el cielo está lleno
Del trinar que algún pájaro desvela.
El bello cuerpo en pie, desnudo cela,
Bajo la rama espesa, entretejida
Como difícil tela,
Su cegadora nieve estremecida.

Oh nuevo dios. Su deslumbrante brío
El crepúsculo vuelve vagoroso
En perezosa gracia seductora.
Todo el fúlgido encanto del estío
El fatigado bosque rumoroso

Con reposo vacío lo evapora.
Vana y feliz la hora
Al sopor indolente
Se abandona; no siente
La silenciosa y lánguida hermosura.
Por la centelleante trama oscura
Huye el cuerpo feliz casi en un vuelo,
Dejando la espesura
Por la delicia púrpura del cielo.

III

UN RIO, UN AMOR

[1929]

REMORDIMIENTO EN TRAJE DE NOCHE

Un hombre gris avanza por la calle de niebla;
No lo sospecha nadie. Es un cuerpo vacío;
Vacío como pampa, como mar, como viento
Desiertos tan amargos bajo un cielo implacable.

Es el tiempo pasado, y sus alas ahora
Entre la sombra encuentran una pálida fuerza;
Es el remordimiento, que de noche, dudando,
En secreto aproxima su sombra descuidada.

No estrechéis esa mano. La yedra altivamente
Ascenderá cubriendo los troncos del invierno.
Invisible en la calma el hombre gris camina.
¿No sentís a los muertos? Mas la tierra está sorda.

QUISIERA ESTAR SOLO EN EL SUR

Quizá mis lentos ojos no verán más el sur
De ligeros paisajes dormidos en el aire,
Con cuerpos a la sombra de ramas como flores
O huyendo en un galope de caballos furiosos.

El sur es un desierto que llora mientras canta,

Y esa voz no se extingue como pájaro muerto;
Hacia el mar encamina sus deseos amargos
Abriendo un eco débil que vive lentamente.

En el sur tan distante quiero estar confundido.
La lluvia allí no es más que una rosa entreabierta;
Su niebla misma ríe, risa blanca en el viento.
Su oscuridad, su luz son bellezas iguales.

SOMBRAS BLANCAS

Sombras frágiles, blancas, dormidas en la playa,
Dormidas en su amor, en su flor de universo,
El ardiente color de la vida ignorando
Sobre un lecho de arena y azar abolido.

Libremente los besos desde sus labios caen
En el mar indomable como perlas inútiles;
Perlas grises o acaso cenicientas estrellas
Ascendiendo hacia el cielo con luz desvanecida.

Bajo la noche el mundo silencioso naufraga;
Bajo la noche rostros fijos, muertos, se pierden.
Sólo esas sombras blancas, oh blancas, sí, tan blancas.
La luz también da sombras, pero sombras azules.

CUERPO EN PENA

Lentamente el ahogado recorre sus dominios
Donde el silencio quita su apariencia a la vida.
Transparentes llanuras inmóviles le ofrecen
Árboles sin colores y pájaros callados.

Las sombras indecisas alargándose tiemblan,
Mas el viento no mueve sus alas irisadas;
Si el ahogado sacude sus lívidos recuerdos
Halla un golpe de luz, la memoria del aire.

Un vidrio denso tiembla delante de las cosas,
Un vidrio que despierta formas color de olvido;
Olvidos de tristeza, de un amor, de la vida,
Ahogados como un cuerpo sin luz, sin aire, muerto.

Delicados, con prisa, se insinúan apenas
Vagos revuelos grises, encendiendo en el agua
Reflejos de metal o aceros relucientes,
Y su rumbo acuchilla las simétricas olas.

Flores de luz tranquila despiertan a lo lejos,
Flores de luz quizá, o miradas tan bellas
Como pudo el ahogado soñarlas una noche,
Sin amor ni dolor, en su tumba infinita.

A su fulgor el agua reducida se aquieta,
Azulada sonrisa asomando en sus ondas.
Sonrisas, oh miradas alegres de los labios;
Miradas, oh sonrisas de la luz triunfante.

Desdobra sus espejos la prisión delicada;
Claridad sinuosa, errantes perspectivas.
Perspectivas que rompe con su dolor ya muerto.

Ese pálido rostro que solemne aparece.

Su insomnio maquinal el ahogado pasea.
El silencio impasible sonríe en sus oídos.
Inestable vacío sin alba ni crepúsculo,
Monótona tristeza, emoción en ruinas.

En plena mar al fin, sin rumbo a toda vela;
Hacia lo lejos, más, hacia la flor sin nombre.
Atravesar ligero como pájaro herido
Ese cristal confuso, esas luces extrañas.

Pálido entre las ondas cada vez más opacas
El ahogado ligero se pierde ciegamente
En el fondo nocturno como un astro apagado.
Hacia lo lejos, sí, hacia el aire sin nombre.

DESTIERRO

Ante las puertas bien cerradas,
Sobre un río de olvido, va la canción antigua.

Una luz lejos piensa
Como a través de un cielo.
Todos acaso duermen
Mientras él lleva su destino a solas.

Fatiga de estar vivo, de estar muerto,
Con frío en vez de sangre,
Con frío que sonríe insinuando
Por las aceras apagadas.

Le abandona la noche y la aurora lo encuentra,
Tras sus huellas la sombra tenazmente.

NEVADA

En el Estado de Nevada
Los caminos de hierro tienen nombres de pájaro,
Son de nieve los campos
Y de nieve las horas.

Las noches transparentes
Abren luces soñadas
Sobre las aguas o tejados puros
Constelados de fiesta.

Las lágrimas sonríen,
La tristeza es de alas,
Y las alas, sabemos,
Dan amor inconstante.
Los árboles abrazan árboles,
Una canción besa otra canción;
Por los caminos de hierro
Pasa el dolor y la alegría.

Siempre hay nieve dormida
Sobre otra nieve, allá en Nevada.

COMO EL VIENTO

Como el viento a lo largo de la noche,
Amor en pena o cuerpo solitario,
Toca en vano a los vidrios,
Sollozando abandona las esquinas;

O como a veces marcha en la tormenta,
Gritando locamente
Con angustia de insomnio,
Mientras gira la lluvia delicada;

Sí, como el viento a que una alba le revela
Su tristeza errabunda por la tierra,
Su tristeza sin llanto,
Su fuga sin objeto;

Como él mismo extranjero,
Como el viento huyo lejos.
Y sin embargo viene como luz.

DECIDME ANOCHE

La presencia del frío junto al miedo invisible
Hiela a gotas oscuras la sangre entre la niebla,
Entre la niebla viva, hacia la niebla vaga
Por un espacio ciego de rígidas espinas.

Con vida misteriosa quizá los hombres duermen
Mientras desiertos blancos representan el mundo;

Espacios tan pequeños como tímida mano,
Silenciosos, vacíos bajos una luz sin vida.

Sí, la tierra está sola, bien sola con sus muertos,
Al acecho quizá de inerte transeúnte
Que sin gestos arrostre su látigo nocturno;
Mas ningún cuerpo viene ciegamente soñando.

El dolor también busca errante entre la noche,
Tras la sombra fugaz de algún gozo indefenso;
Y sus pálidos pasos callados se entrelazan,
Incesante fantasma con mirada de hastío.

Fantasma que desfila prisionero de nadie,
Falto de voz, de manos, apariencia, sin vida,
Como llanto impotente por las ramas ahogado
O repentina fuga estrellada en un muro.

Sí, la tierra está sola; a solas canta, habla
Con una voz tan débil que no la alcanza el cielo;
Canta risas o plumas atravesando espacio
Bajo un sol calcinante reflejado en la arena.

Es íntima esa voz, sólo para ella misma;
Al exterior la sombra presta asilo inseguro.
Un grito acaso pasa disfrazado con luces,
Luchando vanamente contra el miedo y el frío.

¿Dónde palpita el hielo? Dentro, aquí, entre la vida,
En un centro perdido de apagados recuerdos,
De huesos ateridos en donde silba el aire
Con un rumor de hojas que se van una a una.

Sus plumas moribundas van extendiendo la niebla
Para dormir en tierra un ensueño harapiento,

Ensueño de amenazas erizado de nieve.
Olvidado en el suelo, amor menospreciado.

Se detiene la sangre por los miembros de piedra
Como al coral sombrío fija el mar enemigo,
Como coral helado en el cuerpo deshecho,
En la noche sin luz, en el ciclo sin nadie.

OSCURIDAD COMPLETA

No sé por qué, si la luz entra,
Los hombres andan bien dormidos,

Recogiendo la vida su apariencia
Joven de nuevo, bella entre sonrisas,
No sé por qué he de cantar
O verter de mis labios vagamente palabras;
Palabras de mis ojos,
Palabras de mis sueños perdidos en la nieve.

De mis sueños copiando los colores de nubes,
De mis sueños copiando nubes sobre la pampa.

HABITACIÓN DE AL LADO

A través de una noche en pleno día

Vagamente he conocido a la muerte.
No la acompaña ningún lebre;
Vive entre los estanques disecados,
Fantasmas grises de piedra nebulosa.

¿Por qué soñando al deslizarse con miedo,
Ese miedo imprevisto estremece al durmiente?
Mirad vencido olvido y miedo a tantas sombras blancas
Por las pálidas dunas de la vida,
No redonda ni azul, sino lunática,
Con sus blancas lagunas, con sus bosques
En donde el cazador si quiere da caza al terciopelo.
Pero ningún lebre acompaña a la muerte.
Ella con gran amor sólo ama los pájaros,
Pájaros siempre mudos, como lo es el secreto,
Con sus grandes colores formando un torbellino
En torno a la mirada fijamente metálica.

Y los durmientes desfilan como nubes
Por un cielo engañoso donde chocan las manos,
Las manos aburridas que cazan terciopelos o nubes
descuidadas.

Sin vida está viviendo solo profundamente.

ESTOY CANSADO

Estar cansado tiene plumas,
Tiene plumas graciosas como un loro,
Plumas que desde luego nunca vuelan,
Mas balbucean igual que loro.

Estoy cansado de las casas
Prontamente en ruinas sin un gesto,
Estoy cansado de las cosas
Con un latir de seda vueltas luego de espaldas.

Estoy cansado de estar vivo,
Aunque más cansado sería el estar muerto;
Estoy cansado del estar cansado
Entre plumas ligeras sagazmente,
Plumas del loro aquel tan familiar o triste,
El loro aquel del siempre estar cansado.

EL CASO DEL PAJARO ASESINADO

Nunca sabremos, nunca,
Por qué razón un día
Esas luces temblaron levemente;
Fue una llorosa espuma,
Una brisa más grande, nada acaso.
Sólo las olas saben.

Por eso hoy muestran desdeñosas
Su color de miradas,
Su color ignorante todavía, aunque un recuerdo
Le cante algo, algo levemente.

Fue un pájaro quizá asesinado;
Nadie sabe. Por nadie
O por alguien quizá triste en las piedras,
En los muros del cielo.

Mas de ello hoy nada se sabe.
Sólo un temblor de luces levemente,
Un color de miradas en las olas o en la brisa;
También, acaso, un miedo.
Todo, es verdad, inseguro.

DURANGO

Las palabras quisieran expresar los guerreros
Bellos guerreros impasibles,
Con el mañana gris abrazado, tal un amante,
Sin dejarles partir hacia las olas.

Por la ventana abierta
Muestra el destino su silencio;

Sólo nubes con nubes, siempre nubes
Más allá de otras nubes semejantes,
Sin palabras, sin voces,
Sin decir, sin saber;
Ultimas soledades que no aguardan mañana.

Durango está vacío.
Al pie de tanto miedo infranqueable;
Llora consigo a solas la juventud sangrienta
De los guerreros bellos como luz, como espuma.

Por sorpresa los muros
Alguna mano dejan revolando a veces;
Sus dedos, entreabiertos

Dicen adiós a nadie,
Saben algo quizá ignorado en Durango.

En Durango postrado,
Con hambre, miedo, frío,
Pues sus bellos guerreros sólo dieron,
Raza estéril en flor, tristeza, lágrimas.

DAYTONA

Hubo un día en que el día no engañaba,
En que sus manos tristes no sostenían un cuervo
Indiferente como los labios de la lluvia,
Como el rojizo hastío.

Mas hoy es imposible
Buscar la luz entre barcas nocturnas;
Alguien cortó la piedra en flor,
Sin que pudiera el mundo,
Incendiar la tristeza.

Sólo un lugar existe, cuyos días
Nada saben de aquello,
Aunque todo allí sea mortal, el miedo, hasta las plumas;
Mas las olas abrazan
A tanta luz aún viva.

A tanta luz desbordando en la arena,
Desbordando en las nubes, desbordando en el tiempo,
Que dormita sin voz entre las ramas,
Olvidado fantasma con su collar de frío.

Mirad, como sonríe hacia el amor Daytona.

DESDICHA

Un día comprendió como sus brazos eran
Solamente de nubes;
Imposible con nubes estrechar hasta el fondo
Un cuerpo, una fortuna.

La fortuna es redonda y cuenta lentamente
Estrellas del estío;
Hacen falta unos brazos seguros como el viento,
Y como el mar un beso.

Pero él con sus labios,
Con sus labios no sabe sino decir palabras;
Palabras hacia el techo,
Palabras hacia el suelo.
Y sus brazos son nubes que transforman la vida
En aire navegable.

NO INTENTEMOS EL AMOR NUNCA

Aquella noche el mar no tuvo sueño.
Cansado de contar, siempre contar a tantas olas,
Quiso vivir hacia lo lejos,

Donde supiera alguien de su color amargo.

Con una voz insomne decía cosas vagas,
Barcos entrelazados dulcemente
En un fondo de noche,
O cuerpos siempre pálidos, con su traje de olvido
Viajando hacia nada.

Cantaba tempestades, estruendos desbocados
Bajo cielos con sombra,
Como la sombra misma,
Como la sombra siempre
Rencorosa de pájaros estrellas.

Su voz atravesando luces, lluvia, frío,
Alcanzaba ciudades elevadas a nubes,
Cielo Sereno, Colorado, Glaciar del Infierno,
Todas puras de nieve o de astros caídos
En sus manos de tierra.

Mas el mar se cansaba de esperar las ciudades.
Allí su amor tan sólo era un pretexto vago
Con sonrisa de antaño,
Ignorado de todos.

Y con sueño de nuevo se volvió lentamente
Adonde nadie
Sabe nada de nadie.
Adonde acaba el mundo.

LINTERNA ROJA

Albergue oscuro con mendigos de noche
Abrazando jirones de frío,
Mientras por los grupos inertes, igual que flor de lluvia,
Contemplan cómo pasa una sonrisa.

Poseen estos cuerpos miserables
Formas de ojos sin luz o de arena caída;
Vivir allí, canta una voz, si las manos no fallan,
Es alegre como un amor aprisionado.

Esos mendigos son los reyes sin corona
Que buscaron la dicha más allá de la vida
Que buscaron la flor Jamás abierta
Que buscaron deseos terminados en nubes.

Los cuerpos palidecen como olas,
La luz es un pretexto de la sombra,
La risa va muriendo lentamente,
Y mi vida también se va con ella.

Mas las sombras no son mendigos o coronas,
Son los años de hastío esta noche sin vida;
Y mi vida es ahora un hombre melancólico
Sin saber otra cosa que su llanto.

MARES ESCARLATA

Un gemido molusco
Parece nada de importancia;
Mas la noche un gemido son las olas
De mármol encendido,

Corolas fatigadas
O lascivas columnas.

Un gemido no es nada; son los mares
Coronados de otoño
Ante la puerta seca, como cauce
Olvidado de todos,
Su dolor contra un muro,

Un grito acaso pueda ofrecer más encantos
Con el manto escarlata,
Con el pecho escarlata.

Son los mares, los mares desbordados
Que atraviesan ciudades humeantes.

RAZÓN DE LAS LÁGRIMAS

La noche por ser triste carece de fronteras.
Su sombra, en rebelión como la espuma,
Rompe los muros débiles
Avergonzados de blancura;
Noche que no puede ser otra cosa sino noche.

Acaso los amantes acuchillan estrellas,
Acaso la aventura apague una tristeza.
Mas tú, noche, impulsada por deseos
Hasta la palidez del agua,
Aguardas siempre en pie quién sabe a cuáles ruseñores.

Más allá se estremecen los abismos

Poblados de serpientes entre pluma,
Cabecera de enfermos
No mirando otra cosa que la noche
Mientras cierran el aire entre los labios.

La noche, la noche deslumbrante
Que junto a las esquinas retuerce sus caderas,
Aguardando quién sabe,
Como yo, como todos.

TODO ESTO POR AMOR

Derriban gigantes de los bosques para hacer un durmiente,
Derriban los instintos como flores,
Deseos como estrellas
Para hacer sólo un hombre, con su estigma, de hombre.

Que derriben también imperios de una noche,
Monarquías de un beso,
No significa nada;
Que derriben los ojos, que derriben las manos como estatuas
vacías,
Acaso dice menos.

Más este amor cerrado por ver sólo su forma,
Su forma entre las brumas escarlata,
Quiere imponer la vida, como otoño ascendiendo tantas hojas
Hacia el último cielo,
Donde estrellas
Sus labios dan a otras estrellas,
Donde mis ojos, estos ojos,

Se despiertan en otros.

NO SÉ QUÉ NOMBRE DARLE EN MIS SUEÑOS

Ante mi forma encontré aquella forma
En tiempo de crepúsculo,
Cuando las desapariciones
Confunden los colores a los ojos,
Cuando el último amor
Busca el cuerpo postrero.

Una angustia sin fondo aullaba entre las piedras;
Hacia el aire, hombres sordos,
La cabeza olvidada,
Pasaban a lo lejos como libres o muertos.
Vergonzoso cortejo de fantasmas
Con las cadenas rotas colgando de las manos.

La vida puso entonces una lámpara
Sobre muros sangrientos;
El día ya cansado secaba tristemente
Las futuras auroras, remendadas
Como harapos de rey.

La lámpara eras tú,
Mis labios, mi sonrisa,
Forma que hallan mis manos en todo lo que alcanzan.

Si mis ojos se cierran es para hallarte en sueños
Detrás de la cabeza,
Detrás del mundo esclavizado,

En ese país perdido
Que un día abandonamos sin saberlo.

DUERME, MUCHACHO

La rabia de la muerte, los cuerpos torturados,
La revolución, abanico en la mano,
Impotencia del poderoso, hambre del sediento,
Duda con manos de duda y pies de duda;

La tristeza, agitando sus collares
Para alegrar un poco tantos viejos;
Todo unido entre tumbas como estrellas,
Entre lujurias como lunas;

La muerte, la pasión en los cabellos,
Dormitan tan minúsculas como un árbol,
Dormitan tan pequeñas o tan grandes
Como un árbol crecido hasta llegar al suelo.

Hoy sin embargo está también cansado.

DRAMA O PUERTA CERRADA

La juventud sin escolta de nubes,
Los muros, voluntad de tempestades,

La lámpara como abanico fuera o dentro,
Dicen con elocuencia aquello no ignorado,

Aquello que algún día débilmente
Ante la muerte misma se abandona.
Hueso aplastado por la piedra de sueños,
¿Qué hacer desprovistos de salida,
Si no es sobre puente tendido por el rayo
Para unir dos mentiras,
Mentira de vivir o mentira de carne?

Sólo sabemos esculpir biografías
En músicas hostiles,
Sólo sabemos contar afirmaciones
O negaciones, cabellera de noche,
Sólo sabemos invocar como niños el frío
Por miedo de irnos solos a la sombra del tiempo.

DEJADME SOLO

Una verdad es color de ceniza,
Otra verdad es color de planeta;
Mas todas las verdades, desde el suelo hasta el suelo,
No valen la verdad sin color de verdades,
La verdad ignorante de cómo el hombre suele encarnarse en la
nieve.

En cuanto a la mentira, basta decirle “quiero”
Para que brote entre las piedras
Su flor, que en vez de hojas luce besos,
Espinas en lugar de espinas.

La verdad, la mentira,
Como labios azules,
Una dice, otra dice;
Pero nunca pronuncian verdades o mentiras su secreto torcido,
Verdades o mentiras
Son pájaros que emigran cuando los ojos mueren.

CARNE DE MAR

Dentro de breves días será otoño en Virginia,
Cuando los cazadores, la mirada de lluvia,
Vuelven, a su tierra nativa, el árbol que no olvida,
Corderos de apariencia terrible;
Dentro de breves días será otoño en Virginia.

Sí, los cuerpos estrechamente enlazados,
Los labios en la llave más íntima,
¿Qué dirá él, hecho piel de naufragio
O dolor con la puerta cerrada,
Dolor frente a dolor,
Sin esperar amor tampoco?

El amor viene y va, mira;
El amor viene y va,
Sin dar limosna a nubes mutiladas,
Por vestidos harapos de tierra,
Y él no sabe, nunca sabrá más nada.
Ahora inútil pasar la mano sobre otoño.

VIEJA RIBERA

Tanto ha llovido desde entonces,
Entonces, cuando los dientes no eran carne, sino días
Pequeños como un río ignorante
A sus padres llamando porque siente sueño,
Tanto ha llovido desde entonces,
Que ya el paso se olvida en la cabeza.

Unos dicen que sí, otros dicen que no;
Mas sí y no son dos alas pequeñas,
Equilibrio de un cielo dentro de otro cielo,
Como un amor está dentro de otro,
Como el olvido está dentro del olvido.

Si el suplicio con ira pide fiestas
Entre las noches más viriles,
No haremos otra cosa que apuñalar la vida,
Sonreír ciegamente a la derrota,
Mientras los años, muertos como un muerto,
Abren su tumba de estrellas apagadas.

LA CANCIÓN DEL OESTE

Jinete sin cabeza,
Jinete como un niño buscando entre rastros
Llaves recién cortadas,
Víboras seductoras, desastres suntuosos,

Navíos para tierra lentamente de carne,

De carne hasta morir igual que muere un hombre.

A lo lejos

Una hoguera transforma en ceniza recuerdos,
Noches como una sola estrella,
Sangre extraviada por las venas un día,
Furia color de amor,
Amor color de olvido,
Aptos ya Solamente para triste buhardilla.

Lejos canta el oeste,
Aquel oeste que las manos antaño
Creyeron apresar como el aire a la luna;
Mas la luna es madera, las manos se liquidan
Gota a gota, idénticas a lágrimas.

Olvidemos pues todo, incluso el mismo oeste;
Olvidemos que un día las miradas de ahora
Lucirán a la noche, como tantos amantes,
Sobre el lejano oeste,
Sobre amor más lejano.

¿SON TODOS FELICES?

El honor de vivir con honor gloriosamente,
El patriotismo hacia la patria sin nombre,

El sacrificio, el deber de labios amarillos,
No valen un hierro devorando
Poco a poco algún cuerpo triste a causa de ellos mismos.

Abajo pues la virtud, el orden, la miseria;
Abajo todo, todo, excepto la derrota,
Derrota hasta los dientes, hasta ese espacio helado
De una cabeza abierta en dos a través de soledades,
Sabiendo nada más que vivir es estar a solas con la muerte.

Ni siquiera esperar ese pájaro con brazos de mujer,
Con voz de hombre oscurecida deliciosamente,
Porque un pájaro, aunque sea enamorado,
No merece aguardarle como cualquier monarca
Aguarda que las torres maduren hasta frutos podridos.

Gritemos sólo,
Gritemos a un ala enteramente
Para hundir cantos cielos,
Tocando entonces soledades con mano disecada.

NOCTURNO ENTRE LAS MUSARAÑAS

Cuerpo de piedra, cuerpo triste
Entre lanas con muros de universo,
Idéntico a las razas cuando cumplen años,
A los más inocentes edificios,
A las más pudorosas cataratas,
Blancas como la noche, en tanto la montaña
Despedaza formas enloquecidas,
Despedaza dolores como dedos,
Alegrías como uñas.

No saber donde ir, donde volver,

Buscando los vientos piadosos
Que destruyen las arrugas del mundo,
Que bendicen los deseos cortados a raíz
Antes de dar su flor,
Su flor grande como un niño,
Los labios quieren esa flor,
Cuyo puño, besado por la noche,
Abre las puertas del olvido labio a labio.

COMO LA PIEL

Ventana huérfana con cabellos habituales,
Gritos del viento,
Atroz paisaje entre cristal de roca
Prostituyendo los espejos vivos,
Flores clamando a gritos
Su inocencia anterior a obesidades.

Esas cuevas de luces venenosas
Destrozan los deseos, los durmientes;
Luces como lenguas hendidas
Penetrando en los huesos hasta hallar la carne,
Sin saber que en el fondo no hay fondo,
No hay nada, sino un grito,
Un grito, otro deseo
Sobre una trampa de adormideras crueles.

En un mundo de alambre
Donde el olvido vuela por debajo del suelo,
En un mundo de angustia,

Alcohol amarillento,
Plumas de fiebre,
Ir  subiendo a un cielo de vergüenza,
Algún día nuevamente resurgirá la flecha
Que abandona el azar
Cuando una estrella muere como otoño para olvidar su sombra.

IV

LOS PLACERES PROHIBIDOS

[1931]

DIRÉ COMO NACISTEIS

Diré cómo nacisteis, placeres prohibidos,
Como nace un deseo sobre torres de espanto,
Amenazadores barrotes, hiel descolorida,
Noche petrificada a fuerza de puños
Ante todos, incluso el más rebelde,
Apto solamente en la vida sin muros.

Corazas infranqueables, lanzas o puñales,
Todo es bueno si deforma un cuerpo;
Tu deseo es beber esas hojas lascivas
O dormir en esa agua acariciadora.
No importa;
Ya declaran tu espíritu impuro.

No importa la pureza, los dones que un destino
Levantó hacia las aves con manos imperecederas;
No importa la juventud, sueño más que hombre,
La sonrisa tan noble, playa de seda bajo la tempestad
De un régimen caído.
Placeres prohibidos, planetas terrenales,
Miembros de mármol con sabor de estío,
Jugo de esponjas abandonadas por el mar,
Flores de hierro resonantes como el pecho de un hombre.

Soledades altivas, coronas derribadas,
Libertades memorables, manto de juventudes;
Quien insulta esos frutos, tinieblas en la lengua;
Es vil como un rey, como sombra de rey

Arrastrándose a los pies de la tierra
Para conseguir un trozo de vida.

No sabía los límites impuestos,
Límites de metal o papel,
Ya que el azar le hizo abrir los ojos bajo una luz tan alta
Adonde no llegan realidades vacías,
Leyes hediondas, códigos, ratas de paisajes derruidos.

Extender entonces la mano
Es hallar una montaña que prohíbe,
Un bosque impenetrable que niega,
Un mar que traga adolescentes rebeldes.

Pero si la ira, el ultraje, el oprobio y la muerte,
Ávidos dientes sin carne todavía,
Amenazan abriendo sus torrentes,
De otro lado vosotros, placeres prohibidos,
Bronce de orgullo, blasfemia que nada precipita,
Tendéis en una mano el misterio,
Sabor que ninguna amargura corrompe,
Cielos, cielos relampagueantes que aniquilan.

Abajo, estatuas anónimas,
Sombras de sombras, miseria, preceptos de niebla;
Una chispa de aquellos placeres
Brilla en la hora vengativa.
Su fulgor puede destruir vuestro mundo.

TELARAÑAS CUELGAN DE LA RAZÓN

Telarañas cuelgan de la razón
En un paisaje de ceniza absorta;
Ha pasado el huracán de amor,
Ya ningún pájaro queda.
Tampoco ninguna hoja;
Todas van lejos, como gotas de agua
De un mar cuando se seca,
Cuando no hay ya lágrimas bastantes,
Porque alguien, cruel como un día de sol en primavera,
Con sólo su presencia ha dividido en dos un cuerpo.

Ahora hace falta recoger los trozos de prudencia,
Aunque siempre nos falte alguno;
Recoger la vida vacía
Y caminar esperando que lentamente se llene,
Si es posible otra vez, como antes,
De sueños desconocidos y deseos invisibles.

Tú nada sabes de ello,
Tú estás allá, cruel como el día;
El día, esa luz que abraza estrechamente un triste muro,
Un muro, ¿no comprendes?
Un muro frente al cual estoy solo.

ADONDE FUERON DESPEÑADAS

¿Adonde fueron despeñadas aquellas cataratas,
Tantos besos de amantes, que la pálida historia
Con signos venenosos presenta luego al peregrino
Sobre el desierto, como un guante

Que olvidado pregunta por su mano?

Tú lo sabes, Corsario;
Corsario que se goza en tibios arrecifes,
Cuerpos gritando bajo el cuerpo que les visita
Y sólo piensan en la caricia,
Sólo piensan en el deseo,
Como bloque de vida
Derretido lentamente por el frío de la muerte.

Otros cuerpos, Corsario, nada saben;
Déjalos pues.
Vierte, viértete sobre mis deseos,
Ahórcame en tus brazos tan jóvenes,
Que con la vista ahogada,
Con la voz última que aún brotan mis labios,
Diré amargamente cómo te amo.

QUE RUIDO TAN TRISTE

Qué ruido tan triste el que hacen dos cuerpos cuando se aman,
Parece como el viento que se mece en otoño
Sobre adolescentes mutilados,
Mientras las manos llueven,
Manos ligeras, manos egoístas, manos obscenas,
Cataratas de manos que fueron un día
Flores en el jardín de un diminuto bolsillo.

Las flores son arena y los niños son hojas,
Y su leve ruido es amable al oído
Cuando ríen, cuando aman, cuando besan,

Cuando besan el fondo
De un hombre joven y cansado
Porque antaño soñó mucho día y noche.

Mas los niños no saben,
Ni tampoco las manos llueven como dicen;
Así el hombre, cansado de estar solo con sus sueños,
Invoca los bolsillos que abandonan arena,
Arena de las flores,
Para que un día decoren su semblante de muerto.

NO DECÍA PALABRAS

No decía palabras,
Acercaba tan sólo un cuerpo interrogante,
Porque ignoraba que el deseo es una pregunta
Cuya respuesta no existe,
Una hoja cuya rama no existe,
Un mundo cuyo cielo no existe.

La angustia se abre paso entre los huesos,
Remonta por las venas
Hasta abrirse en la piel,
Surtidores de sueño
Hechos carne en interrogación vuelta a las nubes.

Un roce al paso,
Una mirada fugaz entre las sombras,
Bastan para que el cuerpo se abra en dos,
Ávido de recibir en sí mismo
Otro cuerpo que sueñe;

Mitad y mitad, sueño y sueño, carne y carne;
Iguales en figura, iguales en amor, iguales en deseo.
Aunque sólo sea una esperanza,
Porque el deseo es pregunta cuya respuesta nadie sabe.

ESTABA TENDIDO

Estaba tendido y tenía entre mis brazos un cuerpo como seda.
Lo besé en los labios, porque el río pasaba por debajo. Entonces se burló de mi amor.

Sus espaldas parecían dos alas plegadas. Lo besé en las espaldas, porque el agua sonaba debajo de nosotros. Entonces lloró al sentir la quemadura de mis labios.

Era un cuerpo tan maravilloso que se desvaneció entre mis brazos. Besé su huella; mis lágrimas la borraron. Como el agua continuaba fluyendo, dejé caer en ella un puñal, un ala y una sombra.

De mi mismo cuerpo recorté otra sombra, que sólo me sigue a la mañana. Del puñal y el ala, nada sé.

SI EL HOMBRE PUDIERA DECIR

Si el hombre pudiera decir lo que ama,
Si el hombre pudiera levantar su amor por el cielo
Como una nube en la luz;
Si como muros que se derrumban,

Para saludar la verdad erguida en medio,
Pudiera derrumbar su cuerpo, dejando sólo la verdad de su amor,

La verdad de sí mismo,
Que no se llama gloria, fortuna o ambición,

Sino amor o deseo,
Yo sería al fin aquel que imaginaba;
Aquel que con su lengua, sus ojos y sus manos
Proclama ante los hombres la verdad ignorada.
La verdad de su amor verdadero.

Libertad no conozco sino la libertad de estar preso en alguien
Cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío;
Alguien por quien me olvido de esta existencia mezquina,
Por quien el día y la noche son para mí lo que quiera,
Y mi cuerpo y espíritu flotan en su cuerpo y espíritu,
Como leños perdidos que el mar anega o levanta,
Libremente, con la libertad del amor,
La única libertad que me exalta,
La única libertad porque muero.
Tú justificas mi existencia.
Si no te conozco, no he vivido;
Si muero sin conocerte, no muero, porque no he vivido.

UNOS CUERPOS SON COMO FLORES

Unos cuerpos son como flores,
Otros como puñales,
Otros como cintas de agua;

Pero todos, temprano o tarde,
Serán quemaduras que en otro cuerpo se agranden,
Convirtiendo por virtud del fuego a una piedra en un hombre.

Pero el hombre se agita en todas direcciones,
Sueña con libertades, compite con el viento,
Hasta que un día la quemadura se borra,
Volviendo a ser piedra en el camino de nadie.

Yo, que no soy piedra, sino camino
Que cruzan al pasar los pies desnudos,
Muero de amor por todos ellos;
Les doy mi cuerpo para que lo pisen,
Aunque les lleve a una ambición o a una nube,
Sin que ninguno comprenda
Que ambiciones o nubes
No valen un amor que se entrega.

ESPERABA SOLO

Esperaba algo, no sabía qué. Esperaba al anochecer, los sábados. Unos me daban limosna, otros me miraban, otros pasaban de largo sin verme.

Tenía en la mano una flor; no recuerdo qué flor era. Pasó un adolescente que, sin mirar, la rozó con su sombra. Yo tenía la mano tendida.

Al caer, la flor se convirtió en un monte. Detrás se ponía un sol; no recuerdo si era negro.

Mi mano quedó vacía. En su palma apareció una gota de sangre.

LOS MARINEROS SON LAS ALAS DEL AMOR

Los marineros son las alas del amor,
Son los espejos del amor,
El mar les acompaña,
Y sus ojos son rubios lo mismo que el amor
Rubio es también, igual que son sus ojos.

La alegría vivaz que vierten en las venas
Rubia es también,
Idéntica a la piel que asoman;
No les dejéis marchar porque sonrén
Como la libertad sonríe,
Luz cegadora erguida sobre el mar.

Si un marinero es mar,
Rubio mar amoroso cuya presencia es cántico,
No quiero la cuidad hecha de sueños grises;
Quiero sólo ir al mar donde me anegue,
Barca sin norte,
Cuerpo sin norte hundirme en su luz rubia.

PARA UNOS VIVIR

Para unos vivir es pisar cristales con los pies desnudos; para otros vivir es mirar el sol frente a frente.

La playa cuenta días y horas por cada niño que muere. Una flor se abre, una torre se hunde.

Todo es igual. Tendí mi brazo; no llovía. Pisé cristales; no había sol. Miré la luna; no había playa.

Qué más da. Tu destino es mirar las torres que levantan, las flores que abren, los niños que mueren; aparte, como naípe cuya baraja se ha perdido.

QUISIERA SABER POR QUE ESTA MUERTE

Quisiera saber por qué esta muerte
Al verte, adolescente rumoroso,
Mar dormido bajo los astros negros,
Aún constelado por escamas, de sirenas,
O seda que despliegan,
Cambiante de fuegos nocturnos
Y acordes palpitantes,
Rubio igual que la lluvia,
Sombrío igual que la vida es a veces.

Aunque sin verme destiles a mi lado,
Huracán ignorante,
Estrella que roza mi mano abandonada su eternidad,
Sabes bien, recuerdo de siglos,
Cómo el amor es lucha
Donde se muerden dos cuerpos iguales.

Yo no te había visto;
Miraba los animalillos gozando bajo el sol verdeante,
Despreocupado de los árboles iracundos,
Cuando sentí una herida que abrió la luz en mí;
El dolor enseñaba
Que una forma, aunque opaca, puede ser luminosa.

Tan luminosa,

Que mis horas perdidas, yo mismo,
Quedamos diluidos en la sombra,
Anónimo destino que rozan gritos hostiles
En noches de placer,
Para no ser ya más
Que memoria de luz;
De luz que vi morir,
Seda, agua o árbol, un momento.

DÉJAME ESTA VOZ

Déjame esta voz que tengo,
Lo mismo que a la pampa le dejan
Sus matorrales de deseo,
Sus ríos secos colgando de las piedras.

Déjame vivir como acero mohoso
Sin puño, tirado en las nubes;
No quiero saber de la gloria envidiosa
Con rabo y cuernos de ceniza.

Un anillo tuve de luna
Tendida en la noche a comienzos de otoño;
Lo di a un mendigo tan joven
Qué sus ojos parecían dos lagos.

Me ahogué en fin, amigos;
Ahora duermo donde nunca despierte.
No saber más de mí mismo es algo triste;
Dame la guitarra para guardar las lágrimas.

PASION POR PASION

Pasión por pasión. Amor por amor.

Estaba en una calle de ceniza, limitada por vastos edificios de arena. Allí encontré al placer. Le miré: en sus ojos vacíos había dos relojes pequeños; uno marchaba en sentido contrario al otro. En la comisura de los labios sostenía una flor mordida. Sobre los hombros llevaba una capa en jirones.

A su paso unas estrellas se apagaban, otras se encendían. Quise detenerle; mi brazo quedó inmóvil. Lloré, lloré tanto, que hubiera podido llenar sus órbitas vacías. Entonces amaneció.

Comprendí por qué llaman prudente a un hombre sin cabeza.

DE QUE PAÍS

De qué país eres tú,
Dormido entre realidades como bocas sedientas,
Vida de sueños azuzados,
Y ese duelo que exhibes por la avenida de los monumentos
Donde dioses y diosas olvidados
Levantán brazos inexistentes o miradas marmóreas.

La vieja hilaba en su jardín ceniciento;
Tapias, pantanos, aullidos de crepúsculo,
Yedra, batistas, allá se endurecían,
Mirando aquellas ruedas fugitivas
Hacia las cuales levantaba la arcilla un puño amenazante.

El país es un nombre;
Es igual que tú, recién nacido, vengas

Al norte, al sur, a la niebla, a las luces;
Tu destino será escuchar lo que digan
Las sombras inclinadas sobre la cuna.

Una mano dará el poder de sonrisa,
Otra dará las rencorosas lágrimas,
Otra el puñal experimentado,
Otra el deseo que se corrompe, formando bajo la vida
La charca de cosas pálidas,
Donde surgen serpientes, nenúfares, insectos, maldades,
Corrompiendo los labios, lo más puro.

No podrás pues besar con inocencia,
Ni vivir aquellas realidades que te gritan con lengua inagotable.
Deja, deja, harapiento de estrellas;
Muérete bien a tiempo.

SENTADO SOBRE UN GOLFO DE SOMBRA

Sentado sobre un golfo de sombra vas siendo ya sombra tú todo.
Sombra tu cabeza, sombra tu vientre, sombra tu vida misma.

En vano escuchas la canción del muchacho jovial. Es una
canción impersonal, exactamente pudiera ser otra canción
cualquiera, y ése es el motivo de que te sientas atraído por el canto
y su cantor.

Cuida tu sombra; dentro de tiempo ni sombra serás. Cuida tu
pecho y tus sueños, cuida tu cabeza, que ya es una nube y se
pierde, como chal delicado, en la tempestad orquestada.

Sube a las cariátides fraudulentas; grita desde allí sobre la arcilla
y la lana. Grita, grita, vuelve tus manos del revés. Luego podrás

tenderte confiado bajo tu propia sombra.
El resto es el amor evangélico.

TU PEQUEÑA FIGURA

Tu pequeña figura, sola en algún camino,
Cae lentamente desde la luz,
Semejante a la arena desde un brazo,
Cuando la mano, poema perdido,
Abre diez estrellas sobre el otoño de rojiza resonancia.

No sabes, no sabes;
Buscas por la tierra un estremecimiento blanquecino,
Mientras los muros con su yedra antigua
Crecen lentamente ante el ocaso.

Tristeza sin guarida y sin pantano,
Sales de un frío para entrar en otro;
Abandonas la hierba tan cariñosa
Para pedir que el amor no te olvide.

Palabras de demente o palabras de muerto,
Es igual.
Escucha el agua, escucha la lluvia, escucha la tormenta;
Esa es tu vida:
Líquido lamento fluyendo entre sombras iguales.

QUE MAS DA

Qué más da el sol que se pone o el sol que se levanta,
La luna que nace o la luna que muere.

Mucho tiempo, toda mi vida, esperé verte surgir entre las nieblas
monótonas,

Luz inextinguible, prodigio rubio como la llama;

Ahora que te he visto sufro, porque igual que ellos

No has sido para mí menos brillante,

Menos efímero o menos inaccesible que el sol y la luna
alternados.

Mas yo sé lo que digo si a ellos te comparo,

Porque aun siendo brillante, efímero, inaccesible,

Tu recuerdo, como el de ambos astros,

Basta para iluminar ausente toda esta sombra que me envuelve.

EL MIRLO, LA GAVIOTA

El mirlo, la gaviota,

El tulipán, las tuberosas,

La pampa dormida en Argentina,

El Mar Negro como después de una muerte,

Las niñas, los tiernos niños,

Las jóvenes, el adolescente,

La mujer adulta, el hombre,

Los ancianos, las pompas fúnebres,

Van girando lentamente con el mundo;

Como si una ciruela verde,
Picoteada por el tiempo,
Fuese inmovible en la rama.

Tiernos niñitos, yo os amo;
Os amo tanto, que vuestra madre
Creería que intentaba haceros daño.

Dame las glicinas azules sobre la tapia inocente,
Las magnolias embriagadoras sobre la falda blanca y vacía,
El libro melancólico entreabierto,
Las piernas entreabiertas,
Los bucles rubios del adolescente;
Con todo ello haré el filtro sempiterno.
Bebe unas gotas y verás la vida como a través de un vidrio
coloreado.

Déjame, ya es hora de que duerma,
De dormir este sueño inacabable.

Quiero despertar algún día,
Saber que tu pelo, niño,
Tu dulce vientre y tus espaldas,
No son nada, nada, nada.

Recoger conchas delicadas;
Mira qué suave matiz rosa.

Las escamas de los súbitos peces,
Los músculos dorados del marino,
Sus labios salados y frescos
Me retienen preso en la red de espejismo.

Creo en el mundo,
Creo en ti que no conozco aún,
Creo en mí mismo,

Porque algún día yo seré todas las cosas que amo:
El aire, el agua, las plantas, el adolescente.

TIENES LA MANO ABIERTA

Tienes la mano abierta como el ala de un pájaro; no temes que huyan las buenas acciones, los delirios, lo que no sufre compostura.

Un grito, y cantas la luz renovada. Un deseo, y mueres calladamente. Cuándo sabrás que el color violado de las conchas, que sonrín tan vagas en la tierra, es la nueva melodía.

Ajusta tu ritmo y tu voz; vuelve la cabeza a derecha e izquierda: eres el señor de las alturas y de las bajezas. Saluda al público cuando llegue la noche. Escucha al mirlo cómo se burla de Dios.

Liberado, sonríte con gracia fresca, como muere un niño.

COMO LEVE SONIDO

Como leve sonido,
Hoja que roza un vidrio,
Agua que acaricia unas guijas,
Lluvia que besa una frente juvenil;

Como rápida caricia,
Pie desnudo sobre el camino,
Dedos que ensayan el primer amor,
Sábanas tibias sobre el cuerpo solitario;

Como fugaz deseo,
Seda brillante en la luz,
Esbelto adolescente entrevisto,
Lágrimas por ser más que un hombre;

Como esta vida que no es mía
Y sin embargo es la mía;
Como este afán sin nombre
Que no me pertenece y sin embargo Soy yo;

Como todo aquello que de cerca o de lejos
Me roza, me besa, me hiere,
Tu presencia está conmigo fuera y dentro,
Es mi vida misma y no es mi vida,
Así como una hoja y otra hoja
Son la apariencia del viento que las lleva.

TE QUIERO

Te quiero.

Te lo he dicho con el viento,
Jugueteando tal un animalillo en la arena
O iracundo como órgano tempestuoso;

Te lo he dicho con el sol,
Que dora desnudos cuerpos juveniles
Y sonríe en todas las cosas inocentes;

Te lo he dicho con las nubes,

Frentes melancólicas que sostienen el cielo,
Tristezas fugitivas;

Te lo he dicho con las plantas,
Leves caricias transparentes
Que se cubren de rubor repentino;

Te lo he dicho con el agua,
Vida luminosa que vela un fondo de sombra;

Te lo he dicho con el miedo,
Te lo he dicho con la alegría,
Con el hastío, con las terribles palabras.

Pero así no me basta;
Más allá de la vida
Quiero decírtelo con la muerte,
Más allá del amor
Quiero decírtelo con el olvido.

HABIA EN EL FONDO DEL MAR

Había en el fondo del mar una perla y una vieja trompeta. Las sutiles capas del agua sonreían con delicadeza al pasar junto a ellas; las llamaban las dos amigas.

Había un niño ahogado junto a un árbol de coral. Los brazos descoloridos y las ramas luminosas se enlazaban estrechamente; los llamaban los dos amantes.

Había un fragmento de rueda venida desde muy lejos y un pájaro disecado, que asombraba como elegante extranjero a los atónitos peces; les llamaban los nómadas.

Había una cola de sirena con reflejos venenosos y un muslo de adolescente, distantes la una del otro; les llamaban los enemigos.

Había una estrella, una liga de hombre, un libro deteriorado y un violín diminuto; había otras sorprendentes maravillas, y cuando el agua pasaba, rozándolas suavemente, parecía como si quisiera invitarlas a que la siguieran en cortejo centelleante.

Pero ninguna era comparable a una mano de yeso cortada. Era tan bella que decidí robarla. Desde entonces llena mis noches y mis días; me acaricia y me ama. La llamo la verdad del amor.

VEÍA SENTADO

Veía sentado junto al agua
Con vago ademán de olvido,
Veía las hojas, los días, los semblantes,
El fondo siempre pálido del cielo,
Conversando indiferentes entre ellos mismos.

Veía la luz agitarse eficazmente,
Un pequeño lagarto de visita,
Las piedrecillas vanidosas
Disputando el lugar a las tristes hierbas.

Veía reinos perdidos o quizá ganados,
Veía mi juventud ni ganada ni perdida,
Veía mi cuerpo distante, tan extraño
Como yo mismo, allá en extraña hora.

Veía los canosos muros disgustados
Murmurando entre dientes sus vagas blasfemias,
Veía. Más allá de los muros

El mundo como can satisfecho,
Veía al inclinarme sobre la verdad
Un cuerpo que no era el cuerpo mío.

Subiendo hasta mí mismo
Aquí vive desde entonces,
Mientras aguardo que tu propia presencia
Haga inútil ese triste trabajo
De ser yo solo el amor y su imagen.

HE VENIDO PARA VER

He venido para ver semblantes
Amables como viejas escobas,
He venido para ver las sombras
Que desde lejos me sonríen.

He venido para ver los muros
En el suelo o en pie indistintamente,
He venido para ver las cosas,
Las cosas soñolientas por aquí.

He venido para ver los mares
Dormidos en cestillo italiano,
He venido para ver las puertas,
El trabajo, los tejados, las virtudes
De color amarillo ya caduco.

He venido para ver la muerte
Y su graciosa red de cazar mariposas,
He venido para esperarte

Con los brazos un tanto en el aire,
He venido no sé por qué;
Un día abrí los ojos, he venido.

Por ello quiero saludar sin insistencia
A tantas cosas más que amables,
Los amigos de color celeste,
Los días de color variable,
La libertad del color de mis ojos.

Los niñitos de seda tan clara,
Los entierros aburridos como piedras,
La seguridad, ese insecto
Que anida en los volantes de la luz.

Adiós, dulces amantes invisibles,
Siento no haber dormido en vuestros brazos.
Vine por esos besos solamente;
Guardar los labios por si vuelvo.

V

DONDE HABITE EL OLVIDO

[1932-1933]

Como los erizos, ya sabéis, los hombres un día sintieron frío. Y quisieron compartirlo.

Entonces inventaron el amor. El resultado fue, ya sabéis, como en los erizos.

¿Qué queda de las alegrías y penas del amor cuando éste desaparece? Nada, o peor que nada; queda el recuerdo de un olvido. Y menos mal cuando no lo punza la sombra de aquellas espinas; de aquellas espinas, ya sabéis.

Las siguientes páginas son el recuerdo de un olvido.

I

Donde habite el olvido,
En los vastos jardines sin aurora;
Donde yo sólo sea
Memoria de una piedra sepultada entre ortigas
Sobre la cual el viento escapa a sus insomnios.

Donde mi nombre deje
Al cuerpo que designa en brazos de los siglos,

Donde el deseo no exista.

En esa gran región donde el amor, ángel terrible,
No esconda como acero
En mí pechó su ala,
Sonriendo lleno de gracia aérea mientras crece el tormento.

Allá donde termine este afán que exige un dueño a imagen suya,
Sometiendo a otra vida su vida,
Sin más horizonte que otros ojos frente afrente.

Donde penas y dichas no sean más que nombres,
Cielo y tierra nativos en torno de un recuerdo;
Donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo,
Disuelto en niebla, ausencia,
Ausencia leve como carne de niño.
Allá, allá lejos;
Donde habite el olvido.

II

Como una vela sobre el mar
Resume ese azulado afán que se levanta
Hasta las estrellas futuras,
Vida de náufragos insaciables
Hecha escala de olas,
Por donde pies divinos descienden al abismo
Esperado a lo largo de las noches,
También tu forma férrea,
Ángel, demonio, sueño de un amor sonado,
Resume en mí un afán que en otro tiempo levantaba

Hasta las nubes sus olas melancólicas,
Cadenas de tristeza aprisionando
Un ímpetu celeste,

Sintiendo todavía los pulsos de ese afán,
Yo, el más enamorado,
En las orillas del amor,
Sin que una luz me vea
Definitivamente muerto o vivo,
Contemplo sus olas y quisiera anegarme;
Deseando perdidamente
Descender, como los ángeles aquellos por la escala de espuma,
Hasta el fondo del mismo amor que ningún hombre ha visto

III

Esperé un dios en mis días
Para crear mi vida a su imagen,
Mas el amor, como un agua,
Arrastra afanes al paso.

Me he olvidado a mí mismo en sus ondas,
Vacío el cuerpo, doy contra las luces;
Vivo y no vivo, muerto y no muerto;
Ni tierra ni cielo, ni cuerpo ni espíritu.

Soy eco de algo;
Lo estrechan mis brazos siendo aire,
Lo miran mis ojos siendo sombra,
Lo besan mis labios siendo sueño.
He amado, ya no amo más;

He reído, tampoco río.

IV

Yo fui.
Columna ardiente, luna de primavera.
Mar dorado, ojos grandes.

Busqué lo que pensaba;
Pensé, como al amanecer en sueño lánguido,
Lo que pinta el deseo en días adolescentes.

Canté, subí,
Fui luz un día
Arrastrado en la llama.

Como un golpe de viento
Que deshace la sombra,
Caí en lo negro,
En el mundo insaciable.

He sido.

V

Quiero, con afán soñoliento,
Gozar de la muerte más leve

Entre bosques y mares de escarcha,
Hecho aire que pasa y no sabe.

Quiero la muerte entre mis manos,
Fruto tan ceniciento y rápido,
Igual al cuerno leve
De la luz cuando nace en el invierno.

Quiero beber al fin su lejana amargura;
Quiero escuchar su sueño con rumor de arpa
Mientras siento las venas que se enfrían,
Porque la frialdad tan sólo me consuela.

Voy a morir de un deseo,
Si un deseo sutil vale la muerte;
A vivir sin mí mismo de un deseo,
Sin despertar, sin acordarme,
Allá en la luna perdido entre su frío.

VI

El mar es un olvido,
Una canción, un labio;
El mar es un amante,
Fiel respuesta al deseo.

Es como un ruiseñor,
Y sus aguas son plumas;
Impulsos que levantan
A las frías estrellas.

Sus caricias son sueño,
Entreabren la muerte,
Son lunas accesibles,
Son la vida más alta.

Sobre espaldas oscuras
Las olas van gozando.

VII

Adolescente fui en días idénticos a nubes,
Cosa grácil, visible por penumbra y reflejo,
Y extraño es, si ese recuerdo busco,
Que tanto, tanto duela sobre el cuerpo de hoy.

Perder placer es triste
Como la dulce lámpara sobre el lento nocturno;
Aquel fui, aquel fui, aquel he sido;
Era la ignorancia mi sombra.

Ni gozo ni pena; fui niño
Prisionero entre muros cambiantes;
Historias como cuerpos, cristales como cielos,
Sueño luego, un sueño más alto que la vida.

Cuando la muerte quiera
Una verdad quitar de entre mis manos,
Las hallará vacías, como en la adolescencia,
Ardientes de deseo, tendidas hacia el aire.

VIII

Nocturno, esgrimes horas
Sordamente profundas;
En esas horas fulgen
Luces de ojos absortos.

Bajo el cielo de hierro
Da hojas la amargura,
Lenta entre las cadenas
Que sostienen la vida.

Hechos vibrante fuego
O filo inextinguible
Los condenados tuercen
Sus cuerpos en la sombra.

Ya no es vida ni muerte
El tormento sin nombre,
Es un mundo caído
Donde silba la ira.

Es un mar delirante,
Clamor de todo espacio,
Voz que de sí levanta
Las alas de un dios póstumo.

IX

Era un sueño, aire

Tranquilo en la nada;
Al abrir los ojos
Las ramas perdían.

Exhalaba el tiempo
Luces vegetales,
Amores caídos,
Tristeza sin donde.

Volvía la sombra;
Agua eran sus labios.
Cristal, soledades,
La frente, la lámpara.

Pasión sin figura,
Pena sin historia;
Como herida al pecho,
Un beso, el deseo.
No sabes, no sabes.

X

Bajo el anochecer inmenso,
Bajo la lluvia desatada, iba
Como un ángel que arrojan
De aquel edén nativo.

Absorto el cuerpo aún desnudo,
Todo frío ante la brusca tristeza,
Lo que en la luz fue impulso, las alas,
Antes candor erguido,

A la espalda pesaban sordamente.

Se buscaba a sí mismo,
Pretendía olvidarse a sí mismo;
Niños en brazos del aire,
En lo más poderoso descansando,
Mano en la mano, frente en la frente.

Entre precipitadas formas vagas,
Vasta estela de luto sin retorno,
Arrastraba dos lentas soledades,
Su soledad de nuevo, la del amor caído.

Ellas fueron sus alas en tiempos de alegría,
Esas que por el fango derribadas
Burla y respuesta dan al afán que interroga,
Al deseo de unos labios.

Quisiste siempre, al fin sabes
Cómo ha muerto la luz, tu luz un día,
Mientras vas, errabundo mendigo, recordando, deseando;
Recordando, deseando.
Pesa, pesa el deseo recordado;
Fuerza joven quisieras para alzar nuevamente,
Con fango, lágrimas, odio, injusticia,
La imagen del amor hasta el cielo,
La imagen del amor en la luz pura.

XI

No quiero, triste espíritu, volver

Por los lugares que cruzó mi llanto,
Latir secreto entre los cuerpos vivos
Como yo también fui.

No quiero recordar
Un instante feliz entre tormentos;
Goce o pena, es igual,
Todo es triste al volver.
Aún va conmigo como una luz lejana
Aquel destino niño,
Aquellos dulces ojos juveniles,
Aquella antigua herida.

No, no quisiera volver,
Sino morir aún más,
Arrancar una sombra,
Olvidar un olvido.

XII

No es el amor quien muere,
Somos nosotros mismos.
Inocencia prístina
Abolida en deseo,
Olvido de sí mismo en otro olvido,
Ramas entrelazadas
¿Por qué vivir si desaparecéis un día?

Sólo vive quien mira
Siempre ante sí los ojos de su aurora,
Sólo vive quien besa

Aquel cuerpo de ángel que el amor levantara.

Fantasmas de la pena,
A lo lejos, los otros,
Los que ese amor perdieron,
Como un recuerdo en su sueños,
Recorriendo las tumbas
Otro vacío estrechan.

Por allá van y gimen,
Muertos en pie, vidas tras de la piedra,
Golpeando impotencia,
Arañando la sombra
Con inútil ternura.

No, no es el amor quien muere

XIII

MI ARCANGEL

No solicito ya ese favor celeste, tu presencia;
Como incesante filo contra el pecho,
Como el recuerdo, como el llanto,
Como la vida misma vas conmigo.

Tú fluyes en mis venas, respiras en mis labios,
Te siento en mi dolor;
Bien vivo estás en mí, vives en mi amor mismo,
Aunque a veces
Pesa la luz, la soledad.

Vuelto en el lecho, como niño sin nadie frente al muro.
Contra mi cuerpo creo,
Radiante enigma, el tuyo;
No ríes así ni hieres,
No marchas ni te dejas, pero estás conmigo.

Estás conmigo como están mis ojos en el mundo,
Dueños de todo por cualquier instante,
Mas igual que ellos, al hacer la sombra, luego vuelvo,
Mendigo a quien despojan de su misma pobreza,
Al yerto infierno de donde he surgido.

XIV

Eras tierno deseo, nube insinuante,
Vivías con el aire entre cuerpos amigos,
Alentabas sin forma, sonreías sin voz,
Dejo inspirado de invisible espíritu.

Nuestra importancia, lenta espina,
Quizá en ti hubiera sido fuerza adolescente;
No dolor irrisorio ni placer egoísta,
No sueño de una vida ni maldad triunfante.
Como nube feliz que pasa sin la lluvia,
Como un ave olvidada de la rama nativa,
A un tiempo poseíste muerte y vida
Sin haber muerto, sin haber vivido.

Entre el humo tan triste, entre las flacas calles
De una tierra medida por los odios antiguos,

No has descubierto así, vueltos contra tu dicha,
El poder con sus manos de fango,
Un dios abyecto disponiendo destinos,
La mentira y su cola redonda erguida sobre el mundo
El inerme amor llorando entre las tumbas,

Tu leve ausencia, eco sin nota, tiempo sin historia,
Pasando igual que un ala,
Deja una verdad transparente;
Verdad que supo y no sintió,
Verdad que vio y no quiso.

XV

El invisible muro
Entre los brazos todos,
Entre los cuerpos todos,
Islas de maldad irrisoria.

No hay besos, sino losas;
No hay amor, sino losas
Tantas veces medidas por el paso
Febril del prisionero.

Quizá el aire afuera
Suene cantando al mundo
El himno de la fiel alegría;
Quizá, glorias enajenadas,
Alas radiantes pasan.

Un deseo inmenso,

Afán de una verdad,
Bate contra los muros,
Bate contra la carne
Como un mar entre hierros.

Ávidos un momento
Unos ojos se alzan
Hacia el rayo del día,
Relámpago cobrizo victorioso
Con su espada tan alta.

Entre piedras de sombra,
De ira, llanto, olvido,
Alienta la verdad.

La prisión,
La prisión viva.

XVI

No hace al muerto la herida,
Hace tan sólo un cuerpo inerte;
Como el hachazo un tronco
Despojado de sones y caricias,
Todo triste abandono al pie de cualquier senda.

Bien tangible es la muerte;
Mentira, amor, placer no son la muerte.
La mentira no mata,
Aunque su filo clave como puñal alguno;
El amor no envenena,

Aunque como un escorpión deje los besos;
El placer no es naufragio,
Aunque vuelto fantasma ahuyente todo olvido.

Pero tronco y hachazo,
Placer, amor, mentira,
Beso, puñal, naufragio,
A la luz del recuerdo son heridas
De labios siempre ávidos;
Un deseo que no cesa,
Un grito que se pierde
Y clama al mundo sordo su verdad implacable.

Voces al fin ahogadas con la voz de la vida,
Por las heridas mismas,
Igual que un río, escapando;
Un triste río cuya espalda aun refleja
Las antiguas caricias,
El antiguo candor, la fe puesta en un cuerpo.

No creas nunca, no creas sino en la muerte de todo;
Contempla bien ese tronco que muere
Hecho el muerto más muerto,
Como tus ojos, como tus deseos, como tu amor;
Ruina y miseria que un día se anegan en inmenso olvido,
Dejando, burla suprema, una fecha vacía,
Huella inútil que la luz deserta.

LOS FANTASMAS DEL DESEO

Yo no te conocía, tierra;
Con los ojos inertes, la mano aleteante,
Lloré todo ciego bajo tu verde sonrisa,
Aunque, alentar juvenil, sintiera a veces
Un tumulto sediento de postrarse
Como huracán henchido aquí en el pecho;
Ignorándote, tierra mía
Ignorando tu alentar, huracán o tumulto,
Idénticos en esta melancólica burbuja que yo soy
A quien tu voz de acero inspirara un menudo vivir.

Bien sé ahora que tú eres
Quien me dicta esta forma y este ansia;
Sé al fin que el mar esbelto,
La enamorada luz, los niños sonrientes,
No son sino tú misma;
Que los vivos, los muertos,
El placer y la pena,
La soledad, la amistad,
La miseria, el poderoso estúpido,
El hombre enamorado, el canalla,
Son tan dignos de mí como de ellos yo lo soy;
Mis brazos, tierra, son ya más anchos, ágiles,
Para llevar tu afán que nada satisface.

El amor no tiene esta o aquella forma,
No puede detenerse en criatura alguna;
Todas son por igual viles y soñadoras,
Placer que nunca muere,
Beso que nunca muere,

Sólo en ti misma encuentro, tierra mía.

Nimbos de Juventud, cabellos rubios o sombríos,
Rizosos o lánguidos como una primavera,

Sobre cuerpos cobrizos, sobre radiantes cuerpos
Que tanto he amado inútilmente,
No es en vosotros donde la vida está, sino en la tierra,
En la tierra que aguarda, aguarda siempre
Con sus labios tendidos, con sus brazos abiertos.

Dejadme, dejadme abarcar, ver unos instantes
Este mundo divino que ahora es mío,
Mío como lo soy yo mismo,
Como lo fueron otros cuerpos que estrecharon mis brazos,
Como la arena, que al besarla los labios
Finge otros labios, dúctiles al deseo
Hasta que el viento lleva sus mentirosos átomos.

Como la arena, tierra,
Como la arena misma,
La caricia es mentira, el amor es mentira, la amistad es mentira.
Tú sola quedas con el deseo,
Con este deseo que aparenta ser mío y ni siquiera es mío,
Sino el deseo de todos,
Malvados, inocentes,
Enamorados o canallas.

Tierra, tierra y deseo.
Una forma perdida.

VI

INVOCACIONES

[1934-1935]

A UN MUCHACHO ANDALUZ

Te hubiera dado el mundo,
Muchacho que surgiste
Al caer de la luz por tu Conquero,
Tras la colina ocre,
Entre pinos antiguos de perenne alegría.

¿Eras emanación del mar cercano?
Eras el mar aún más
Que las aguas henchidas con su aliento,
Encauzadas en río sobre tu tierra abierta,
Bajo el inmenso cielo con nubes que se orlaban de rotos
resplandores.

Eras el mar aún más
Tras de las pobres telas que ocultaban tu cuerpo;
Eras forma primera,
Eras fuerza inconsciente de su propia hermosura.

Y tus labios, de fulmíneo bisel,
Eran la vida misma,
Como una ardiente flor
Nutrida con la savia
De aquella piel oscura
Que infiltraba nocturno escalofrío.

Si el amor fuera un ala...

La incierta hora con nubes desgarradas,

El río oscuro y ciego bajo la extraña brisa,
La rojiza colina con sus pinos cargados de secretos,
Te enviaban a mí, a mi afán ya caído,
Como verdad tangible.

Expresión armoniosa de aquel mismo paraje,
Entre los ateridos fantasmas que habitan nuestro mundo,
Eras tú una verdad,
Sola verdad que busco,
Más que verdad de amor verdad de vida;
Y olvidando que sombra y pena acechan de continuo
Esa cúspide virgen de la luz y la dicha,
Quise por un momento fijar tu curso ineluctable.

Creí en ti, muchachillo.

Cuando el mar evidente,
Con el irrefutable sol de mediodía,
Suspendía mi cuerpo
En esa abdicación del hombre ante su dios,
Un resto de memoria
Levantaba tu imagen como recuerdo único.

Y entonces,
Con sus luces el violento Atlántico,
Tantas dunas profusas, tu Conquero nativo,
Estaban en mí mismo dichos en tu figura,
Divina ya para mi afán con ellos,
Porque nunca he querido dioses crucificados,
Tristes dioses que insultan
Esa tierra ardorosa que te hizo y deshace.

SOLILOQUIO DEL FARERO

Como llenarte, soledad,
Sino contigo misma...

De niño, entre las pobres guaridas de la tierra,
Quieto en ángulo oscuro,
Buscaba en ti, encendida guirnalda,
Mis auroras futuras y furtivos nocturnos,
Y en ti los vislumbraba,
Naturales y exactos, también libres y fieles
A semejanza mía,
A semejanza tuya, eterna soledad.

Me perdí luego por la tierra injusta
Como quien busca amigos o ignorados amantes;
Diverso con el mundo,
Fui luz serena y anhelo desbocado,
Y en la lluvia sombría o en el sol evidente
Quería una verdad que a ti te traicionase,
Olvidando en mi afán
Cómo las alas fugitivas su propia nube crean.

Y al velarse a mis ojos
Con nubes sobre nubes de otoño desbordado
La luz de aquellos días en ti misma entrevistos,
Te negué por bien poco;
Por menudos amores ni ciertos ni fingidos,
Por quietas amistades de sillón y de gesto,
Por un nombre de reducida cola en un mundo fantasma,
Por los viejos placeres prohibidos
Como los permitidos nauseabundos,
Útiles solamente para el elegante salón susurrado,
En bocas de mentira y palabras de hielo.

Por ti me encuentro ahora el eco de la antigua persona
Que yo fui,
Que yo mismo manché con aquellas juveniles traiciones;
Por ti me encuentro ahora, constelados hallazgos
Limpios de otro deseo,
El sol, mi dios, la noche rumorosa,
La lluvia, intimidad de siempre,
El bosque y su alentar pagano,
El mar, el mar como su nombre hermoso;
Y sobre todos ellos,
Cuerpo oscuro y esbelto,
Te encuentro a ti, tú, soledad tan mía,
Y tú me das fuerza y debilidad
Como al ave cansada los brazos de la piedra.

Acodado al balcón miro insaciable el oleaje,
Oigo sus oscuras imprecaciones,
Contemplo sus blancas caricias;
Y erguido desde cuna vigilante
Soy en la noche un diamante que gira advirtiendo a los hombres,
Por quienes vivo, aun cuando no los vea;
Y así, lejos de ellos,
Ya olvidados sus nombres, los amo en muchedumbres,
Roncas y violentas como el mar, mi morada,
Puras ante la espera de una revolución ardiente
O rendidas y dóciles, como el mar sabe serlo
Cuando toca la hora de reposo que su fuerza conquista.

Tú, verdad solitaria,
Transparente pasión, mi soledad de siempre,
Eres inmenso abrazo;
El sol, el mar,
La oscuridad, la estepa,
El hombre y su deseo,

La airada muchedumbre,
¿Qué son sino tú misma?

Por ti, mi soledad, los busqué un día;
En ti, mi soledad, los amo ahora.

EL VIENTO DE SEPTIEMBRE ENTRE LOS CHOPOS

Por este clima lúcido,
Furor estival muerto,
Mi vano afán persigue
Un algo entre los bosques.

Un no sé qué, una sombra,
Cuerpo de mi deseo,
Arbórea dicha acaso
Junto a un río tranquilo.

Pero escucho; resuena
Por el aire delgado,
Estelar melodía,
Un eco entre los chopos.
Oigo caricias leves,
Oigo besos más leves;
Por allá baten alas,
Por allá van secretos.

No, vosotros no sois,
Arroyos taciturnos,

Frágiles amoríos
Como de sombra humana.

No, clara juventud,
No juguéis mi destino;
No busco vuestra gracia
Ni esa breve sonrisa.

Corre allí, entre las cañas,
Delirante armonía;
Canta una voz, cantando
Como yo mismo, lejos.

Hundo mi cabellera,
Busco labios, miradas,
Tras las inquietas hojas
De estos cuerpos esbeltos.

Ávido aspiro sombra;
Oigo un afán tan mío...
Canta, deseo, canta
La canelón de mi dicha.

Altas sombras mortales:
Vida, afán, canto, cedo.
Quiero anegar mi espíritu
Hecho gloria amarilla.

NO ES NADA, ES UN SUSPIRO

No es nada, es un suspiro,

Pero nunca sació nadie esa nada
Ni nadie supo nunca de qué alta roca nace.

Ni puedes tú saberlo, tú que eres
Nuestro afán, nuestro amor,
Nuestra angustia de hombres;
Palabra que creamos
En horas de dolor solitario.

Un suspiro no es nada,
Como tampoco es nada
El viento entre los chopos,
La bruma sobre el mar
O ese impulso que guía
Un cuerpo hacia otro cuerpo.

Nada mi fe, mi llama,
Ni este vivir oscuro que la lleva;
Su latido o su ardor
No son sino un suspiro,

Aire triste o risueño
Con el viento que escapa.

Sombra, si tú lo sabes, dime;
Deja el hondo fluir
Libre sobre su margen invisible,
Acuérdate del hombre que suspira
Antes de que la luz vele su muerte,
Vuelto él también latir de aire,
Suspiro entre tus manos poderosas.

POR UNOS TULIPANES AMARILLOS

Tragando sueño tras un vidrio impalpable,
Entre las dobles fauces,
Tuyas, pereza, de ti también, costumbre,
Vivía en un país del claro sur
Cuando a mí vino, alegre mensaje de algún dios,
No sé qué aroma joven,
Hálito henchido de tibieza prematura.

No se advertía el eco de un remoto clima celeste
En la figura del etéreo visitante,
Veíamos tan sólo
Una luz virgen, pétalo voluptuoso toda ella,
Que ondulaba en sus manos bajo la sonrisa insegura
Como si temiera a la tierra.

Con gesto enamorado
Me adelantó los tiernos fulgores vegetales,
Sosteniendo su goteante claridad,
Forma llena de seducción terrestre,
En unos densos tulipanes amarillos
Erguidos como dichas entre verdes espadas.

Por un aletear de labio a labio
Sellé el pacto, unidos el cielo con la tierra,
Y entonces la vida abrió los ojos sin malicia,
Con absorta delicadeza, como niño reciente.

Tendido en la yacija del mortal más sombrío
Tuve tus alas, rubio mensajero,
En transporte de ternura y rencor entremezclado;
Y mordí duramente la verdad del amor para que no pasara
Y palpitara fija
En la memoria de alguien,

Amante, dios o la muerte en su día.

Arrastrado en la ráfaga,
Al cobrar pie entre los mirtos misteriosos
Que sustentan la tierra con su terco alimento de sombras,
El claro visitante ya no estaba,
Sólo una ligera embriaguez por la casa vacía.
Aún allí, sobre el cristal acuoso,
Con esos bajos rayos que vierte un sol aterido,
Los tulipanes de bordes requemados
Dejaban escapar el terso espíritu.

Dura melancolía,
No en vano nos has criado con venenosa leche,
Siempre tu núcleo seco
Tropiezan nuestros dientes en la elástica carne de la dicha,
Como semilla en la pulpa coloreada de algún fruto.

¿Dónde ocultar mi vida como un remordimiento?

Tú, lluvia que entierras este día primero de la ausencia,
Como si nada ni nadie hubiera de amar más,
Dame tierra, una llama, que traguén puramente
Esas flores borrosas,
Y con ellas

El peso de una dicha hurtada al rígido destino.

LA GLORIA DEL POETA

Demonio hermano mío, mi semejante,

Te vi palidecer colgado como la luna matinal,
Oculto en una nube por el cielo,
Entre las horribles montañas,
Con una llama a guisa de flor taras la menuda oreja tentadora,
Blasfemando lleno de dicha ignorante,
Igual que un niño cuando entona su plegaria,
Y burlándote cruelmente al contemplar mi cansancio de la tierra.

Mas no eres tú,
Amor mío hecho eternidad,
Quien deba reír de este sueño, de esta impotencia, de esta
caída,
Porque somos chispas de un mismo fuego
Y un mismo soplo nos lanzó sobre las ondas tenebrosas
De una extraña creación, donde los hombres
Se acaban como un fósforo al trepar los fatigosos años de sus
vidas.

Tu carne como la mía
Desea tras el agua y el sol el roce de la seda;
Nuestra palabra anhela
El muchacho semejante a una rama florida
Que pliega la gracia de su aroma y color en el aire cálido de
mayo;
Nuestros ojos el mar monótono y diverso,
Poblado por el grito de las aves grises en la tormenta,
Nuestra mano hermosos versos que arrojar al desdén de los
hombres.

Los hombres tú los conoces, hermano mío;
Mírales cómo enderezan su invisible corona
Mientras se borran en la sombra con sus mujeres al brazo,
Carga de suficiencia inconsciente,
Llevando a comedia distancia del pecho,
Como sacerdotes católicos la forma de su triste dios,

Los hijos conseguidos en unos minutos que se hurtaron al sueño
Para dedicarlos a la cohabitación, en la densa tiniebla conyugal
De su cubiles, escalonados los unos sobre los otros.
Mírales perdidos en la naturaleza,
Cómo enferman entre los graciosos castaños a los taciturnos
plátanos,

Cómo levantan con avaricia el mentón,
Sintiendo un miedo oscuro morderle los talones;
Mira cómo desertan de su trabajo el séptimo día autorizado,
Mientras la caja, el mostrador, la clínica, el bufete, el despacho
oficial
Dejan pasar el aire con callado rumor por su ámbito solitario.

Escúchales brotar interminables palabras
Aromatizadas de facilidad violenta,
Reclamando un abrigo para el niño encadenado bajo el sol
divino

O una bebida tibia, que resguarde aterciopeladamente
El clima de su fauces,
A quienes dañaría la excesiva frialdad del agua natural.
Oye sus marmóreos preceptos
Sobre lo útil, lo normal y lo hermoso;
Óyeles dictar la ley al mundo, acotar el amor,
dar canon a la belleza inexpresable,
Mientras deleitan sus sentidos con altavoces delirantes;
Contempla sus extraños cerebros
Intentando levantar, hijo, a hijo, un complicado edificio de arena
Que negase con torva frente lívida la refulgente paz de las
estrellas.

Esos son, hermano mío,
Los seres con quienes muero a solas,
Fantasmas que harán brotar un día

El solemne erudito, oráculo de estas palabras mías ante alumnos
extraños,

Obteniendo por ello renombre,

Más una pequeña casa de campo en la angustiosa sierra
inmediata a la capital;

En tanto tú, tras irisada niebla,

Acaricias los rizos de tu cabellera

Y contemplas con gesto distraído desde la altura

Esta sucia tierra donde el poeta se ahoga.

Sabes sin embargo que mi voz es la tuya,

Que mi amor es el tuyo;

Deja, oh, deja por una larga noche

Resbalar tu cálido cuerpo oscuro,

Ligero como un látigo,

Bajo el mío, momia de hastío sepulta en anónima yacija,

Y que tus besos, ese venero inagotable,

Viertan en mí la fiebre de una pasión a muerte entre los dos;

Porque me cansa la vana tarea de las palabras,

Como al niño las dulces piedrecillas

Que arroja a un lago, para ver estremecerse su calma

Con el reflejo de una gran ala misteriosa.

Es hora ya, es más que tiempo

De que tus manos cedan a mi gloria

El flamígero puñal codiciado del poeta,

De que lo hundas, con sólo un golpe limpio,

En este pecho sonoro y vibrante, idéntico a un laúd,

Donde la muerte únicamente,

La muerte únicamente,

Puede hacer resonar la melodía prometida.

DANS MA PÉNICHE

Quiero vivir cuando el amor muere;
Muere, muere pronto, amor mío.
Abre como una cola la victoria purpúrea del deseo,
Aunque el amante se crea sepultado en un súbito otoño,
Aunque grite:
Vivir así es cosa de muerte.

Pobres amantes,
Clamáis a fuerza de ser jóvenes;
Sea propicia la muerte al hombre a quien mordió la vida,
Caiga su frente cansadamente entre las manos
Junto al fulgor redondo de una mesa con cualquier triste libro;
Pero en vosotros aún va fresco y fragante
El leve perejil que adorna un día al vencedor adolescente.
Dejad por demasiado cierta la perspectiva de alguna nueva
tumba solitaria,
Aún hay dichas, terribles dichas a conquistar bajo la luz terrestre.

Ante vuestros ojos, amantes,
Cuando el amor muere,
La vida de la tierra y la vida del mar palidecen juntamente;
El amor, cuna adorable para los deseos exaltados,
Los ha vuelto tan lánguidos como pasajeraamente suele hacerlo
El rasguear de una guitarra en el ocio marino
Y la luz del alcohol, aleonado como una cabellera;
Vuestra guarida melancólica se cubre de sombras crepusculares;
Todo queda afanoso y callado.
Así suele quedar el pecho de los hombres
Cuando cesa el tierno borboteo de la melodía confiada,
Y tras su delicia interrumpida
Un afán insistente puebla el nuevo silencio.

Pobres amantes,
¿De qué os sirvieron las infantiles arras que cruzasteis,
Cartas, rizos de luz recién cortada, seda cobriza o negra ala?
Los atardeceres de manos furtivas,
El trémulo palpar, los labios que suspiran,
La adoración rendida a un leve sexo vanidoso,
Los ay mi vida y los ay muerte mía,
Todo, todo,
Amarillea y cae y huye con el aire que no vuelve.

Oh amantes,
Encadenados entre los manzanos del edén,
Cuando el amor muere,
Vuestra crueldad, vuestra piedad pierde su presa,
Y vuestros brazos caen como cataratas macilentas,
Vuestro pecho queda como roca sin ave,
Y en tanto despreciáis todo lo que no lleve un velo funerario,
Fertilizáis con lágrimas la tumba de los sueños,
Dejando allí caer, ignorantes como niños,
La libertad, la perla de los días.

Pero tú y yo sabemos,
Río que bajo mi casa fugitiva deslizas tu vida experta,
Que cuando el hombre no tiene ligados sus miembros por las
encantadoras mallas del amor,
Cuando el deseo es como una cálida azucena
Que se ofrece a todo cuerpo hermoso que fulja a nuestro lado,
Cuánto vale una noche como ésta, indecisa entre la primavera
última y el estío primero,
Este instante en que oigo los leves chasquidos del bosque
nocturno,
Conforme conmigo mismo y con la indiferencia de los otros,
Solo yo con mi vida,
Con mi parte en el mundo.

Jóvenes sátiros

Que vivís en la selva, labios risueños ante el exangüe dios cristiano,

A quien el comerciante adora para mejor cobrar su mercancía,

Pies de jóvenes sátiros,

Danzad más presto cuando el amante llora,

Mientras lanza su tierna endecha

De: Ah, cuando el amor muere.

Porque oscura y cruel la libertad entonces ha nacido;

Vuestra descuidada alegría sabrá fortalecerla,

Y el deseo girará locamente en pos de los hermosos cuerpos

Que vivifican el mundo un sólo instante.

EL JOVEN MARINO

El mar, y nada más.

Insaciable, insaciable.

Con pie desnudo ibas sobre la olvidadiza arena,

Dulcemente trastornado, tal el hombre cuando un placer espera,

Tu cabello seguía la invocación frenética del viento,

Todo tú vuelto apasionado albatros:

A quien su trágico desear brotaba en alas,

Al único maestro respondías:

El mar, única criatura

Que pudiera asumir tu vida poseyéndote.

Tuyo sólo en los ojos no te bastaba,

Ni en el ligero abrazo del nadador indiferente;

Lo querías aún más:

Sus infalibles labios transparentes contra los tuyos ávidos,
Tu quebrada cintura contra el argénteo escudo de su vientre,
Y la vida escapando,
Como sangre sin cárcel,
Desde el fatal olvido en que caías.

Ahí estás ya.

No puedes recordar,
Porque ahora tú mismo eres quieto recuerdo;
Y aquella remota belleza,
En tu cuerpo cifrada como feliz columna;
Hoy sólo alienta en mí,
En mí que la revivo bajo esta oscura forma,
Que cuando tú vivías
Sobre un ara invisible te adivinaba erguido.

No te bastaba

El sol de lengua ardiente sobre el negro diamante de tu piel,
A lo largo de tantas lentas mañanas, ganadas en ocio celeste,
Llenas de un áureo polen, igual que la corola de alguna flor feliz,
De reposo divino, divina indiferencia;
Caído el cuerpo flexible y seguro, tal un arma mortal,
Ante la gran criatura enigmática, el mar inexpresable,
Sin deseo ni pena, como un dios,
Que sin embargo hubiera conocido, a semejanza del hombre,
Nuestros deseos estériles, nuestras penas perdidas.

Mira también hacia lo lejos

Aquellas oscuras tardes, cuándo severas nubes,
Dense enjambre de negras alas,
Silencio y zozobra vertían sobre el mar;

Y en tanto las gaviotas encarnaban la angustia del aire invadido
por la tormenta,

Recuérdale agitado, sacudiendo su entraña,
Como un demente que quisiera arrancar en la luz

El núcleo secreto de su mal,
Torciendo en olas su pálido cuerpo
Su inagotable cuerpo dolido,
Trastornado ante tu amor, también, inagotable,
Sin que pudieras llevar sobre su frente atormentada/
La concha protectora de una mano.

Las gracias vagabundas de abril
Abrieron sus menudas hojas sobre la arena perezosa;
Una juventud nueva corría por las venas de los hombres
invernales.

Escapaban timideces, escalofríos, pudores
Ante el puñal radiante del deseo,
Palabra ensordecedora para la criatura dolida en cuerpo y
espíritu

Por las terribles mordeduras del amor,
Porque el deseo se yergue sobre los despojos de la tormenta
Cuando arde el sol en las playas del mundo.

Mas ¿qué importan a mi vida las playas del mundo?
Es esta solamente quien clava mi memoria,
Porque en ella te vi cruzar, sombrío como una negra aurora,
Arrastrando las alas de tu belleza
Sobre su dilatada curva, semejante a una pomposa rama
Abierta bajo la luz,
Con su armadura de altas rocas
Caída hacia las dunas de adelfas y de palmas,
En un lánguido país del perezoso sur.

Aún ven mis ojos las salinas de sonrosadas aguas,
Los leves molinos de viento
Y aquellos menudos cuerpos oscuros,
Parsimoniosamente movibles,
Junto a los luminosos bueyes fulvos,
Transportando los lunáticos bloques de sal

Sobre las vagonetas, tristes como todo lo que pertenece a los trabajos de la tierra,

Hasta las anchas barcas resbaladizas sobre el pecho del mar.

Quién podría vivir en la tierra

Si no fuera por el mar...

Cuántas veces te vi,

Acariciados los ligeros tobillos por el ancho círculo de tu pantalón marino,

El pecho y los hombros dilatados sobre la armoniosa cintura,

Cubierto voluptuosamente de lana azul como de yedra,

El desdén esculpido sobre los duros labios,

Anegarte frente al mar en una contemplación

Más honda que la del hombre frente al cuerpo que ama.

Cambiantes sentimientos nos enlazan con estío aquel cuerpo,

Y todos ellos no son sino sombras que velan

La forma suprema del amor, que por sí mismo late,

Ciego ante las mudanzas de los cuerpos.

Iluminado por el ardor de su propia llama invencible.

Yo te adoraba como cifra de todo cuerpo bello,

Sin velos que mudaran la recóndita imagen del amor;

Más que al mismo amor, más, ¿me oyes?

Insaciable como tú mismo,

Inagotable como tú mismo;

Aun sabiendo que el mar era el único ser de la creación digno de ti

Y tu cuerpo el único digno de su inhumana soberbia.

Era el atardecer. Las aves del día

Huyeron ante el furtivo pensamiento de la sombra.

Los hombres descansaban en sus cabañas,

Entre la mujer y los hijos,

Desnudos los pies bajo la luz funeral del acetileno;

Acechando el sueño de sus yacijas junto al mar;
Como si no pudieran dormir lejos de lo que les hace vivir
Y de lo que les hace morir.

Un gran silencio, una gran calma
Daba con su presencia el mar;
Pero también latía por el aire adormecido y fresco del letal
anochecer

Un miedo oscuro
De no sabemos qué pálidos gigantes,
Dueños de grisáceas serpientes y negros hipocampos,
Abriendo las sombrías aguas,
En lucha sus miembros retorcidos con rebeldes potencias
animales del abismo.

Las barcas, como leves espectros,
Surgían lentamente desde la arena soñolienta
Sus voluptuosos cuerpos tibios,
Con la gracia animal que sabe volver los ojos implorantes
Hacia las manos de su dueño, dispensadoras de protección y de
caricias,

Pensando tristemente que se alejan sin poder retenerlas.

No a estas horas,
No a estas horas de tregua, cobarde,
Al amanecer es cuando debías ir hacia el mar, joven marino,
Desnudo como una flor;
Y entonces es cuando debías amarle, cuando el mar debía
poseerte,

Cuerpo a cuerpo,
Hasta confundir su vida con la tuya
Y despertar en ti su inmenso amor
El breve espasmo de tu placer sometido,
Desposados el uno con el otro,
Vida con vida, muerte con muerte.

Y una vez, como rosa dejada,
Flotó tu cuerpo, apenas deformado por las nupciales caricias del
mar,

Más pálidos los labios, lo mismo que si hubieran dado paso
A toda su pasión, el ave de la vida;
Igualmente bello así, joven marino,
Desgarradoramente triste con tu belleza inhabitada,
Como al tornasolar la vida tus miembros melodiosos.

Cambian las vidas, pero la muerte es única.
Aún oigo aquella voz exangüe, que en su vago delirio
Llegó hasta mí, a través de las velas caídas en la arena, como
alas arrancadas;

Alguien que conocía tu ausencia, porque sus ojos te vieron
muerto, tal una rosa abandonada sobre el mar,
Decía lentamente: Era más ligero que el agua.

Qué desiertos los hombres,
Cómo chocan sin verse unos a otros sus frentes de vergüenza,
Y cuán dulce será rodar, igual que tú, del otro lado, en el olvido.
Así tu muerte despierta en mí el deseo de la muerte,
Como tu vida despertaba en mí el deseo de la vida.

HIMNO A LA TRISTEZA

Fortalecido estoy contra tu pecho
De augusta piedra fría,
Bajo tus ojos crepusculares,
Oh madre inmortal.

Desengañada alienta en ti mi vida,
Oyendo en el pausado retiro nocturno
Ligeramente resbalar las pisadas
De los días juveniles, que se alejan
Apacibles y graves, en la mirada,
Con una misma luz, compasión, y reproche;
Y van tras ellos como irisado humo
Los sueños creados con mi pensamiento,
Los hijos del anhelo y la esperanza.

La soledad poblé de seres a mi imagen
Como un dios aburrido;
Los amé si eran bellos,
Mi compañía les di cuando me amaron,
Y ahora como ese mismo dios aislado estoy,
Inerme y blanco tal una flor cortada

Olvidándome voy en este vago cuerpo.
Nutrido por las hierbas leves
Y las brillantes frutas de la tierra,
El pan y el vino alados,
En mi nocturno lecho a solas.

Hijo de tu leche sagrada,
El esbelto mancebo
Hiende con pie inconsciente
La escarpada colma,
Salvando con la mirada en ti
El laurel frágil y la espina insidiosa.

Al amante aligeras las atónitas horas
De su soledad, cuando en desierta estancia
La ventana, sobre apacible naturaleza.
Bajo una luz lejana,

Ante sus ojos nebulosos traza
Con renovado encanto verdeante
La estampa inconsistente de su dicha perdida.

Tú nos devuelves vírgenes las horas
Del pasado, fuertes bajo el hechizo
De tu mirada inmensa,
Como guerrero intacto
En su fuerza desnudo tras de broquel bronceado,
Serenos vamos bajo los blancos arcos del futuro.

Ellos, los dioses, alguna vez olvidan
El tosco hilo de nuestros trabajados días,
Pero tú, celeste donadora recóndita,
Nunca los ojos quitas de tus hijos
Los hombres, por el mal hostigados.
Viven y mueren a solas los poetas,
Restituyendo en claras lágrimas
La polvorienta agua salobre,
Y en alta gloria resplandeciente
La esquiva ojeada del magnate henchido,
Mientras sus nombres suenan
Con el viento en las rocas,
Entre el hosco rumor de torrentes oscuros,
Allá por los espacios donde el hombre
Nunca puso sus plantas.

¿Quién sino tú cuidas sus vidas, les da fuerzas
Para alzar la mirada entre tanta miseria,
En la hermosura perdidos ciegamente?
¿Quién sino tú, amante y madre eterna?

Escucha cómo avanzan las generaciones
Sobre esta remota tierra misteriosa;
Marchan los hombres hostigados

Bajo la yerta sombra de los antepasados,
Y el cuerpo fatigado se reclina
Sobre la misma huella tibia
De otra carne precipitada en el olvido.

Luchamos por fijar nuestro anhelo,
Como si hubiera alguien, más fuerte que nosotros,
Que tuviera en memoria nuestro olvido,
Porque dulce será anegarse
En un abrazo inmenso,
Vuelos niebla con luz, agua en la tormenta;

Grato ha de ser aniquilarse,
Marchitas en los labios las delirantes voces.
Pero aún hay algo en mí que te reclama
Conmigo hacia los parques de la muerte
Para acallar el miedo ante la sombra.

¿Dónde floreces tú, como vaga corola
Henchida del piadoso aroma que te alienta
En las nupcias terrenas con los hombres?
No eres hiel ni eres pena, sino amor de justicia imposible,
Tú, la compasión humana de los dioses.

A LAS ESTATUAS DE LOS DIOSES

Hermosas y vencidas soñáis,
Vuelto los ciegos ojos hacia el cielo,
Mirando las remotas edades
De titánicos hombres,
Cuyo amor os daba ligeras guirnaldas

Y la olorosa llama se alzaba
Hacia la luz divina, su hermana celeste.

Reflejo de vuestra verdad, las criaturas
Adictas y libres como el agua iban;
Aún no había mordido la brillante maldad
Sus cuerpos llenos de majestad y gracia.
En vosotros creían y vosotros existíais;
La vida no era un delirio sombrío.

La miseria y la muerte futuras,
No pensadas aún, en vuestras manos
Bajo un inofensivo sueño adormecían
Sus venenosas flores bellas,
Y una y otra vez el mismo amor tornaba
Al pecho de los hombres,
Tal un ave fiel que vuelve al nido
Cuando el día, entre las altas ramas,
Con apacible risa va entornando los ojos,
Eran tiempos heroicos y frágiles,
Deshechos con vuestro poder como un sueño feliz.
Hoy yacéis, mutiladas y oscuras,
Entre los grises jardines de las ciudades,
Piedra inútil que el soplo celeste no anima,
Abandonadas de la súplica y la humana esperanza.

La lluvia con la luz resbalan
Sobre tanta muerte memorable,
Mientras desfilan a lo lejos muchedumbres
Que antaño impíamente desertaron
Vuestros marmóreos altares,
Santificados en la memoria del poeta.
Tal vez su fe os devuelva el cielo.
Mas no juzguéis por el rayo, la guerra o la peste
Una triste humanidad decaída;

Impasibles reinad en el divino espacio.
Distraiga con su gracia el bello copero
La cólera de vuestro poder que despierta.

En tanto el poeta, en la noche otoñal,
Bajo el blanco embeleso lunático,
Mira las ramas que el verdor abandona
Nevarse de luz beatamente,
Y sueña con vuestro trono de oro
Y vuestra faz cegadora,
Lejos de los hombres,
Allá en la altura impenetrable.

VII

LAS NUBES

[1937-1938]

NOCHE DE LUNA

Vida tras vida, fueron
Olvidando los hombres
Aquella diosa virgen
Que misteriosamente, desde el cielo,
Con amor apacible
Asiste a sus vigias
En el silencio dulce de las noches.

Ella ha sido quien viera los abuelos
Remotos, cuando abordan
En sus pintados barcos,
Y ágiles y desnudos se apoderan
Con un trémulo imperio de esta tierra,
Así como el amante
Arrebata y penetra el cuerpo amado.

Sus trabajos vio luego, sus cohabitaciones,
Y otros seres menudos,
Inhábiles, gritando entre los brazos
De los dominadores, y sus mujeres lánguidas
Sonreír débilmente a la raza naciente.

Miró sus largas guerras
Con pueblos enemigos
Y el azote sagrado
De luchas fraticidas;
Contempló esclavitudes y triunfos,
Prostituciones, crímenes,

Prosperidad, traiciones,
El sordo griterío,
Todo el horror humano que salva la hermosura,
Y con ella la calma,
La paz donde brota la historia.

También miró el arado
Con el siervo pasando
Sobre el antiguo campo de batalla,
Fertilizado por tanto cuerpo joven;
Y en ese mismo suelo ha visto correr luego
Al orgulloso dueño sobre caballos recios,
Mientras la hierba, ortiga y cardo
Brotaban por las vastas propiedades.

Cuánta sangre ha corrido
Ante el destino intacto de la diosa.
Cuánto semen viril
Vio surgir entre espasmos
De cuerpos hoy deshechos
En el polvo y el viento,

Cuyos átomos yerran en leves nubes grises,
Velando al embeleso de vasta descendencia
Su tranquilo semblante compasivo.

Cuántas claras ruinas,
Con jaramago apenas adornadas,
Como fuertes castillos un día las ha visto;
Piedras más elocuentes que los siglos,
Antes holladas por el paso leve
De esbeltas cazadoras, un neblí sobre el puño,
Oblicua la mirada soñolienta
Entre un aburrimiento y un amor clandestino.

Sombras, sombras efímeras,
En tanto ella, adolescente
Como en los prados de la edad de oro,
Vierte, azulada urna,
Su embeleso letal
Sobre nuevos cuerpos oscuros
Que la primavera enfebrecer
Con agudos perfumes vegetales.

Allá tras de las torres, su reflejo
Delata la presencia del mar,
Mientras los hombres solitarios duermen
Inermes en su lecho y confiados.
Los enemigos yacen confundidos.
Algo inmenso reposa, aunque la muerte aceche.
Y el mágico reflejo entre los árboles
Permite al soñador abandonarse al canto,
Al placer y al reposo,
A lo que siendo efímero se sueña como eterno.

Cuánta sombra ella ha visto surgir y ponerse,
Cuánto estío y otoño madurar y caer,
Cuántas aguas pasar de las nubes
A la tierra, de los ríos al mar;
Cuántos hombres ha visto desear y morir
Y renacer su anhelo eterno
En otros, otros y otros labios.

Mas una noche, al contemplar la antigua
Morada de los hombres, sólo ha de ver allá
El reflejo de su dulce fulgor,
Mudo y vacío entonces,
Estéril tal su hermosura virginal;
Sin que ningunos ojos humanos

Hasta ella se alcen a través de las lágrimas,
Definitivamente frente a frente
El silencio de un mundo que ha sido
Y la pura belleza tranquila de la nada.

A UN POETA MUERTO (F. G. L.)

Así como en la roca nunca vemos
La clara flor abrirse,
Entre un pueblo hosco y duro
No brilla hermosamente
El fresco y alto ornato de la vida.
Por esto te mataron, porque eras
Verdor en nuestra tierra árida
Y azul en nuestro oscuro aire.

Leve es la parte de la vida
Que como dioses rescatan los poetas.
El odio y destrucción perduran siempre
Sordamente en la entraña
Toda hiel sempiterna del español terrible,
Que acecha lo cimero
Con su piedra en la mano.

Triste sino nacer
Con un ilustre don
Aquí, donde los hombres
En su miseria sólo saben
El insulto, la mofa, el recelo profundo
Ante aquel que ilumina sus palabras opacas

Por el oculto fuego originario.

La sal de nuestro mundo eras,
Vivo estabas como un rayo de sol,
Y ya es tan sólo tu recuerdo
Quien yerra y pasa, acariciando
El muro de los cuerpos
Con el dejo de las adormideras
Que nuestros predecesores ingirieron
A orillas del olvido.

Si tu ángel acude a la memoria,
Sombras son estos hombres
Que aún palpitan tras las malezas de la tierra;
La muerte se diría
Más viva que la vida
Porque tú estás con ella,
Pasado el arco de su vasto imperio,

Poblándola de pájaros y hojas
Con tu gracia y tu juventud incomparables.

Aquí la primavera luce ahora.
Mira los radiantes mancebos
Que vivo tanto amaste
Efímeros pasar junto al fulgor del mar.

Desnudos cuerpos bellos que se llevan
Tras de sí los deseos
Con su exquisita forma, y sólo encierran
Amargo zumo, que no alberga su espíritu
Un destello de amor ni de alto pensamiento.

Igual todo prosigue,
Como entonces, tan mágico,

Que parece imposible
La sombra en que has caído.
Mas un inmenso afán oculto advierte
Que su ignoto aguijón tan sólo puede
Aplacarse en nosotros con la muerte,
Como el afán del agua,
A quien no basta esculpirse en las olas,
Sino perderse anónima
En los limbos del mar.

Pero antes no sabías
La realidad más honda de este mundo:
El odio, el triste odio de los hombres,
Que en ti señalar quiso
Por el acero horrible su victoria,
Con tu angustia postrera
Bajo la luz tranquila de Granada,
Distante entre cipreses y laureles,
Y entre tus propias gentes
Y por las mismas manos
Que un día servilmente te halagaran.

Para el poeta la muerte es la victoria;
Un viento demoníaco le impulsa por la vida,
Y si una fuerza ciega
Sin comprensión de amor
Transforma por un crimen
A ti, cantor, en héroe,
Contempla en cambio, hermano,
Cómo entre la tristeza y el desdén
Un poder más magnánimo permite a tus amigos
En un rincón pudrirse libremente.

Tenga tu sombra paz,
Busque otros valles,

Un río donde el viento
Se lleve los sonidos entre juncos
Y lirios y el encanto
Tan viejo de las aguas elocuentes,
En donde el eco como la gloria humana rueda,
Como ella de remoto,
Ajeno como ella y tan estéril.

Halle tu gran afán enajenado
El puro amor de un dios adolescente
Entre el verdor de las rosas eternas;
Porque este ansia divina perdida aquí en la tierra,
Tras de tanto dolor y dejamiento,
Con su propia grandeza nos advierte
De alguna inmensa mente creadora,
Que concibe al poeta cual lengua de su gloria
Y luego le consuela a través de la muerte.

ELEGIA ESPAÑOLA [I]

Dime, háblame
Tú, esencia misteriosa
De nuestra raza
Tras de tantos siglos,
Hálito creador
De los hombres hoy vivos,
A quienes veo por el odio impulsados
Hasta ofrecer sus almas
A la muerte, la patria más profunda.

Cuando la primavera vieja
Vuelve a tejer su encanto
Sobre tu cuerpo inmenso,
¿Cuál ave hallará nido
Y qué savia una rama
Donde brotar con verde impulso?
¿Qué rayo de la luz alegre,
Qué nube sobre el campo solitario,
Hallarán agua, cristal de hogar en calma
Donde reflejen su irisado juego?

Háblame, madre;
Y al llamarte así, digo
Que ninguna mujer lo fue de nadie
Como tú lo eres mía.
Háblame, dime
Una sola palabra en estos días lentos,
En los días informes
Que frente a ti se esgrimen
Como cuchillo amargo
Entre las manos de tus propios hijos.

No te alejes así, ensimismada
Bajo los largos velos cenicientos
Que nos niegan tus anchos ojos bellos.
Esas flores caídas,
Pétalos rotos entre sangre y lodo,
En tus manos estaban luciendo eternamente
Desde siglos atrás, cuando mi vida
Era un sueño en la mente de los dioses.

Eres tú, son tus ojos lo que busca
Quien te llama luchando con la muerte,
A ti, remota y enigmática

Madre de tantas almas idas
Que te legaron, con un fulgor de piedra clara,
Su afán de eternidad cifrado en hermosura.

Pero no eres tan sólo
Dueña de afanes muertos;
Tierna, amorosa has sido con nuestro afán viviente,
Compasiva con nuestra desdicha de efímeros.
¿Supiste acaso si de ti éramos dignos?

Contempla ahora a través de las lágrimas:
Mira cuántos traidores,
Mira cuántos cobardes
Lejos de ti en fuga vergonzosa,
Renegando tu nombre y tu regazo,
Cuando a tus pies, mientras la larga espera,
Si desde el suelo alzamos hacia ti la mirada,
Tus hijos sienten oscuramente
La recompensa de estas horas fatídicas.

No sabe qué es la vida
Quien jamás alentó bajo la guerra.
Ella sobre nosotros sus alas densas cierne,
Y oigo su silbo helado,
Y veo los muertos bruscos
Caer sobre la hierba calcinada,
Mientras el cuerpo mío
Sufre y lucha con unos enfrente de esos otros.

No sé qué tiembla y muere en mí
Al verte así dolida y solitaria,
En ruinas los claros dones
De tus hijos, a través de los siglos;
Porque mucho he amado tu pasado,
Resplandor victorioso entre sombra y olvido.

Tu pasado eres tú
Y al mismo tiempo eres
La aurora que aún no alumbra nuestros campos.
Tú sola sobrevives
Aunque venga la muerte;
Sólo en ti está la fuerza
De hacernos esperar a ciegas el futuro.

Que por encima de estos y esos muertos
Y encima de estos y esos vivos que combaten,
Algo advierte que tú sufres con todos.
Y su odio, su crueldad, su lucha,
Ante ti vanos son, como sus vidas,
Porque tú eres eterna
Y sólo los creaste
Para la paz y gloria de su estirpe.

SCHERZO PARA UN ELFO

Delicada criatura:
No deseo a mi voz
Que turbe el embeleso
Amarillo del bosque,
Tu elemento nativo,
Por los troncos oscuros
Sustentado hasta el cielo.

Yo quisiera por este
Atardecer traslúcido,
Denso tal un racimo,

Trazarte huella o forma,
Pulsando ramas, hojas,
Tú con el viento en duda.
Difuso aroma, vagas
Con paso gris de sueño,
Te pierdes en la niebla
Que exhala del estanque,
Pensamiento gracioso
De un dios enamorado.

Inspiras todo el aire,
Bajo tu magia abre
Como una flor, tan libre,
El deseo del hombre
Con un alto reposo
Que alivia de la vida.

Siempre incierta, tal eco
De algún labio, a lo lejos,
Entre aliso y aliso
De nórdica blancura,
Vibra tu esbelta música
Y en un fuego suspira.

¿Acaso el amor pesa
A tu cuerpo invisible,
Y sus burlas oscuras
Sobre el mundo recuerdan
En ti, anhelo eterno,
A nosotros efímeros?

Sonríe, dime, canta,
Si eres tú ese arrebató
Que lleva hojas ardientes,
Dejos de tu guirnalda,

Con pasión insaciable
A realizarse en muerte.

¿Mueres tú también, mueres
Como lo hermoso humano,
Hijo sutil del bosque?
Te aquietas por el musgo,
Callas entre la niebla,
Alguna nube esculpe,
Iris de leve nácar,
Tu hastío de los días.

Aún creo ver tus ojos,
Su malicia serena,
Tras las desnudas cimas,
Por el aire, profundo
Y ya frío, con la noche
Que imperiosa se alza.

SOÑANDO LA MUERTE

Como una blanca rosa
Cuyo halo en lo oscuro los ojos no perciben;
Como un blanco deseo
Que ante el amor caído invisible se alzara;
Como una blanca llama
Que en aire torna siempre la mentira del cuerpo,
Por el día solitario y la noche callada
Pasas tú, sombra eterna,
Con un dedo en los labios.

Vas en la blanca nube que, orlándose de fuego
De un dios es ya el ala transparente;
En la blanca ladera, por el valle
Donde velan, verdes lebreles místicos, los chopos;
En la blanca figura de los hombres,
De vivir olvidados con su sueño y locura,
En todo pasas tú, sombra enigmática,
Y quedamente sueñas
Tal un agua a esta fiebre de la vida.

Cuando la blanca juventud miro caída,
Manchada y rota entre las grises horas;
Cuando la blanca verdad veo traicionada
Por manos ambiciosas y bocas elocuentes;
Cuando la blanca inspiración siento perdida
Ante los duros siglos en el dolor pasados,
Sólo en ti entonces creo, vasta sombra,
Tras los sombríos mirtos de tu pórtico,
Única realidad clara del mundo.

SENTIMIENTO DE OTOÑO

Llueve el otoño aún verde como entonces
Sobre los viejos mármoles,
Con aroma vacío, abriendo suelos,
Y el cuerpo se abandona.

Hay formas transparentes por el valle,
Embeleso en las fuentes,
Y entre el vasto aire pálido ya brillan

Unas celestes alas.

Tras de las voces frescas queda el halo
Virginal de la muerte.
Nada pesa ganado ni perdido.
Lánguido va el recuerdo.

Todo es verdad, menos el odio, yerto
Tal ese gris celaje,
Pasando vanamente sobre el oro,
Hecho sombra iracunda.

A LARRA CON UNAS VIOLETAS

Aún se queja su alma vagamente,
El oscuro vacío de su vida.
Mas no pueden pesar sobre esa sombra
Algunas violetas,
Y es grato así dejarlas,
Frescas entre la niebla,
Con la alegría de una menuda cosa pura
Que rescatara aquel dolor antiguo.

Quien habla ya a los muertos,
Mudo le hallan los que viven.
Y en este otro silencio, donde el miedo impera,
Recoger esas flores una a una
Breve consuelo ha sido entre los días
Cuya huella sangrienta llevan las espaldas
Por el odio cargadas con una piedra inútil.
Si la muerte apacigua

Tu boca amarga de Dios insatisfecha,
Aspira el leve don, sombra sentimental,
En esa paz que bajo tierra te esperaba,
Brotando en hierba, viento y luz silvestre,
El fiel y último encanto de estar solo.

Curado de la vida, por una vez sonrío,
Pálido rostro de pasión y de hastío.
Mira las calles viejas por donde fuiste errante,
El farol azulado que te guiara, carne yerta
Al regresar del baile o del sucio periódico,
Y las fuentes de mármol entre palmas:
Aguas y hojas, bálsamo del triste.

La tierra ha sido medida por los hombres,
Con sus casas estrechas y matrimonios sórdidos,
Su venenosa opinión pública y sus revoluciones
Más crueles e injustas que las leyes,
Tal inmenso bostezo demoníaco;
No hay sitio en ella para el hombre solo,
Hijo desnudo y deslumbrante del divino pensamiento.

Y nuestra gran madrastra, mírala hoy deshecha,
Miserable y aún bella entre las tumbas grises
De los que, como tú, nacidos en su estepa,
Vieron mientras vivían morir la esperanza,
Y gritaron entonces, sumidos por tinieblas,
A hermanos irrisorios que jamás escucharon.

Escribir en España no es llorar, es morir,
Porque muere la inspiración envuelta en humo,
Cuando no va su llama libre en pos del aire.
Así, cuando el amor, el tierno monstruo rubio,
Volvió contra ti mismo tantas ternuras vanas,
Tu mano abrió de un tiro, roja y vasta, la muerte.

Libre y tranquilo quedaste en fin, un día,
Aunque tu voz sin ti abrió un dejo indeleble.
Es breve la palabra tal el canto de un pájaro,
Mas un claro jirón puede prenderse en ella
De embriaguez, pasión, belleza fugitivas,
Y subir, ángel vigía que atestigua del hombre,
Allá hasta la región celeste e impasible.

LAMENTO Y ESPERANZA

Soñábamos algunos cuando niños, caídos
En una vasta hora de ocio solitario,
Bajo la lámpara, ante las estampas de un libro,
Con la revolución. Y vimos su ala fúlgida
Plegar como una mies los cuerpos poderosos.

Jóvenes luego, el sueño quedó lejos
De un mundo donde desorden e injusticia,
Hínchenlo oscuramente las ávidas ciudades,
Se alzaban hasta el aire absorto de los campos.
Y en la revolución pensábamos: un mar
Cuya ira azul tragase tanta fría miseria.

El hombre es una nube de la que el sueño es viento.
¿Quién podrá al pensamiento separarlo del sueño?
Sabadlo bien vosotros, los que envidiéis mañana
En la calma este soplo de muerte que nos lleva
Pisando entre ruinas un fango con rocío de sangre.

Un continente de mercaderes y de histriones,

Al acecho de este loco país, está esperando
Que vencido se hunda, solo ante su destino,
Para arrancar jirones de su esplendor antiguo.
Le alienta únicamente su propia gran historia dolorida.

Si con dolor el alma se ha templado, es invencible;
Pero como el amor, debe el dolor ser mudo:
No lo digáis, sufrirlo en esperanza. Así este pueblo inmenso
Agonizará antes, presa ya de la muerte.

Y vedle luego abierto, rosa eterna en los mares.

LA FUENTE

Hacia el pálido aire se yergue mi deseo,
Fresco rumor insomne en fondo de verdura,
Como esbelta columna, mas truncada su gracia
Corona de las aguas la calma ya celeste.

Plátanos y castaños en lisas avenidas
Se llevan a lo lejos mi suspiro diáfano,
De las sendas más claras a las nubes ligeras,
Con el lento aleteo de las palomas grises.

Al pie de las estatuas por el tiempo vencidas,
Mientras copio su piedra, cuyo encanto ha fijado
Mi trémulo esculpir de líquidos momentos,
Única entre las cosas, muero y renazco siempre.

Este brotar continuo viene de la remota
Cima donde cayeron dioses, de los siglos

Pasados, con un dejo de paz, hasta la vida
Que dora vagamente mi azul ímpetu helado.

Por mí yerran al viento dejos apaciguados
De las viejas pasiones, glorias, duelos de antaño,
Y son, bajo la sombra naciente de la tarde,
Misterios junto al vano rumor de los efímeros.

El hechizo del agua detiene los instantes:
Soy divino rescate a la pena del hombre,
Forma de lo que huye de la luz a la sombra,
Confusión de la muerte resuelta en melodía.

ELEGIA ESPAÑOLA [II]

Ya la distancia entre los dos abierta
Se lleva el sufrimiento, como nube
Rota en lluvia olvidada, y la alegría,
Hermosa claridad desvanecida;
Nada altera entre tú, mi tierra, y yo,
Pobre palabra tuya, el invisible
Fluir de los recuerdos, sustentando
Almas con la verdad de tu alma pura.
Sin luchar contra ti ya asisto inerte
A la discordia estéril que te cubre,
Al viento de locura que te arrastra.
Tan sólo Dios vela sobre nosotros,
Arbitro inmemorial del odio eterno.

Tus pueblos han ardido y tus campos
Infecundos dan cosecha de hambre;

Rasga tu aire el ala de la muerte.
Tronchados como flores caen tus hombres
Hechos para el amor y la tarea,
Y aquellos que en la sombra suscitaron
La guerra, resguardados en la sombra
Disfrutaban su victoria. Tú en silencio,
Tierra, pasión única mía, lloras
Tu soledad, tu pena y tu vergüenza.
Fiel aún, extasiado como el pájaro
Que en primavera hacia su nido antiguo
Llegaba a ti y en ti dejaba el vuelo,
Con la atracción remota de un encanto
Ineludible, rosa del destino,
Mi espíritu se aleja de estas nieblas,
Canta su queja por tu cielo vasto,
Mientras el cuerpo queda vacilante,
Perdido, lejos, entre sueño y vida,
Y oye el susurro lento de las horas.

¡Si nunca más pudieran estos ojos
Enamorados reflejar tu imagen!
¡Si nunca más pudiera por tus bosques,
El alma en paz caída en tu regazo,
Soñar el mundo aquel que yo pensaba
Cuando la triste juventud lo quiso!
Tú nada más, fuerte torre en ruinas,
Puedes poblar mi soledad humana,
Y esta ausencia de todo en ti se duerme.
Deja tu aire ir sobre mi frente,
Tu luz sobre mi pecho hasta la muerte,
Única gloria cierta que aún deseo.

NIÑO MUERTO

Si llegara hasta ti bajo la hierba
Joven como tu cuerpo, ya cubriendo
Un destierro más vasto con la muerte,
De los amigos la voz fugaz y clara,
Con oscura nostalgia quizá pienses
Que tu vida es materia del olvido.

Recordarás acaso nuestros días,
Este dejarse ir en la corriente
Insensible de trabajos y penas,
Este apagarse lento, melancólico,
Como las llamas de tu hogar antiguo,
Como la lluvia sobre aquel tejado.

Tal vez busques el campo de tu aldea,
El galopar alegre de los potros,
La amarillenta luz sobre las tapias,
La vieja torre gris, un lado en sombra,
Tal una mano fiel que te guiara
Por las sendas perdidas de la noche.

Recordarás cruzando el mar un día
Tu leve juventud con tus amigos
En flor, así alejados de la guerra.
La angustia resbalaba entre vosotros
Y el mar sombrío al veros sonreía,
Olvidando que él mismo te llevaba
A la muerte, tras un corto destierro.

Yo hubiera compartido aquellas horas
Yertas de un hospital. Tus ojos solos
Frente a la imagen dura de la muerte.
Ese sueño de Dios no lo aceptaste.

Así como tu cuerpo era de frágil,
Enérgica y viril era tu alma.

De un solo trago largo consumiste
La muerte tuya, la que te destinaban,
Sin volver un instante la mirada
Atrás, tal hace el hombre cuando lucha.
Inmensa indiferencia te cubría
Antes de que la tierra te cubriera.

El llanto que tú mismo no has llorado,
Yo lo lloro por ti. En mí no estaba
El ahuyentar tu muerte como a un perro
Enojoso. E inútil es que quiera
Ver tu cuerpo crecido, verde y puro,
Pasando como pasan estos otros

De tus amigos, por el aire blanco
De los campos ingleses, vivamente.

Volviste la cabeza contra el muro
Con el gesto de un niño que temiese
Mostrar fragilidad en su deseo.
Y te cubrió la eterna sombra larga.
Profundamente duermes. Mas escucha:
Yo quiero estar contigo; no estás solo.

LA VISITA DE DIOS

Pasada se halla ahora la mitad de mi vida.
El cuerpo sigue en pie y las voces aún giran

Y resuenan con encanto marchito en mis oídos,
Mas los días esbeltos ya se marcharon lejos;
Sólo recuerdos pálidos de su amor me ha dejado.
Como el labrador al ver su trabajo perdido
Vuelve al cielo los ojos esperando la lluvia,
También quiero esperar en esta hora confusa
Unas lágrimas divinas que aviven mi cosecha.
Pero hondamente fijo queda el desaliento,
Como huésped oscuro de mis sueños.
¿Puedo esperar acaso? Todo se ha dado al hombre

Tal distracción efímera de la existencia;
A nada puede unir este ansia suya que reclama
Una pausa de amor entre la fuga de las cosas.
Vano sería dolerse del trabajo, la casa, los amigos perdidos
En aquel gran negocio demoníaco de la guerra.

Estoy en la ciudad alzada para su orgullo por el rico,
Adonde la miseria oculta canta por las esquinas
O expone dibujos que me arrasan de lágrimas los ojos.
Y mordiendo mis puños con salvaje tristeza
Aún cuenta mentalmente mis monedas escasas,

Porque un trozo de pan aquí y unos vestidos
Suponen un esfuerzo mayor para lograrlos
Que el de los viejos héroes cuando vencían
Monstruos, rompiendo encantos con su lanza.

La revolución renace siempre, tal un fénix
Llameante en el pecho de los desdichados.
Esto lo sabe el charlatán bajo los árboles
De las plazas, y su baba argentina, su cascabel sonoro,
Silbando entre las hojas encanta al pueblo
Robusto y engañado con maligna elocuencia.
Y canciones de sangre acunan su miseria.

Por mi dolor comprendo que otros inmensos sufren
Hombres callados a quienes falta el ocio
Para arrojar al cielo su tormento. Mas no puedo
Copiar su enérgico silencio que me alivia
Este consuelo de la voz, sin tierra y sin amigo,
En la profunda soledad de quien no tiene
Ya nada entre sus brazos, sino el aire en torno,
Lo mismo que un navío al alejarse sobre el mar.

¿Adónde han ido las viejas compañeras del hombre?
Mis zurcidoras de proyectos, mis tejedoras de esperanzas
Han muerto. Sus agujas y madejas reposan
Con polvo en un rincón, sin la melodía del trabajo.
Como una sombra aislada al filo de los días,
Voy repitiendo gestos y palabras mientras lejos escucho
El inmenso bostezo de los siglos pasados.

El tiempo, ese blanco desierto ilimitado,
Esa nada creadora, amenaza a los hombres
Y con luz inmortal se abre ante los deseos juveniles.
Unos quieren asir locamente su mágico reflejo,
Mas otros le conjuran con un hijo
Ofrecido en los brazos como víctima,
Porque de nueva vida se mantiene su vida
Como el agua del agua llorada por los hombres.

Pero a ti, Dios, ¿con qué te aplacaremos?
Mi sed eras tú, tú fuiste mi amor perdido,
Mi casa rota, mi vida trabajada, y la casa y la vida
De tantos hombres como yo a la deriva
En el naufragio de un país. Levantados de naipes,
Unos tras otros iban cayendo mis pobres paraísos.
¿Movi6 tu mano el aire que fuera derribándolos
Y tras ellos, en el profundo abatimiento, en el hondo vacío,

Se alza al fin ante mí, la nube que oculta tu presencia?

No golpees airado mi cuerpo con tu rayo;

Si el amor no eres tú, ¿quién lo será en tu mundo?

Compadécete al fin, escucha este murmullo

Que ascendiendo llega como una ola

Al pie de tu divina indiferencia.

Mira las tristes piedras que llevamos

Ya sobre nuestros hombros para enterrar tus dones:

La hermosura, la verdad, la justicia, cuyo afán imposible

Tú sólo eras capaz de infundir en nosotros.

Si ellas murieran hoy, de la memoria tú te borrarías

Como un sueño remoto de los hombres que fueron.

RESACA EN SANSUEÑA

(Fragmentos de un poema dramático)

I

PRÓLOGO

Es el amanecer ligero del estío

En la costa del sur, cuando a lo lejos, leve

Sospecha de la luz, rizándose de rosa,

Abre la madreperla de su mar y su cielo.

Las gaviotas ya huyen, y se dilata el aire,

Y brota aún más la luz hasta dorar las palmas
Soñolientas, caídas sobre arenas oscuras
Que van bebiendo noche con un polvo de estrellas.

Ahora el calor asciende como una nube vaga
De lánguido sopor por las calles, terrazas,
Blancas tapias del pueblo, confusión de la espuma,
Tal se confunde el agua con su verde alameda.

El aroma del mar vasto y denso suspende
Los mortales dormidos bajo un clásico encanto,
Y modela los cuerpos con fuertes líneas puras,
Y en las venas infiltra las pasiones antiguas.

Con la gracia inocente de esbeltos animales
Se mueven en el aire estos hombres sonoros,
Bellos como la luna, cadenciosos de miembros,
Elásticos, callados, que ennoblecen la fuerza.

Las mentiras solemnes no devoran sus vidas
Como en el triste infierno de las ciudades grises.
Aquí el ocio es costumbre. Su juventud espera.
La hermosura se precia. No alienta la codicia.

Esta es la gente clara y libre de Sansueña.
Aptos al sufrimiento, el canto les redime
De llorar la miseria, y la tierra fecunda
Les regala con frutos y el mar con plata viva.

Pero una estatua ciega dio al pueblo la leyenda
De algún poder maligno que al acecho estuviera
Desde remotos siglos en un mármol ahogado.
Comienza el drama ahora. Escuchad silenciosos.

II

MONÓLOGO DE LA ESTATUA

Por la noche del mar, donde la luz resbala
Azul y misteriosa tal a través de un sueño,
Sin alcanzar al fondo remoto de las aguas
El filo de su espada rota en estrellas ciegas,

Uno a uno los siglos morosos del destierro
Pasaron sobre mí. Soy la piedra divina
Que un desastre arrojara desde el templo al abismo
Poniendo al poderío término entre las sombras.

Soy aquel que remotas edades adoraron,
Tal la forma del día. Mancebos y doncellas
Con voces armoniosas elevaban al aire
Himnos ante la gloria blanca de mis columnas.

Pero los pueblos mueren y sus templos perecen,
Vacíos con el tiempo el cielo y el infierno
Igual que las ruinas. Vinieron nuevos dioses
A poblar el afán temeroso del hombre,

Quedando mis altares sin guirnaldas ni aromas,
Aunque la soledad callada de los mares
Alguna vez trajera, de un naufragio lejano,
Ecos de sacrificio a mis aras desiertas.

Lleno estoy de recuerdos. Su tormento me abre
Como llaga incurable el hueco de la gloria,
Gloria que no soñé, gloria que yo llevaba
Con su nimbo visible de luz sobre mi frente.

Pasan mientras las olas con revuelta marea
A juntar con sus aguas las aguas del olvido,
Y recubren mi cuerpo, blanco como las nubes,
Del limo que corroe los mármoles sagrados.

Aún espero el rescate de las aguas profundas,
La paz de las auroras futuras, devolviendo
A la tierra algún día este mármol caído,
Forma mortal de un dios inerme entre los hombres.

III

FINAL

Aquel rincón tan claro cuando el sol lo alumbraba,
Ahora es silencio y sombra, y el aire, más profundo,
Negra corola inclina con un polen de oro
Bajo el soplo nocturno que refresca el estío.

Blancura de jazmines, de nardos, de magnolias,
Aroma da a los patios, mientras la voz del agua
Clara, desde los mármoles, a través de las rejas,
Acompaña el coloquio de los enamorados.
Entre las tapias altas con densas madre selvas
De jardines cerrados, turba la calle en calma
El canto repetido del grillo, y el murmullo
Más sordo de las olas viene por las esquinas.

A la orilla del mar, donde la espuma sueña
Tibia sobre la arena, vagan dejos de amores
Y penas, pero la noche amargamente sabe
Curar heridas viejas a las almas cansadas.

A sus cuevas han vuelto las pasiones diarias,
Porque el sueño en reposo deja al pueblo. Son estas
Horas de goce puro, en su quietud aérea,
Iguales a esa roca toda abierta en terrazas,

Escalones de gracia que a la luna se ofrecen.
Si alguna piedra cae, abre unos leves círculos
Al hundirse en el agua. Si una luz fugaz pasa,
Traza un brillo irisado en ventanas distantes.

Ninguna voz responde a la pena del hombre,
Que no es voz la guitarra rasgueada a lo lejos,
Honda como un recuerdo, vaga como un suspiro.
Sobre el campo dormido, la noche lenta gira

Por el cielo, dejando sobre vivos y muertos
Fluir la paz oscura de algún edén remoto.
Aquí acaba el poema. Podéis reír, marcharos.
Su fábula fue escrita como la flor se abre.

ATARDECER EN LA CATEDRAL

Por las calles desiertas, nadie. El viento
Y la luz sobre las tapias
Que enciende los aleros al sol último.
Tras una puerta se queja el agua oculta.
Ven a la catedral, alma de soledad temblando.

Cuando el labrador deja en esta hora,
Abierta ya la tierra con los surcos,
Nace de la obra hecha gozo y calma.
Cerca de Dios se halla el pensamiento.

Algunos chopos secos, llama ardida
Levantán por el campo, como el humo
Alegre en los tejados de las casas.
Vuelve un rebaño junto al arroyo oscuro
Donde duerme la tarde entre la hierba.
El frío está naciendo y es el cielo más hondo.

Tal un sueño de piedra, de música callada,
Desde la flecha erguida de la torre
Hasta la lonja de anchas losas grises,
La catedral extática aparece,
Toda reposo: vidrio, madera, bronce,
Fervor puro a la sombra de los siglos.

Una vigilia dicen esos ángeles
Y su espada desnuda sobre el pórtico,
Florido con sonrisas por los santos viejos,
Como huerto de otoño que brotara
Musgos entre las rosas esculpidas.

Aquí encuentran la paz los hombres vivos,
Paz de los odios, paz de los amores,
Olvido dulce y largo, donde el cuerpo
Fatigado se baña en las tinieblas.

Entra en la catedral, ve por las naves altas
De esbelta bóveda, gratas a los pasos
Errantes sobre el mármol, entre columnas,
Hacia el altar, ascua serena,

Gloria propicia al alma solitaria.

Como el niño descansa, porque cree
En la fuerza prudente de su padre;
Con el vivir callado de las cosas
Sobre el haz inmutable de la tierra,
Transcurren estas horas en el templo.

No hay lucha ni temor, no hay pena ni deseo.
Todo queda aceptado hasta la muerte
Y olvidado tras de la muerte, contemplando,
Libres del cuerpo, y adorando,
Necesidad del alma exenta de deleite.

Apagándose van aquellos vidrios
Del alto ventanal, y apenas si con oro
Tristes se irisan débilmente. Muere el día,
Pero la paz perdura postrada entre la sombra.

El suelo besan quedos unos pasos
Lejanos. Alguna forma, a solas,
Reza caída ante una vasta reja
Donde palpita el ala de una llama amarilla.

Llanto escondido moja el alma,
Sintiendo la presencia de un poder misterioso
Que el consuelo creara para el hombre,
Sombra divina hablando en el silencio.

Aromas, brotes vivos surgen,
Afirmando la vida, tal savia de la tierra
Que irrumpe en milagrosas formas verdes.
Secreto entre los muros de este templo,
El soplo animador de nuestro mundo
Pasa y orea la noche de los hombres.

CORDURA

Suena la lluvia oscura.
El campo amortecido
Inclina hacia el invierno
Cimas densas de árboles.

Los cristales son bruma
Donde un iris mojado
Refleja ramas grises,
Humo de hogares, nubes.

A veces, por los claros
Del cielo, la amarilla
Luz de un edén perdido
Aún baja a las praderas.

Un hondo sentimiento
De alegrías pasadas,
Hechas olvido bajo
Tierra, llena la tarde.

Turbando el aire quieto
Con una queja ronca,
Como sombras, los cuervos
Agudos, giran, pasan.

Voces tranquilas hay
De hombres, hacia lo lejos,
Que el suelo están labrando
Como hicieron los padres.

Sus manos, si se extienden,
Hallan manos amigas.
Su fe es la misma. Juntos

Viven la misma espera.

Allá, sobre la lluvia,
Donde anidan estrellas,
Dios por su cielo mira
Dulces rincones grises.

Todo ha sido creado,
Como yo, de la sombra:
Esta tierra a mí ajena,
Estos cuerpos ajenos.

Un sueño, que conmigo
El puso para siempre,
me aísla. Así está el chopo
Entre encinas robustas.

Duro es hallarse solo
En medio de los cuerpos.
Pero esa forma tiene
Su amor: la cruz sin nadie.

Por ese amor espero,
Despierto en su regazo,
Hallar un alba pura
Comunión con los hombres.

Mas la luz deja el campo.
Es tarde y nace el frío.
Cerrada está la puerta,
Alumbrando la lámpara.

Por las sendas sombrías
Se duele el viento ahora,
Tal alma aislada en lucha.

La noche será breve.

TRISTEZA DEL RECUERDO

Por las esquinas vagas de los sueños,
Alta la madrugada, fue conmigo
Tu imagen bien amada, como un día
En tiempos idos, cuando Dios lo quiso.

Agua ha pasado por el río abajo,
Hojas verdes perdidas llevó el viento
Desde que nuestras sombras vieron quedas
Su afán borrarse con el sol traspuesto.

Hermosa era aquella llama, breve
Como todo lo hermoso: luz y ocaso.
Vino la noche honda, y sus cenizas
Guardaron el desvelo de los astros.

Tal jugador febril ante una carta,
Un alma solitaria fue la apuesta
Arriesgada y perdida en nuestro encuentro;
El cuerpo entre los hombres quedó en pena.

¿Quién dice que se olvida? No hay olvido.
Mira a través de esta pared de hielo
Ir esa sombra hacia la lejanía
Sin el nimbo radiante del deseo.

Todo tiene su precio. Yo he pagado
El mío por aquella antigua gracia,

Y así, despierto, hallando tras mi sueño
Un lecho solo, afuera yerta el alba.

CANCION DE INVIERNO

Tan hermoso como el fuego
Late en el ocaso quieto,
Ardiente, dorado.

Tan hermoso como el sueño
Respira dentro del pecho,
Solo, recatado.

Tan hermoso como el silencio
Vibra en torno de los besos,
Alado, sagrado.

ALEGRIA DE LA SOLEDAD

A solas, a solas,
Camino de la aurora,
Bajo las nubes cantan,
Blancas, solas, las aguas;
Y entre las hojas sueña,
Verde y sola, la tierra.

Rubia, sola también, tu alma
Allá en el pecho ama,
Mientras las rosas abren,
Mientras pasan los ángeles,
Solos en la victoria
Serena de la gloria.

EL AMOR Y EL AMANTE

¿Eres amor? Pasa el fuego,
Cruza con alas el mar,
Despierta a la vida el sueño,
Da hermosura a lo real.

¿Eres tan sólo la sombra?
Cubre con su resplandor
Tu mentira. Haz que la sombra
Venza al fuerte, al puro amor.

LÁZARO

Era de madrugada.
Después de retirada la piedra con trabajo,
Porque no la materia sino el tiempo
Pesaba sobre ella,

Oyeron una voz tranquila
Llamándome, tal un amigo llama
Cuando atrás queda alguno
Fatigado de la jornada y cae la sombra.
Hubo un silencio largo.
Así lo cuentan ellos que lo vieron
Yo no recuerdo sino el frío
Extraño que brotaba
Desde la tierra honda, con angustia
De entresueño, y lento iba
A despertar el pecho,
Donde insistió con unos golpes leves,
Ávido de tornarse sangre tibia.
En mi cuerpo dolía
Un dolor vivo o un dolor soñado.

Era otra vez la vida.
Cuando abrí los ojos
Fue el alba pálida quien dijo
La verdad. Porque aquellos
Rostros ávidos sobre mí, estaban mudos
Mordiendo un sueño vago inferior al milagro,
Como rebaño hosco
Que no a la voz sino a la piedra atiende,
Y el sudor de sus frentes
Oí caer pesado entre la hierba.
Alguien dijo palabras
De nuevo nacimiento.
Mas no hubo allí sangre materna
Ni vientre fecundado
Que crea con dolor nueva vida doliente.
Sólo anchas vendas, lienzos amarillos
Con olor denso, desnudaban
La carne gris y flácida tal un fruto pasado;

No el terso cuerpo oscuro, rosa de los deseos,
Sino el cuerpo de un hijo de la muerte.

El cielo rojo abría hacia lo lejos
Tras de olivos y alcores;
El aire estaba en calma.
Mas temblaban los cuerpos
Como las ramas cuando el viento sopla,
Brotando de la noche con los brazos tendidos
Para ofrecirme su propio afán estéril.
La luz me remordía
Y hundí la frente sobre el polvo
Al sentir la pereza de la muerte.

Quise cerrar los ojos,
Buscar la vasta sombra,
La tiniebla primaria
Que su venero esconde bajo el mundo
Lavando de vergüenzas la memoria.
Cuando un alma doliente en mis entrañas
Gritó, por las oscuras galerías
Del cuerpo, agria, desencajada,
Hasta chocar contra el muro de los huesos
Y levantar mareas febriles por la sangre.

Aquel que con su mano sostenía
La lámpara testigo del milagro,
Mató brusco la llama,
Porque ya el día estaba con nosotros.

Una rápida sombra sobrevino.
Entonces, hondos bajo una frente, vi unos ojos
Llenos de compasión, y hallé temblando un alma
Donde mi alma se copiaba inmensa,
Por el amor dueña del mundo.

Vi unos pies que marcaban la linde de la vida,
El borde de una túnica incolora
Plegada, resbalando
Hasta rozar la fosa, como un ala
Cuando a subir tras de la luz incita.
Sentí de nuevo el sueño, la locura
Y el error de estar vivo,
Siendo carne doliente día a día.
Pero él me había llamado
Y en mí no estaba ya sino seguirle.

Por eso, puesto en pie, anduve silencioso
Aunque todo para mí fuera extraño y vano,
Mientras pensaba: así debieron ellos,
Muerto yo, caminar llevándome a la tierra.
La casa estaba lejos;
Otra vez vi sus muros blancos
Y el ciprés del huerto.
Sobre el terrado había una estrella pálida.
Dentro no hallamos lumbre
En el hogar cubierto de ceniza.

Todos le rodearon en la mesa.
Encontré el pan amargo, sin sabor las frutas,
El agua sin frescor, los cuerpos sin deseo;
La palabra hermandad sonaba falsa,
Y de la imagen del amor quedaban
Sólo recuerdos vagos bajo el viento.
El conocía que todo estaba muerto
En mí, que yo era un muerto
Andando entre los muertos.

Sentado a su derecha me veía
Como aquel que festejan al retorno.

La mano suya descansaba cerca
Y recliné la frente sobre ella
Con asco de mi cuerpo y de mi alma.
Así pedí en silencio, tal se pide
A Dios, porque su nombre
Más vasto que los templos, los mares, las estrellas,
Cabe en el desconsuelo del hombre que está solo,
Fuerza para llevar la vida nuevamente.

Así rogué, con lágrimas,
Fuerza de soportar mi ignorancia resignado,
Trabajando no por mi vida ni mi espíritu,
Mas por una verdad en aquellos ojos entrevista
Ahora. La hermosura es paciencia.
Sé que el lirio del campo,
Tras de su humilde oscuridad en tantas noches
Con larga espera bajo tierra,
Del tallo verde erguido a la corola alba,
Irrumpe un día en gloria triunfante.

IMPRESION DE DESTIERRO

Fue la pasada primavera,
Hace ahora casi un año,
En un salón del viejo Temple, en Londres,
Con viejos muebles. Las ventanas daban,
Tras edificios viejos a lo lejos,
Entre la hierba el gris relámpago del río.
Todo era gris y estaba fatigado,
Igual que el iris de una perla enferma.

Eran señores viejos, viejas damas,
En los sombreros plumas polvorientas.
Un susurro de voces allá por los rincones,
Junto a mesas con tulipanes amarillos,
Retratos de familia y teteras vacías.
La sombra que caía
Con un olor a gato,
Despertaba ruidos en cocinas.

Un hombre silencioso estaba
Cerca de mí. Veía
La sombra de su largo perfil algunas veces
Asomarse abstraído al borde de la taza,
Con la misma fatiga
Del muerto que volviera
Desde la tumba a una fiesta mundana.

En los labios de alguno,
Allá por los rincones
Donde los viejos juntos susurraban,
Densa tal una lágrima cayendo,
Brotó de pronto una palabra: España.
Un cansancio sin nombre
Rodaba en mi cabeza.
Encendieron las luces. Nos marchamos.

Tras largas escaleras casi a oscuras,
Me hallé luego en la calle,
Y a mi lado, al volverme,
Vi otra vez aquel hombre silencioso,
Que habló indistinto algo
Con acento extranjero,
Un acento de niño en voz envejecida.

Andando me seguía
Como si fuera solo bajo un peso invisible,
Arrastrando la losa de su tumba.
Mas luego se detuvo.

“¿España?”, dijo. “Un nombre.
España ha muerto”. Había
Una súbita esquina en la calleja.

Le vi borrarse entre la sombra húmeda.

CEMENTERIO EN LA CIUDAD

Tras de la reja abierta entre los muros,
La tierra negra sin árboles ni hierba,
Con bancos de madera donde allá a la tarde
Se sientan silenciosos unos viejos.
En torno están las casas, cerca hay tiendas,
Calles por las que juegan niños, y los trenes
Pasan al lado de las tumbas. Es un barrio pobre.

Tal remiendos de las fachadas grises,
Cuelgan en las ventanas trapos húmedos de lluvia.
Borradas están ya las inscripciones
De las losas con muertos de dos siglos,
Sin amigos que les olviden, muertos
Clandestinos. Mas cuando el sol despierta,
Porque el sol brilla algunos días hacia junio,
En lo hondo algo deben sentir los huesos viejos.

Ni una hoja ni un pájaro. La piedra nada más.
La tierra.

¿Es el infierno así? Hay dolor sin olvido,
Con ruido y miseria, frío largo y sin esperanza.
Aquí no existe el sueño silencioso
De la muerte, que todavía la vida
Se agita entre estas tumbas, como una prostituta
Prosigue su negocio bajo la noche inmóvil.

Cuando la sombra cae desde el cielo nublado
Y el humo de las fábricas se aquieta,
En polvo gris, vienen de la taberna voces,
Y luego un tren que pasa
Agita largos ecos como un bronce iracundo.

No es el juicio aún, muertos anónimos.
Sosegaos, dormir; dormir si es que podéis.
Acaso Dios también se olvida de vosotros.

JARDÍN ANTIGUO

Ir de nuevo al jardín cerrado,
Que tras los arcos de la tapia,
Entre magnolios, limoneros,
Guarda el encanto de las aguas.

Oír de nuevo en el silencio,
Vivo de trinos y de hojas,
El susurro tibio del aire
Donde las almas viejas flotan.

Ver otra vez el cielo hondo
A lo lejos, la torre esbelta
Tal flor de luz sobre las palmas:
Las cosas todas siempre bellas.

Sentir otra vez, como entonces,
La espina aguda del deseo,
Mientras la juventud pasada
Vuelve. ¡Sueño de un dios sin tiempo!

DESEO

Por el campo tranquilo de septiembre,
Del álamo amarillo alguna hoja,
Como una estrella rota,
Girando al suelo viene.

¡Si así el alma inconsciente,
Señor de las estrellas y las hojas,
Fuese, encendida sombra,
De la vida a la muerte!

LA ADORACIÓN DE LOS MAGOS

VIGILIA

Melchor

La soledad. La noche. La terraza.
La luna silenciosa en las columnas.
Junto al vino y las frutas, mi cansancio.

Todo lo cansa el tiempo, hasta la dicha
Perdido su sabor después amarga,
Y hoy sólo encuentro en los demás mentira,
Aquí en mi pecho aburrimiento y miedo.
Si la leyenda mágica se hiciera
Realidad algún día...

La profética
Estrella, que naciendo de las sombras
Pura y clara, trazara sobre el cielo,
Tal sobre faz etíope una lágrima,
La estela misteriosa de los dioses.
Ha de encarnarse la verdad divina
Donde oriente esa luz.

¿Será la magia,
Ida la juventud con su deseo,
Posible todavía? Si yo pienso
Aquí bajo los ojos de la noche,
No es menor maravilla; si yo vivo,
Bien puede un Dios vivir sobre nosotros.
Mas nunca nos consuela un pensamiento,
Sino la gracia muda de las cosas.

Qué dulce está la noche. Cuando el aire
A la terraza trae desde lejos
Un aroma de nardo, y como un eco
El son adormecido de las aguas,
Siento animarse en mí la forma vaga
De la edad juvenil con su dulzura.

Así el tiempo sin fondo arroja el hombre
Consuelos ilusorios, penas ciertas,
Y así alienta el deseo. Un cuerpo solo,
Arrullando su miedo y su esperanza,
Desde la sombra pasa hacia la sombra.

Mas tengo sed. ¡Lágrimas de la viña,
Frescas al labio con frescor ardiente,
Tal si un rayo de sol atravesara
La neblina! ¡Delicia de los frutos
De piel tersa y oscura, como un cuerpo
Ofrecido en la rama del deseo!

Señor, danos la paz de los deseos
Satisfechos, de las vidas cumplidas.
Ser tal la flor que nace y luego abierta
Respira en paz, cantando bajo el cielo
Con luz de sol, aunque la muerte exista:
La cima ha de anegarse en la ladera.

Demonio

Gloria a Dios en las alturas del cielo,
Tierra sobre los hombres en su infierno.

Melchor

Sin que su abismo lo profane el alba,

Pálida está la noche. Y esa estrella
Más pura que los rayos matinales,
Al dar su luz palpita como sangre
Manando alegremente de la herida.
¡Pronto, Eleazar, aquí!

Hombres que duermen
Y de un sueño de siglos Dios despierta...
Que enciendan las hogueras en los montes,
Llevando el fuego rápido la nueva
A las lindes de reinos tributarios.
Al alba he de partir. Y que la muerte
No me ciegue, mi Dios, sin contemplarte.

II

LOS REYES

Baltasar

Como pastores nómadas, cuando hiere la espada del invierno,
Tras una estrella incierta vamos, atravesando de noche los
desiertos,
Acampados de día junto al muro de alguna ciudad muerta,
Donde aúllan chacales; mientras, abandonada nuestra tierra,
Sale su cetro a plaza, para ambiciosos o charlatanes que aún
exploten
El viejo afán humano de atropellar la ley, el orden.
Buscamos la verdad, aunque verdades en abstracto son cosa
innecesaria,
Lujo de soñadores, cuando bastan menudas verdades
acordadas.

Mala cosa es tener el corazón henchido hasta dar voces, clamar
por la verdad,
por la justicia.

No se hizo el profeta para el mundo, sino el dúctil sofista
Que toma el mundo como va: guerras, esclavitudes, cárceles y
verdugos

Son cosas naturales, y la verdad es sueño, menos que sueño,
humo.

Gaspar

Amo el jardín, cuando abren las flores serenas del otoño,
El rumor de los árboles, cuya cima dora la luz toda reposo,
Mientras por la avenida el agua esbelta baila sobre el mármol
Y a lo lejos se escucha, entre el aire más denso, un pájaro.
Cuando la noche llega, y desde el río un viento frío corre
Sobre la piel desnuda, llama la casa al hombre,
Hecha voz tibia, entreabiertos sus muros como una concha
oscura,

Con la perla del fuego, donde sueño y deseo juntan sus luces
puras.

Un cuerpo virgen junto al lecho aguarda desnudo, temeroso,
Los brazos del amante, cuando a la madrugada penetran y duele
el gozo.

Esto es la vida. ¿Qué importan la verdad o el poder junto a esto?
Vivo estoy. Dejadme así pasar el tiempo en embeleso.

Melchor

No hay poder sino en Dios, en Dios sólo perdura la delicia;
El mar fuerte es su brazo, la luz alegre su sonrisa.
Dejad que el ambicioso con sus torres alzadas oscurezca la
tierra;

Pasto serán del huracán, con polvo y sombra confundiéndolas.
Dejad que el lujurioso bese y muerda, espasmo tras espasmo;

Allá en lo hondo siente la indiferencia virgen de los huesos castrados.

¿Por qué os doléis, ¡oh reyes!, del poder y la dicha que atrás quedan?

Aunque mi vida es vieja no vive en el pasado, sino espera;

Espera los momentos más dulces, cuando al alma regale

La gracia, y el cuerpo sea al fin risueño, hermoso e ignorante.

Abandonad el oro y los perfumes, que el oro pesa y los aromas aniquilan.

Adonde brilla desnuda la verdad nada se necesita.

Baltasar

Antífona elocuente, retórica profética de raza a quien escapa con el poder la vida.

Pero mi pueblo es joven, es fuerte, y diferente del tuyo israelita.

Gaspar

Si el beso y si la rosa codicio, indiferente hacia los dioses todos,

Es porque beso y rosa pasan. Son más dulces los efímeros gozos.

Melchor

¡Locos enamorados de las sombras! ¿Olvidáis, tributarios,

Cómo son vuestros reinos del mío, que aún puedo sujetaros

A seguir entre siervos descalzos, el rumbo de mi estrella?

¿Qué es soberbia o lujuria ante el miedo, el gran pecado, la fuerza de la tierra?

Baltasar

Con tu verdad pudiera, si la hallamos, alzar un gran imperio.

Gaspar

Tal vez esa verdad, como una primavera, abra rojos deseos.

III

PALINODIA DE LA ESPERANZA DIVINA

Era aquel que cruzábamos, camino
Abandonado entre arenales,
Con una higuera seca, un pozo, y el asilo
De una choza desierta bajo el frío.
Lejos, subiendo entre unos riscos,
Iba el pastor junto a sus flacas cabras negras.
Cuando tras de la noche larga la luz vino,
Irisando la escarcha sobre nuestros vestidos,
Faltas de convicción, las cosas escaparon
Tal en un sueño interrumpido.

Padecíamos hambre, gran fatiga.
Al lado de la choza hallamos una viña
Donde un racimo quedaba todavía,
Seco, que ni los pájaros habían
Querido. Nosotros lo tomamos:
De polvo y agrio vino el paladar teñía.
Era bueno el descanso, pero
En quietud la indiferencia del paisaje aísla,
Y añoramos la marcha, la fiebre de la ida.

Vimos la estrella hacia lo alto,
Que estaba inmóvil, pálida como el agua
En la irrupción del día, una respuesta dando
Con su brillo tardío del milagro
Sobre la choza. Los muros sin cobijo
Y el dintel roto, se abrían hacia el campo,
Desvalidos. Nuestro fervor helado
Se volvió tal viento de aquel páramo.

Dimos el alto. Todos descabalaron.
Al entrar en la choza, refugiados,
Una mujer y un viejo sólo hallamos.

Pero alguien más había en la cabaña:
Un niño entre sus brazos la mujer guardaba.
Esperamos un dios, una presencia
Radiante e imperiosa, cuya vista es la gracia,
Y cuya privación idéntica a la noche
Del amante celoso sin la amada.
Hallamos una vida como la nuestra humana,
Gritando lastimosa, con ojos que miraban
Dolientes, bajo el peso de su alma
Sometida al destino de las almas,
Cosecha que la muerte ha de segarla.

Nuestros dones, aromas delicados y metales puros,
Dejamos sobre el polvo, tal si la ofrenda rica
Pudiera hacer el dios. Pero ninguno
De nosotros su fe viva mantuvo,
Y la verdad buscada sin valor quedó toda,
El mundo pobre fue, enfermo, oscuro.
Añoramos nuestra corte pomposa, las luchas y las guerras,
O las salas templadas, los baños, la sedosa
Carne propicia de cuerpos aún no adultos,
O el reposo del tiempo en el jardín nocturno,
Y quisimos ser hombres sin adorar a dios alguno.

IV

SOBRE EL TIEMPO PASADO

Mira cómo la luz amarilla de la tarde
Se tiende con abrazo largo sobre la tierra
De la ladera, dorando el gris de los olivos
Otoñales, ya henchidos por los frutos maduros;

Mira allá las marismas de niebla luminosa.
Aquí, año tras año, nuestra vida transcurre,
Llevando los rebaños de día por el llano,
Junto al herboso cauce del agua enfebrecida;

De noche hacia el abrigo del redil y la choza.
Nunca vienen los hombres por estas soledades,
Y apenas si una vez les vemos en el zoco
Del mercado vecino, cuando abre la semana.

Esta paz es bien dulce. Callada va la alondra
Al gozar de sus alas entre los aires claros.
Mas la paz, que a las cosas en ocio santifica,
Aviva para el hombre cosecha de recuerdos.

Tiempo atrás, siendo joven, divisé una mañana
Cruzar por la llanura un extraño cortejo:
Jinetes en camellos, cubiertos de ropajes
Cenicientos, que daban un destello de oro.

Venían de los montes, pasados los desiertos,
De los reinos que lindan con el mar y las nieves,
Por eso era su marcha cansada sobre el polvo
Y en sus ojos dormía una pregunta triste.

Eran reyes que el ocio y poder enloquecieron,
En la noche, siguiendo el rumbo de una estrella,
Heraldo de otro reino más rico que los suyos.
Pero vieron la estrella pararse en este llano,

Sobre la choza vieja, albergue de pastores.
Entonces fue refugio dulce entre los caminos
De una mujer y un hombre sin hogar ni dineros:
Un hijo blanco y débil les dio la madrugada.

El grito de las bestias acampando en el llano
Resonó con las voces en extraños idiomas,
Y al entrar en la choza descubrieron los reyes
La miseria del hombre, de que antes no sabían.

Luego, como quien huye, el regreso emprendieron.
También los caminantes pasaron a otras tierras

Con su niño en los brazos. Nada supe de ellos.
Soles y lunas hubo. Joven fui. Viejo soy.
Gentes en el mercado hablaron de los reyes:
Uno muerto a regreso, de su tierra distante;
Otro, perdido el trono, esclavo fue, o mendigo;
Otro a solas viviendo, presa de la tristeza.

Buscaban un dios nuevo, y dicen que le hallaron.
Yo apenas vi a los hombres; jamás he visto dioses.
¿Cómo ha de ver los dioses un pastor ignorante?
Mira el sol desangrado que se pone a lo lejos.

V

EPITAFIO

La delicia, el poder, el pensamiento,
Aquí descansan. Ya la fiebre es ida.
Buscaron la verdad, pero al hallarla

No creyeron en ella.

Ahora la muerte acuna sus deseos,
Saciándolos al fin. No compadezcas
Su sino, más feliz que el de los dioses
Sempiternos, arriba.

AMOR OCULTO

Como el tumulto gris del mar levanta
Un alto arco de espuma, maravilla
Multiforme del agua, y ya en la orilla
Roto, otra nueva espuma se adelanta.

Como el campo despierta en primavera
Eternamente, fiel bajo el sombrío
Celaje de las nubes, y al sol frío
Con asfodelos cubre la pradera.

Como el genio en distintos cuerpos nace,
Formas que han de nutrir la antigua gloria
De su fuego, mientras la humana escoria
Sueña ardiendo en la llama y se deshace.

Así siempre, tal agua, flor o llama,
Vuelves entre la sombra, fuerza oculta
Del otro amor. El mundo bajo insulta.
Pero la vida es tuya: surge y ama.

GAVIOTAS EN LOS PARQUES

Dueña de los talleres, las fábricas, los bares,
Toda piedras oscuras bajo un cielo sombrío,
Silenciosa a la noche, los domingos devota,
Es la ciudad levítica que niega sus pecados.

El verde turbio de la hierba y los árboles
Interrumpe con parques los edificios uniformes,
Y en la naturaleza sin encanto, entre la lluvia,
Mira de pronto, penacho de locura, las gaviotas.

¿Por qué, teniendo alas, son huéspedes del humo,
El sucio arroyo, los puentes de madera de estos parques?
Un viento de infortunio o una mano inconsciente,
De los puertos nativos, tierra adentro las trajo.

Lejos quedó su nido de los mares, mecido por tormentas
De invierno, en calma luminosa los veranos.
Ahora su queja va, como el grito de almas en destierro.
Quien con alas las hizo, el espacio les niega.

UN ESPAÑOL HABLA DE SU TIERRA

Las playas, parameras
Al rubio sol durmiendo,
Los oteros, las vegas
En paz, a solas, lejos;

Los castillos, ermitas,

Cortijos y conventos,
La vida con la historia
Tan dulces al recuerdo,

Ellos, los vencedores
Caínes sempiternos,
De todo me arrancaron.
Me dejan el destierro.

Una mano divina
Tu tierra alzó en mi cuerpo
Y allí la voz dispuso
Que hablase tu silencio.

Contigo solo estaba,
En ti sola creyendo;
Pensar tu nombre ahora
Envenena mis sueños.

¿Cómo vive una rosa
Si la arrancan del suelo?

Amargos son los días
De la vida, viviendo
Sólo una larga espera
A fuerza de recuerdos.

Un día, tú ya libre
De la mentira de ellos,
Me buscarás. Entonces
¿Qué ha de decir un muerto?

VIOLETAS

Leves, mojadas, melodiosas,
Su oscura luz morada insinuándose
Tal perla vegetal tras verdes valvas,
Son un grito de marzo, un sortilegio
De alas nacientes por el aire tibio.

Frágiles, fieles, sonrían quedamente
Con muda incitación, tal la sonrisa
Que brota desde un fresco labio humano.
Mas su forma graciosa nunca engaña:
Nada prometen que después traicionen.

Al marchar victoriosas a la muerte
Sostienen un momento, ellas tan frágiles,
El tiempo entre sus pétalos. Así su instante alcanza
Norma para lo efímero que es bello,
A ser vivo embeleso en la memoria.

PAJARO MUERTO

Sobre la tierra gris de la colina,
Bajo las hojas nuevas de manzano,
Al pie de la cancela donde pasan
Jóvenes estudiantes en roja toga.

Rota estaba tu ala blanca y negra,
Inmóvil en la muerte. Parecías
Una rosa cortada, o una estrella

Desterrada del trono de la noche.

Aquella forma inerte fue un día el vuelo
Extasiado en la luz, el canto ardiente
De amanecer, la paz nocturna
Del nido allá en la cima.

Inútil ya todo parece, tal parece
La pena del amor cuando se ha ido,
El sufrir por lo bello que envejece,
El afán de la luz que anegan sombras.

¡Si como el mar, que de su muerte nace,
Fueras tú! Una forma espectral de ti adivino
Que llora entre los aires los amores
Breves y hermosos de tus idos días.

Ahora silencio. Olvida todo. Duerme.
Nutre de ti la muerte que en ti anida.
Esa quietud del ala, como un sol poniente,
Acaso es una forma más alta de la vida.

EL RUISEÑOR SOBRE LA PIEDRA

Lirio sereno en piedra erguido
Junto al huerto monástico pareces.
Ruiñeñor claro entre los pinos
Que un canto silencioso levantara.
O fruto de granada, recio afuera,
Mas propicio y jugoso en lo escondido.
Así, Escorial, te mira mi recuerdo.

Si hacia los cielos anchos te alzas duro,
Sobre el agua serena del estanque
Hecho gracia sonrías. Y las nubes
Coronan tus designios inmortales.

Recuerdo bien el sur dónde el olivo crece
Junto al mar claro y el cortijo blanco,
Mas hoy va mi recuerdo más arriba, a la sierra
Gris bajo el cielo azul, cubierta de pinares,
Y allí encuentra regazo, alma con alma.
Mucho enseña el destierro de nuestra propia tierra.
¿Qué saben de ella quienes la gobiernan?
¿Quienes obtienen de ella
Fácil vivir con un social renombre?
De ella también somos los hijos
Oscuros. Como el mar, no mira
Que aguas son las que van perdidas a sus aguas,
Y el cuerpo, que es de tierra, clama por su tierra.

Porque me he perdido
En el tiempo lo mismo que en la vida,
Sin cosa propia, fe ni gloria,
Entre gentes ajenas
Y sobre ajeno suelo
Cuyo polvo no es el de mi cuerpo;
No con el pensamiento vuelto a lo pasado
Ni con la fiebre ilusa del futuro,
Sino con el sosiego casi triste
De quien mira a lo lejos, de camino,
Las tapias que de niño le guardaran
Dorarse al sol caído de la tarde,
A ti, Escorial, me vuelvo.

Hay quienes aman los cuerpos
Y aquellos que las almas aman.

Hay también los enamorados de las sombras
Como poder y gloria. O quienes aman
Sólo a sí mismos. Yo también he amado
En otro tiempo alguno de esas cosas,
Mas después me sentí a solas con la tierra,
Y la amé, porque algo debe amarse
Mientras dura la vida. Pero en la vida todo
Huye cuando el amor quiere fijarlo.
Así también la tierra la he perdido,
Y si hoy hablo de ti es buscando recuerdos
En el trágico ocio del poeta.

Tus muros no los miro
Con mis ojos de tierra,
Ni los tocan mis manos.
Están aquí dentro de mí, tan claros,
Que con su luz borran la sombra
Nórdica donde estoy, y me devuelven
A la sierra granítica en que sueñas
Inmóvil, por la verde foscura de los montes
Brillando al sol como un acero limpio,
Desnudo y puro tal de carne efímera,
Pero tu entraña es dura, hermana de los dioses.

Eres alegre, con gozo mesurado
Hecho de impulso y de recogimiento,
Que no comprende el hombre si no ha ido
Hermano de tus nubes y tus piedras.
Vivo estás como el aire
Abierto de montaña,
Como el verdor desnudo
De solitarias cimas,
Como los hombres vivos
Que te hicieron un día,

Alzando en ti la imagen
De la alegría humana,
Dura porque no pase,
Muda porque es un sueño.

Agua esculpida eres,
Música helada en piedra.
La roca te levanta
Tal un ave en los aires;
Piedra, columna, ala
Erguida al sol, cantando
Las palabras de un himno,
El himno de los hombres
Que no supieron cosas útiles
Y despreciaron cosas prácticas.
¿Qué es lo útil, lo práctico,
Sino la vieja añagaza diabólica
De esclavizar al hombre
Al infierno en el mundo?

Tú, hermosa imagen nuestra,
Eres inútil, como el lirio
Pero ¿cuáles ojos humanos
Sabrían prescindir de una flor viva?
Junto a una sola hoja de hierba
¿Qué vale el horrible mundo práctico
Y útil, pesadilla del norte,
Vómito de la niebla y el fastidio?
Lo hermoso es lo que pasa
Negándose a servir. Lo hermoso, lo que amamos,
Tú sabes que es un sueño y que por eso
Es más hermoso aún para nosotros.

Tú conoces las horas
Largas del ocio dulce,

Pasadas en vivir de cara al cielo
Cantando el mundo bello, obra divina,
Con voz que nadie oye
Ni busca aplauso humano,
Como el ruiseñor canta
En la noche de estío,
Porque su sino quiere
Que cante, porque su amor le impulsa.
Y en la gloria nocturna
Divinamente solo
Sube su canto puro a las estrellas.

Así te canto ahora, porque eres
Alegre, con trágica alegría
Titánica de piedras que enlaza la armonía,
Al coro de montañas sujetándola.
Porque eres la vida misma
Nuestra, mas no perecedera,
Sino eterna, con sus tercos anhelos
Conseguidos por siempre y nuevos siempre
Bajo una luz sin sombras.
Y si tu imagen tiembla en las aguas tendidas,
Es tan sólo una imagen;
Y si el tiempo nos lleva, ahogando tanto afán insatisfecho,
Es sólo como un sueño,
Que ha de vivir tu voluntad de piedra,
Ha de vivir, y nosotros contigo.

VIII

COMO QUIEN ESPERA EL ALBA

[1941-1944]

EL AGUILA

La luz eterna baja enamorada
Hasta su obra. ¿Crees que los dioses
Asisten impasibles en su gloria
A los actos del tiempo? Vuestras vidas
Recrean nuestro ocio, como al hombre
Recrean las ficciones del poeta;
Y el llanto y el afán, para nosotros
Gestos vacíos sobre faz pintada,
Pueden subir, cuando en la voz humana
Suenan con la verdad de acorde puro,
A las estrellas altas su agonía
Que los dioses aplauden. Y esas almas
Se yerguen dignas del laurel amargo,
Según nuestro deseo o nuestra envidia,
Tal bufones ilustres de los dioses.
Es ajeno a vosotros el hastío
De sentirse inmortal. Como las nubes
Ante el disco tranquilo de la luna,
Así las almas de los hombres pasan
Ante los ojos claros de los dioses,
Para dejar tan sólo en el vacío
Brillar más puro el resplandor celeste.
Te descubrí, parejo al chopo tierno
De esbelta plata verde estremecida
Al viento matinal junto a la fuente,
Jugando por los prados de la tierra.
Tus ojos dulcemente contemplaban

La nube gris y húmeda que asciende
El aire soberano, diadema
Azul de las montañas, donde el ave
Entre la nieve virgen tiene nido.
Como hortelano fiel mira la planta
Crecer alta y pomposa día a día,
Lleno de gozo y esperando el fruto,
Así yo te miré. Tu edad estaba
Florida de esa gala que los hombres
Ostentan sólo un día, en los umbrales
De juventud. A la luz ya te abrías,
Como a lluvia de abril la violeta
Blanca, con embeleso solitario.
Y al mirarte pensaba en las futuras
Aridas estaciones, despojando
De armonía tu cuerpo liso y rubio,
Nutrido por las gracias musicales.

Tú no debes morir. En la hermosura
La eternidad trasluce sobre el mundo
Tal rescate imposible de la muerte.
Así rescata el sol, con melodía
De luz purpúrea entre las cimas altas,
Las sombras imperiosas de la noche,
Con la nostalgia de dejar la vida
Cuando esta mas hermosa. ¿Es la hermosura,
Forma carnal de una celeste idea,
Hecha para morir? Vino de oro
Que a dioses y poetas embriaga,
Abriendo sueños vastos como el tiempo,
Quiero hacerla inmortal. Amor divino
Sombras de espacio y tiempo pone en fuga.
Mira la altura y deja que te envuelva
La mirada luciente de los dioses:

Eterno es ya lo que los dioses miran.
Asciende en el abrazo de mis alas
Por la escala estrellada de los aires,
Tendiendo tu hermosura inmarcesible
Al pie del dios, como la rosa joven
A la sombra sagrada de los cedros.

LAS RUINAS

Silencio y soledad nutren la hierba
Creciendo oscura y fuerte entre ruinas,
Mientras la golondrina con grito enajenado
Va por el aire vasto, y bajo el viento
Las hojas en las ramas tiemblan vagas
Como al roce de cuerpos invisibles.

Puro, de plata nebulosa, ya levanta
El agudo creciente de la luna
Vertiendo por el campo paz amiga,
Y en esta luz incierta las ruinas de mármol
Son construcciones bellas, musicales,
Que el sueño completó.

Esto es el hombre. Mira
La avenida de tumbas y cipreses, y las calles
Llevando al corazón de la gran plaza
Abierta a un horizonte de colinas:
Todo está igual, aunque una sombra sea
De lo que fue hace siglos, mas sin gente.

Levanta ese titánico acueducto

Arcos rotos y secos por el valle agreste
Adonde el mirto crece con la anémona,
En tanto el agua libre entre los juncos
Pasa con la enigmática elocuencia
De su hermosura que venció a la muerte.

En las tumbas vacías, las urnas sin cenizas,
Conmemoran aún relieves delicados
Muertos que ya no son sino la inmensa muerte anónima,
Aunque sus prendas leves sobrevivan:
Pomos ya sin perfume, sortijas y joyeles
O el talismán irónico de un sexo poderoso,
Que el trágico desdén del tiempo perdonara.

Las piedras que los pies vivos rozaron
En centurias atrás, aún permanecen
Quietas en su lugar, y las columnas
En la plaza, testigos de las luchas políticas,
Y los altares donde sacrificaron y esperaron,
Y los muros que el placer de los cuerpos recataban.

Tan sólo ellos no están. Este silencio
Parece que aguarda la vuelta de sus vidas.
Mas los hombres, hechos de esa materia fragmentaria
Con que se nutre el tiempo, aunque sean
Aptos para crear lo que resiste al tiempo,
Ellos en cuya mente lo eterno se concibe,
Como en el fruto el hueso encierran muerte.

Oh Dios. Tú que nos has hecho
Para morir, ¿por qué nos infundiste
La sed de eternidad, que hace al poeta?
¿Puedes dejar así, siglo tras siglo,
Caer como vilanos que deshace un soplo
Los hijos de la luz en la tiniebla avara?

Mas tú no existes. Eres tan sólo el nombre
Que da el hombre a su miedo y su impotencia,
Y la vida sin ti es esto que parecen
Estas mismas ruinas bellas en su abandono:
Delirio de la luz ya sereno a la noche,
Delirio acaso hermoso cuando es corto y es leve.

Todo lo que es hermoso tiene su instante, y pasa.
Importa como eterno gozar de nuestro instante.
Yo no te envidio, Dios; déjame a solas
Con mis obras humanas que no duran.
El afán de llenar lo que es efímero
De eternidad, vale tu omnipotencia.

Esto es el hombre. Aprende pues, y cesa
De perseguir eternos dioses sordos
Que tu plegaria nutre y tu olvido aniquila.
Tu vida, lo mismo que la flor, ¿es menos bella acaso
Porque crezca y se abra en brazos de la muerte?

Sagrada y misteriosa cae la noche,
Dulce como una mano amiga que acaricia,
Y en su pecho, donde tal ahora yo, otros un día
Descansaron la frente, me reclino
A contemplar sereno el campo y las ruinas.

JUVENTUD

¿Es más bella la hoja
Verde, que su deseo?

¿Luz estival de oro,
O nimbo de embeleso?

Mejor que la palabra,
El silencio en que duerme.
No la pasión: el sueño
Adonde está latente.

Al ser irreductible,
La nube primitiva
Prefiere; las futuras
Criaturas divinas.

Esa indecisa gracia
Tan pura de la fuente,
No el mar; y esa sonrisa
Que al amor antecede.

No el arco triunfante
De meta conseguida:
La inicial misteriosa
Y eterna de la vida.

OFRENDA

Para que los dioses te fueran
Propicios, más de una guirnalda,
Romero, mirto, mejorana,
Les has tejido en primavera.

Cuando el invierno venga, ¿dónde

Tu mano ha de encontrar las hojas,
Tus ojos una luz sin sombras,
Tu amor su forma en cuerpo joven?

Esa pobreza es grata al cielo:
Deja a los dioses en ofrenda,
Tal grano vivo que se siembra,
La desnudez de tu deseo.

URANIA

Es el bosque de plátanos, los troncos altos, lisos,
Como columnas blancas pautando el horizonte
Que el sol de mediodía asiste y dora,
Al pie del agua clara, a cuyo margen
Alientan dulcemente violetas esquivas.

Ella está inmóvil. Cubre aéreo
El ropaje azulado su hermosura virgen;
La estrella diamantina allá en la frente
Arisca tal la nieve, y en los ojos
La luz que no conoce sombra alguna.

La mano embelesada que alza un dedo
Atenta a la armonía de los astros,
El silencio restaura sobre el mundo
Domando el corazón, y la tormenta
No turba el cielo augusto de su frente.

Musa la más divina de las nueve,
Del orden bello virgen creadora,

Radiante inspiradora de los números,
A cuyo influjo las almas se levantan
De abandono mortal en un batir de alas.

Conforta el conocer que en ella mora
La calma vasta y lúcida del cielo
Sobre el dolor informe de la vida,
Sosegando el espíritu a su acento
Y al concierto celeste suspendido.

Si en otros días di curso enajenado
A la pasión inútil, su llanto largo y fiebre,
Hoy busco tu sagrado, tu amor, a quien modera
La mano sobre el pecho, ya sola musa mía,
Tú, rosa del silencio, tú, luz de la memoria.

TIERRA NATIVA

A Paquita G. de la Barcena

Es la luz misma, la que abrió mis ojos
Toda ligera y tibia como un sueño,
Sosegada en colores delicados
Sobre las formas puras de las cosas.

El encanto de aquella tierra llana,
Extendida como una mano abierta,
Adonde el limonero encima de la fuente
Suspendía su fruto entre el ramaje.

El muro viejo en cuya bardaabría

A la tarde su flor azul la enredadera,
Y al cual la golondrina en el verano
Tornaba siempre hacia su antiguo nido.

El susurro del agua alimentando,
Con su música insomne en el silencio,
Los sueños que la vida aún no corrompe,
El futuro que espera como página blanca.

Todo vuelve otra vez vivo a la mente.
Irreparable ya con el andar del tiempo,
Y su recuerdo ahora me traspasa
El pecho tal puñal fino y seguro.

Raíz del tronco verde, ¿quién la arranca?
Aquel amor primero, ¿quién lo vence?
Tu sueño y tu recuerdo, ¿quién lo olvida,
Tierra nativa, más mía cuanto más lejana?

GONGORA

El andaluz envejecido que tiene gran razón para su orgullo,
El poeta cuya palabra lúcida es como diamante,
Harto de fatigar sus esperanzas por la corte,
Harto de su pobreza noble que le obliga
A no salir de casa cuando el día, sino al atardecer, ya que las
sombras
Más generosas que los hombres, disimulan
En la común tiniebla parda de las calles
La bayeta caduca de su coche y el tafetán delgado de su traje;
Harto de pretender favores de magnates,

Su altivez humillada por el ruego insistente,
Harto de los años tan largos malgastados
En perseguir fortuna lejos de Córdoba la llana y de su muro
excelso,
Vuelve al rincón nativo para morir tranquilo y silencioso.

Ya restituye el alma a soledad sin esperar de nadie
Si no es de su conciencia, y menos todavía
De aquel sol invernal de la grandeza
Que no atempera el frío del desdichado,
Y aprende a desearles buen viaje
A príncipes, virreyes, duques altisonantes,
Vulgo luciente no menos estúpido que el otro;
Ya se resigna a ver pasar la vida tal sueño inconsistente
Que el alba desvanece, a amar el rincón solo
Adonde conllevar paciente su pobreza,
Olvidando que tantos menos dignos que él, como la bestia ávida
Toman hasta saciarse la parte mejor de toda cosa,
Dejándole la amarga, el desecho del paria.

Pero en la poesía encontró siempre, no tan sólo hermosura, sino
ánimo,
La fuerza del vivir más libre y más soberbio,
Como un neblí que deja el puño duro para buscar las nubes
Traslúcidas de oro allá en el cielo alto.
Ahora al reducto último de su casa y su huerto le alcanzan

todavía

Las piedras de los otros, salpicaduras tristes
Del aguachirle caro para las gentes
Que forman el común y como público son árbitro de gloria.
Ni aun esto Dios le perdonó en la hora de su muerte.
Decretado es al fin que Góngora jamás fuera poeta,
Que amó lo oscuro y vanidad tan sólo le dictó sus versos.
Menéndez y Pelayo, el montañés henchido por sus dogmas,

No gustó de él y le condena con fallo inapelable.

Viva pues Góngora, puesto que así los otros
Con desdén le ignoraron, menosprecio
Tras del cual aparece su palabra encendida
Como estrella perdida en lo hondo de la noche,
Como metal insomne en las entrañas de la tierra.
Ventaja grande es que esté ya muerto
Y que de muerto cumpla los tres siglos, que así pueden
Los descendientes mismos de quienes le insultaban
Inclinarse a su nombre, dar premio al erudito,
Sucesor del gusano, royendo su memoria.
Mas él no transigió en la vida ni en la muerte
Y a salvo puso su alma irreductible
Como demonio arisco que ríe entre negruras.

Gracias demos a Dios por la paz de Góngora vencido;
Gracias demos a Dios por la paz de Góngora exaltado;
Gracias demos a Dios, que supo devolverle (como hará con
nosotros),
Nulo al fin, ya tranquilo, entre su nada.

JARDIN

Desde un rincón sentado,
Mira la luz, la hierba,
Los troncos, la musgosa
Piedra que mide el tiempo

Al sol en la glorieta,
Y las ninfeas, copos

De sueño sobre el agua
Inmóvil de la fuente.

Allá en lo alto la trama
Traslúcida de hojas,
El cielo con su pálido
Azul, las nubes blancas.

Un mirlo dulcemente
Canta, tal la voz misma
Del jardín que te hablara.
En la hora apacible

Mira bien con tus ojos,
Como si acariciaras
Todo. Gratitud debes
De tan puro sosiego,

Libre de gozo y pena,
A la luz, porque pronto
Tal tú de aquí, se parte.
A lo lejos escuchas

La pisada ilusoria
Del tiempo, que se mueve
Hacia el invierno. Entonces
Tu pensamiento y este

Jardín que así contemplas
Por la luz traspasado,
Han de yacer con largo
Sueño, mudos, sombríos.

LA FAMILIA

¿Recuerdas tú, recuerdas aún la escena
A que día tras día asististe paciente
En la niñez, remota como sueño al alba?
El silencio pesado, las cortinas caídas,
El círculo de luz sobre el mantel, solemne
Como paño de altar, y alrededor sentado
Aquel concilio familiar, que tantos ya cantaron,
Bien que tú, de entraña dura, aún no lo has hecho.

Era a la cabecera el padre adusto,
La madre caprichosa estaba en frente,
Con la hermana mayor imposible y desdichada,
Y la menor más dulce, quizá no más dichosa,
El hogar contigo mismo componiendo,
La casa familiar, el nido de los hombres.
Inconsistente y rígido, tal vidrio
Que todos quiebran, pero nadie dobla.

Presidían mudos, graves, la penumbra,
Ojos que no miraban los ojos de los otros,
Mientras sus manos pálidas alzaban como hostia
Un pedazo de pan, un fruto, una copa con agua,
Y aunque entonces vivían en ellos presentiste,
Tras la carne vestida, el doliente fantasma
Que al rezo de los otros nunca calma
La amargura de haber vivido inútilmente.

Suya no fue la culpa si te hicieron
En un rato de olvido indiferente,
Repitiendo tan sólo un gesto transmitido
Por otros y copiado sin una urgencia propia,
Cuya intención y alcance no pensaban.

Tampoco fue tu culpa si no les comprendiste:
Al menos has tenido la fuerza de ser franco
Para con ellos y contigo mismo.

Se propusieron, como los hombres todos, lo durable,
Lo que les aprovecha, aunque en torno miren
Que nada dura en ellos ni aprovecha,
Que nada es suyo, ni ese trago de agua
Refrescando sus fauces en verano,
Ni la llama que templaba sus manos en invierno,
Ni el cuerpo que penetran con deseo
Dos soledades en una carne sola.

Ellos te dieron todo: cuando animal inerme
Te atendieron con leche y con abrigo;
Después, cuando creció tu cuerpo a par del alma,
Con dios y con moral te proveyeron,
Recibiendo deleite tras de azuzarte a veces
Para tu fuerza tierna doblegar a sus leyes.
Te dieron todo, sí: vida que no pedías,
Y con ella la muerte de dura compañera.

Pero algo más había, agazapado
Dentro de ti, como alimaña en cueva oscura,
Que no te dieron ellos, y eso eres:
Fuerza de soledad, en ti pensarte vivo,
Ganando tu verdad con tus errores.
Así, tan libremente, el agua brota y corre,
Sin servidumbre de mover batanes,
Irreducible al mar, que es su destino.

Aquel amor de ellos te apresaba
Como prenda medida para otros,
Y aquella generosidad, que comprar pretendía
Tu asentimiento a cuanto

No era según el alma tuya.
A odiar entonces aprendiste el amor que no sabe
Arder anónimo sin recompensa alguna.

El tiempo que pasó, desvaneciéndolos
Como burbuja sobre la haz del agua,
Rompió la pobre tiranía que levantaron,
Y libre al fin quedaste, a solas con tu vida,
Entre tantos de aquellos que, sin hogar ni gente,
Dueños en vida son del ancho olvido.
Luego con embeleso probando cuanto era
Costumbre suya prohibir en otros
Y a cuyo trasgresor la excomunión seguía,
Te acordaste de ellos, sonriendo apenado.
Cómo se engaña el hombre y cuán en vano
Da reglas que prohíben y condenan.
¿Es toda acción humana, como estimas ahora,
Fruto de imitación y de inconsciencia?

Por esta extraña llama hoy trémula en tus manos,
Que aun deseándolo, temes ha de apagarse un día.
Hasta ti transmitida con la herencia humana
De experiencias inútiles y empresas inestables
Obrando el bien y el mal sin proponérselo,
No prevalezcan las puertas del infierno
Sobre vosotros ni vuestras obras de la carne,
Oh padre taciturno que no le conociste,
Oh madre melancólica que no le comprendiste.

Que a esas sombras remotas no perturbe
En los limbos finales de la nada
Tu memoria como un remordimiento.
Este cónclave fantasmal que los evoca,
Ofreciendo tu sangre tal bebida propicia
Para hacer a los idos visibles un momento,

Perdón y paz os traiga a ti y a ellos.

TARDE OSCURA

Lo mismo que un sueño
Al cuerpo separa
Del alma, esta niebla
Tierra y luz aparta.

Todo es raro y vago:
Ni son en el viento,
Latido en el agua,
Color en el suelo.

De sí mismo extraño,
¿Sabes lo que espera
El pájaro quieto
Por la rama seca?

Lejos, tras un vidrio,
Una luz ya arde,
Poniendo la hora
Más incierta. Yace

La vida, y tú solo,
No muerto, no vivo,
En el pecho sientes
Débil su latido.

Por estos suburbios
Sórdidos, sin norte

Vas, como el destino
Inútil del hombre.

Y en el pensamiento
Luz o fe ahora
Buscas, mientras vence
Afuera la sombra.

EL ANDALUZ

Sombra hecha de luz,
Que templando repele,
Es fuego con nieve
El andaluz.

Enigma al trasluz,
Pues va entre gente solo,
Es amor con odio
El andaluz.

Oh hermano mío, tú.
Dios, que te crea,
Será quien comprenda
Al andaluz.

A UN POETA FUTURO

No conozco a los hombres. Años llevo
De buscarles y huirles sin remedio.
¿No les comprendo? ¿O acaso les comprendo
Demasiado? Antes que en estas formas
Evidentes, de brusca carne y hueso,
Súbitamente rotas por un resorte débil
Si alguien apasionado les allega,
Muertos en la leyenda les comprendo
Mejor. Y regreso de ellos a los vivos,
Fortalecido amigo solitario,
Como quien va del manantial latente
Al río que sin pulso desemboca.

No comprendo a los ríos. Con prisa errante pasan
Desde la fuente al mar, en ocio atareado,
Llenos de su importancia, bien fabril o agrícola;
La fuente, que es promesa, el mar sólo la cumple,
El multiforme mar, incierto y sempiterno.
Como en fuente lejana, en el futuro
Duermen las formas posibles de la vida
En un sueño sin sueños, nulas e inconscientes,
Prontas a reflejar la idea de los dioses.
Y entre los seres que serán un día
Sueñas tu sueño, mi imposible amigo.

No comprendo a los hombres. Mas algo en mí responde
Que te comprendería, lo mismo que comprendo
Los animales, las hojas y las piedras,
Compañeros de siempre silenciosos y fieles.
Todo es cuestión de tiempo en esta vida,
Un tiempo cuyo ritmo no se acuerda,
Por largo y vasto, al otro pobre ritmo
De nuestro tiempo humano corto y débil.
Si el tiempo de los hombres y el tiempo de los dioses

Fuera uno, esta nota que en mí inaugura el ritmo,
Unida con la tuya se acordaría en cadencia,
No callando sin eco entre el mudo auditorio.

Mas no me cuido de ser desconocido
En medio de estos cuerpos casi contemporáneos,
Vivos de modo diferente al de mi cuerpo
De tierra loca que pugna por ser ala
Y alcanzar aquel muro del espacio
Separando mis años de los tuyos futuros.
Sólo quiero mi brazo sobre otro brazo amigo,
Que otros ojos compartan lo que miran los míos.
Aunque tú no sabrás con cuánto amor hoy busco
Por ese abismo blanco del tiempo venidero
La sombra de tu alma, para aprender de ella
A ordenar mi pasión según nueva medida.

Ahora, cuando me catalogan ya los hombres
Bajo sus clasificaciones y sus fechas,
Disgusto a unos por frío y a los otros por raro,
Y en mi temblor humano hallan reminiscencias
Muertas. Nunca han de comprender que si mi lengua
El mundo cantó un día, fue amor quien la inspiraba.
Yo no podré decirte cuánto llevo luchando
Para que mi palabra no se muera
Silenciosa conmigo, y vaya como un eco
A ti, como tormenta que ha pasado
Y un son vago recuerda por el aire tranquilo.

Tú no conocerás cómo domo mi miedo
Para hacer de mi voz mi valentía,
Dando al olvido inútiles desastres
Que pululan en torno y pisotean
Nuestra vida con estúpido gozo,
La vida que serás y que yo casi he sido.

Porque presiento en este alejamiento humano
Cuán míos habrán de ser los hombres venideros,
Cómo esta soledad será poblada un día,
Aunque sin mí, de camaradas puros a tu imagen.
Si renuncio a la vida es para hallarla luego
Conforme a mi deseo, en tu memoria.

Cuando en hora tardía, aún leyendo
Bajo la lámpara luego me interrumpo
Para escuchar la lluvia, pesada tal borracho
Que orina en la tiniebla helada de la calle.
Algo débil en mí susurra entonces:
Los elementos libres que aprisiona mi cuerpo
¿Fueron sobre la tierra convocados
Por esto sólo? ¿Hay más? Y si lo hay ¿adonde
Hallarlo? No conozco otro mundo si no es éste,
Y sin ti es triste a veces. Amame con nostalgia,
Como a una sombra, como yo he amado
La verdad del poeta bajo nombres ya idos.

Cuando en días venideros, libre el hombre
Del mundo primitivo a que hemos vuelto
De tiniebla y de horror, lleve el destino
Tu mano hacia el volumen donde yazcan
Olvidados mis versos, y lo abras,
Yo sé que sentirás mi voz llegarte,
No de la letra vieja, mas del fondo
Vivo en tu entraña, con un afán sin nombre
Que tú dominarás. Escúchame y comprende.
En sus limbos mi alma quizá recuerde algo,
Y entonces en ti mismo mis sueños y deseos
Tendrán razón al fin, y habré vivido.

EL ARPA

Jaula de un ave invisible,
Del agua hermana y del aire,
A cuya voz solicita
Pausada y blanda la mano.

Como el agua prisionera
Del surtidor, tiembla, sube
En una fuga irisada,
Las almas adoctrinando.

Como el aire entre las hojas,
Habla tan vaga, tan pura,
De memorias y de olvidos
Hechos leyenda en el tiempo.

¿Qué frutas del paraíso,
Cuáles aljibes del cielo
Nutren tu voz? Dime, canta,
Pájaro del arpa, oh lira.

MUTABILIDAD

Dime, hermosura,
Por qué tu luz se mustia.

Dime, deseo,
Por qué te olvida el cuerpo.

Dime, alma,

Por qué tu voz se apaga.

Alma, deseo, hermosura,
Son galas de las bodas

Eternas con la muerte,
Incolora, incorpórea, silenciosa.

APOLOGIA PRO VITA SUA

Abrid las puertas, dejad que vuelvan todos;
Su número es bien corto. Como en otro tiempo,
Espacio suficiente habría para ellos
Adentro de mi amor; después ninguno ha entrado
Allá durante años. Igual es a una casa
Que el dueño olvida, ausente en otras tierras,
Donde nada interrumpe el gobernar oscuro
Del ratón, la polilla y telarañas,
Sino el rayo de sol, cuando penetra
Furtivo en el desván por un postigo hendido
Para agitar los sueños del polvo en formas grises:
O la rama de espinos florido en primavera,
Contagiada del viento su locura,
Llamando persistente a los cristales, ciegos
Ante el albor perlado o la luna amarilla.

Dejadles que se acerquen a mi cama
Y alumbren sus semblantes, como estrellas
Suspensas en la noche sobre el agua oscura,
La agonía de aquel que les amara,
Uniéndoles así, desconocidos los unos a los otros,

En apretados haces de recuerdos.
Primero vienes tú, dame la mano, Arcángel,
Porque ya no conozco si te amaba o te odiaba,
Y perdón es ahora lo único que importa,
Antes de que a mi alma la destrone el olvido,
Cuyos pasos se acercan, rotos al fin muros y centinelas.
Si el amor no es un hombre, una experiencia inútil de los labios
(Así los dedos clavan un ala transparente
Tras el cristal curioso de algún laboratorio),
Yo creo que te he amado. Mas eso ya no importa.

Deja pasar aquellos que ocuparon
Luego tu ausencia. Así al morir un rey
Otro ciñó la espada y la corona,
Sonando hacia la luna trompas en regocijo,
Aunque fuera excesivo para el nuevo monarca
El destino primero de aquel héroe,
Quien a sí mismo alzándose, alzó a sus sucesores
En el nombre, ya que no en la pasión dominadora.
¿No es la pasión medida de la grandeza humana
Y acero templado por su fuego el alma grande?
A mí esos otros cuerpos me enseñaron
Que si amor palidece, cuando ya es imposible
Creer en la verdad de quien se ama,
Crece aún el deseo, y vence con un fuego
Presagio de aquéllos en infierno ya sin esperanza.

Detrás venís vosotros, los amigos.
Qué dicen esos ojos aún claro lo recuerdo:
Si afuera es violento el mediodía,
Entra aquí. Facilidad sedante te brindamos;
Bodas de sombra y luz engendran la penumbra
Propicia a confidencias perezosas,
Y al nuevo visitante todo espera:

Asiento muelle, la copa con el vino,
Allá al rincón dormidas lilas blancas.
Benevolencia tibia le sienta bien al cuerpo
Que por desierto al sol ha caminado solo.
Después del purgatorio ¿no ha de ser grato el limbo?
Mas respeta la seña de esta hermandad, la tuya
Si a la pasión renuncias. Y nuestro olvido
Ha de vencer un día a tu memoria.

La razón era vuestra, mis amigos:
Es el olvido la verdad más alta.
De todos esos años ya pasados,
Llevándose mi vida, sólo quedan,
Como cirio que arde en cueva oscura
Y mueve sombras vagas sobre el muro,
Recuerdos destinados a morir de mi olvido.
Yo los guardaba, como algunos guardan
Su amor, su ambición otros o su odio;
Valor, ninguno tienen. Y entre ellos,
Sueños brotados de las puertas córneas
Que amarga aquél brotado de puertas marfileñas,
Surgen dolientes esas sombras postreras:
Las sombras de la gente de mi sangre,
Clamando identidad que el alma desconoce.

Caminar a la muerte no es tan fácil,
Y si es duro vivir, morir tampoco es menos.
La llegada a esa meta final pudieron otros
Aliviarla, ya rota la cadena, el eslabón doliente
De la conciencia propia; no asistieron
Como yo insobornables al vencimiento amargo
De la muerte, renunciando a sus almas
Con adiós inconsciente. Yo contemplo
La mía, como pájaro herido bajo un ala

Que a tierra viene, mas lucha todavía
Con plumas abolidas que no sostiene el aire.
Cuán hermosa la luz parece ahora
Temblando en halo azul tras de las ramas
Pardas de invierno donde brilla el hielo.
La renuncia a la luz más que la muerte es dura.

Sólo resta decir: me pesan los pecados
Que la ocasión o fuerza de cometer no tuve.
He vivido sin ti, mi Dios, pues no ayudaste
Esta incredulidad que hizo triste mi alma.
Heme aquí ya vencido, presa fácil ahora
De tus ministros, cuyas manos alzadas
Remiten o condenan a los actos del hombre.
Pero ¿quién es el hombre para juzgar al hombre?
La oración de la fe salva al enfermo,
Y si cayó en pecado le será perdonado.
Este cuerpo que ya sus elementos restituye
Al agua, al aire, al fuego y a la tierra,
Puede la gracia sellarlo todavía con un beso,
Por la virtud de aquel oscuro jugo de la oliva
Ungiendo al luchador y al moribundo.

Bien está que la sangre de la tierra
Moje y perdone al hombre cuando muere,
Aún turbias entreabriendo sus puertas los sentidos,
Y en ellas trace un dedo el signo mágico
Con el óleo más puro: sobre los ojos, que miraron
La luz y la hermosura, codiciándolas;
Sobre el oído, concha de la voz y la música;
Sobre el repliegue de la nariz, abierto
Al aroma del nardo, del cuerpo y de la lluvia;
Sobre la boca, que cantó, que besara y que mintiera;
Sobre la mano, de seda y de metales ambiciosa;

Sobre la espalda, árbol trémulo del espasmo.
Como un vuelo dibuja por el aire,
No la forma del ave, sino el surco efímero,
Desertan los recuerdos en nube mi memoria.

Para morir el hombre de Dios no necesita,
Mas Dios para vivir necesita del hombre.
Cuando yo muera, ¿el polvo dirá sus alabanzas?
Quien su verdad declare, ¿será el polvo?
Iba la imagen queda ciego el espejo.
No destruyas mi alma, oh Dios, si es obra de tus manos;
Sálvala con tu amor, donde no prevalezcan
En ella las tinieblas con su astucia profunda,
Y témplala con tu fuego hasta que pueda un día
Embeberse en la luz por ti creada.
Si dijiste, mi Dios, cómo ninguno
De los que en ti confíen ha de ser desolado,
Tras esta noche oscura vendrá el alba
Y hallaremos en ti resurrección y vida.
Para que entre la luz abrid las puertas.

PRIMAVERA VIEJA

Ahora, al poniente morado de la tarde,
En flor ya los magnolios mojados de rocío,
Pasar aquellas calles, mientras crece
La luna por el aire, será soñar despierto.

El cielo con su queja hará más vasto
Bandos de golondrinas; el agua en una fuente

Librará puramente la honda voz de la tierra;
Luego el cielo y la tierra quedarán silenciosos.

En el rincón de algún compás, a solas
Con la frente en la mano, un fantasma
Que vuelve, llorarías pensando
Cuán bella fue la vida y cuán inútil.

QUETZALCOATL

Yo estaba allí, mas no me preguntéis
De dónde o cómo vino, sabed sólo
Que estuve yo también cuando el milagro.
No importa el nombre. Una aldea cualquiera
Me vio nacer allá en el mundo viejo
Y apenas vivo me adiestré en la vida
Del miserable; hambre, frío, trabajo
Con soledad. ¿Quién le dio al fango un alma?

Pero tuve algo más: el cielo aquel, el cielo
De la tarde en Castilla (puro y vasto
Como frente de un dios que piensa el mundo,
Un mar de sangre y oro, cuya fiebre
La calmaba, toda azul, la noche honda
Con su perenne escalofrío de estrellas),
Me enseñó la lección digna del alma
Cuando lo contemplaba yo de niño
Sobre las bardas últimas al páramo.

Luego, como arenal sediento bebe el agua,
Así embebió mi mente las leyendas

De aquellos que pasaban a las Indias,
Perla sin par oculta en el abismo atlántico
Y por un hombre hallada, para adornar con ella,
Poeta que regala su propio sueño vivo,
Manos regias avaras y crueles.

Cuando vi un día las murallas rojas
De la costa alejarse, y yo perderme
En la masa de agua, sentí ceder el nudo
Que invisible nos ata a nuestra tierra;
Madrastra fuera, que no madre, y aún la quise.
Comencé entonces a morir, mas era joven
Y en ello no pensé, dándolo al olvido.
Otras constelaciones velaron mi esperanza.

Pisando tierra nueva, de la mano el destino
Me llevó llanamente al hombre designado
Para la hazaña: aquel Cortés, demonio o ángel,
Como queráis; para mí sólo un hombre
Tal manda Dios, apasionado y duro,
Temple de diamante, que es fuego congelado
A cuya vista ciega quien le mira.

La ciudad contemplada desde el monte
Desnuda la intención secreta de sus calles,
Creídas al pisarla confusión sin rumbo;
Así desnudó el tiempo aquellos años nuestros
Preliminares, aunque perdidos parecieran:
Su dispersión impulsó al aire la semilla
Que caída en la tierra dio luego la cosecha.

Y el momento llegó cuando nos fuimos
Por el mar un puñado de hombres;
El mundo era sin límite, igual a mi deseo.
Frente al afán de ver, de ver con estos ojos

Que ha de cegar la muerte, lo demás, ¿qué valía?
Mas este pensamiento a nadie dije
Entre mis compañeros, a quienes hostigaba
La ambición de riqueza y poderío.

Realidad fabulosa como leyenda alguna
Allá nos esperaba, y nosotros la hallamos
Tras sus cimas nevadas y sus lagos profundos:
Un reino virgen cimentado en el oro y la esmeralda,
Guardado por cobrizas criaturas recónditas
Para las cuales Cristo fue nombre nunca oído.

Astucia, fuerza, crueldad y crimen,
Todo lo cometimos, y nos fue devuelto
Con creces; mas vencimos, y nadie hizo otro tanto
Antes, ni hará después: un puñado de hombres
Que la codicia apenas guardó unidos
Ganaron un imperio milenario.

Ya sé lo que decís: el horror de la guerra,
Mas lo decís en paz, y en guerra calláis con mansedumbre
Nadie supo la guerra tan bien como nosotros,
Ni siquiera los hombres allá en el mundo viejo
Donde el emperador un trozo de pan daba
Por conquistarle reinos: castillos en el aire,
No bien ganados cuando ya perdidos.

Cuerpos acometí, arrancando sus almas
Apenas fatigadas de la vida,
Como el aire inconsciente las hojas de una rama;
Destinos corté en flor, por la corola
Aún intacto el color, puro el perfume.
¿Hubo algún Garcilaso que mi piedra
Hundiera bruscamente al fondo de la muerte?
El reino del poeta tampoco es de este mundo.

Cuando en una mañana, por los arcos y puertas
Que abrió la capital vencida ante nosotros,
Onduló como serpiente de bronce y diamante
Cortejo con litera trayendo al rey azteca,
Me pareció romperse el velo mismo
De los últimos cielos, desnuda ya la gloria.
Sí, allí estuve, y lo vi; envidiadme vosotros.

La masa nevada de terrazas y torres,
Por la ciudad lejana de innumerables puentes,
Se copiaba en el agua áurea de las lagunas
Como sueño esculpido en luz gloriosa,
Y encima refulgía la corona del cielo.

Pobre rey Moctezuma, golondrina
Rezagada que sorprende el invierno,
Mojada y aterida el ala ya sin fuerza.
Pero no es rey quien nace, y Cortés lo sabía.
¿Por qué lo olvidó luego, emulando con duques
En la corte lejana, él, cuyos pies se hicieron
Para besarlos príncipes y reyes?
Cuando él se abandonó también Dios le abandona.

Ahora amigos y enemigos están muertos
Y yace en paz el polvo de unos y de otros,
Menos yo: en mi existencia juntas sobreviven
Victorias y derrotas que el recuerdo hizo amigas.
¿Quién venció a quién?, a veces me pregunto.

Nada queda hoy que hacer, acotada la tierra
Que ahora el traficante reclama como suya
Negociando con cuerpos y con almas;
Ya sólo puede el hombre hacer dinero o hijos.
Y en un rincón al sol de este suelo, más mío

Que lo es el otro allá en el mundo viejo, solo, pobre
Tal vine, aguardo el fin sin temor y sin prisa.

Del viento nació el dios y volvió al viento
Que hizo de mí una pluma entre sus alas.
Oh tierra de la muerte, ¿dónde está tu victoria?

LOS ESPINOS

Verdor nuevo los espinos
Tienen ya por la colina,
Toda de púrpura y nieve
En el aire estremecida.

Cuántos ciclos florecidos
Les has visto; aunque a la cita
Ellos serán siempre fieles,
Tú no lo serás un día.

Antes que la sombra caiga,
Aprende cómo es la dicha
Ante los espinos blancos
Y rojos en flor. Ve. Mira.

MAGIA DE LA OBRA VIVA

La primavera nórdica como el amor es falsa:
Ya verde y tibia ayer, hoy helada y ventosa,
Con el sol rezagado allá en opuestos climas
Cuando creyó sentir su beso el cuerpo pálido.

Mas posible es buscarlo a través de las nubes,
Tal pescador del sur por el fondo marino
La opaca luz redonda en la perla cuajada.
¿No dora siempre el sol los sueños de otro suelo?

Por el campo tranquilo los arrozales verdes
Se mecen sobre el haz rosáceo de lagunas
En un sopor caídas, que las grullas vigilan
Volando agudamente entre nubes deshechas.

Las terrazas del templo, con vastas galerías
Abiertas a jardines, llevan al santuario
Recatado, adonde tras el velo de sombras
Brillan clarividentes los ojos de un espejo.

El templo, los jardines y los campos cercanos
En silencio y en calma brotan como burbuja
Fraguada por el aire, a la que basta un soplo
Del labio para hundir su ordenación quimérica.

Cercada por el mármol, el agua en los aljibes
Refresca las corolas del loto y la champaca,
Nutriendo desde siglos el oloroso musgo
Sobre losas, columnas, cornisas y tejados.

Figuras esculpidas por los muros ondulan
O extáticas se tienden, cercadas de las plantas
Y animales amigos, tal si un poder celeste,
Todavía alentando, en piedra las trocase.

Pero las hizo un hombre nacido de esa tierra,
Del lugar mismo, amigo tranquilo de la vida,
Que las tardes perdía en ocio junto al río
Y las noches ganaba amando un cuerpo hermoso.

Todos le conocían, creían ya saberle,
Con esa vaguedad que el hombre sabe al hombre,
Cuando tras la labor sin prisa de los años
Coronó su cincel la cornisa del templo.

Después, ya envejecido, ocioso y solo iba
A sentarse en terraza o jardín frente a las piedras
Que pobló lentamente de seres a su imagen,
Mirando cómo el tiempo los iba haciendo suyos.

Un día, nadie sabe, se marchó, murió acaso.
La lluvia, el sol, la nieve, el viento completaron
La obra que él dejara viva sobre la tierra,
Más fuerte que el olvido volviendo su hermosura.

Y al alba temprana del estío, un campesino,
Desnuda piel cobriza con quitasol de paja,
Vio jinetes de sombra galopar por los lagos
Tras las estrellas pálidas de la noche en derrota.

Como aves desdeñosas cuando el hombre aparece,
Escaparon las sombras en un vuelo hacia el templo,
Que de púrpura y oro teñía el sol naciente,
Fundándose a sus muros con quieto escalofrío.

*

Quién le diera a tus versos, igualando a las sombras
Que el campesino viera pisar su prado al alba,
Para volver después al éxtasis inmóvil,

Vivir sin ti y sin nadie, con vida entera y libre.

ELEGIA ANTICIPADA

Por la costa del sur, sobre una roca
Alta junto a la mar, el cementerio
Aquel descansa en codiciable olvido,
Y el agua arrulla el sueño del pasado.

Desde el dintel, cerrado entre los muros,
Huerto parecería, si no fuese
Por las losas, posadas en la hierba
Como un poco de nieve que no oprime.

Hay troncos a que asisten fuerza y gracia,
Y entre el aire y las hojas buscan nido
Pájaros a la sombra de la muerte;
Hay paz contemplativa, calma entera.

Si el deseo de alguien, que en el tiempo
Dócil no halló la vida a sus deseos.
Puede cumplirse luego, tras la muerte,
Quieres estar allá solo y tranquilo.

Ardido el cuerpo, luego lo que es aire
Al aire vaya, y a la tierra el polvo,
Por obra del afecto de un amigo,
Si un amigo tuviste entre los hombres.

Y no es el silencio solamente,
La quietud del lugar, quien así lleva

Tu memoria hacia allá, mas la conciencia
De que tu vida allí tuvo su cima.

Fue en la estación cuando la mar y el cielo
Dan una misma luz, la flor es fruto,
Y el destino tan pleno que parece
Cosa dulce adentrarse por la muerte.

Entonces el amor único quiso
En cuerpo amanecido sonreírte,
Esbelto y rubio como espiga al viento.
Tú mirabas tu dicha sin creerla.

Cuando su cetro el día pasa luego
A su amada la noche, aun más hermosa
Parece aquella tierra; un dios acaso
Vela en eternidad sobre su sueño.

Entre las hojas fuisteis, descuidados
De una presencia intrusa, y ciegamente
Un labio hallaba en otro ese embeleso
Hijo de la sonrisa y del suspiro.

Al alba el mar pulía vuestros cuerpos,
Puros aún, como de piedra oscura;
La música a la noche acariciaba
Vuestras almas debajo de aquel chopo.

No fue breve esa dicha. ¿Quién pretende
Que la dicha se mida por el tiempo?
Libres vosotros del espacio humano,
Del tiempo quebrantasteis las prisiones.

El recuerdo por eso vuelve hoy
Al cementerio aquel, al mar, la roca

En la costa del sur: el hombre quiere
Caer donde el amor fue suyo un día.

APLAUSO HUMANO

Ahora todas aquellas criaturas grises
Cuya sed parca de amor nocturnamente satisface
El aguachirle conyugal, al escuchar tus versos,
Por la verdad que exponen podrán escarnecerte.

Cuánto pedante en moda y periodista en venta
Humana flor perfecta se estimarán entonces
Frente a ti, así como el patán rudimentario
Hasta la náusea hozando la escoria del deseo.

La consideración mundana tú nunca la buscaste,
Aún menos cuando fuera su precio una mentira,
Como bufón sombrío traicionando tu alma
A cambio de un cumplido con oficial benevolencia.

Por ello en vida y muerte pagarás largamente
La ocasión de ser fiel contigo y unos pocos,
Aunque jamás sepan los otros que desvío
Siempre es razón mejor ante la grey.

Pero a veces aún dudas si la verdad del alma
No debiera guardarla el alma a solas,
Contemplarla en silencio, y así nutrir la vida
Con un tesoro intacto que no profana el mundo.

Mas tus labios hablaron, y su verdad fue al aire.

Sigue con la frente tranquila entre los hombres,
Y si un sarcasmo escuchas, súbito como piedra,
Formas amargas del elogio ahí descifre tu orgullo.

HACIA LA TIERRA

Cuando tiempo y distancia
Engañan los recuerdos,
¿Quién lo ignora?, es amargo
Volver. Porque interpuesto

Algo está entre los ojos
Y la imagen primera,
Mudando duramente
Amor en extrañeza.

Es acaso un espacio
Vacío, una luz ida,
Ajada en toda cosa
Ya la hermosura viva.

Mas volver debe el alma
Tal pájaro en otoño,
Y aquel dolor pasado
Visitar, y aquel gozo:

Nube de una mañana
Aurea, rama de púrpura
Junto a una tapia, sombra
Azul bajo la luna.

Posibles paraísos
O infiernos ya no entiende
El alma sino en tierra.
Por eso el alma quiere,

Cansada de los sueños
Y los delirios tristes,
Volver a la morada
Suya antigua. Y unirse,

Como se une la piedra
Al fondo de su agua,
Fatal, oscuramente,
Con una tierra amada.

EL CHOPO

Si, muerto el cuerpo, el alma que ha servido
Notablemente la vida alcanza entonces
Un destino más alto, por la escala
De viva perfección que a Dios le guía,
Fije el sueño divino a tu alma errante
Y con nueva raíz vuelva a la tierra.

Luego brote inconsciente, revestida
Del tronco esbelto y gris, con ramas leves,
Todas verdor alado, de algún chopo,
Hijo feliz del viento y de la tierra,
Libre en su mundo azul, puro tal lira
De juventud y amor, vivo sin tiempo.

OTROS TULIPANES AMARILLOS

Primavera con niebla, amarga, sin perfume,
De verde y gris tan vago tal si el halo
De plata que la envuelve luz no fuera,
Mas sueño; deshecha en lluvia leve
Moja hierba y piedra, sobre la tierra anima
Tulipanes dorados, cuyo color tan vivo
Es como son perdido por el aire sordo.

¿Dónde recuerdas tú de otra primavera,
En otra tierra y tiempo, mojada como ésta
Con lluvia leve, como ésta cifrada
En otros tulipanes amarillos?
Entonces algo más florecía, aunque no en tierra;
En ti. Tanta luz amarilla duele ahora,
O ¿no será recuerdo lo que duele?

Es cruel la primavera joven, precipita
Al hombre por el viejo camino de los yerros,
Con ramas de cerezo florido lo enajena,
Con viento del sur tibio lo extravía.
Mas ésta que tu pecho inerme siempre
Toca ahora, como el ala un vidrio,
No te seduce ya con presagios ilusorios,
Sino con unos ecos, con algunos recuerdos.

Así te vuelva hoy aquella sombra
Lejana, que por una lejana primavera,
También gris y amarilla, quiso amarte
Con capricho egoísta, como el hombre ama
En un mundo incompleto (y aún es mucho);
A quien la mano de la muerte puso en fuga
Como la mano nuestra en fuga pone al pájaro.

Nuestra vida parece que está aquí: con hojas
Seguras en su rama, hasta que nazca el frío;
Con flores en su tallo, hasta que brote el viento;
Con luz allá en su cielo, hasta que surjan nubes.
Tal vez por un momento cierto te creyeras
En el mundo del hombre, si no fuese
Por aquel otro mundo de las sombras
Que al cuerpo lo consume como a luna menguante.

¿Qué empresa nuestra es ésta, abandonada
Inútilmente un día? ¿Qué afectos imperiosos
Estos, con cuyos nombres se alimenta el olvido?
Ya en tu vida las sombras pesan más que los cuerpos;
Llámalos hoy, si hay alguno que escuche
Entre la hierba sola de esta primavera,
Y aprende ese silencio antes que el tiempo llegue.

EL INDOLENTE

Con hombres como tú el comercio sería
Cosa leve y tan pura que, sin sudor ni sangre
De ninguno comprada, dejaría a la tierra
Intactos sus veneros. Pero a tu pobreza
El comercio podría allanarle un camino.

Durante las tardes meridionales del verano,
A través de una clara ciudad, solas las calles,
Llevarías en cestillo guirnaldas de jazmines,
Y magnolias, por un nido fragante de hojas verdes
Oculto su blancor, como alas de paloma.

Tras de las rejas bajas, si una mujer quisiera
Para su gracia oscura tal vez la fresca gala
De una flor, y prenderla en su pelo o en su pecho,
Donde ha de parecer nieve sobre la tierra,
Una moneda a cambio dejaría en tus manos.

Así, al ponerse la tarde, tú podrías
De un vino transparente beber el calor rubio,
Mordiendo la delicia de un pan y de una fruta,
Y luego silencioso, tendido junto al río,
Ver latir en la honda noche las estrellas.

NOCHE DEL HOMBRE Y SU DEMONIO

D: Vive la madrugada. Cobra tu señorío.
Percibe la existencia en dolor puro.
Ahora el alma es oscura, y los ojos no hallan
Sino tiniebla en torno. Es ésta la hora cierta
Para hablar de la vida, la vida tan amada.
Si al Dios de quien es obra le reprochas
Que te la diera limitada en muerte,
Su don en sueños no malgastes. Hombre, despierta.

H: Entre los brazos de mi sueño estaba
Aprendiendo a morir. ¿Por qué me acuerdas?
¿Te inspira acaso envidia el sueño humano?
Amo más que la vida este sosiego a solas,
Y tú me arrancas de él, para volverme
Al carnaval de sombras, por el cual te deslizas
Con ademán profético y paso insinuante

Tal ministro en desgracia. No quiero verte. Déjame.

D: No sólo forja el hombre a imagen propia
Su Dios, aún más se le asemeja su demonio.
Acaso mi apariencia no concierte
Con mi poder latente: aprendo hipocresía,
Envejezco además, y ya desmaya el tiempo
El huracán sulfúreo de las alas
En el cuerpo del ángel que fui un día.
En mí tienes espejo. Hoy no puedo volverte
La juventud huraña que de ti ha desertado.

H: En la hora feliz del hombre, cuando olvida,
Aguzas mi conciencia, mi tormento;
Como enjambre irritado los recuerdos atraes;
Con sarcasmo mundano suspendes todo acto,
Dejándolo incompleto, nulo para la historia,
Y luego, comparando cuánto valen
Ante un chopo con sol en primavera
Los sueños del poeta, susurras cómo el sueño
Es de esta realidad la sombra inútil.

D: Tu inteligencia se abre entre el engaño:
Es como flor a un viejo regalada,
Y a poco que la muerte se demore,
Ella será clarividente un día.
Mas si el tiempo destruye la sustancia,
Que aquilate la esencia ya no importa.
Ha sido la palabra tu enemigo:
Por ella de estar vivo te olvidaste.

H: Hoy me reprochas el culto a la palabra.
¿Quién si no tú puso en mí esa locura?
El amargo placer de transformar el gesto
En son, sustituyendo el verbo al acto,

Ha sido afán constante de mi vida.
Y mi voz no escuchada, o apenas escuchada,
Ha de sonar aún cuando yo muera,
Sola, como el viento en los juncos sobre el agua.

D: Nadie escucha una voz, tú bien lo sabes.
¿Quién escuchó jamás la voz ajena
Si es pura y está sola? El histrión elocuente,
El hierofante vano miran crecer el corro
Propicio a la mentira. Ellos viven, prosperan;
Tú vegetas sin nadie. El mañana ¿qué importa?
Cuando a ellos les olvide el destino, y te recuerde,
Un nombre tú serás, un son, un aire.

H: Me hieres en el centro más profundo,
Pues conoces que el hombre no tolera
Estar vivo sin más: como en un juego trágico
Necesita apostar su vida en algo,
Algo de que alza un ídolo, aunque con barro sea,
Y antes que confesar su engaño quiere muerte.
Mi engaño era inocente, y a nadie arruinaba
Excepto a mí, aunque a veces yo mismo lo veía.

D: Siento esta noche nostalgia de otras vidas.
Quisiera ser el hombre común de alma letárgica
Que extrae de la moneda beneficio,
Deja semilla en la mujer legítima,
Sumisión cosechando con la prole,
Por pública opinión ordena su conciencia
Y espera en Dios, pues frecuentó su templo.

H: ¿Por qué de mí haces burla duramente?
Si pierde su sabor la sal del mundo
Nada podrá volvérselo, y tú no existirías
Si yo fuese otro hombre más feliz acaso,

Bien que no es la cuestión el ser dichoso.
Amo el sabor amargo y puro de la vida,
Este sentir por otros la conciencia
Aletargada en ellos, con su remordimiento,
Y aceptar los pecados que ellos mismos rechazan.

D: Pobre asceta irrisorio, confiesa cuánto halago
Ofrecen el poder y la fortuna:
Alas para cernerse al sol, negar la zona
En sombra de la vida, gratificar deseos,
Con dúctil amistad verse fortalecido,
Comprarlo todo, ya que todo está en venta,
Y contemplando la miseria extraña
Hacer más delicado el placer propio.

H: Dos veces no se nace, amigo. Vivo al gusto
De Dios. ¿Quién evadió jamás a su destino?
El mío fue explorar esta extraña comarca,
Contigo siempre a zaga, subrayando
Con tu sarcasmo mi dolor. Ahora silencio,
Por si alguno pretende que me quejo: es más digno
Sentirse vivo en medio de la angustia
Que ignorar con los grandes de este mundo,
Cerrados en su limbo tras las puertas de oro.

D: Después de todo, ¿quién dice que no sea
Tu Dios, no tu demonio, el que te habla?
Amigo ya no tienes sino es éste
Que te incita y despierta, padeciendo contigo,
Mas mira cómo el alba a la ventana
Te convoca a vivir sin ganas otro día.
Pues el mundo no aprueba al desdichado,
Recuerda la sonrisa y, como aquel que aguarda,
Alzate y ve, aunque aquí nada esperes.

AMANDO EN EL TIEMPO

El tiempo, insinuándose en tu cuerpo,
Como nube de polvo en fuente pura,
Aquella gracia antigua desordena
Y clava en mí una pena silenciosa.

Otros antes que yo vieron un día,
Y otros luego verán, cómo decae
La amada forma esbelta, recordando
De cuánta gloria es cifra un cuerpo hermoso.

Pero la vida solos la aprendemos,
Y placer y dolor se ofrecen siempre
Tal mundo virgen para cada hombre;
Así mi pena inculta es nueva ahora.

Nueva como lo fuese al primer hombre,
Que cayo con su amor del paraíso,
Cuando viera, su cielo ya vencido
Por sombras, decaer el cuerpo amado.

RIO VESPERTINO

Dejando atrás el claustro, donde suenan
Ecos de voces nuevas y nonatas,
Por la vereda del molino viejo
Se llega al río, en cuya margen hay
Edificios de ámbar ceniciento,
Barcas ociosas que el verano esperan

Por la corriente estrecha, entre los juncos
Y estos olmos de hermosura increíble.
Esta todo abstraído en una pausa
De silencio y quietud. Tan sólo un mirlo
Estremece con el canto la tarde.
Su destino es más puro que el del hombre
Que para el hombre canta, pretendiendo
Ser voz significativa de la grey,
La conciencia insistente en esa huida
De las almas. Contemplación, sosiego,
El instante perfecto, que tal fruto
Madura, inútil es para los otros,
Condenando al poeta y su tarea
De ver en unidad el ser disperso,
El mundo fragmentario donde viven.
Sueño no es lo que al poeta ocupa,
Mas la verdad oculta, como el fuego
Subyacente en la tierra. Son los otros,
Traficantes de sueños infecundos,
Quienes despiertan en la muerte un día.
Pobres al fin. ¿De qué le vale al hombre
Ganar su vida mientras pierde el alma,
Si sólo un pensamiento vale el mundo?
Desatendido queda por los otros
El sentido profundo del trabajo
Que ocupó con amor a tantas vidas,
No que el amor así perdido busque
Elogio corruptor, honor innoble,
Pero amor en amor quiere moneda,
Aunque sólo en amar halla su precio.
Alguno en tiempos idos se acogía
Al muro propio, al libro y al amigo,
Mas ahora vería roto el muro,
Vacío el libro y el amigo inútil.

Aquéllos son los más, tienen la tierra
Y apenas si un rincón queda asignado
Para el poeta, como muerto en vida.
Es la patria madrastra avariciosa,
Exigiendo el sudor, la sangre, el semen
A cambio del olvido y del destierro.
No importa la existencia, el tiempo dado
Para justificarla, así se muere
No de una muerte actual sino futura.
El alma, adoctrinada en hecatombes,
Del gobierno de Dios ya descreída,
Político eficaz cree al demonio.
Verdad es vehemencia de la masa,
Gloria es complicidad en algo impuro;
Ajado en toda cosa está el encanto,
El fruto deseado amarga ahora
Y un círculo de sombra encierra al día.
Con tácita premura en cada ciclo
La primavera acerca más la muerte
Y adondequiera que los ojos miren
Memoria de la muerte sólo encuentran.
Pero desesperada la esperanza
Insiste al revivir la savia nueva,
Con frágil insistencia, como en marzo
La campanilla blanca rompe el suelo
Desolado por el cierzo y la escarcha.
¿Es del suelo la flor, o acaso al aire
Debe forma, color, gracia y aroma?
Sin raíz, es mejor. La tierra pide
Demasiado, y el aire es generoso
Hacia las criaturas de este suelo,
Cuando el camino de la luz procura
Su oscura fe. Aquella cosa importa
De cuya fe conocimiento viene,

Piedra angular de las generaciones
Que labraron con fe lo no creído,
Seguros, no en las cosas que veían.
Pues fe no necesita lo visible;
Fe, contra toda razón, es algo ciego,
Sombra del pensamiento aquietadora.
Si la voz del poeta no es oída,
¿Sino mejor no es para el poeta?
Del hombre aprende el hombre la palabra,
Mas el silencio solo en Dios lo aprende.
En la paz vespertina, más humilde
Que el júbilo animal a la mañana,
Lo renunciado es poseído ahora,
Cuando la luz su espada ya depuso
En el tiempo sin tiempo, consumando
La identidad del día y de la noche.
El viento fantasmal entre los olmos
Las hojas idas mueve y las futuras.
Está dormido el mirlo. Las estrellas
No descienden al agua todavía.

EL CEMENTERIO

En torno de la iglesia esparce el cementerio
Sus tumbas viejas, caídas en la hierba
Como lebrél cansado ante los pies del dueño,
Y tras su tapia va la calleja solitaria.

Hay un fulgor aún tras del pino señero
Sobre las losas, adonde los pájaros regresan

Al cobijo nocturno, y un mirlo todavía
Canta. Pero la luz se queda enamorada.

Como un óleo de paz, luz, música y aroma
Traspasan esta hierba, bajo la cual el sueño
De amigos invisibles, que vivieron sus días
Antes que tú, acaso en un recuerdo se despierte.

Ese es todo el paisaje, cuando aquí en la ventana,
Junto al ramo de lilas, mientras la noche viene
Por el aire celeste, mojado y luminoso,
Escuchando al piano dejas ponerse el día.

Piensas entonces cercana la frontera
Donde unida está ya con la muerte la vida,
Y adivinas los cuerpos iguales a simiente,
Que sólo ha de vivir si muere en tierra oscura.

VEREDA DEL CUCO

Cuántas veces has ido en otro tiempo
Camino de esta fuente,
Buscando por la senda oscura
Adonde mana el agua,
Para quedar inmóvil en su orilla,
Mirando con asombro mudo
Cómo allá, entre la hondura,
Con gesto semejante aunque remoto,
Surgía otra apariencia
De encanto ineludible,
Propicia y enemiga,

Y tú la contemplabas,
Como aquel que contempla
Revelarse el destino
Sobre la arena en signos inconstantes.

Un desear atávico te atrajo
Aquí, madura la mañana,
Niño, ya no, ni hombre todavía,
Con nostalgia y pereza
De la primera edad lenta en huirnos;
E indeciso tu paso se detuvo,
Distante la corriente,
Mas su rumor cercano,
Hablando ensimismada,
Pasando reticente,
Mientras por esa pausa tímida aprendías
A conocer tu sed aún inexperta,
Antes de que los labios la aplacaran
En extraño dulzor y en amargura.

Vencido el niño, el hombre que ya eras
Fue al venero, cuyo fondo insidioso
Recela la agonía,
La lucha con la sombra profunda de la tierra
Para alcanzar la luz, y bebiste del agua,
Tornándose tu sed luego más viva,
Que la abstinencia supo
Darle fuerza mayor a aquel sosiego
Líquido, concordante
De tu sed, tan herido
De ella como del agua misma,
Y entonces no pudiste
Desertar la vereda
Oscura de la fuente.

Tal si fuese la vida
Lo que el amante busca,
Cuántas veces pisaste
Este sendero oscuro
Adonde el cuco silba entre los olmos,
Aunque no puede el labio
Beber dos veces de la misma agua,
Y al invocar la hondura
Una imagen distinta respondía,
Evasiva a la mente,
Ofreciendo, escondiendo
La expresión inmutable,
La compañía fiel en cuerpos sucesivos,
Que el amor es lo eterno y no lo amado.

Para que sea perdido,
Para que sea ganado
Por su pasión, un riesgo
Donde el que más arriesga es que más ama,
Es el amor fuente de todo;
Hay júbilo en la luz porque brilla esa fuente,
Encierra al dios la espiga porque mana esa fuente,
Voz pura es la palabra porque suena esa fuente,
Y la muerte es de ella el fondo codiciable.
Extático en su orilla,
Oh tormento divino,
Oh divino deleite.
Bebías de tu sed y de la fuente a un tiempo,
Sabiendo a eternidad tu sed y el agua.

No importa que la vida
Te desterrara de esa orilla verde,
Su silencio sonoro,
Su soledad poblada;

Lo que el amor te ha dado
Contigo ha de quedar, y es tu destino,
En el alba o la noche,
En olvido o memoria;
Que si el cuerpo de un día
Es ceniza de siempre,
Sin ceniza no hay llama,
Ni sin muerte es el cuerpo
Testigo del amor, fe del amor eterno,
Razón del mundo que rige las estrellas.

Como flor encendidas,
Como el aire ligeras,
Mira esas otras formas juveniles
Bajo las ramas donde silba el cuco,
Que invocan hoy la imagen
Oculta allá en la fuente,
Como tú ayer; y dudas si no eres
Su sed hoy nueva, si no es tu amor el suyo,
En ellos redivivo,
Aquel que desde el tiempo inmemorable,
Con un gesto secreto,
En su pasión encuentra
Rescate de la muerte,
Aceptando la muerte para crear la vida.

Aunque tu día haya pasado,
Eres tú, y son los idos,
Quienes por estos ojos nuevos buscan
En la haz de la fuente
La realidad profunda,
Intima y perdurable;
Eres tú, y son los idos,
Quienes por estos cuerpos nuevos vuelven

A la vereda oscura
Y ante el tránsito ciego de la noche
Huyen hacia el oriente,
Dueños del sortilegio,
Conocedores del fuego originario,
La pira donde el fénix muere y nace.

IX

VIVIR SIN ESTAR VIVIENDO

[1944-1949]

CUATRO POEMAS A UNA SOMBRA

I

LA VENTANA

Recuerda la ventana
Sobre el jardín nocturno,
Casi conventual; aquel sonido humano,
Oscuro de las hojas, cuando el tiempo,
Lleno de la presencia y la figura amada,
Sobre la eternidad un ala inmóvil,
Hace ya de tu vida
Centro cordial del mundo,
De ti puesto en olvido,
Enajenado entre las cosas.

Todo esplendor, misterio
Primaveral, el cielo luce
Como agua que en la noche orea;
Y al contemplarle, sientes
Pena de abandonar esta ventana,
Para ceder en sueño tanta vida,
Al reposo definitivo
Anticipado el cuerpo,
Cuando por el amor tu espíritu rescata
La realidad profunda.

Sin esperarle, contra el tiempo,
Nuevamente ha venido,
Rompiendo el sueño largo
Por cuyo despertar te aparecía
La muerte sólo; y trae
El sentido consigo, la pasión, la conciencia,
Como recién creados admirables,
En su pureza y su vigor primeros,
Que estando ya, no estaban,
Pues entre estar y estar hay diferencia.

Su voluntad, maestra de la tuya,
Delicia y miedo inspira,
Penetrando en la sangre, como música
Inmaterial dominadora,
Y al poder te somete de unos ojos,
Donde amanece el alma
Allá en su fondo azul, tranquilo y frío,
Hacia la luz alzados,
Unida a ellos, y unido tú con ellos
Por vida y muerte quieres contemplarlos.

El amor nace en los ojos,
Adonde tú, perdidamente,
Tiemblas de hallarle aún desconocido,
Sonriente, exigiendo;
La mirada es quien crea,
Por el amor, el mundo,
Y el amor quien percibe,
Dentro del hombre oscuro, el ser divino,
Criatura de luz entonces viva
En los ojos que ven y que comprenden.

Miras la noche a la ventana, y piensas

Cuán bello es este día de tu vida,
Por el encanto mudo Del cual ella recibe
Su valor; en los cuerpos,
Con soledad heridos,
Las almas sosegando,
Que a una y otra cifra, dos mitades
Tributarias del odio,
A la unidad las restituye.

Un astro fijo iluminando el tiempo,
Aunque su luz al tiempo desconoce,
Es hoy tu amor, que quiere
Exaltar un destino
Adonde se conciertan fuerza y gracia;
Fijar una existencia
Con tregua eterna y breve, tal la rosa;
El dios y el hombre unirlos:
En obras de la tierra lo divino olvidado,
Lo terreno probado en el fuego celeste.

Como la copa llena,
Cuando sin apurarla es derramada
Con un gesto seguro de la mano,
Tu fe despierta y tu fervor despierto,
Enamorado irías a la muerte,
Cayendo así, ¿ello es muerte o caída?
Mientras contemplas, ya a la aurora,
El azul puro y hondo de esos ojos,
Porque siempre la noche
Con tu amor se ilumine.

EL AMIGO

Los lugares idénticos parecen,
Las cosas como antes,
Mas él no está, ni la luz, ni las hojas,
Y en esta calma hacia el final del año
Llevas la soledad por toda compañía.

Es grato errar afuera,
Ir con tu sombra, recordando
Lo pasado tan cerca en lo presente,
Crecida ya su flor sin tiempo.
¿Es ésta soledad si así está llena?

El mediodía ahora, con su cielo
Que se acerca velado
Al río de aguas ciegas,
Vuelve hacia ti la historia,
Intimo y silencioso como un libro.

En su sosiego crees
Que una forma ligera se encamina
Dulcemente a tu lado,
Como el amigo aquel, cuando las hojas
Y la luz, luego idas con él mismo.

Le llamas ido, y no semeja
Su vida, transcurriendo a la distancia,
Espectro de la mente hoy,
Sino vida en la tuya, entre estas cosas
Que le vieron contigo.

Negado a tu deseo, hallas entonces
Que si tocas tu mano es con su mano,

Que si miran tus ojos es con sus ojos,
Y tu amor en ti mismo
Tiene cuanto le dio y en él perdiera.

No le busques afuera. El ya no puede
Ser distinto de ti, ni tú tampoco
Ser distinto de él: unidos vais,
Formando un solo ser de dos impulsos,
Como al pájaro solo hacen dos alas.

III

LA ESCARCHA

Mira los árboles, como en estío,
Por la escarcha brotados
Con hojas otra vez, hojas heladas,
Espectro de las idas. Así mismo a la mente
Aquella imagen del amor, antes amiga,
Regresa extraña ahora.

Todo cuanto fue entonces
Tibieza, movimiento,
Restituido así bajo esta escarcha,
Suspende el tiempo, y deja
Lo presente vacío,
Lo pasado visible sin encanto.

Parece que la muerte,
Siguiendo nuestra trama de la vida,
Sus formas remedase,
No brotadas del fuego originario,
Mas del frío postrero,

Halo transubstanciado en torno de una ausencia.

Dirías que el amor, luz de día en estío,
Luego es sombra desconsolada
Sobre unos campos transitorios
Con sus ramos de hielo,
Por los que vas buscando la figura
Constante de las cosas.

Dirías. Mas percibes en lo hondo,
Como presagio, siempre:
«No era en esos oídos
Adonde tu palabra
Debía resonar, ni era en esos lugares
Donde debías hallar el centro de tu alma.

«Sigue por las regiones del aspirar oscuro,
No buscando sosiego a tu deseo,
Confiado en lo inestable,
Enamorado en lo enemigo».
Contra el tiempo, en el tiempo
Así el presagio loco: «espera, espera».

IV

EL FUEGO

Por tierra está aquel chopo,
La sombra que a tu lado contemplabas,
En el aire la cima hacia las nubes,
Cuando el verano, como pausa del tiempo,
Sobre su hierba al sol te mantenía.

Un haz de luz en horas matinales
Era, con el crecer del día oscurecido,
Hasta tornarse columna misteriosa al pie del agua
Sosteniendo más claras la noche y las estrellas.

A su lado tu amor pensabas,
Destinado a vivir sólo un estío,
Aunque tan hondamente por el cuerpo arraigase
Como en la tierra el árbol.

De tu alentar al alentar del chopo
Corría una hermandad, y era consuelo
Confiar esperando enamorado,
Cerca así de un ahínco negado a tu destino.

Mas aún, en ofrenda
Al destino, tendías con gratitud tu vida,
Igual a quien su pie desliza por el fango,
Sólo atento a una flor que la mano sostiene.

Así amabas entonces,
Siguiendo un delicado impulso,
Y tu inútil trabajo de amor no te dolía,
Aunque donde recela el ángel la pisada
Algún bufón se instala como dueño.

En fragmentos ahora arde aquel chopo,
A tu cuerpo de invierno con su llama dando
Compañía, tibieza del amor que falta
A nuestro lado, y de llama a recuerdo
Vas, y en ambos a ti solo te encuentras.

Cuanto el destino quita
Es luego recobrado en forma extraña;

Ganar, perder, son nombres sin sentido.
Mira cómo tu amor, tu árbol,
Con llama de otro impulso se coronan.

Junto al agua, en la hierba, ya no busques,
Que no hallarás figura, sino allá en la mente
Continuarse el mito de tu existir aún incompleto,
Creando otro deseo, dando asombro a la vida,
Sueño de alguno donde tú no sabes.

EL INTRUSO

Como si equivocara el tiempo
Su trama de los días,
¿Vives acaso los de otro?,
Extrañas ya la vida.

Lejos de ti, de la conciencia
Desacordada, el centro
Buscas afuera, entre las cosas
Presentes un momento.

Así de aquel amigo joven
Que fuiste ayer, aguardas
En vano ante el umbral de un sueño
La ilusa confianza.

Pero tu faz, en el alinde
De algún espejo, vieja,
Hosca, abstraída, te interrumpe
Tal la presencia ajena.

Hoy este intruso eres tú mismo,
Tú, como el otro antes,
Y con el cual sin gusto inicias
Costumbre a que se allane.

Para llegar al que no eres,
Quien no eres te guía,
Cuando el amigo es el extraño
Y la rosa es la espina.

EL ARBOL

Al lado de las aguas está, como leyenda,
En su jardín murado y silencioso,
El árbol bello dos veces centenario,
Las poderosas ramas extendidas,
Cerca de tanta hierba, entrelazando hojas,
Dosel donde una sombra edénica subsiste.

Bajo este cielo nórdico nacido,
Cuya luz es tan breve, e incierta aun siendo breve,
Apenas embeleso estival lo traspasa y exalta
Como a su hermano el plátano del mediodía,
Sonoro de cigarras, junto del cual es grato
Dejar morir el tiempo divinamente inútil.

Tras el invierno horrible, cuando sólo la llama
Conforta aquella espera del revivir futuro,
Al pie del árbol brotan lágrimas de la nieve,
Corolas de azafrán, jacintos, asfodelos,

Con pujanza vernal de la tierra, y fielmente
De nueva juventud el árbol se corona.

Son entonces los días, algunos despejados,
Algunos nebulosos, más tibios de este clima,
Sueño septentrional que el sol casi no rompe,
Y hacia el estanque vienen rondas de mozos rubios:
Temblando, tantos cuerpos ligeros, queda el agua;
Vibrando, tantas voces timbradas, queda el aire.

Entre sus mocedades, vida prometedora,
Aunque pronto marchita en usos tristes,
Raro es aquel que siente, a solas algún día
En hora apasionada, la mano sobre el tronco,
La secreta premura de la savia, ascendiendo
Tal si fuera el latido de su propio destino.

Cuando la juventud el mundo es ancho,
Su medida tan vasta como vasto el deseo,
La soledad ligera, placentero ese irse,
Mirando sin nostalgia cosas y criaturas
Amigas un momento, en blanco la memoria
De recuerdos, que un día serán fardo cansado.

Atrás quedan los otros, repitiendo
Sin urgencia interior los gestos aprendidos,
Legitimados siempre por un provecho estéril;
Ya grey apareada, de hijos productora,
Pasiva ante el dolor como bestia asombrada,
Viva en un limbo idéntico al que en la muerte encuentra.

Pero ocurre una pausa en medio del camino;
La mirada que anhela, vuelta hacia lo futuro,
Es nostálgica ahora, vuelta hacia lo pasado;
Una fatiga nueva, alerta ya a esos ecos

De voces que se fueron, suspensas en el aire
Las preguntas de siempre, por nadie respondidas.

Y el mozo iluso es viejo, él mismo ignora cómo
Entre sueños fue el tiempo malgastado;
Ya su faz reflejada extraña le aparece,
Más que su faz extraña su conciencia,
De donde huyó el fervor trocado por disgusto,
Tal pájaro extranjero en nido que otro hizo.

Mientras, en su jardín, el árbol bello existe
Libre del engaño mortal que al tiempo engendra,
Y si la luz escapa de su cima a la tarde,
Cuando aquel aire ganan lentamente las sombras,
Sólo aparece triste a quien triste le mira:
Ser de un mundo perfecto donde el hombre es extraño.

EL PRISIONERO

Atrás quedan los muros
Y las rejas, respira
La libertad ahora,
A solas con tu vida.

Como nube en el aire,
Como luz en el alba,
Mira la tierra toda
Abierta ante tu planta.

Mas libertad sin nadie
Ganaste, y te parece

Victoria desolada,
Figura de la muerte.

EL NOMBRE

Llegue quedo tu paso
Sobre la tierra, adonde
Brilla con sombra roja
Esa haya, y vecino
Con su sombra de oro
Ese castaño, al toque
De la luz misma. Pasa
Esta hora contigo
A solas, tal si fuese
Una hora postrera,
Una primera, acaso
Umbral de muerte o vida,
Mientras gira la tarde
De indecible sosiego
Y hermosura indecible.
Con su cielo está el mundo;
Bien nuevas son las hojas;
Las flores del manzano,
Nieve mejor, sin viento
Profusamente caen;
La hierba sueño ofrece
Para el amor, y el aire
Respirado es delicia.
Hasta parece el hombre,
Tú quieto, entre los otros,

Un árbol más, amigo
Al fin en paz, la sola
Paz de toda la tierra.
Recoge el alma, y mira;
Pocos miran el mundo.
La realidad por nadie
Vista, paciente espera,
Tal criatura joven,
Espejo en unos ojos
Enamorados. Calla.
En este instante todo
Gesto humano resulta
Ocioso, y sólo un nombre
Pensado, mas no dicho
(Abril, abril), perfecto
Lo contiene y da forma
Única suficiente.

LA FECHA

También en cielo extraño
Y en extraña comarca,
Cuando al primer otoño
Dice un pájaro el alba.

En el umbral hortensias
Con cielo claro, luego
El mar, sin la memoria
Todo, al abrir de un sueño.

Allá están los caminos,
A esta luz todavía
Vacíos, y entre ellos
Uno aguarda tu ida.

No preguntes si vale
La pena haber venido,
Sino déjate, piensa
Que un dios es hoy tu amigo.

EL VIENTO Y EL ALMA

Con tal vehemencia el viento
Viene del mar, que sus sonos
Elementales contagian
El silencio de la noche.

Solo en tu cama le escuchas
Insistente en los cristales
Tocar, llorando y llamando
Como perdido sin nadie.

Mas no es él quien en desvelo
Te tiene, sino otra fuerza
De que tu cuerpo es hoy cárcel,
Fue viento libre, y recuerda.

EL SINO

El alma en armonía, a solas
Quiere vivir junto a lo amado,
Con el silencio que una rosa
Se entreabre en su ramo.

El alma en desacuerdo, a solas
Debe morir junto a lo extraño,
Con el silencio que una rosa
Se deshoja en su ramo.

EL RETRAIDO

Como el niño jugando
Con desechos del hombre,
Un harapo brillante,
Papel coloreado o pedazo de vidrio,
A los que su imaginación da vida mágica,
Y goza y canta y sueña
A lo largo de días que las horas no miden,
Así con tus recuerdos.

No son como las cosas
De que cerciora el tacto,
Que contemplan los ojos;
De cuerpo más aéreo
Que un aroma, un sonido,
Sólo tienen la forma prestada por tu mente,
Existiendo invisibles para el mundo

Aun cuando el mundo para ti lo integran.

Vivir contigo quieres
Vida menos ajena que esta otra,
Donde placer y pena
No sean accidentes encontrados,
Sino faces del alma
Que refleja el destino
Con la fidelidad trasmutadora
De la imagen brotando en aguas quietas.

Esperan tus recuerdos
El sosiego exterior de los sentidos
Para llamarte o para ser llamados,
Como esperan las cuerdas en vihuela
La mano de su dueño, la caricia
Diestra, que evoca los sonidos
Diáfanos, haciendo dulcemente
De su poder latente, temblor, canto.

Vuelto hacia ti prosigues
El divagar enamorado
De lo que fue tal como ser debiera,
Y así la vida pasas,
Morador de entresueños,
Por esas galerías
Donde a la luz más bella hace la sombra
Y donde a la memoria más pura hace el olvido.

Si morir fuera esto,
Un recordar tranquilo de la vida,
Un contemplar sereno de las cosas,
Cuán dichosa la muerte,
Rescatando el pasado
Para soñarlo a solas cuando libre,

Para pensarlo tal presente eterno,
Como si un pensamiento valiese más que el mundo.

OTRAS RUINAS

La torre que con máquinas ellos edificaron,
Por obra de las máquinas conoce la ruina,
Tras de su ordenación quedando a descubierto
Fuerzas instigadoras de torpes invenciones:
La carencia que nunca pudo esperar hartura,
La saciedad que nunca quiso guardar templanza;
Como dos enemigos frente a frente,
Hambre y frío de una parte, soberbia y avaricia de la otra.

La ruina ha clamado por suyos tantos muros
Sobre huecos disformes bostezando, ayer morada
De la cual sin cobijo subsiste irónico detalle:
Chimenea manchada por humo de las noches
Idas, como los cuerpos allá templados en invierno,
O tramo de escalera que conduce a la nada
Donde sus moradores irrumpieron con gesto estupefacto,
En juego del azar, sin coherencia de destino.

Intacto nada queda, aunque parezca
Firme, como esas otras casas hoy vacías,
Hacia cuyos salones las ventanas permiten
El vislumbre de espejos, oros sobrecargados,
Entre los cuales discurría la vanidad solemne
De ilustres aristócratas, eminentes políticos, acaudalados
financieros,

Que al hablar despertaban un eco de murmullos complacidos
Y el respeto debido al rango y la fortuna.

El recinto donde las damas, dispensando
Una taza de té, medían su sonrisa según el visitante.
Bajo de cuyos techos festejaron múltiples las bujías
Íntimas reuniones y brillantes saraos, o en ocasión más rara
El matrimonio ventajoso por dos familias esperado,
Ya se encuentra desnudo y alberga solamente
La sede de socorros, a cuyas oficinas
Supervivientes fantasmales llegan.

La discreción reticente de estas calles,
Rumbo a las alamedas de algún parque, todas
En perspectiva acorde con el cielo moroso,
Hechas para los pasos de ocioso transeúnte,
El matinal jinete o la nocturna carretela,
Ve su color de perla por hollín mancillado,
Ofendido a diario su sosiego entre las sacudidas
Vulgares de la vida que aún subsiste.

Como desierto, adonde muchedumbres
Marchan dejando atrás la ruta decisiva,
Estéril era esta ciudad. Aquella
Que con saber sin fe quiso mover montañas;
Toda ella monstruosa masa insuficiente:
Su alimento los frutos de colonias distantes,
Su prisa lucha inútil con espacio y con tiempo,
Su estruendo limbo ensordecedor de la conciencia.

El hombre y la ciudad se corresponden
Como al durmiente el sueño, al pecador la trasgresión oculta;
Ella y él recusaron al silencio de las cosas
Hasta el refugio último: el aire inviolado,
De donde aves maléficas precipitaron muerte

Sobre la grey culpable, hacinada, indefensa,
Pues quien vivir a solas ya no sabe, morir a solas ya no debe.
Del dios al hombre es don postrero la ruina.

DIVERTIMIENTO

«Asísteme en tu honor, oh tú, soneto».
 «Aquí estoy. ¿Qué me quieres?» «Escribirte.
 «Ello propuesto así, debo decirte
 Que no me gusta tu primer cuarteto».
«No pido tu opinión, sí tu secreto».
 «Mi secreto es a voces: advertirte
 Le cumple a estrofa nueva el asistirte.
 Ya me basta de lejos tu respeto».
«Entonces...». «Era entonces. Ahora cesa.
 Rima y razón, color y olor tal rosa,
 Tuve un día con Góngora y Quevedo».
«Mas Mallarmé...» «Retórica francesa.
 En plagio nazco hoy, muero en remedo.
 No me escribas, poeta, y calla en prosa».

EL POETA

La edad tienes ahora que él entonces,
Cuando en el tiempo de la siembra y la danza,
Hijos de anhelo moceril que se despierta,

Tu sueño, tu esperanza, tu secreto,
Aquellos versos fueron a sus manos
Para mostrar y hallar signo de vida.

Mucho nos dicen, desde el pasado, voces
Ilustres, ascendientes de la palabra nuestra,
Y las de lengua extraña, cuyo acento
Experiencia distinta nos revela. Mas las cosas,
El fuego, el mar, los árboles, los astros,
Nuevas siempre aparecen.

Nuevas y arcanas, hasta que al fin traslucen
Un día en la expresión de aquel poeta
Vivo de nuestra lengua, en el contemporáneo
Que infunde por nosotros,
Con su obra, la fe, la certidumbre
Maga de nuestro mundo visible e invisible.

Con reverencia y con amor así aprendiste,
Aunque en torno los hombres no curen de la imagen
Misteriosa y divina de las cosas,
De él, a mirar quieto, como
Espejo, sin el cual la creación sería
Ciega, hasta hallar su mirada en el poeta.

Aquel tiempo pasó, o tú pasaste,
Agitando una estela temporal ilusoria,
Adonde estaba él, cuando tenía
La misma edad que hoy tienes:
Lo que su fe sabía y la tuya buscaba,
Ahora has encontrado.

Agradécelo pues, que una palabra
Amiga mucho vale
En nuestra soledad, en nuestro breve espacio

De vivos, y nadie sino tú puede decirle,
A aquel que te enseñara adonde y cómo crece:
Gracias por la rosa del mundo.

Para el poeta hallarla es lo bastante,
E inútil el renombre u olvido de su obra,
Cuando en ella un momento se unifican,
Tal uno son amante, amor y amado,
Los tres complementarios luego y antes dispersos.
El deseo, la rosa y la mirada.

EL EXTASIS

Tras el dolor, la angustia, el miedo,
Como niño al umbral de estancia oscura,
Será el ceder de la conciencia;
Mas luego recobrada, la luz nueva
Veré, y tú en ella erguido.

Sonreirán tus ojos,
Desconocido y conocido, con encanto
De una rosa que es ella y recuerdo de otra rosa,
Trayendo tu presencia el mundo nuevo
Hasta mí, con el poder de un dios. Entonces

Miraré ese que yo sea,
Para hallarle a la imagen de aquel mozo
A quien dijera adiós en tiempos
Idos, su juventud intacta
De nuevo, esperando, creyendo, amando.

La hermosura que el haber vivido
Pudo ser, unirá al alma
La muerte así, en un presente inmóvil,
Como el fauno en su mármol extasiado
Es uno con la música.

E iremos por el prado a las aguas, donde olvido,
Sin gesto el gozo, muda la palabra,
Vendrá desde tu labio hasta mi labio,
Fundirá en una sombra nuestras sombras.

OTRO CEMENTERIO

Tras de la iglesia, en este campo santo
Que jardín es y es camino,
A cuyas losas grises
Arboles velan y circunda hierba,
El sol de mediodía, entre dos nubes,
Desciende para el hombre vivo o muerto.

Remanso te aparece verde y sosegado,
No lugar que se evita, mas retiro
Donde acudan los vivos a sentarse,
Igual que tú, como descanso en las tareas;
Donde jueguen los niños, con costumbre
Del paraje final en nuestra muerte.

La prueba de una tierra
Y la prueba de un hombre
Quieres buscarla, no en las grandes

Acciones, gestos desmesurados,
Sino en ésas humildes
En ésos recogidos.

Toda una historia, un alma se te muestran
Ahí, y las piensas hermosas,
Hechas de recatada confianza en lo sabido,
De respeto sin miedo en lo ignorado,
Viendo tratar así los pobres muertos
Que recuerdo impotente son tan sólo.

UN CONTEMPORANEO

Le conocí hace ya tanto tiempo;
Déjeme que recuerde. Si la memoria falla
A mi edad, cuando trata de imaginarse algo
Que en años mozos fuimos, aún más cuando persigue
La figura del hombre sólo visto un momento.

Nunca pensé que alguien viniera a preguntarme
Por tal persona, sin familiar, amigo,
Posición o fortuna; viviendo oscuramente,
Con los gestos diarios de cualquiera
A quien ya nadie nombra tras de muerto.

Que de espejo nos sirva
El prójimo, y nuestra propia imagen
Observemos en él, mas no la suya,
Ocurre a veces. Quien interroga a otros
Por un desconocido, debe contentarse
Con lo que halla, aun cuando sea huella

Ajena superpuesta a la que busca.

Era de edad mediana
Al conocerlo yo, enseñando,
No sé, idioma o metafísica, en puesto subalterno,
Como extraño que ha de ganar la vida
Por malas circunstancias y carece de apoyo.

A esta ciudad había venido
Desde el norte, donde antes estuvo
En circunstancias aún peores; ya conoce
Aquella gente práctica y tacaña, que buscando
Va por la vida sólo rendimiento,
Y poco rendimiento de tal hombre traslucía.

Aquí se hallaba a gusto, en lo posible
Para quien no parecía a gusto en parte alguna,
Aun cuando, ido, no quisiera
Regresar, ni a varios conocidos
Locales recordó. Así trataba acaso
Que lo pasado fuera pasado realmente
Y comenzar en limpio nueva etapa.

No le vi mucho, rehusando,
A lo que entiendo, el trato y compañía,
Acaso huraño y receloso en algo
Para mí indiferente. Poco hablaba,
Aunque en rara ocasión hablaba todo
Lo callado hasta entonces, entero, abrupto,
Y pareciendo luego avergonzado.

Pero seamos francos: yo no le quería
Bien, y un día, conversando
Temas insustanciales, el tiempo, los deportes,
La política, sentí temor extraño

Que en burla, no hacia mí, sino a los hombres todos
En mí representados, fuera a sacar la lengua.

Lo que pensó, amó, odió, le dejó indiferente,
Ignoro; como lo ignoro igual hasta de otros
Que conocí mejor. Nuestro vivir, de muchedumbre
A solas con un dios, un demonio o una nada,
Supongo que era el suyo también. ¿Por qué no habría de serlo?

Su pensamiento hoy puede leerse
Tras la obra, y ella sabrá decirle
Más que yo. Aunque supongo
Tales escritos sin valor alguno,
Y aquí ninguno se cuidaba de su autor o ellos.

Esta fama postrera no la mueve,
En mozos tan despiertos, amor de hacer justicia,
Sino gusto de hallar razón contra nosotros
Los viejos, el estorbo palmario en el camino,
Al cual no basta el apartar, mas el desprecio
Debe añadirse. Pues, ¿acaso
Vive desconocido el poeta futuro?

Sabemos que un poeta es otra cosa;
La chispa que le anima pronto prende
En quienes junto a él cruzan la vida,
Sus versos aceptados tal moneda corriente.
Lope fue siempre el listo Lope, vivo o muerto.

Tan vulgar como quiera será el vulgo,
Pero la voz del vulgo es voz divina,
Por estos tiempos nuestros a lo menos;
Y el vulgo era ignorante de ese hombre
Mientras viviera, en signo
Que siempre ignorará su póstuma excelencia.

La sociedad es justa, a todos trata
Como merecen; si hay exceso
Primero, con idéntico exceso retrocede,
Recobrando nivel. Piense de alguno,
Festejado tal dios por muchedumbres,
Por esas muchedumbres tal animal colgado.
Bien que ello nos repugne, justicia pura y simple.

Mas eso no se aplica a nuestro hombre.
¿Acaso hubo exceso en el olvido
Que vivió día a día? Hecho a medida
Del propio ser oscuro, exacto era; y a la muerte
Se lleva aquello que tomamos
De la vida, o lo que ella nos da: olvido
Acá, y olvido allá para él. Es lo mismo.

EL PERFUME

«Es aroma que tiene
Halago amigo», piensas,
Viajero a la tarde
Por este campo extraño,
Al hallar sobre un seto
Las flores estrelladas
Que abrió la madre selva.
Pero insidioso evoca,
Aunque tan nuevo y fresco,
Otro igual, diferente,
Cruel, donde revive

Algo tuyo perdido:
Tardes cuando así ibas
Por un campo y verano
Llenos del penetrante
Aroma, que levanta
Aquí más tenuemente,
Tal como cuerpo joven
Hoy, te evoca otro cuerpo
Joven también un día.
Y vuelve aquel anhelo
De apresar un perfume,
De estrechar una sombra,
Mientras llevas las flores
Vivas hacia los labios
En confusión, besando
Realidad y memoria,
El deseo insumiso
Al tiempo, todavía
Turbada el alma, ¿para
Qué o quién?, con un suspiro.

LAS EDADES

Trágicamente extraños, desprendidos
Desde su eternidad, entre los astros
Libres del tiempo, así aparecen hoy
Por los museos. Pálidos fantasmas
En concilio, convocados por el sueño,
Sobre la escalinata polvorienta,
En el dintel de las columnas rotas,

Vuelta irreal tanta hermosura aún viva.

Imaginados por un pueblo remoto,
De su temblor divino forma eran
(Como la rosa es forma del deseo);
Y en el bronce, en el marfil y el mármol,
Presidiendo los actos de la vida,
De terror y de gozo solos dispensadores,
En perfección erguidos, iba a ellos,
Con murmullo confuso, la palabra.

Un pueblo existe por su intuición de lo divino
Y es voz del sino que halla eco en historia,
Movido del ahínco indisoluble
De su tierra y su dios; así creando
Con lo invisible lo visible,
Con el sueño el acto, con el ánimo el gesto,
Del existir dando razón el mito,
Adonde nace, crece, engendra, y muere.

Mas un pueblo al morir siente sus dioses
Vulnerables también, lo divino y lo humano
Sin magia ni virtud, de extraños luego presa
Cuanto era de otros el centro y el contorno:
Los trabajos del mar, y la labranza
Del campo, y la paz del caserío;
Lo que unido en los dioses es la vida
Y desunido es apetencia de la muerte.

Ahora, así humillados en un gesto
Ya ineficaz, se sobreviven
Preciosos sin valor, como la concha
Indica, de su perla despojada,
Cuando lejos del abismo nativo
Inerme yace a las injurias,

Sólo presea de un niño o de un enamorado,
Porque el iris cambiante le recuerda unos ojos.

La piedra cariada, el mármol corroído,
Es descomposición del dios, segura
De consumarse bajo el aire, como
Bajo la tierra la del hombre;
Ambos, el dios y el hombre, iguales
Ante el ultraje igual del azar y del tiempo
Cuyo poder los rige, y aceptada
La humildad de perderse en el olvido.

En la penumbra polvorienta pasan hoy
Seres grises; con ojos asombrados
Miran sin ver aquellos cuerpos duros
Orgullosos: el anca, el vientre, el lomo
De animales perfectos; los vestigios
Del dios que fue, que exige serlo siempre;
Y hostiles como extraños ofenden su agonía
Con una admiración incrédula.

CARA JOVEN

Ahora quisieras recordarte,
Hablar lo mismo que solías
Antes, de ligero y de breve,
Por amor a esta faz tan niña

Pero los tiempos ya son otros,
Y tú otro del que creías
Entonces. Sólo tu gozo

Es el de siempre si la miras.

Como lluvia clara, conforta;
Como sueño de amanecida,
Alienta; sugiere posibles
E imposibles, como la vida.

LA SOMBRA

Al despertar de un sueño, buscas
Tu juventud, como si fuera el cuerpo
Del camarada que durmiese
A tu lado y que al alba no encuentras.

Ausencia conocida, nueva siempre,
Con la cual no te hallas. Y aunque acaso
Hoy tu seas más de lo que era
El mozo ido, todavía

Sin voz le llamas, cuántas veces;
Olvidado que de su mocedad se alimentaba
Aquella pena aguda, la conciencia
De tu vivir de ayer. Ahora,

Ida también, es sólo
Un vago malestar, una inconsciencia
Acallando el pasado, dejando indiferente
Al otro que tú eres, sin pena, sin alivio.

OTROS AIRES

A Concha de Albornoz

«¿Cómo serán los árboles aquellos?»
Preguntaste. Ahí los tienes:
Aún desnudos, ya hermosos,
Bajo del cielo vasto, por el llano y colinas
Que ves a la ventana,
Amigos nuevos en espera
De tu salida para andar contigo.

Allá, por el sendero
A la orilla del lago, en una fila,
Alamos, arces, abedules,
Contra las nubes claras
Y libres, pueblan un horizonte
Acogedor desde el primer instante,
En este fin de invierno hacia la primavera.

Extraño nada es, sino propicio
Y familiar, aunque reciente
Seas aquí; y entre esos troncos
Hallas tu mundo fiel, que pide
Confianza y amor de parte tuya
Y ofrece de la suya
Luz nueva y soledad inspiradora.

No mires atrás y sigue
Hasta cuando permita el sino,
Ahora que por los aires
Una promesa ¿oyes?
Acaso está sonando con las hojas nacientes,
Su existencia, como la tuya,
En música escondida y revelada.

SER DE SANSUEÑA

Acaso allí estará, cuatro costados
Bañados en los mares, al centro la meseta
Ardiente y andrajosa. Es ella, la madrastra
Original de tantos, como tú, dolidos
De ella y por ella dolientes.

Es la tierra imposible, que a su imagen te hizo
Para de sí arrojarte. En ella el hombre
Que otra cosa no pudo, por error naciendo,
Sucumbe de verdad, y como en pago
Ocasional de otros errores inmortales.

Inalterable, en violento claroscuro,
Mírala, piénsala. Árida tierra, cielo fértil,
Con nieves y resoles, riadas y sequías;
Almendros y chumberas, espartos y naranjos
Crecen en ella, ya desierto, ya oasis.

Junto a la iglesia está la casa llana,
Al lado del palacio está la timba,
El alarido ronco junto a la voz serena,
El amor junto al odio, y a la caricia junto
A la puñalada. Allí es extremo todo.

La nobleza plebeya, el populacho noble,
La pueblan; dando terratenientes y toreros,
Curas y caballistas, vagos y visionarios,
Guapos y guerrilleros. Tú compatriota,
Bien que ello te repugne, de su fauna.

Las cosas tienen precio. Lo es del poderío
La corrupción, del amor la no correspondencia;
Y ser de aquella tierra lo pagas con no serlo

De ninguna: deambular, vacuo y nulo,
Por el mundo, que a Sansueña y sus hijos desconoce.

Si en otro tiempo hubiera sido nuestra,
Cuando gentes extrañas la temían y odiaban,
Y mucho era ser de ella; cuando toda
Su sinrazón congénita, ya locura hoy,
Como admirable paradoja se imponía.

Vivieron muerte, sí, pero con gloria
Monstruosa. Hoy la vida morimos
En ajeno rincón. Y mientras tanto
Los gusanos, de ella y su ruina irreparable,
Crecen, prosperan.

Vivir para ver esto.
Vivir para ser esto.

SILLA DEL REY

Aquí sentado miro cómo crece
La obra, dulce y dura, vasta y una,
Protegiendo, tras el muro de piedra,
La fe, mi diamante de un más claro día,
Tierra hecha luz, la luz en nuestros hechos.

La luz no es mía, sino la tierra sólo.
La tierra díscola y diversa, que yo ahora
Tengo bajo mi brazo y siento doblarse,
Fuerza febril, felina y femenina,
Nula por mi poder, pero latente.

Acaso nadie excepto yo noticie,
Por el aire tranquilo de mis pueblos,
El furor de la fiera a quien cadenas forjo,
Codiciosa del mal, y cuya presa
Extremada sería el sueño que edifico.

La profecía poética se cumple,
El tiempo de un monarca, un imperio y una espada;
El imperio está aquí, como juguete
Rutilante a mis pies; la espada, iris y rayo,
Por mi mano la llevan capitanes.

Todo traza mi trama, va hacia el centro
Austero y áulico, corazón del Estado,
Adonde llega, como la sangre de las venas.
Para inspirarse e informarse, convertido
En fluir no mortal de leyenda y de historia.

En acto y en idea la vida ya se ajusta
A mi canon católico, por campos,
Por ciudades, por mares transitables
Hasta tierras de allende, oscuras descubiertas,
Y el hombre es libre en mí, como yo en él soy siervo.

Maté a la variedad, y ésa es mi gloria,
Si alguna gloria puede reivindicar el hombre
Por singular que su estación le haga,
Como la mía. Ninguno igual a mí por el orgullo
Y la humildad, que me hacen monarca con dos faces.

La expresión de mi ser contradictorio,
Que se exalta por sentirse inhumano,
Que se humilla por sentirse imposible,
Este muro la cifra, entre el verdor adusto,

La sierra gris, los claros aires.

Una armonía total, irresistible, surge;
Colmena de musical dulzor, resuena todo;
Es en su celda el fraile, donde doma el deseo;
En su campo el soldado, donde forja la fuerza;
En su espejo el poeta, donde refleja el mito.

Sé que estas vidas, por quienes yo respondo,
En poco servirían de no seguir unidas
Frente a una gran tarea, grande aunque absurda;
Su voluntad a solas no asintiendo
Con voluntad contigua. Mi cetro es su cayado.

Envidiosos, ilógicos, rebeldes,
Aptos a querellarse con sus sombras,
Por palabra ingeniosa de su mal distraídos,
Que aprecian igualmente el andrajo y el ámbar,
Y en triunfo y ruina hallan igual reposo.

Pero el buen hortelano a la tierra que tiene
No la discute, sino saca el fruto;
Y yo de tierra mala trazo un huerto
Sellado para el mundo todo,
Que huraño lo contempla concertando hundirlo.

Mas tras de mí, ¿qué reserva la suerte
Para mi obra? Subir más no es posible,
Sino quedar en el cenit, adonde
Como astro se vea
Para glosa y por gloria de los siglos futuros.

La mutación es mi desasosiego,
Que victorias de un día en derrotas se cambien.
Mi reino triunfante ¿ha de ver su ruina?

O peor pesadilla ¿vivirá sólo en eco,
Como en concha vacía vive el mar consumido?

Mi obra no está afuera, sino adentro,
En el alma; y el alma, en los azares
Del bien y el mal, es igual a sí misma:
Ni nace, ni perece. Y esto que yo edifico
No es piedra, sino alma, el fuego inextinguible.

El fuego encierra al dogma y el dogma encierra al hombre.
Aquellos que otra cosa defendieran
Son ilusos heréticos, aunque clamen amparo
En Cristo. César es quien conviene
Lo que es suyo y de Cristo.

Cuando Alguno en Su nombre regresara al mundo
Que por El yo administro, encontraría,
Conclusa y redimida, la obra ya perfecta;
Intento de cambiarla ha de ser impostura,
Y a Su impostor, si no la cruz, la hoguera aguarda.

No puedo equivocarme, no debo equivocarme;
Y aunque me equivocase haría
El que mi error se tornara
Verdad, pues que mi error no existe
Sino por El, y por El acertando me equivoco.

Bien pesado secreto es éste, el sofisma
Del poder, para llevarlo un hombre
Solo, como mal repulsivo que royese
El cuerpo. Y eso ha de exceptuarme
El: ¿Me daría si no olvido en lo pequeño?

Manos atareadas van alzando la obra,
Que viva aquí, en la mente, ha de vivir lo mismo

Para el mundo exterior, sin mudar el oriente
Del sueño pensativo, sin perder la pureza
Que como voluntad siento inflexible.

Y el futuro será, inmóvil, lo pasado:
Imagen de esos muros en el agua.

LA PARTIDA

Bajo el cielo, en la oscura
Medianoche del puerto,
Viró el navío rumbo al agua.
Reposo y movimiento en uno fueron.

(Por prados de asfodelos el río gris se duerme
Y la torre normanda asoma en aire húmedo
Tras los olmos antiguos y las roncadas cornejas).

Solo junto a la sombra,
Con voces y con risas
Ajenas allá abajo
Lejos miró. ¿Era sueño o vigilia?

(Siglos en piedra, muros limitando los claustros
Sobre jardines mudos, donde los estudiantes
Pasan y flotan tras de ellos negras alas).

Nada suyo guardaba aquella tierra
Donde existiera. Por el aire,

Como error, diez años de la vida
Vio en un punto borrarse.

(Es el pórtico neoclásico de la ópera:
Pinta el pobre en el suelo retratos lastimosos,
Van diademas entre montones de hortalizas).

Nula oquedad dejaban
En el tiempo, horas que no sonaron.
Y a ciegas le llevó el navío
Como al muerto temprano.

(Adiós al fin, tierra como tu gente fría,
Donde un error me trajo y otro error me lleva.
Gracias por todo y nada. No volveré a pisarte).

ESCULTURA INACABADA

(DAVID-APOLO, DE MIGUEL ANGEL)

Sorprendido, ah, sorprendido
Desnudo, en una pausa,
Por la selva remota,
Traspuesto el tiempo.

Adherido a la tierra
Todavía, al tronco
Y a la roca, en la frontera
De infancia a mocedades

Es el instante, el alba
Pura del cuerpo,
En el secreto absorto
De lo que es virgen.

Reposo y movimiento
Coinciden, ya en los brazos,
El sexo, flor no abierta,
O los muslos, arco de lira.

Por el dintel suspenso
De su propia existencia,
Se mira ensimismado
Y a sí se desconoce.

Dentro, en el pensamiento,
Escucha a su destino,
Caída la cabeza,
Entornados los ojos.

Calla. Que no despierte,
Cuando cae en el tiempo,
Y a sus eternidades
Perdidas hoy.

Mas tú mira, contempla
Largo esa hermosura,
Que la pasión ignora;
Contempla, voz y llanto.

Fue amor quien la trajera,
Amor, la sola fuerza humana,
Desde el no ser, al sueño
Donde latente asoma.

PARA ESTAR CONTIGO

Sé que a solas, aburrido
De estar vivo y quedar muerto,
Pasas el tiempo, o te pasa
El tiempo sin tú quererlo.

Pues el fuego no la anima
Sino en lumbre pasajera,
Entiende la paradoja
De tu existencia incompleta.

La luna a veces es clara,
El aire a veces es tibio,
El cuerpo joven tan puro
Como siempre, y tan perdido.

El sino te lleva, y puedes,
Si así lo quieres, pararle,
Cuando seguir cansa. Entonces
Eres dueño en lo que vale.

Luego la vejez alcanza,
Y con ella ese recelo
De una falla, ajena o tuya,
En el ciclo ya completo.

No digas que no esperabas
Todo ello en el principio,
Y acepta, como si iguales,
Lo esperado y lo vivido.

LAS ISLAS

Recuerdo que tocamos puerto tras larga travesía,
Y dejando el navío y el muelle, por callejas
(Entre el polvo mezclados pétalos y escamas),
Llegué a la plaza, donde estaban los bazares.
Era grande el calor, la sombra poca.

Con el pecho desnudo iba, distraído
Como si familiares fuesen la villa y sus costumbres,
Y miré en un portal al mercader de sedas
Que desplegaba una, color de aurora, fría a los ojos,
Sintiendo sin tocarla la suavidad escurridiza.

Ante un ciego cantor estuve largo espacio,
Único espectador, y parecía cantar para mí solo.
Compré luego a una niña un ramo de jazmines
Amarillentos, pero en su olor ajado tuvo alivio
La dejadez extraña que empezaba a aquejarme.

Desanudada la faja en la cintura,
Unos muchachos que pasaban, reían,
Volviendo la cabeza. Acaso me creyeron
Ebrio. Los ojos de uno de ellos eran
Como la noche, profundos y estrellados.

La humedad de la piel pronto se disipaba
Por el aire ardoroso, a cuyo influjo
Mi pereza crecía. Me detuve indeciso,
Acariciando el cuerpo, sintiendo su tibieza
Lisa, como si acariciara un cuerpo ajeno.

Seguí, por parajes nunca vistos,
Mas presentidos, igual a quien camina
Hacia cita amistosa. Deponía la tarde

Su fuerza, cuando al fin quise
Buscar reposo ante un umbral cerrado.

Era un barrio tranquilo. Mis párpados pesaban
(Acaso dormí mucho), y al abrirlos de nuevo
Ya el sol estaba bajo en el muro de enfrente.
Una presencia ajena pareció despertarme,
Porque al volver la cara vi una mujer, y sonreía.

Como si de mi anhelo fuese proyección, respuesta
Ante demanda informada, me miraba, insegura;
Aunque yo nada dije, con gesto silencioso,
Invitándome adentro, me tomó de la mano.
La seguí, con recelo más débil que el deseo.

La sala estaba oscura (ya caía la tarde).
Sobre la estera había almohadas, un cestillo
Anidando manojos de magnolias mojadas,
De excesiva fragancia. Filtró la celosía
Unas palabras de la calle: «Le encontraron muerto».

Las pensé referidas a un camarada,
Quizá presagio de mi sino. Pero ella,
Atrayéndome a sí, sobre la alfombra
El ropaje tiró, como cuchillo sin la vaina,
Fría, dura, flexible, escurridiza.

Mis manos en sus pechos, su cintura
Quebrarse pareció al extenderme sobre ella,
Y en el silencio circundante, al ritmo
De los cuerpos, oí su brazalete,
Queja del ave fabulosa que escapaba.

La oscuridad llenó la sala toda
Cuando saciado y satisfecho quise irme.

En la puerta (ella como mi sombra me seguía),
Al cruzar su dintel, sentí que entre mis dedos
Quedaba el brazalete, ahora inerte y mudo.

Mucho tiempo ha pasado. No aceptara
Revivir otra vez esta existencia.
Mas no sé qué daría por sólo aquel instante
Revivirlo. Bien sé que apenas tengo con qué tiente
Al destino, ni el destino tentarse dejaría.

Cuando el recuerdo así vuelve sobre sus huellas
(¿No es el recuerdo la impotencia del deseo?),
Es que a el, como a mí, la vejez vence;
Y acaso ya no tengo lo único que tuve:
Deseo, a quien rendida la ocasión le sigue.

VIENDO VOLVER

Irías, y verías
Todo igual, cambiado todo,
Así como tú eres
El mismo y otro. ¿Un río
A cada instante
No es él y diferente?

Irías, en apariencia
Distraído y aburrido
En secreto, mirando,
Pues el mirar es sólo
La forma en que persiste
El antiguo deseo.

Mirando, estimarías
(La mirada acaricia
Fijándose o desdeña
Apartándose) irreparable todo
Ya, y perdido, o ganado
Acaso, quién lo sabe.

Así, con paso indiferente,
Como llevado de una mano,
Llegarías al mundo
Que fue tuyo otro tiempo,
Y allí le encontrarías,
Al tú de ayer, que es otro hoy.

Impotente, extasiado
Y solo, como un árbol,
Le verías, el futuro
Soñando, sin presente,
A espera del amigo,
Cuando el amigo es él y en él le espera.

Al verle, tú querrías
Irte, ajeno entonces,
Sin nada que decirle,
Pensando que la vida
Era una burla delicada,
Y que debe ignorarlo el mozo hoy.

EL CESAR

Isla, en su roca escarpada inaccesible,
Segura; sola morada para el César, como
El César sólo ser para morar en ella.
En torno a las columnas adelfas y cipreses
Mojados y olorosos; abajo el mar insomne;
Encima el aire, el aire que no oprime
Sobre mí. Y el clima ilimitado de un estío.

Todo aquí en soledad, a solas
Como conciencia en alta noche,
Mas libre de su angustia. Seguro
Estoy de que la faz humana, ya insoportable
Tiranía, no romperá esta magia.
La ciudad está lejos, y un sueño es su memoria,
De cuya irrealidad tranquilizado
Soy capaz de contento todavía.

Conmigo estoy, yo el César, dueño
Mío, y en mí del mundo. Mi dominio
De lo visible abarca a lo invisible,
Cerniendo como un dios, pues que divino soy
Para el temor y el odio de humanas criaturas,
Las dos algas gemelas del miedo y la esperanza.
Pero ¿es cierta esta calma? ¿No hay zozobra
Entre las ramas de un puñal al acecho?

Lejos aún está la madrugada
Con su insomnio tenaz, o su visita
De horribles sueños, que me cuestan
Lágrimas y gemidos. Mas no debo
Pensar en eso, sino mirar las rosas
Cándidas y lascivas, como las criaturas
Que a mi placer atienden, con delicia
Absorbente y feroz, digna del viejo César.

Para el placer soy viejo. Quiero a veces,
Junto a la pubertad rendida, replicarla
Con forma tan perfecta. Todavía un impulso
Generoso; no: mejor abatirla
(La insolencia dorada del cabello,
Los miembros lisos desdeñosos,
El ágil movimiento esquivo),
Humillarla, mientras repto por ella,
Como babosa sobre pétalo nuevo,
Mordiendo sin aliento, en arrebató
De rencor placentero, de gozo degradante.

Al besar una boca, el pensamiento
De que aquella cabeza caería
Si una palabra digo, aún extiende
Mi gozo más allá de sus fronteras
Naturales. ¿Acaso al cuerpo de que se goza
Una tortura no imponemos? ¿Un eco no es el gozo
Corporal nuestro del instinto
De crueldad, que adentro duerme?

Acaso no soy viejo. Algún instante
Siento la juventud en mí, plena, sin tiempo,
Como jamás lo fuera en su tiempo caduco;
Juventud que valora su calidad preciosa.
Y los años vividos no parecen
Aminorarla, antes acrisolarla
Por su cenit perfecto. Mas luego, en otro
Instante, el tiempo con su apremio extrema
La carga que doblega y que pretendo
Arrojar. Ilusiones aún: la vida es otra cosa.

Cuando en tregua fugaz, calmados cuerpo y mente,
Quieto bajo la lana cálida y ligera,

A oscuras, oigo en mi yacija
La lluvia, el surtidor, el oleaje,
Batiendo contra el mármol o la roca,
Resucitar parecen las aguas del pasado,
Que vuelven y me ahogan, lentas, irreprimibles.
¿Sería así la vida que puras me auguraban?

Si tuerce el sino de un amor primero,
Todo es deforme entonces;
Y acaso yo vengara largamente
Que la razón de Estado me forzase,
Traicionando el deseo de mis entrañas
Por el capricho lujurioso de una loca.
Pero aun así, ¿la saciedad no acecha
Todo, al amor y al capricho?
¿A qué culpar de nada a nadie?

Propósitos perdidos del mozo generoso
A quien temple y destino hostigan de consuno.
Cuando laurel y púrpura eran gratos
Tras hazañas de armas o de togas,
Que las picas de hierro y el bronce de los haces
Orillan. Cuando marfil y cedro iban
Entre la multitud mecidos,
Como nave entre olas, al estruendo
De las gargantas agrias, donde suena
La música brutal del populacho,
Cuyo admirar y odiar ciego confunde.

El poder, ¿quién lo habrá conocido
Como yo? En el terror de otros,
En su codicia insinuante,
Que asoman a los ojos, traicionando
Asumida confianza o largueza;
En la tácita oferta de todo el ser, en alma

Y cuerpo, lo terreno y lo celeste,
Pues hasta el hierofante con los dioses trafica.

El poder, ¿quien ha de conocerlo
Como yo? El poder que corrompe
Espíritu, como una enfermedad oculta
Corrompe carne. Pero aun así, divino
Es, que aislado me destina
A ver las criaturas allá lejos,
Lo mismo que las ve el águila en el aire.
Grandeza corrompida que arrastra y que levanta,
Mantiene en equilibrio este mortal residuo
De mi existir, tan desmedido y flaco.

Mas suena sigilosa una pisada,
La seda reticente en la cortina;
Me obsesiona un rumor inexistente
A toda hora. El poder no corrompe,
Enloquece y aísla. Acecha alguno
En el vestíbulo, viniendo en busca
Del anillo. Mis guardas me protegen,
Que nadie pueda entrar. Acaso están vendidos.
Tan débil yo, el victorioso, tanto,
Que el peso de una pluma aterra a mi garganta.

Es la sangre, tanta sangre vertida;
Su rumor ¿no sube por los aires,
Clamando en vano? Tanta muerte,
De amigos y de extraños, administrada con veneno
O con puñal; súbita asombrando
O demorada, por mejor conocerla.
¿Amigos, dije? Amante o familiar, extraños todos.

Cuando mis manos flácidas contemplo
Al fuego de las hachas (ah, las brasas

Del nuevo terremoto: rojas están, y las creía
Yertas), que inquietan más que alumbran la nocturna
Calma del camarín, ningún rocío de sangre
Las colora: muertas parecen, e inocentes.

Inocentes, lavadas en su blancura vieja,
Como las de una virgen que hilara y que rezara
Ajena al mundo, al animal espasmo
Emparejado. En vano las pregunto; no conocen
Ellas ni nadie el beneficio de la sangre vertida.
La víctima provoca al verdugo inocente,
Y la sangre no acusa, la sangre es beneficio
Mayor, necesaria igual que el agua es a la tierra.

X

CON LAS HORAS CONTADAS

[1950-1956]

AGUILA Y ROSA

Lo que el bisabuelo sembrara, el padre quiere cosecharlo,
Y para su codicia de coronas, ocasión es ésta
De añadir una más. En su rincón, Castilla nada dice,
Mas paga, como siempre, con dinero, con sudor, con sangre.
Una vez protestó. ¿Y ahora? De nuevo va al tablero su destino.

Cuando el príncipe toca puerto en Inglaterra, es el verano.
El cielo envía entonces alguna luz sobre la isla
Regocijando tierra adentro tantos prados morosos,
Y a la sangre invernal la despierta y provoca.
Aunque sólo dure unos días, la luz parece eterna.

Dura tarea es, y fastidiosa, la del poder, caído
En sus manos tan mozas todavía, y sin costumbre
De la tierra y la gente, que acaso no le quieran y recelen,
Pero sobre la cual debe reinar, bajo la cual debe doblegarse,
Postergando el ser propio y sus modos de España.

Festivos trajes toda, mas semblantes nublados,
La muchedumbre está en el puerto, y le mira
Entre curiosa y enemiga, como al que viene de otro mundo.
Esa debe regir. Su voluntad es grande y está pronta
A la llamada del destino, frente a la cual no hay vuelta.

Pendones y estandartes le saludan, y el mozo, a quien dotara
Tan bien naturaleza en apariencia y pensamiento,
Un poco en su reserva cede y en su distancia otro,
Para hallar el latido de aquellas criaturas,

Aunque todo parece, allá en su mente, remoto, inabordable.

Ella en su camarín espera, casi marchito el cuerpo,
Dentro del cual la adolescencia no vivida tiembla
De deseo y angustia, las galas suntuosas subrayando
El empaque monástico, en los labios la difícil sonrisa,
En la mano esa rosa, esa esperanza del amor tardío.

Si a la herencia paterna, densa de infamia y crimen,
La materna rescata, limpia en el sufrimiento silencioso,
Tras los años de escarnio, su Dios quizá le debe
Un pedazo de dicha, algo que alivie el dejo amargo
De la vida, aunque sea ahora, cuando la mocedad se ha ido.

Repican las campanas y vibran las trompetas,
Todo el aire está lleno de un rojo son metálico,
Como alfombra del príncipe. Encima el cielo abre
Su más pomposo azul, sus nubes más marmóreas.
Ella supo esperar, desesperando, la llegada.

¿No es la voz del arcángel ese clamor que oye,
Como salutación del hijo que ha de encarnar su vientre?
En el dintel está. Por sus ojos nublados entra en la imagen:
Negra figura airosa, relámpago dorado del cabello,
Azul de unas pupilas que a las suyas se cruzan.

Mas la gala del mundo no es la fiesta del cielo,
Y con ceño nublado amanece a las bodas,
Aunque azul está en ella, y brilla en diamantes
Sobre la seda alba, y templea en voces puras.
Postrados ante Dios, María y Felipe son unos en la carne.

Ama Felipe la calma, la quietud contemplativa;
Si un mundo bello hay fuera, otro más bello hay dentro.
Quiere vivir en ambos, pero estos seres sólo

Viven afuera, y el ocio fértil de la mente les aburre.
Por eso él debe ahora hacer jornada activa y practicar deportes.

Cuán bien lo disimula su aburrimiento. Habla, bebe, juega.
Domesticado creen al tan soberbio mozo. Más sabe el sutil modo
De servir cuando manda, de exaltarse cuando así se humilla,
Y de su entraña a veces vienen dichos preñados de futuro:
«Prefiero no reinar, a reinar sobre heréticos».

Aunque vencido su disgusto es afable o lo parece,
Y dice blandamente, cuando uno temeroso se le acerca,
«Sosegaos».
No se lo perdonaron, no le perdonan nunca
Este miedo que en su presencia les doblaba.
Aún por eso le odian, odiando ahí aquella imagen de sí mismos.

Así murmuran de él. Así le envidian. Y con rabia.
Denigran su grandeza, que no sabe prestarse
A los prácticos modos de engañar la conciencia,
A la nación de hormigas la tierra socavando,
Al pueblo de tenderos acumulando, y no siempre lo propio.

Ella gobierna y calla; ama y en el hijo confía,
Como aguardó al esposo, aguardándole ahora,
Y al creerle llegado el gozo la hace joven.
Pero todo fue engaño; rezó y esperó en vano.
Y con el hijo ve escapar al esposo juntamente.

El mozo castellano, lejos de cuanto es suyo,
Haciendo de marido junto a la reina estéril,
Junto a un pueblo relapso de monarca católico,
Mira a sus españoles, pero nada les dice.
«Sácame de aquí, ay, Dios de mi tierra», canta un día un
soldado.

Ya la pausa es bien larga, y la impaciencia es grande.
Su alma no está aquí, sino donde ha nacido.
Su centro está en su tierra, su hogar, al que será tan dulce
Cuidarlo, dirigirlo. Ni el mismo amor podría
Acaso retenerle. Y a esta mujer ¿la ama?

No son los nuestros afectos ni tareas
Si en tierra que no es nuestra los hallamos.
¿Pudo sino marcharse? Su mano juntos tuvo
En la pausa imposible, como en la del poniente
Luz y sombra, el cetro contrario de los pueblos.

Ya no le queda a ella sino morir a solas,
Sin hijo y sin esposo, mirando el cielo bajo
Que pesa como losa anticipada. Pero su vida ha conocido.
Si no la flor, su sombra; entonces no fue estéril,
Y valía la pena de vivirse, con toda esa amargura.

Y a él, hacer que el mundo escuche y siga
La pauta de la fe. Pudo mover los hombres,
Hasta donde terminan los designios humanos
Y empiezan los divinos. Ahí su voluntad descansa.
Con ese acatamiento reina y muere y vive.

NOCTURNO YANQUI

La lámpara y la cortina
Al pueblo en su sombra excluyen.
Sueña ahora,
Si puedes, si te contentas

Con sueños, cuando te faltan
Realidades.

Estás aquí, de regreso
Del mundo, ayer vivo, hoy
Cuerpo en pena,
Esperando locamente,
Alrededor tuyo, amigos
Y sus voces.

Callas y escuchas. No. Nada
Oyes, excepto tu sangre,
Su latido
Incansable, temeroso;
Y atención prestas a otra
Cosa inquieta.

Es la madera, que cruje;
Es el radiador, que silba.
Un bostezo.
Pausa. Y el reloj consultas:
Todavía temprano para
Acostarte.

Tomas un libro. Mas piensas
Que has leído demasiado
Con los ojos,
Y a tus años la lectura
Mejor es recuerdo de unos
Libros viejos,
Pero con nuevo sentido.

¿Qué hacer? Porque tiempo hay.
Es temprano.
Todo el invierno te espera,

Y la primavera entonces.
Tiempo tienes.

¿Mucho? ¿Cuánto? ¿Y hasta cuándo
El tiempo al hombre le dura?
«No, que es tarde,
Es tarde», repite alguno
Dentro de ti, que no eres.
Y suspiras.

La vida en tiempo se vive,
Tu eternidad es ahora,
Porque luego
No habrá tiempo para nada
Tuyo. Gana tiempo ¿Y cuándo?

Alguien dijo:
«El tiempo y yo para otros
Dos». ¿Cuáles dos? ¿Dos lectores
De mañana?
Mas tus lectores, si nacen,
Y tu tiempo, no coinciden.
Estás solo
Frente al tiempo, con tu vida
Sin vivir.

Remordimiento.
Fuiste joven,
Pero nunca lo supiste
Hasta hoy, que el ave ha huido
De tu mano.

La mocedad dentro duele,
Tú su presa vengadora,
Conociendo

Que, pues no le va esta cara
Ni el pelo blanco, es inútil
Por tardía.

El trabajo alivia a otros
De lo que no tiene cura,
Según dicen.
¿Cuántos años ahora tienes
De trabajo? ¿Veinte y pico
Mal contados?

Trabajo fue que no compra
Para ti la independencia
Relativa.
A otro menester el mundo,
Generoso como siempre,
Te demanda.

Y profesas pues, ganando
Tu vida, no con esfuerzo,
Con fastidio.
Nadie enseña lo que importa,
Que eso ha de aprenderlo el hombre
Por sí solo.

Lo mejor que has sido, diste,
Lo mejor de tu existencia,
A una sombra:
Al afán de hacerte digno,
Al deseo de excederte,
Esperando
Siempre mañana otro día
Que, aunque tarde, justifique
Tu pretexto.

Cierto que tú te esforzaste
Por sino y amor de una
Criatura,
Mito moceril, buscando
Desde siempre, y al servirla,
Ser quien eres.

Y al que eras le has hallado.
¿Mas es la verdad del hombre
Para él solo,
Como un inútil secreto?
¿Por qué no poner la vida
A otra cosa?

Quien eres, tu vida era;
Uno sin otro no sois,
Tú lo sabes.
Y es fuerza seguir, entonces,
Aun el miraje perdido,
Hasta el día
Que la historia se termine,
Para ti al menos.

Y piensas
Que así vuelves
Donde estabas al comienzo
Del soliloquio: contigo
Y sin nadie.

Mata la luz, y a la cama.

INSTRUMENTO MUSICO

Si para despertar las notas,
Con una pluma de águila
Pulsaba el músico árabe
Las cuerdas del laúd,

Para despertar la palabra,
¿La pluma de qué ave
Pulsada por qué mano
Es la que hiere en ti?

RETRATO DE POETA

(FRAY H. F. PARAVICINO, POR EL GRECO)

A Ramón Gaya

¿También tú aquí, hermano, amigo,
Maestro, en este limbo? ¿Quién te trajo,
Locura de los nuestros, que es la nuestra,
Como a mí? ¿O codicia, vendiendo el patrimonio
No ganado, sino heredado, de aquellos que no saben
Quererlo? Tú no puedes hablarme, y yo apenas
Si puedo hablar. Mas tus ojos me miran
Como si a ver un pensamiento me llamaran.

Y pienso. Estás mirando allá. Asistes
Al tiempo aquel parado, a lo que era

En el momento aquel, cuando el pintor termina
Y te deja mirando quietamente tu mundo
A la ventana: aquel paisaje bronco
De rocas y de encinas, verde todo y moreno,
En azul contrastado a la distancia,
De un contorno tan neto que parece triste.

Aquella tierra estás mirando, la ciudad aquella,
La gente aquella. El brillante revuelo
Miras de terciopelo, y seda, de metales
Y esmaltes, de plumajes y blondas,
Con su estremecimiento, su palpitir humano
Que agita el aire como ala enloquecida
De mediodía. Por eso tu mirada
Está mirando así, nostálgica, indulgente.

El instinto te dice que ese vivir soberbio
Levanta la palabra. La palabra es más plena
Ahí, más rica, y fulge igual que otros joyeles,
Otras espadas, al cruzar sus destellos y sus filos
En el campo teñido de poniente y de sangre,
En la noche encendida, al compás del sarao
O del rezo en la nave. Esa palabra, de la cual tú conoces,
Por el verso y la plática, su poder y su hechizo,

Esa palabra de ti amada, sometiendo
A la encumbrada muchedumbre, le recuerda
Cómo va nuestra fe hacia las cosas
Ya no vistas afuera con los ojos,
Aunque dentro las ven tan claras nuestras almas;
Las cosas mismas que sostienen tu vida,
Como la tierra aquella, sus encinas, sus rocas,
Que estás ahí mirando quietamente.

Yo no las veo ya, y apenas si ahora escucho,

Gracias a ti, su dejo adormecido
Queriendo resurgir, buscando el aire
Otra vez. En los nidos de antaño
No hay pájaros, amigo. Ahí perdona y comprende;
Tan caídos estamos que ni la fe nos queda.
Me miras, y tus labios, con pausa reflexiva,
Devoran silenciosos las palabras amargas.

Dime. Dime. No esas cosas amargas, las sutiles,
Hondas, afectuosas, que mi oído
Jamás escucha. Como concha vacía,
Mi oído guarda largamente la nostalgia
De su mundo extinguido. Yo aquí solo,
Aun más que lo estás tú, mi hermano y mi maestro,
Mi ausencia en esa tuya busca acorde,
Como ola en la ola. Dime, amigo.

¿Recuerdas? ¿En qué miedos el acento
Armonioso habéis dejado? ¿Lo recuerdas?
Aquel pájaro tuyo adolecía
De esta misma pasión que aquí me trae
Frente a ti. Y aunque yo estoy atado
A prisión menos pía que la suya,
Aún me solicita el viento, el viento
Nuestro, que animó nuestras palabras.

Amigo, amigo, no me hablas. Quietamente
Sentado ahí, en dejadez airosa,
La mano delicada marcando con un dedo
El pasaje en el libro, erguido como a escucha
Del coloquio un momento interrumpido,
Miras tu mundo y en tu mundo vives.
Tú no sufres ausencia, no la sientes;
Pero por ti y por mí sintiendo, la deploro.

El norte nos devora, presos en esta tierra,
La fortaleza del fastidio atareado,
Por donde sólo van sombras de hombres,
Y entre ellas mi sombra, aunque ésta en ocio,
Y en su ocio más la burla amarga
De nuestra suerte. Tú viviste tu día,
Y en él, con otra vida que el pintor te infunde,
Existes hoy. Yo ¿estoy viviendo el mío?

¿Yo? El instrumento dulce y animado,
Un eco aquí de las tristezas nuestras.

PALABRA AMADA

—¿Qué palabra es la que más te gusta?
—¿Una palabra? ¿Tan sólo una?
¿Y quién responde a esa pregunta?

—¿La prefieres por su sonido?
—Por lo callado de su ritmo,
Que deja un eco cuando se ha dicho.

—¿O la prefieres por lo que expresa?
—Por todo lo que en ella tiembla,
Hiriendo el pecho como saeta.

—Esa palabra dímela tú.
—Esa palabra es: andaluz.

IN MEMORIAM A. G.

Con él su vida entera coincidía,
Toda promesa y realidad iguales,
La mocedad austera vuelta apenas
Gozosa madurez, tan demoradas
Como día estival. Así olvidaste,
Amando su existir, temer su muerte.

Pero su muerte, al allegarle ahora,
Calló la voz que cerca nunca oíste,
A cuyos ecos despertaron tantos
Sueños del mundo en ti nunca vividos,
Hoy no soñados porque ya son vida.

Cuando para seguir nos falta aliento,
Roto el mágico encanto de las cosas,
Si en soledad alzabas la cabeza,
Sonreír le veías tras sus libros.
Ya entre ellos y tú falta su sombra,
Falta su sombra noble ya en la vida.

Usándonos a ciegas todo sigue,
Aunque unos pocos, como tú, os digáis:
Lo que con él termina en nuestro mundo
No volverá a este mundo. Y no hay consuelo,
Que el tiempo es duro y sin virtud los hombres.
Bien pocos seres que admirar te quedan.

EL ELEGIDO

Un año antes del día, designado era
El mancebo sin tacha, cuyo cuerpo,
Perfecto igual en proporción que en alma,
Mantenían en delicia, y aprendía
A tañer flautas, cortar cañas de humo,
Recoger flores, aspirando su aroma,
Con gracia cortesana a expresarse y moverse.

Estaba luego su jornada exenta
De otro cuidado, e iba, ocioso y libre,
Por la espalda la cabellera oscura,
Ornado de guirnaldas y metales
El cuerpo, como el de un dios ungido,
Y a su paso los otros en honor le tenían
Hasta besar la tierra que pisaba.

Veinte días antes del día, desnuda ahora
La piel de los perfumes, afeites y resinas,
El cabello cortado como aquel de un guerrero,
Las galas ya trocadas por más simple atavío,
Puro en el cuerpo como puro en la mente,
Cuatro doncellas bajo nombres de diosas
Para acceso carnal destinadas le eran.

Cinco días antes del día, las finales
Fiestas le aderezaban, en jardines
De la ciudad, el campo, la colina y el lago,
Por cuyas aguas iba la falúa entoldada,
Con él y sus mujeres, para darle consuelo
Antes de desertarle, y en la ribera opuesta
Quedaba sólo al fin, sin afectos ni bienes.

Sobre cada escalón, en la pirámide del llano,
Cada una de las flautas tañidas por el gozo,
Rotas entre sus dedos, iban cayendo,

Hasta alcanzar el templo de la cima,
A cuyo umbral estaba el sacerdote:
Como una de sus cañas, allí, rota la vida,
Quedaba en su hermosura para siempre.

VERSOS PARA TI MISMO

La noche y el camino. Mientras,
La cabeza recostada en tu hombro,
El cabello suave a flor de tu mejilla,
Su cuerpo duerme o sueña acaso.

No. Eres tú quien sueña solo
Aquel efecto noble compartido,
Cuyos ecos despiertan por tu mente desierta
Como en la concha los del mar que ya no existe.

EL VIAJERO

Eres tú quien respira
Este cálido aire
Nocturno, entre las hojas
Perennes. ¿No te extraña

Ir así, en el halago
De otro clima? Parece

Maravilla imposible
Estar tan libre. Mira

Desde una palma oscura
Gotear las estrellas.
Lo que ves ¿es tu sueño
O tu verdad? El mundo

Mágico que llevabas
Dentro de ti, esperando
Tan largamente, afuera
Surge a la luz. Si ahora

Tu sueño al fin coincide
Con tu verdad, no pienses
Que esta verdad es frágil,
Más aún que aquel sueño

PAIS

Tus ojos son de donde
La nieve no ha manchado
La luz y entre las palmas
El aire
Invisible es de claro.

Tu deseo es de donde
A los cuerpos se alía
Lo animal con la gracia
Secreta
De mirada y sonrisa.

Tu existir es de donde
Percibe el pensamiento,
Por la arena de mares
Amigos,
La eternidad en tiempo.

DESPUES

Y la primavera entonces
Ha de seguir, entreabriendo
En miradas fuego y sombra,
Espuma y aire en cabellos.

Otra vez el mismo encanto
De juventud por los miembros
Correrá, como una savia
De la hermosura en el tiempo.

Pero tú sombra sin cuerpo.

El amor de nuevo entonces
Ha de penetrar el pecho
De los amantes, con llaga
Suave, dulce cauterio.

Por él de pena y de gozo
Despertarán en su lecho
Otros ojos a la noche
Entre el placer y el tormento.

Mas tú sombra sin deseo.

PASATIEMPO

Tu tierra está perdida
Para ti, y hasta olvidas,
Por cerrada, la herida.

Tu trabajo, en secreto,
Con moneda de viento
Pagado por los menos.

¿Qué hacer entonces, dices,
Cuando nada te asiste
Y el tiempo te desvive?

De algún azar espera
Que un cuerpo joven sea
Pretexto en tu existencia.

Acaso el amor puede
Tener aquellos seres
Que todo marco exceden.

LIMBO

A Octavio Paz

La plaza sola (gris el aire,
Negros los árboles, la tierra
Manchada por la nieve),
Parecía, no realidad, mas copia
Triste sin realidad. Entonces,
Ante el umbral, dijiste:
Viviendo aquí serías
Fantasma de ti mismo.

Inhóspita en su adorno
Parsimonioso, porcelanas, bronce,
Muebles chinos, la casa
Oscura toda era,
Pálidas sus ventanas sobre el río,
Y el color se escondía
En un retablo español, en un lienzo
Francés, su brío amedrentado.

Entre aquellos despojos,
Proyecto, el dueño estaba
Sentado junto a su retrato
Por artista a la moda en años idos,
Imagen fatua y fácil
Del *dilettante*, divertido entonces
Comprando lo que una fe creara
En otro tiempo y otra tierra.

Allí con sus iguales,
Damas imperativas bajo sus afeites,
Caballeros seguros de sí mismos,
Rito social cumplía,
Y entre el diálogo moroso,
Tú oyendo alguien que dijo: «Me ofrecieron

La primera edición de un poeta raro,
Y la he comprado», tu emoción callaste.

Así, pensabas, el poeta
Vive para esto, para esto
Noches y días amargos, sin ayuda
De nadie, en la contienda
Adonde, como el fénix, muere y nace,
Para que años después, siglos
Después, obtenga al fin el displicente
Favor de un grande en este mundo.

Su vida ya puede excusarse,
Porque ha muerto del todo;
Su trabajo ahora cuenta,
Domesticado para el mundo de ellos,
Como otro objeto vano,
Otro ornamento inútil;
Y tú cobarde, mudo
Te despediste ahí, como el que asiente,
Más allá de la muerte, a la injusticia.

Mejor la destrucción, el fuego.

LA POESIA

Para tu siervo el sino le escogiera,
Y absorto y entregado, el niño
¿Qué podía hacer sino seguirte?

El mozo luego, enamorado, conocía

Tu poder sobre él, y lo ha servido
Como a nada en la vida, contra todo.

Pero el hombre algún día, al preguntarse:
La servidumbre larga qué le ha deparado,
Su libertad envidió a uno, a otro su fortuna.

Y quiso ser él mismo, no servirte
Más, y vivir para sí, entre los hombres.
Tú le dejaste, como a un niño, a su capricho.

Pero después, pobre sin ti de todo,
A tu voz que llamaba, o al sueño de ella,
Vivo en su servidumbre respondió: «Señora».

UN MOMENTO TODAVIA

Grisáceo el mar y verde;
El aire, igual, lo envuelve.
Dios en su cielo llueve.

Por la rama del pino
Japonés, brota un trino:
Pájaro ya en su nido.

Entra; es tarde. Las olas,
Creciendo con las sombras,
Lentas la playa borran.

En la ventana abierta
De la casa, aún te quedas

Sin saber lo que esperas.

SOLEDADES

¿Para qué dejas tus versos,
Por muy poco que ellos valgan,
A gente que vale menos?

Tú mismo, que así lo dices,
Vales menos que ninguno,
Cuando a callar no aprendiste.

Palabras que van al aire,
Adonde si un eco encuentran
Repite lo que no sabe.

AMOR EN MUSICA

Aunque el tema sea el mismo,
Cada amor tiene su aire,
Que con tantas variaciones
Difiere y a nuevo sabe.

La primavera en los ojos
Lleva uno, y el verano
El otro en la piel, o al menos

Eso cree el enamorado.

Pero en todos el infierno
Está oculto, hasta el instante
De las lágrimas, del grito
Que de las entrañas sale.

Pues luego al infierno llevan,
Por eso a veces quisiste
Evitar sus paraísos
Con una prudencia triste.

Pero, amigo, ¿y a la música
Quién se niega, si es dotado
De oído bueno, ni al deseo
Ojos buenos que ven claro?

Si éstos nacen para locos
Y aquéllos para prudentes,
De qué lado estás ya sabes:
Canta tus aires fielmente.

Y deja la melodía
Llenarte todo el espíritu
Ya qué más da gozo o pena
Si en el amor se han fundido.

OTRA FECHA

Aires claros, nopal y palma,
En los alrededores, saben,

Si no igual, casi igual a como
La tierra tuya aquella antes.

También tú igual me pareces,
O casi igual, al que antes eras:
En el casi sólo consiste,
De ayer a hoy, la diferencia.

En tu hoy más que precario
Nada anterior echas de menos,
Porque lo ido está bien ido,
Como lo muerto está bien muerto.

El futuro, a pesar de todo,
Usa un señuelo que te engaña:
El sí y el no de azar no usado,
El no sé qué donde algo aguarda.

Tú lo sabes, aunque tan tibio
Es tu vivir entre la gente,
Pues si nada crees, aun queriendo,
Aun sin querer crees a veces.

NOCHEBUENA CINCUENTA Y UNA

Amor, dios oscuro,
Que a nosotros viene
Otra vez, probando
Su esperanza siempre.

Ha nacido. El frío,

La sombra, la muerte,
Todo el desamparo
Humano es su suerte.

Desamparo humano
Que el amor no puede
Ayudar. ¿Podría El,
cuando tan débil

Contra nuestro engaño
Su fuerza se vuelve,
Siendo sólo aliento
De bestia inocente?

Velad pues, pastores;
Adorad pues, reyes,
Su sueño amoroso
Que el mundo escarnece.

LO MAS FRAGIL ES LO QUE DURA

¿Tu mocedad? No es más
Que un olor de azahar

En plazuela a la tarde
Cuando la luz decae

Y algún farol se enciende.
Su perfume lo sientes

Alzarse de un pasado

Ayer tuyo, hoy extraño,

Envolviéndote: aroma
Único y sin memoria

De todo, sea la sangre,
Amores o amistades

En tu existir primero,
Cuando cualquier deseo

El tiempo pronto iba
A realizarlo un día

De aquel futuro; aroma
Furtivo como sombra,

Moviendo tus sentidos
Con un escalofrío.

Y ves que es lo más hondo
De tu vivir un poco

De eso que llaman nada
Tantas gentes sensatas:

Un olor de azahar,
Aire. ¿Hubo algo más?

POEMAS PARA UN CUERPO

I

SALVADOR

Sálvale o condénale,
Porque ya su destino
Está en tus manos, abolido.

Si eres salvador, sálvale
De ti y de él; la violencia
De no ser uno en ti, aquíétala.

O si no lo eres, condénale,
Para que a su deseo
Suceda otro tormento.

Sálvale o condénale,
Pero así no le dejes
Seguir vivo, y perderte.

II

DESPEDIDA

La calle, sola a medianoche,
Doblaba en eco vuestro paso.
Llegados a la esquina fue el momento
Arma presta, el espacio.

Eras tú quien partía,
Fuiste primero tú el que rompiste,
Así el ánima rompe sola,

Con terror a ser libre.

Y entró la noche en ti, materia tuya
Su vastedad desierta,
Desnudo ya del cuerpo tan amigo
Que contigo uno era.

III

PARA TI, PARA NADIE

Pues no basta el recuerdo,
Cuando aún queda tiempo,

Alguno que se aleja
Vuelve atrás la cabeza,

O aquel que ya se ha ido,
Es algo posesivo,

Una carta, un retrato,
Los materiales rasgos

Busca, la fiel presencia
Con realidad terrena,

Y yo, este Luis Cernuda
Incógnito, que dura

Tan sólo un breve espacio
De amor esperanzado,

Antes que el plazo acabe
De vivir, a tu imagen

Tan querida me vuelvo
Aquí, en el pensamiento,

Y aunque tú no has de verlas.
Para hablar con tu ausencia

Estas líneas escribo,
Únicamente por estar contigo.

IV

SOMBRA DE MÍ

Bien sé yo que esta imagen
Fija siempre en la mente
No eres tú, sino sombra
Del amor que en mí existe
Antes que el tiempo acabe.

Mi amor así visible me pareces,
Por mí dotado de esa gracia misma
Que me hace sufrir, llorar, desesperarme
De todo a veces, mientras otras
Me levanta hasta el cielo en nuestra vida,
Sintiendo las dulzuras que se guardan
Sólo a los elegidos tras el mundo.

Y aunque conozco eso, luego pienso
Que sin ti, sin el raro
Pretexto que me diste.
Mi amor, que afuera está con su ternura,
Allá dentro de mí hoy seguiría

Dormido todavía y a la espera
De alguien que, a su llamada,
Le hiciera al fin latir gozosamente.

Entonces te doy gracias y te digo:
Para esto vine al mundo, y a esperarte;
Para vivir por ti, como tú vives Por mí, aunque no lo sepas,
Por este amor tan hondo que te tengo.

V

EL AMANTE ESPERA

Y cuánto te importuno,
Señor, rogándote me vuelvas
Lo perdido, ya otras veces perdido
Y por ti recobrado para mí, que parece
Imposible guardarlo.

Nuevamente
Llamo a tu compasión, pues es la sola
Cosa que quiero bien, y tú la sola
Ayuda con que cuento.

Mas rogándote
Así, conozco que es pecado,
Ocasión de pecar lo que te pido,
Y aún no guardo silencio.
Ni me resigno al fin a la renuncia.

Tantos años vividos
En soledad y hastío, en hastío y pobreza,
Trajeron tras de ellos esta dicha,

Tan honda para mí, que así ya puedo
Justificar con ella lo pasado.

Por eso insisto aún, Señor, por eso vengo
De nuevo a ti, temiendo y aun seguro
De que si soy blasfemo me perdonas:
Devuélveme, Señor, lo que he perdido,
El solo ser por quien vivir deseo.

VI

DESPUÉS DE HABLAR

No sabes guardar silencio
Con tu amor. ¿Es que le importa
A los otros?
Callado, callado ahora

Sufre, pero nada digas.
Es el amor de una esencia
Que se corrompe al hablarlo:
En el silencio se engendra,

Por el silencio se nutre
Y con silencio se abre
Como una flor. No lo digas;
Súfrelo en ti, pero cállate.

Si va a morir, con él muere;
Si va a vivir, con él vive.
Entre muerte y vida, calla,
Porque testigos no admite.

VII

HACIÉNDOSE TARDE

Entre los últimos brotes
La rosa no se ve rara,
Ni la alondra al levantarse
Atiende a que el sol retrasa,
O el racimo ya tardío
Cuida si es mustia la parra.
Pero tu cariño nuevo
La estación piensa acabada.

Pues la alondra con su canto
Siempre puebla la mañana
Y la rosa y el racimo
Siempre llenan la mirada,
Entonces, deja, no pienses
En que es tarde. ¿Hubo tardanza
Jamás para olor y zumo
O el revuelo de algún ala?

Fuerzas las puertas del tiempo,
Amor que tan tarde llamas.

VIII

VIVIENDO SUEÑOS

Tantos años que pasaron
Con mis soledades solo

Y hoy tú duermes a mi lado.

Son los caprichos del sino,
Aunque con sus circunloquios
Cuánto tiempo no he perdido.

Mas ahora en fin llegaste
De su mano, y aún no creo,
Despierto en el sueño, hallarte.

Oscura como la lluvia
Es tu existencia, y tus ojos,
Aunque dan luz, es oscura.

Pero de mí qué sería
Sin este pretexto tuyo
Que acompaña así la vida.

Miro y busco por la tierra:
Nada hay en ella que valga
Lo que tu sola presencia.

Cuando le parezca a alguno
Que entre lo mucho divago,
Poco de cariño supo.

Lo raro es que al mismo tiempo
Conozco que tú no existes
Fuera de mi pensamiento.

IX

DE DÓNDE VIENES

Si alguna vez te oigo
Hablar de padre, madre, hermanos,
Mi imaginar no vence a la extrañeza
De que sea tu existir originado en otros,
En otros repetido,
Cuando único me parece,
Creado por mi amor; igual al árbol,
A la nube o al agua
Que están ahí, mas nuestros
Son y vienen de nosotros
Porque una vez les vimos
Como jamás les viera nadie antes.

Un puro conocer te dio la vida.

X

CONTIGO

¿Mi tierra?
Mi tierra eres tú.

¿Mi gente?
Mi gente eres tú.

El destierro y la muerte
Para mí están adonde
No estés tú.

¿Y mi vida?
Dime, mi vida,
¿Qué es, si no eres tú?

XI

EL AMANTE DIVAGA

Acaso en el infierno el tiempo tenga
La ficción de medida que le damos
Aquí, o acaso tenga aquella desmesura
De momentos preciosos en la vida.
No sé. Más allá el tiempo, según dicen,
Marcha hacia atrás, para irnos desviviendo.

Así esta historia nuestra, mía y tuya
(Mejor será decir nada más mía,
Aunque a tu parte queden la ocasión y el motivo,
Que no es poco), otra vez viviremos
Tú y yo (o viviré yo sólo),
De su fin al comienzo.

Extraño será entonces
Pasar de los principios del olvido
A aquel fervor iluso, cuando todo
Se animaba por ti, porque vivías,
Y de ahí a la ignorancia
De ti, anterior a nuestro hallazgo.

Pero en infiernos, de ese modo,
Dejaría de creer, y al mismo tiempo
La idea de paraísos desechara;
Infierno y paraíso,
¿No serán cosa nuestra, de esta vida
Terrena a la que estamos hechos y es bastante?

Infierno y paraíso
Los creamos aquí, con nuestros actos

Donde el amor y el odio brotan juntos,
Animando el vivir. Y yo no quiero
Vida en la cual ya tú no tengas parte:
Olvido de ti, sí, mas no ignorancia tuya.

El camino que sube
Y el camino que baja
Uno y el mismo son; y mi deseo
Es que al fin de uno y de otro,
Con odio o con amor, con olvido o memoria,
Tu existir esté allí, mi infierno y paraíso.

XII

LA VIDA

Como cuando el sol enciende
Algún rincón de la tierra,
Su pobreza la redime,
Con risas verdes lo llena,

Así tu presencia viene
Sobre mi existencia oscura
A exaltarla, para darle
Esplendor, gozo, hermosura.

Pero también tú te pones
Lo mismo que el sol, y crecen
En torno mío las sombras
De soledad, vejez, muerte.

XIII

FIN DE LA APARIENCIA

Sin querer has deshecho
Cuanto mi vida era,
Menos el centro inmóvil
Del existir: la hondura
Fatal e insobornable.

Muchas veces temía
En mí y deseaba
El fin de esa apariencia
Que da valor al hombre
Para el hombre en el mundo.

Pero si deshiciste
Todo lo en mí prestado,
Me das así otra vida;
Y como ser primero
Inocente, estoy solo
Con mí mismo y contigo.

Aquel que da la vida,
La muerte da con ella.
Desasido del mundo
Por tu amor, me dejaste
Con mi vida y mi muerte.

Morir parece fácil,
La vida es lo difícil:
Ya no sé sino usarla
En ti, con este inútil
Trabajo de quererte,

Que tú no necesitas.

XIV

PRECIO DE UN CUERPO

Cuando algún cuerpo hermoso,
Como el tuyo, nos lleva
Tras de sí, él mismo no comprende,
Sólo el amante y el amor lo saben.
(Amor, terror de soledad humana).

Esta humillante servidumbre,
Necesidad de gastar la ternura
En un ser que llenamos
Con nuestro pensamiento,
Vivo de nuestra vida.

El da el motivo,
Lo diste tú; porque tú existes
Afuera como sombra de algo,
Una sombra perfecta
De aquel afán, que es del amante, mío.

Si yo te hablase
Cómo el amor depara
Su razón al vivir y su locura,
Tú no comprenderías.
Por eso nada digo.

La hermosura, inconsciente
De su propia celada, cobró la presa
Y sigue. Así por cada instante

De goce, el precio está pagado:
Este infierno de angustia y de deseo.

XV

DIVINIDAD CELOSA

Los cuatro elementos primarios
Dan forma a mi existir:
Un cuerpo sometido al tiempo,
Siempre ansioso de ti.

Porque el tiempo de amor nos vale
Toda una eternidad
Donde ya el hombre no va solo,
Y Dios celoso está.

Déjame amarte ahora. Un día,
Temprano o tarde, Dios
Dispone que el amante deba
Renunciar a su amor.

XVI

UN HOMBRE CON SU AMOR

Si todo fuera dicho
Y entre tú y yo la cuenta
Se saldara, aún tendría
Con tu cuerpo una deuda.

Pues ¿quién pondría precio
A esta paz, olvidado
En ti, que al fin conocen
Mis labios por tus labios?

En tregua con la vida,
No saber, querer nada,
Ni esperar: tu presencia
Y mi amor. Eso basta.

Tú y mi amor, mientras miro
Dormir tu cuerpo cuando
Amanece. Así mira
Un dios lo que ha creado.

Mas mi amor nada puede
Sin que tu cuerpo acceda:
El sólo informa un mito
En tu hermosa materia.

XI

DESOLACIÓN DE LA QUIMERA

[1956-1962]

MOZART

[1756-1956]

I

Si alguno alguna vez te preguntase:
«La música, ¿qué es?» «Mozart», dirías,
«Es la música misma». Sí, el cuerpo entero
De la armonía impalpable e invisible,
Pero del cual oímos su paso susurrante
De linfa, con el frescor que dan lunas y auroras,
En cascadas creciendo, en ríos caudalosos.

Desde la tierra mítica de Grecia
Llegó hasta el norte el soplo que la anima
Y en el norte halló eco, entre las voces
De poetas, filósofos y músicos: ciencia
Del ver, ciencia del saber, ciencia del oír. Mozart
Es la gloria de Europa, el ejemplo más alto
De la gloria del mundo, porque Europa es el mundo.

Cuando vivió, entreoído en las cortes,
Los palacios, donde príncipes y prelados
Poder, riqueza detentaban nulos,
Mozart entretenía, como siempre ocurre,
Como es fatal que ocurra al genio, aunque ya toque
A su cenit. Cuando murió, supieron todos:

Cómo admiran las gentes al genio una vez muerto.

II

De su tiempo es su genio, y del nuestro, y de siempre.
Nítido el tema, preciso el desarrollo,
Un ala y otra ala son, que reposadas
Por el círculo oscuro de los instrumentistas,
Arpa, violín, flauta, piano, luego a otro
Firmamento más glorioso y más fresco
Desplegasen súbitamente en música.

Toda razón su obra, pero sirviendo toda
Imaginación, en sí gracia y majestad une,
Ironía y pasión, hondura y ligereza.
Su arquitectura deshelada, formas líquidas
Da de esplendor inexplicable, y así traza
Vergeles encantados, mágicos alcázares,
Fluidos bajo un frío rielar de estrellas.

Su canto, la mocedad toda en él lo canta:
Ya mano que acaricia o ya garra que hiere,
Arrullo tierno en sarcasmo de sí mismo,
Es (como ante el ceño de la muerte
Los juegos del amor, el dulce monstruo rubio)
Burla de la pasión que nunca halla respuesta,
Sabiendo su poder y su fracaso eterno.

III

En cualquier urbe oscura, donde amortaja el humo
Al sueño de un vivir urdido en la costumbre

Y el trabajo no da libertad ni esperanza,
Aún queda la sala del concierto, aún puede el hombre
Dejar que su mente humillada se ennoblezca
Con la armonía sin par, el arte inmaculado
De esta voz de la música que es Mozart.

Si de manos de Dios informe salió el mundo,
Trastornado su orden, su injusticia terrible;
Si la vida es abyecta y ruin el hombre,
Da esta música al mundo forma, orden, justicia,
Nobleza y hermosura. Su salvador entonces,
¿Quién es? Su redentor, ¿quién es entonces?
Ningún pecado en él, ni martirio, ni sangre.

Voz más divina que otra alguna, humana
Al mismo tiempo, podemos siempre oírla,
Dejarla que despierte sueños idos
Del ser que fuimos y al vivir matamos.
Sí, el hombre pasa, pero su voz perdura,
Nocturno rui señor o alondra mañanera,
Sonando en las ruinas del cielo de los dioses.

NIÑO TRAS UN CRISTAL

Al caer la tarde, absorto
Tras el cristal, el niño mira
Llover. La luz que se ha encendido
En un farol contrasta
La lluvia blanca con el aire oscuro.

La habitación a solas

Le envuelve tibiamente,
Y el visillo, velando
Sobre el cristal, como una nube,
Le susurra lunar encantamiento.

El colegio se aleja. Es ahora
La tregua, con el libro
De historias y de estampas
Bajo la lámpara, la noche,
El sueño, las horas sin medida.

Vive en el seno de su fuerza tierna,
Todavía sin deseo, sin memoria,
El niño; y sin presagio
Que afuera el tiempo aguarda
Con la vida, al acecho.

En su sombra ya se forma la perla.

DOSTOIEVSKI Y LA HERMOSURA FISICA

Alguna vez el viejo Goethe quiso
Discurrir sobre física hermosa,
Aunque no llegó a hacerlo. ¿Miedo acaso?

Alguien menos materialista (paradoja),
La hermosura moral representando,
Nos dejó de la física una imagen

Dialéctica: Falalei, el niño siervo
De hermosura inocente e insolente,

Que se anima si baila o masca azúcar.

Cómo vive su gracia, animalillo
Voluptuoso, bailando hasta rendirse
Con sus dientes tan blancos, ojos iluminados.

Dostoievski no puede ya decirnos
Si inventó a Falalei o lo encontró en la vida,
Si inventó la hermosura o supo verla.

Pero el mérito igual en ambos casos.

BAGATELA

Como un pájaro de fuego
La luna está entre las ramas
Del enebro.

Negro es el cuerpo del árbol
Y gris el aire nocturno,
Oro el astro.

Dios por lo visto hace muestra
Que ha oído de alguna estampa
Japonesa.

LAS SIRENAS

Ninguno ha conocido la lengua en la que cantan las sirenas
Y pocos los que acaso, al oír algún canto a medianoche
(No en el mar, tierra adentro, entre las aguas
De un lago), creyeron ver a una friolenta
Y triste surgir como fantasma y entonarles
Aquella canción misma que resistiera Ulises.

Cuando la noche acaba y tiempo ya no hay
A cuanto se esperó en las horas de un día,
Vuelven los que las vieron; mas la canción quedaba,
Filtro, poción de lágrimas, embebida en su espíritu,
Y sentían en sí con resonancia honda
El encanto en el canto de la sirena envejecida.

Escuchado tan bien y con pasión tanta oído,
Ya no eran los mismos y otro vivir buscaron,
Posesos por el filtro que enfebreció su sangre.
¿Una sola canción puede cambiar así una vida?
El canto había cesado, las sirenas callado, y sus ecos.
El que una vez las oye viudo y desolado queda para siempre.

ANTES DE IRSE

Más no pedí de ti,
Tú mundo sin virtud,
Que en el aire y en mí
Un pedazo de azul.

A otros la ambición
De fortuna y poder;
Yo sólo quise ser

Con mi luz y mi amor.

BIRDS IN THE NIGHT

El gobierno francés, ¿o fue el gobierno inglés?, puso una lápida
En esa casa 8 Great College Street, Camden Town, Londres,
Adonde en una habitación Rimbaud y Verlaine, rara pareja,
Vivieron, bebieron, trabajaron, fornicaron,
Durante algunas breves semanas tormentosas.
Al acto inaugural asistieron sin duda embajador y alcalde,
Todos aquellos que fueran enemigos de Verlaine y Rimbaud
cuando vivían.

La casa es triste y pobre, como el barrio,
Con la tristeza sórdida que va con lo que es pobre,
No la tristeza funeral de lo que es rico sin espíritu.
Cuando la tarde cae, como en el tiempo de ellos,
Sobre su acera, húmedo y gris el aire, un organillo
Suena, y los vecinos, de vuelta del trabajo,
Bailan unos, los jóvenes, los otros van a la taberna.

Corta fue la amistad singular de Verlaine el borracho
Y de Rimbaud el golfo, querellándose largamente.
Mas podemos pensar que acaso un buen instante
Hubo para los dos, al menos si recordaba cada uno
Que dejaron atrás la madre inaguantable y la aburrida esposa.
Pero la libertad no es de este mundo, y los libertos,
En ruptura con todo, tuvieron que pagarla a precio alto.

Sí, estuvieron ahí, la lápida lo dice, tras el muro,
Presos de su destino: la amistad imposible, la amargura

De la separación, el escándalo luego; y para éste
El proceso, la cárcel por dos años, gracias a sus costumbres
Que sociedad y ley condenan, hoy al menos; para aquél a solas
Errar desde un rincón a otro de la tierra,
Huyendo a nuestro mundo y su progreso renombrado.

El silencio del uno y la locuacidad banal del otro
Se compensaron. Rimbaud rechazó la mano que oprimía
Su vida; Verlaine la besa, aceptando su castigo.
Uno arrastra en el cinto el oro que ha ganado; el otro
Lo malgasta en ajeno y mujerzuelas. Pero ambos
En entredicho siempre de las autoridades, de la gente
Que con trabajo ajeno se enriquece y triunfa.

Entonces hasta la negra prostituta tenía derecho de insultarles;
Hoy, como el tiempo ha pasado, como pasa en el mundo,
Vida al margen de todo, sodomía, borrachera, versos
escarnecidos,

Ya no importan en ellos, y Francia usa de ambos nombres y
ambas obras

Para mayor gloria de Francia y su arte lógico.

Sus actos y sus pasos se investigan, dando al público
Detalles íntimos de sus vidas. Nadie se asusta ahora, ni protesta.
«¿Verlaine? Vaya, amigo mío, un sátiro, un verdadero sátiro
Cuando de la mujer se trata; bien normal era el hombre,
Igual que usted y que yo. «¿Rimbaud?» Católico sincero, como
está demostrado.

Y se recitan trozos del «Barco ebrio» y del soneto a las
«Vocales»

Mas de Verlaine no se recita nada, porque no está de moda
Como el otro, del que se lanzan textos falsos en edición de lujo;
Poetas jóvenes, por todos los países, hablan mucho de él en sus
provincias.

¿Oyen los muertos lo que los vivos dicen luego de ellos?
Ojalá nada oigan: ha de ser un alivio ese silencio interminable
Para aquellos que vivieron por la palabra y murieron por ella,
Como Rimbaud y Verlaine. Pero el silencio allá no evita
Acá la farsa elogiosa repugnante. Alguna vez deseó uno
Que la humanidad tuviese una sola cabeza, para así cortársela.
Tal vez exageraba: si fuera sólo una cucaracha, y aplastarla.

MUSICA CAUTIVA

A dos voces

«Tus ojos son los ojos de un hombre enamorado;
Tus labios son los labios de un hombre que no cree
En el amor». «Entonces dime el remedio, amigo,
Si están en desacuerdo realidad y deseo».

NINFA Y PASTOR, POR TICIANO

Lo que mueve al santo,
La renuncia del santo
(Niega tus deseos
Y hallarás entonces
Lo que tu corazón desea),

Son sobrehumanos. Ahí te inclinas, y pasas.
Porque algunos nacieron para santos
Y otros para ser hombres.

Acaso cerca de dejar la vida,
De nada arrepentido y siempre enamorado,
Y con pasión que no desmienta a la primera.
Quisieras, como aquel pintor viejo,
Una vez más representar la forma humana,
Hablando silencioso con ciencia ya admirable.

El cuadro aquel aún miras,
Ya no en su realidad, en la memoria;
La ninfa desnuda y reclinada
Y a su lado el pastor, absorto todo
De carnal hermosura.
El fondo neutro, insinuado
Por el pincel apenas.

La luz entera mana
Del cuerpo de la ninfa, que es el centro
Del lienzo, su razón y su gozo;
La huella creadora fresca en él todavía,
La huella de los dedos enamorados
Que, bajo su caricia, lo animaran
Con candor animal y con gracia terrestre.

Desnuda y reclinada, contemplemos
Esa curva adorable, base de la espalda,
Donde el pintor se demoró, usando con ternura
Diestra, no el pincel, mas los dedos,
Con ahínco de amor y de trabajo
Que son un acto solo, la cifra de una vida
Perfecta al acabar, igual que el sol a veces
Demora su esplendor cercano del ocaso.

Y cuánto había amado, había vivido,
Había pintado cuando pintó ese cuerpo:
Cerca de los cien años prodigiosos;
Mas su fervor humano, agradecido al mundo,
Inocente aún era en él, como en el mozo
Destinado a ser hombre sólo y para siempre.

MALIBU

Málibu,
Olas con lluvia.
Aire de música.

Málibu,
Agua cautiva.
Gruta marina.

Málibu,
Nombre de hada.
Fuerza encantada.

Málibu,
Viento que ulula.
Bosque de brujas.

Málibu,
Una palabra,
Y en ella, magia.

DIPTICO ESPAÑOL

A Carlos Otero

I

ES LÁSTIMA QUE FUERA MI TIERRA

Cuando allá dicen unos
Que mis versos nacieron
De la separación y la nostalgia
Por la que fue mi tierra,
¿Sólo la más remota oyen entre mis voces?
Hablan en el poeta voces varias:
Escuchemos su coro concertado,
Adonde la creída dominante
Es tan sólo una voz entre las otras.

Lo que el espíritu del hombre
Ganó para el espíritu del hombre
A través de los siglos,
Es patrimonio nuestro y es herencia
De los hombres futuros.
Al tolerar que nos lo nieguen
Y secuestren, el hombre entonces baja,
¿Y cuánto?, en esa dura escala
Que desde el animal llega hasta el hombre.

Así ocurre en tu tierra, la tierra de los muertos,
Adonde ahora todo nace muerto,
Vive muerto y muere muerto;
Pertinaz pesadilla: procesión ponderosa

Con restaurados restos y reliquias,
A la que dan escolta hábitos y uniformes,
En medio del silencio: todos mudos,
Desolados del desorden endémico
Que el temor, sin domarlo, así doblega.

La vida siempre obtiene
Revancha contra quienes la negaron:
La historia de mi tierra fue actuada
Por enemigos enconados de la vida.
El daño no es de ayer, ni tampoco de ahora,
Sino de siempre. Por eso es hoy
La existencia española, llegada al paroxismo,
Estúpida y cruel como su fiesta de los toros.

Un pueblo sin razón, adoctrinado desde antiguo
En creer que la razón de soberbia adolece
Y ante el cual se grita impune:
Muera la inteligencia, predestinado estaba
A acabar adorando las cadenas
Y que ese culto obsceno le trajese
Adonde hoy le vemos: en cadenas,
Sin alegría, libertad ni pensamiento.

Si yo soy español, lo soy
A la manera de aquellos que no pueden
Ser otra cosa: y entre todas las cargas
Que, al nacer yo, el destino pusiera
Sobre mí, ha sido ésa la más dura.
No he cambiado de tierra,
Porque no es posible a quien su lengua une,
Hasta la muerte, al menester de poesía.

La poesía habla en nosotros
La misma lengua con que hablaron antes,

Y mucho antes de nacer nosotros,
Las gentes en que hallara raíz nuestra existencia;
No es el poeta sólo quien ahí habla,
Sino las bocas mudas de los suyos
A quienes él da voz y les libera.

¿Puede cambiarse eso? Poeta alguno
Su tradición escoge, ni su tierra,
Ni tampoco su lengua; él las sirve,
Fielmente si es posible.
Mas la fidelidad más alta
Es para su conciencia; y yo a ésa sirvo
Pues, sirviéndola, así a la poesía
Al mismo tiempo sirvo.

Soy español sin ganas
Que vive como puede bien lejos de su tierra
Sin pesar ni nostalgia. He aprendido
El oficio de hombre duramente,
Por eso en él puse mi fe. Tanto que prefiero
No volver a una tierra cuya fe, si una tiene, dejó de ser la mía,
Cuyas maneras rara vez me fueron propias,
Cuyo recuerdo tan hostil se me ha vuelto
Y de la cual ausencia y tiempo me extrañaron.

No hablo para quienes una burla del destino
Compatriotas míos hiciera, sino que hablo a solas
(Quien habla a solas espera hablar a Dios un día)
O para aquellos pocos que me escuchen
Con bien dispuesto entendimiento.
Aquellos que como yo respeten
El albedrío libre humano
Disponiendo la vida que hoy es nuestra,
Diciendo el pensamiento al que alimenta nuestra vida.

¿Qué herencia sino ésa recibimos?
¿Qué herencia sino ésa dejaremos?

II

BIEN ESTÁ QUE FUERA TU TIERRA

Su amigo, ¿desde cuándo lo fuiste?
¿Tenías once, diez años al descubrir sus libros?
Niño eras cuando un día
En el estante de los libros paternos
Hallaste aquéllos. Abriste uno
Y las estampas tu atención fijaron;
Las páginas a leer comenzaste
Curioso de la historia así ilustrada.

Y cruzaste el umbral de un mundo mágico,
La otra realidad que está tras ésta:
Gabriel, Inés, Amaranta,
Soledad, Salvador, Genara,
Con tantos personajes creados para siempre
Por su genio generoso y poderoso,
Que otra España componen,
Entraron en tu vida
Para no salir de ella ya sino contigo.

Más vivos que las otras criaturas
Junto a ti tan pálidas pasando,
Tu amor primero lo despertaron ellos;
Héroes amados en un mundo heroico,
La red de tu vivir entretejieron con la suya,
Aún más con la de aquellos tus hermanos,

Miss Fly, Santorcaz, Tilín, Lord Gray,
Que, insatisfechos siempre, contemplabas
Existir en la busca de un imposible sueño vivo.

El destino del niño ésos lo provocaron
Hasta que deseó ser como ellos,
Vivir igual que ellos
Y, como a Salvador, que le moviera
Idéntica razón, idéntica locura,
El seguir turbulento, devoto a sus propósitos,
En su tierra y afuera de su tierra,
Tantas quimeras desoladas
Con fe a decepción nunca cedía.

Y tras el mundo de los Episodios
Luego el de las Novelas conociste:
Rosalía, Eloísa, Fortunata,
Mauricia, Federico Viera,
Martín Muriel, Moreno Isla,
Tantos que habrían de revelarte
El escondido drama de un vivir cotidiano:
La plácida existencia real y, bajo ella,
El humano tormento, la paradoja de estar vivo.

Los bien amados libros, releyéndolos
Cuántas veces, de niño, mozo y hombre,
Cada vez más en su secreto te adentrabas
Y los hallabas renovados
Como tu vida iba renovándose;
Con ojos nuevos los veías,
Como ibas viendo el mundo.
Qué pocos libros pueden
Nuevo alimento darnos
A cada estación nueva en nuestra vida.

En tu tierra y afuera de tu tierra
Siempre traían fielmente
El encanto de España, en ellos no perdido,
Aunque en tu tierra misma no lo hallaras.
El nombre allí leído de un lugar, de una calle
(Portillo de Gilimón o Sal si Puedes),
Provocaba en ti la nostalgia
De la patria imposible, que no es de este mundo.

El nombre de ciudad, de barrio o pueblo,
Por todo el español espacio soleado
(Puerta de Tierra, Plaza de Santa Cruz, los Arapiles,
Cádiz, Toledo, Aranjuez, Gerona),
Dicho por él, siempre traía,
Conocido por ti el lugar o desconocido,
Una doble visión: imaginada y contemplada,
Ambas hermosas, ambas entrañables.

Hoy, cuando a tu tierra ya no necesitas,
Aún en estos libros te es querida y necesaria,
Más real y entresonada que la otra:
No ésa, mas aquélla es hoy tu tierra,
La que Galdós a conocer te diese,
Como él tolerante de lealtad contraria,
Según la tradición generosa de Cervantes,
Heroica viviendo, heroica luchando
Por el futuro que era el suyo,
No el siniestro pasado donde a la otra han vuelto.

La real para ti no es esa España obscena y deprimente
En la que regentea hoy la canalla,
Sino esta España viva y siempre noble
Que Galdós en sus libros ha creado.
De aquélla nos consuela y cura ésta.

AMIGOS: ENRIQUE ASUNSOLO

Me iba por tiempo no más largo
Del que, entre una y otra visita, distanciaba,
Por su poca salud, la ocasión de vernos
Y, al despedirme, dijo: «Quizá cuando regrese
Ya no me encuentre». No le creía. Pero, ¿cómo ayudarle
Ante el final que afrontaremos solos?

Ausente yo, brusca y definitiva, la noticia
De su muerte. Y recordé: ante alguna bebida
Bien compuesta, ante algún plato
Bien ordenado, con él, de humor sutil, aquellas horas
Que, al pasar, no dejaban saciedad ni fastidio,
Cuando yo estaba, por una vez, en compañía.

Acaso no sea justo al decir sólo eso:
Poesía y pintura (hizo de mí un retrato),
Aficiones en él gemelas, tácito fondo eran,
Dándole otro valor a la amistad que nos unía.
Pero saber vivir fue su don más profundo.

Quisiera verle aún. ¿De qué muerto podemos decir eso?
Oída su palabra, todo cansa: lugar, cosa, persona.
Mas él, al irse, tras de sí deja viva la apetencia
De la conversación y la amistad interrumpidas.

J. R. J. CONTEMPLA EL CREPUSCULO

«Señor, el crepúsculo», anunciaba

Puntual a la tarde la doncella
Entrando en el salón de *Mr* Ruskin,
Algún tiempo después de consumido
El té. Y entonces *Mr* Ruskin
Iba al jardín.

A J. R. J.

La doncella no anunciaba el crepúsculo
Ni poseía jardín donde observarlo.
Mas iba a los cristales
De su balcón y, corrido el visillo,
Desde allí contemplaba.

El crepúsculo nórdico, lento, exige
A su contemplador una atención asidua,
Velando nuestro fuego originario
(Para Heráclito la sustancia primera),
En su proceso, con celajes y visos
Delicados, cambiantes.

Al fin el ave fabulosa
Partía al hemisferio
Sombroso ahora, tras de sí dejando
De su retorno una costumbre.
Y la noche ancestral le sucedía
No contemplada ya por J. R. J.

PREGUNTA VIEJA, VIEJA RESPUESTA

¿Adónde va el amor cuando se olvida?
No aquel a quien hicieras la pregunta
Es quien hoy te responde.

Es otro, al que unos años más de vida
Le dieron la ocasión, que no tuviste,
De hallar una respuesta.

Los juguetes del niño que ya es hombre,
¿Adónde fueron, di? Tú lo sabías,
Bien pudiste saberlo.

Nada queda de ellos: sus ruinas
Informes e incoloras, entre el polvo,
El tiempo se ha llevado.

El hombre que envejece, halla en su mente,
En su deseo, vacíos, sin encanto,
Dónde van los amores.

Mas si muere el amor, no queda libre
El hombre del amor: queda su sombra,
Queda en pie la lujuria.

¿Adónde va el amor cuando se olvida?
No aquel a quien hicieras la pregunta
Es quien hoy te responde.

OTRA VEZ, CON SENTIMIENTO

Ya no creí que más invocaría
De tu amistad antigua la memoria,
Que de ti se adueñó toda una tribu
Extraña para mí y para ti no menos
Extraña acaso.

Mas uno de esa tribu,
Profesor y, según pretenden él y otros
De por allá (cuánto ha caído nuestra tierra),
Poeta, te ha llamado «mi príncipe».
Y me pregunto qué hiciste tú para que ése
Pueda considerarte como príncipe suyo.

¿Vaciedad académica? La vaciedad común resulta
En sus escritos. Mas su rapto retórico
No aclara a nuestro entendimiento
Lo secreto en tu obra, aunque también le llamen
Crítico de la poesía nuestra contemporánea.

La apropiación de ti, que nada suyo
Fuiste o quisiste ser mientras vivías,
Es lo que ahí despierta mi extrañeza.
¿Príncipe tú de un sapo? ¿No les basta
A tus compatriotas haberte asesinado?

Ahora la estupidez sucede al crimen.

DOS DE NOVIEMBRE

Las campanas hoy
Ominosas suenan.

Aún temprano, el aire,
Frío acero, llega

Por tu sangre adentro.
Recuerdas los tuyos
Idos este año
Dejándote único.

Ahora tú sostienes
Solo la memoria:
El hogar remoto,
Familiares sombras,

Todo destinado
Contigo al olvido.
El azul del cielo
Promete, tan limpio,

Aire tibio luego.
Y por el mercado,
Donde están las flores
En copiosos ramos,

Un olor respiras,
Olor, mas no aroma,
A tierra, a hermosura
Que, antigua, conforta.

A pesar del tiempo,
Al alma, en la vida,
Materia y sentidos
Como siempre alivian.

LUIS DE BAVIERA ESCUCHA *LOHENGRIN*

Sólo dos tonos rompen la penumbra:
Destellar de algún oro y estridencia granate.
Al fondo luce la caverna mágica
Donde unas criaturas, ¿de qué naturaleza?, pasan
Melodiosas, manando de sus voces música
Que, con fuente escondida, lenta fluye
O, crespa luego, su caudal agita
Estremeciendo el aire fulvo de la cueva
Y con iris perlado riela en notas.

Sombras la sala de auditorio nulo.
En el palco real un elfo solo asiste
Al festejo del cual razón parece dar y enigma:
Negro pelo, ojos sombríos que contemplan
La gruta luminosa, en pasmo friolento
Esculpido. La pelliza de martas le agasaja
Abierta a una blancura, a seda que se anuda en lazo.
Los ojos entornados escuchan, beben la melodía
Como una tierra seca absorbe el don del agua.

Asiste a doble fiesta: una exterior, aquella
De que es testigo; otra interior allá en su mente,
Donde ambas se funden (como color y forma
Se funden en un cuerpo), componen una misma delicia.
Así, razón y enigma, el poder le permite
A solas escuchar las voces a su orden concertadas.
El brotar melodioso que le acuna y nutre
Los sueños, mientras la escena desarrolla,
Ascua litúrgica, una amada leyenda.

Ni existe el mundo, ni la presencia humana
Interrumpe el encanto de reinar en sueños.

Pero, mañana, chambelán, consejero, ministro,
Volverán con demandas estúpidas al rey:
Que gobierne por fin, les oiga y les atienda.
¿Gobernar? ¿Quién gobierna en el mundo de los sueños?
¿Cuándo llegará el día en que gobiernen los lacayos?
Se interpondrá un biombo, benéfico, entre el rey y sus ministros.
Un elfo corre libre los bosques, bebe el aire.

Esa es la vida, y trata fielmente de vivirla:
Que le dejen vivirla. No en la ciudad, el nido
Ya está sobre las cimas nevadas de las sierras
Más altas de su reino. Carretela, trineo,
Por las sendas; flotilla nivea, por los ríos y lagos,
Le esperan siempre, prestos a levantarlo
Adonde vive su reino verdadero, que no es de este mundo:
Donde el sueño le espera, donde la soledad le aguarda,
Donde la soledad y el sueño le ciñen su única corona.

Mas la presencia humana es a veces encanto,
Encanto imperioso que el rey mismo conoce
Y sufre con tormento inefable: el bisel de una boca,
Unos ojos profundos, una piel soleada,
Gracia de un cuerpo joven. El lo conoce,
Sí, lo ha conocido, y cuántas veces padecido,
El imperio que ejerce la criatura joven,
Obrando sobre él, dejándole indefenso,
Ya no rey, sino siervo de la humana hermosura.

Flotando sobre música el sueño ahora se encarna:
Mancebo todo blanco, rubio, hermoso, que llega
Hacia él y que es él mismo. ¿Magia o espejismo?
¿Es posible a la música dar forma, ser forma de mortal alguno?
¿Cuál de los dos es él, o no es él, acaso ambos?
El rey no puede, ni aun pudiendo quiere dividirse a sí del otro
Sobre la música inclinado, como extraño contempla

Con emoción gemela su imagen desdoblada
Y en éxtasis de amor y melodía queda suspenso.

El es el otro, desconocido hermano cuyo existir jamás creyera
Ver algún día. Ahora ahí está y en él ya ama
Aquello que en él mismo pretendieron amar otros.
Con su canto le llama y le seduce. Pero, ¿puede
Consigo mismo unirse? Teme que, si respira, el sueño escape.
Luego un terror le invade: ¿no muere aquel que ve a su doble?
La fuerza del amor, bien despierto ya en él, alza su escudo
Contra todo temor, debilidad, desconfianza.
Como Elsa, ama, mas sin saber a quién. Sólo sabe que ama.

En el canto, palabra y movimiento de los labios
Del otro le habla también el canto, palabra y movimiento
Que a brotar de sus labios al mismo tiempo iban,
Saludando al hermano nacido de su sueño, nutrido por su sueño.
Mas no, no es eso: es la música quien nutriera a su sueño, le dio
forma.

Su sangre se apresura en sus venas, al tiempo apresurando:
El pasado, tan breve, revive en el presente.
Con luz de dioses su presente ilumina al futuro.
Todo, todo ha de ser como su sueño le presagia.

En el vivir del otro el suyo certidumbre encuentra.
Sólo el amor depara al rey razón para estar vivo,
Olvido a su impotencia, saciedad al deseo
Vago y disperso que tanto tiempo le aquejara.
Se inclina y se contempla en la corriente
Melodiosa e, imagen ajena, su remedio espera
Al trastorno profundo que dentro de sí siente.
¿No le basta que exista, fuera de él, lo amado?
Contemplar a lo hermoso, ¿no es respuesta bastante?

Los dioses escucharon, y su deseo satisfacen

(Que los dioses castigan concediendo a los hombres
Lo que éstos les piden), y el destino del rey,
Desearse a sí mismo, le transforma,
Como en flor, en cosa hermosa, inerme, inoperante,
Hasta acabar su vida gobernado por lacayos,
Pero teniendo en ellos, al morir, la venganza de un rey.
Las sombras de sus sueños para él eran la verdad de la vida.
No fue de nadie, ni a nadie pudo llamar suyo.

Ahora el rey está ahí, en su palco, y solitario escucha,
Joven y hermoso, como dios nimbado
Por esa gracia pura e intocable del mancebo,
Existiendo en el sueño imposible de una vida
Que queda sólo en música y que es como música,
Fundido con el mito al contemplarlo, forma ya de ese mito
De pureza rebelde que tierra apenas toca,
Del éter huésped desterrado. La melodía le ayuda a conocerse,
A enamorarse de lo que él mismo es. Y para siempre en la
música vive.

SUPERVIVENCIAS TRIBALES EN EL MEDIO LITERARIO

Acaso él mismo fuera en parte responsable,
Por el afán de parecer un ángel, eterno adolescente,
De aquel diminutivo familiar en exceso con el mozo,
De sabor desdeñoso para el hombre,
Con el cual en privado y en público llamaban
Unos y otros, amigos como extraños,
Con esas peculiares maneras españolas,

Al cincuentón obeso en que se convirtiera.

En el poeta la espiritual compleja maquinaria
De sutil precisión y exquisito manejo
Requiere entendimiento, y no tan sólo
En quienes al poeta se aproximan
Sino también en quien detenta a aquélla.
Mas él, siempre movido por el capricho irrazonable del infante,
No quiso, tal vez no supo, manejarla,
Ayudando a los otros, contra él, en el desdén artero.

Porque en la cuenta debe entrar la idiosincrasia indígena
Que jamás admitiera cómo excelencia puede corresponder a
varios:

Su fanatismo antes mejor prospera si se concentra en la de uno.
Así tantos compadres del Poeta en Residencia,
Sin excluir, por su interés en la guerrilla, a éste,
Quisieron consignar al olvido su raro don poético,
Cuidando de ver en él tan sólo y nada más que a «Manolito»
Y callando al poeta admirable que en él hubo.

EL POETA Y LA BESTIA

Hay en la vida quienes dejan que la vida les viva
Y quienes imponen a la vida dirección y sentido,
Mas son excepcionales los unos y los otros:
El hombre medio, si no acepta
Enteramente que la vida se le imponga,
Tampoco acepta el imponerse a ella.
Eso se aprende, si se aprende, tarde,

Cuando de nada sirve y, aun sabido,
Poco puede servirnos saber solo:
Conocimiento sin poder resulta inútil.

El poder, el saber y la pendiente favorable
Que, para afortunados, del destino es regalo
(El poder y el saber, sin ella, son inoperantes
En medio indiferente o enemigo),
En pocos hombres como en Goethe vemos
Coincidir y actuar dichosamente
Ayudados, y ayudándoles él, por tantas dotes
Que ilustra y equilibra un desarrollo
Tan vario como sabio y armonioso. A eso llama el hombre,
Sin conocer razón de así llamarlo: Genio.

Mas genio y circunstancias favorables,
Maravillosa coincidencia, una vez realizada
Entre tantas fallida, aún está sujeta
A la posible intervención de fuerzas brutas
De las que algún patán tiene la iniciativa
Con un impulso ciego que va precipitándole.
Lo mismo que la flor, su perfección abierta
Y erguida entre las hojas al borde de un sendero,
Puede verse deshecha por el casco o pezuña
De animal trashumante que ignora cómo daña.

El otoño del 6 las tropas de Murat llegan a Weimar.
Los soldados franceses, ganadores en Jena,
Han de alojarse en hogares apacibles.
La morada de Goethe *am Frauenplan* no queda exenta
De la enojosa imposición. Los alojados posan,
Comen y beben y, después, pretenden
El ver al *Geheimrat*, que se presta al capricho,
De qué humor no sabemos. Christiane y Goethe
Luego se retiraron. Mas ella desconfía y vigila

Cercana al cuarto en que descansa Goethe.

Los alojados, no: la opulencia discreta de la casa,
El renombre del huésped, traducidos al oro,
Les provocan, que en el soldado se despierta el bandido
Y la avaricia codiciosa es el vicio de Francia.
Borrachos como están, con armas en las manos
Suben, gritando contra Goethe, *ane solennel*, el enemigo,
E irrumpen en su cuarto. ¿Qué sentiría su mente?
El poeta era un hombre, y allí aquél y éste, ¿qué podían?
Sobreviene Christiane y, con sus voces, llama a otros,
Desconcierta y detiene a los soldados.

Un arma entonces y un brutal impulso
Cortar pudieron veintitantos años más de vida
Que ante el poeta estaban a la espera:
Wilhelm Meisters Wanderjahre, Diwan, Dichtung und Wahrheit,
Segundo *Faust*, cuanto es delicia nuestra, ejemplo,
El ciclo precioso a completarse de una vida
Sin par y de una mente inigualada,
Experimentando, aprendiendo, existiendo
Con la conciencia de saberse única,
Borrados por mano que movía la Bestia desde lejos.

Napoleón, repetido cuantas veces se quiera,
Aunque una sola con exceso bastara
A más de un siglo, jamás puede valernos
Lo que un único Goethe. ¿Quién lo ignora?
Mas hay que recordarlo a los que olvidan,
A los que todavía en nuestro mundo aclaman
A la Bestia, la sangrienta *vedette* que exhiben los Inválidos
Y Francia, bien que ésta no fuera su tierra.
La espada se anuncia con vivo reflejo.
Palabra de poeta refleja sombra viva.

Paradójico es que, a pesar de todo, Goethe admire
A Napoleón, y que siga admirándole el resto de sus días:
Obtiene que a su hijo, contra Francia luchando,
Le destinen a servicio neutral. Y, ya vencido
Napoleón, siga ostentando sobre el pecho
En fiesta cortesana la insignia de la orden
Que le otorgara él con frases teatrales
De ésas que edifican al vulgo. ¿Arbitrario o justo?
Y si arbitrario, ¿deseo de confundir Altezas a quienes sirve?
¿O, como Byron, de Napoleón hizo él también su pequeña
pagoda?

ANIMULA, VAGOLA, BLANDULA

En el jardín solo está el niño
Tendido boca arriba sobre el césped
Mirando al cielo de la tarde.
De apenas cinco años,
Propenso a irrazonables rabias,
A obscenos juegos a su edad lastimosos,
Flacucho, cara triste,
Por broma afectuosa
Le llamas Entelequia.

Al verte te pregunta,
Tan poseído de su tema
Que medio se incorpora
Tartamudea, buscando modo de expresarse:
«¿Quién puso el cielo

Y hasta dónde llega?»

E insiste, su pregunta trata de aclararla,
Glosando infantilmente
Sobre ella, poseído por ella.

Su pobre almita

Convocada a la vida (sin conciencia
Del resultado grave, como siempre)
Para unirse a esta carne enigmática,
Te da, sin razón, pena.

Y otra cuestión recuerdas gemela de la suya
Que, a su edad, te asaltaba:
La de la eternidad, la del tiempo sin término,
En ti infundiendo terror cósmico,
Con tu imaginación fija en la palabra repetida:
Siempre, siempre, siempre, siempre.

¿Le esperarán acaso
Cuando ya adolescente
Gemelas ignorancia e impotencia
Como fueron las tuyas
Frente al mundo y la vida
En esa edad amarga
De la que no quisieras acordarte?
No se las deseas ni, probablemente,
Haya él de vivirlas.

A esa burbuja que su vida es hoy,
¿Quién la punzó, arrancando preguntas
Desmesuradas? ¿Puedes tú respondérselas
Hablando del espacio ilimitado,
Del principio del mundo, si es que principio tuvo?
Y su zozobra repentina en ti despierta
Compasión, con ella al verle a solas
Y consigo, su carita triste

Vuelta hacia el cielo, preguntando
Con la voz infantil, ronca, inexperta.

A PROPOSITO DE FLORES

Era un poeta joven, apenas conocido.
En su salida primera al mundo
Buscaba alivio a su dolencia
Cuando muere en Roma, entre sus manos una carta,
La última carta, que ni abrir siquiera quiso,
De su amor jamás gozado.

El amigo que en la muerte le asistiera
Sus palabras finales nos trasmite:
«Ver cómo crece alguna flor menuda,
El crecer silencioso de las flores,
Acaso fue la única dicha
Que he tenido en el mundo».

¿Pureza? Vivo, a las flores amadas contemplaba
Y mucho habló de ellas en sus versos;
En el trance final su mente se volvía
A la dicha más pura que conoció en la vida:
Ver a la flor que abre, su color y su gracia.

¿Amargura? Vivo, sinsabores tuvo
Amargos que apurar, sus breves años
Apenas conocieron momentos sin la sombra.
En la muerte quiso volverse con tácito sarcasmo
A la felicidad de la flor que entreabre.

¿Amargura? ¿Pureza? ¿O, por qué no, ambas a un tiempo?
El lirio se corrompe como la hierba mala,
Y el poeta no es puro o amargo únicamente:
Devuelve sólo al mundo lo que el mundo le ha dado,
Aunque su genio amargo y puro algo más le regale.

MALENTENDU

Fue tu primer amigo literario
(¿Amigo? No es la palabra justa), el que primero
Te procuró experiencia en esa inevitable
Falacia de nuestro trato humano:
Ver cómo las palabras, las acciones
Ajenas, son crudamente no entendidas.

Pues no quería o no podía entenderte,
Tus motivos él los trastocaba
A su manera: de claros
En oscuros y de razonables
En insensatos. No se lo perdonaste
Porque es imperdonable la voluntaria tontería.

El escribió de ti eso de «Licenciado Vidriera»
Y aun es de agradecer que superior ineptia no escribiese,
Siéndole tan ajenas las razones
Que te movían. ¿Y te extrañabas
De su desdén a tu amistad inocua,
Favoreciendo en cambio la de otros? Estos eran los suyos.

Los suyos, sus amigos predestinados,

Los que él entendía, los que a él le entendieron,
Si es que en el limbo entendimiento existe.
Por eso su intención, aunque excelente, al no entenderte,
Hizo de ti un fantoche a su medida:
Raro, turbio, inútilmente complicado.

DEL OTRO LADO

Fueron por los mismos lugares:
El claustro, el vasto patio hermoso
Donde el reloj seguía midiendo a otros el tiempo,
El corredor, el jardinillo
Y, entrados en la casa,
Subieron los peldaños que él pisara.
De él los dos iban hablando.

Si él pudiera oírles, no se reconociera
En nada: extraño en el paraje,
Sus actos y su vida, comentados,
Aún no menos extraños. Las palabras de otros
El mito involuntarias tejen
De un existir cuando ya ausente o ido.

Si extraño todo, también acaso menos duro
Su existir se diría, como si ya dotado
De aquella suerte fácil para muchos
Que antes les envidió, a pesar de su dicha
Más rara en disfrutar de las horas soleadas.

Llegados a la puerta del que fuera su cuarto,
Ocupado por otro, detenidos un punto,

Silenciosos un punto, escuchar parecían
Como si fuera a hablarles el ausente,
Aunque estuviera ya, apaciguado, sin conciencia,
En el seguro adonde al fin reposan los amigos.

CLEARWATER

Píntalo. Con un pincel delgado,
Con color bien ligero. Pinta
El reflejo del sol sobre las aguas,
En su fondo piedrecillas que sueñan.

Las hojas en los olmos, que algún aire,
Al orear, mansamente remueve.
Al fondo, sombra azul de unas colinas.
Quieta en el cielo, alguna nube clara.

Dentro de ti sonrío lo que esperas
Sin prisa, para su día cierto;
Espera donde feliz se refleja tu vida
Igual que este paisaje en dulces aguas.

DESOLACION DE LA QUIMERA

Todo el ardor del día, acumulado
En asfixiante vaho, el arenal despide.

Sobre el azul tan claro de la noche
Contrasta, como imposible gotear de un agua,
El helado fulgor de las estrellas,
Orgullosa cortejo junto a la nueva luna
Que, alta ya, desdeñosa ilumina
Restos de bestias en medio de un osario.
En la distancia aúllan los chacales.

No hay agua, fronda, matorral ni césped.
En su pleno esplendor mira la luna
A la Quimera lamentable, piedra corroída
En su desierto. Como muñón, deshecha el ala;
Los pechos y las garras el tiempo ha mutilado;
Hueco de la nariz desvanecida y cabellera,
En un tiempo anillada, albergue son ahora
De las aves obscenas que se nutren
En la desolación, la muerte.

Cuando la luz lunar alcanza
A la Quimera, animarse parece en un sollozo,
Una queja que viene, no de la ruina,
De los siglos en ella enraizados, inmortales
Llorando el no poder morir, como mueren las formas
Que el hombre procreara. Morir es duro,
Mas no poder morir, si todo muere,
Es más duro quizá. La Quimera susurra hacia la luna
Y tan dulce es su voz que a la desolación alivia.

«Sin víctimas ni amantes. ¿Dónde fueron los hombres?
Ya no creen en mí, y los enigmas que yo les propusiera
Insolubles, como la Esfinge, mi rival y hermana,
Ya no les tientan. Lo divino subsiste,
Proteico y multiforme, aunque mueran los dioses.
Por eso vive en mí este afán que no pasa,
Aunque pasó mi forma, aunque ni sombra soy;

Afán que se concreta en ver rendido al hombre
Temeroso ante mí, ante mi tentador secreto indescifrable.

«Como animal domado por el látigo,
El hombre. Pero, qué hermoso; su fuerza y su hermosura,
Oh dioses, cuán cautivadoras. Delicia hay en el hombre;
Cuando el hombre es hermoso, en él cuánta delicia.
Siglos pasaron ya desde que desertara el hombre
De mí y a mis secretos desdeñoso olvidara.
Y bien que algunos pocos a mí acudan,
Los poetas, ningún encanto encuentro en ellos,
Cuando apenas les tienta mi secreto ni en ellos veo hermosura.

«Flacos o flácidos, sin cabellos, con lentes,
Desdentados. Esa es la parte física
En mi tardío servidor; y, semejante a ella,
Su carácter. Aun así, no muchos buscan mi secreto hoy,
Que en la mujer encuentran su personal triste Quimera.
Y bien está ese olvido, porque ante mí no acudan
Tras de cambiar pañales al infante
O enjugarle nariz, mientras meditan
Reproche o alabanza de algún crítico.

«¿Es que pueden creer en ser poetas
Si ya no tienen el poder, la locura
Para creer en mí y en mi secreto?
Mejor les va sillón en academia
Que la aridez, la ruina y la muerte,
Recompensas que generosa di a mis víctimas,
Una vez ya tomada posesión de sus almas,
Cuando el hombre y el poeta preferían
Un miraje cruel a certeza burguesa.

«Bien otros fueron para mí los tiempos
Cuando feliz, ligera, hollaba el laberinto

Donde a tantos perdí y a tantos otros los dotaba
De mi eterna locura: imaginar dichoso, sueños de futuro.
Esperanzas de amor, periplos soleados.
Mas, si prudente, estrangulaba al hombre
Con mis garras potentes, que un grano de locura
Sal de la vida es. A fuerza de haber sido,
Promesas para el hombre ya no tengo».

Su reflejo la luna deslizando
Sobre la arena sorda del desierto,
Entre sombras a la Quimera deja,
Calla en su dulce voz la música cautiva.
Y como el mar en la resaca, al retirarse
Deja a la playa desnuda de su magia,
Retirado el encanto de la voz, queda el desierto
Todavía más inhóspito, sus dunas
Ciegas y opacas, sin el miraje antiguo.

Muda y en sombra, parece la Quimera retraerse
A la noche ancestral del Caos primero;
Mas ni dioses, ni hombres, ni sus obras,
Se anulan si una vez son; existir deben
Hasta el amargo fin, perdiéndose en el polvo.
Inmóvil, triste, la Quimera sin nariz olfatea
Frescor de alba naciente, alba de otra jornada
Que no habrá de traerle piadosa la muerte,
Sino que su existir desolado prolongue todavía

PEREGRINO

¿Volver? Vuelva el que tenga,
Tras largos años, tras un largo viaje,
Cansancio del camino y la codicia
De su tierra, su casa, sus amigos,
Del amor que al regreso fiel le espere.

Mas ¿tú? ¿Volver? Regresar no piensas,
Sino seguir libre adelante,
Disponibile por siempre, mozo o viejo,
Sin hijo que te busque, como a Ulises,
Sin Itaca que aguarde y sin Penélope.

Sigue, sigue adelante y no regreses,
Fiel hasta el fin del camino y tu vida,
No echés de menos un destino más fácil,
Tus pies sobre la tierra antes no hollada,
Tus ojos frente a lo antes nunca visto.

TRES MISTERIOS GOZOSOS

El cantar de los pájaros, al alba,
Cuando el tiempo es más tibio,
Alegres de vivir, ya se desliza
Entre el sueño, y de gozo
Contagia a quien despierta al nuevo día.

Alegre sonriendo a su juguete
Pobre y roto, en la puerta
De la casa juega solo el niño
Consigo y, en dichosa
Ignorancia, goza de hallarse vivo.

El poeta, sobre el papel soñando
Su poema inconcluso,
Hermoso le parece, goza y piensa
Con razón y locura
Que nada importa: existe su poema.

TIEMPO DE VIVIR, TIEMPO DE DORMIR

Ya es noche. Vas a la ventana
El jardín está oscuro abajo.
Ves el lucero de la tarde
Latiendo en fulgor solitario.

Y quietamente te detienes.
Dentro de ti algo se queja:
Esa hermosura no atendida
Te seduce y reclama afuera.

Encanto de estar vivo, el hombre
Sólo siente en raros momentos
Y aún necesita compartirlos
Para aprender la sombra, el sueño.

RESPUESTA

Lo cretino, en ti,
No excluye lo ruin.

Lo ruin, en tu sino,
No excluye lo cretino.

Así que eres, en fin,
Tan cretino como ruin.

DESPEDIDA

Muchachos
Que nunca fuisteis compañeros de mi vida,
Adiós.
Muchachos
Que no seréis nunca compañeros de mi vida,
Adiós.

El tiempo de una vida nos separa
Infranqueable:
A un lado la juventud libre y risueña;
A otro la vejez humillante e inhóspita.

De joven no sabía
Ver la hermosura, codiciarla, poseerla;
De viejo la he aprendido
Y veo a la hermosura, mas la codicio inútilmente.

Mano de viejo mancha
El cuerpo juvenil si intenta acariciarlo.
Con solitaria dignidad el viejo debe

Pasar de largo junto a la tentación tardía.

Frescos y codiciables son los labios besados,
Labios nunca besados más codiciables y frescos aparecen.
¿Qué remedio, amigos? ¿Qué remedio?
Bien lo sé: no lo hay.

Qué dulce hubiera sido
En vuestra compañía vivir un tiempo:
Bañarse juntos en aguas de una playa caliente,
Compartir bebida y alimento en una mesa,
Sonreír, conversar, pasearse
Mirando cerca, en vuestros ojos, esa luz y esa música.

Seguid, seguid así, tan descuidadamente,
Atrayendo al amor, atrayendo al deseo.
No cuidéis de la herida que la hermosura vuestra y vuestra
gracia abren
En este transeúnte inmune en apariencia a ellas.

Adiós, adiós, manojos de gracias y donaires.
Que yo pronto he de irme, confiado,
Adonde, anudado el roto hilo, diga y haga
Lo que aquí falta, lo que a tiempo decir y hacer aquí no supe.

Adiós, adiós, compañeros imposibles.
Que ya tan sólo aprendo A morir, deseando
Veros de nuevo, hermosos igualmente
En alguna otra vida.

AMIGOS: VICTOR CORTEZO

Lo bueno, si breve, bueno dos veces.
¿Es cierto? Tal vez. Pero no siempre.
Una vez en tu vida cierto fuera:
Una amistad breve y dichosa,
Tan breve y tan dichosa
Como, al lado del mar, trago de aire salado,
Como el blancor que brota la rama del peral en junio.

Bastante más de veinte años hace ahora.
Ocurrió en un solsticio de verano,
Cuando en su tierra y en la tuya
(V. C., tu amigo, es uno de esos españoles admirables
Compensando que tan poco admirables sean los otros)
Otra guerra civil os suicidaba.

Bienhumorado, sólo su pronta risa
Y simpatía generosa,
Firmes, constantes siempre
(Espadas bien templadas
Que para el juego deportivo sirven
Igual que en la defensa),
Para ti transformaron e hicieron tolerables
Esos odiosos días.

A diario, en el hotelucho
En que ambos parabais,
Oías a medianoche
El ascensor, subiendo
Al piso donde algún sacripante del Partido
Subía por nueva víctima.

El mismo, una mañana
No se hallaba en su cuarto,
De donde le llevaron cuando la madrugada.
Peregrinaste en su busca

Delegaciones, oficinas innúmeras,
Desesperando por su vida,
Sujeta, como todas las vuestras,
A aquella muerte entonces
Más que ordinariamente perentoria.

Y lo encontraste luego vivo,
De regreso en su cuarto,
Saludándote con un dicho risueño,
Uno de aquellos que solía
Regalarte, precioso
Entre tanta desolación, temores tantos.
Un polizonte desde entonces,
A espera abajo, en el vestíbulo,
Seguir solía afuera vuestros pasos.

Cuán fácilmente tú aceptabas
El don de su amistad, su compañía,
Sin maravillarte ante ellas,
Como lo milagrosamente natural se acepta, sin asombro.
Hoy, cuando el tiempo ha pasado, lo recuerdas,
Percibiendo el asombro entonces no sentido.

Por eso le das gradas y disculpas.
Cómo el recuerdo afectuoso
Hacia el amigo ausente o ido
Bien raro es que tarde vaya
A lo pasado. Este tuyo de ahora
Esperas que compense,
Para él, tu silencio de entonces.

«Gracias, amigo», dices. «Bien te vaya
Donde quiera que estés y te acompañe
Dios, si es que quiere».
Que tu recuerdo siempre le sonría,

Tan lejos tú, a este amigo que ahora
Escribe para ti, tardíamente, estas palabras.

LUNA LLENA EN SEMANA SANTA

Denso, suave, el aire
Orea tantas callejas,
Plazuelas, cuya alma
Es la flor del naranjo.

Resuenan cerca, lejos,
Clarines masculinos
Aquí, allí la flauta
Y oboe femeninos.

Mágica por el cielo
La luna fulge, llena
Luna de parasceve.
Azahar, luna, música,

Entrelazados, bañan
La ciudad toda. Y breve
Tu mente la contiene
En sí, como una mano

Amorosa. ¿Nostalgias?
No. Lo que así recreas
Es el tiempo sin tiempo
Del niño, los instintos

Aprendiendo la vida

Dichosamente, como
La planta nueva aprende
En suelo amigo. Eco

Que, a la doble distancia,
Generoso hoy te vuelve,
En leyenda, a tu origen.
Et in Arcadia ego.

EPILOGO

(Poemas para un cuerpo)

Playa de la Roqueta:
Sobre la piedra, contra la nube,
Entre los aires estás, conmigo
Que invisible respiro amor en torno tuyo.
Mas no eres tú, sino tu imagen.

Tu imagen de hace años,
Hermosa como siempre, sobre el papel, hablándome,
Aunque tan lejos yo, de ti tan lejos hoy
En tiempo y en espacio.
Pero en olvido no, porque al mirarla,
Al contemplar tu imagen de aquel tiempo,
Dentro de mí la hallo y lo revivo.

Tu gracia y tu sonrisa,
Compañeras en días a la distancia, vuelven
Poderosas a mí, ahora que estoy,

Como otras tantas veces
Antes de conocerte, solo.

Un plazo fijo tuvo
Nuestro conocimiento y trato, como todo
En la vida, y un día, uno cualquiera,
Sin causa ni pretexto aparente,
Nos dejamos de ver. ¿Lo presentiste?
Yo sí, que siempre estuve presintiéndolo.

La tentación me ronda
De pensar, ¿para qué todo aquello:
El tormento de amar, antiguo como el mundo,
Que unos pocos instantes rescatar consiguen?
Trabajos del amor perdidos.

No. No reniegues de aquello,
Al amor no perjures.
Todo estuvo pagado, sí, todo bien pagado,
Pero valió la pena,
La pena del trabajo
De amor, que a pensar ibas hoy perdido.

En la hora de la muerte
(Si puede el hombre para ella
Hacer presagios, cálculos),
Tu imagen a mi lado
Acaso me sonría como hoy me ha sonreído,
Iluminando este existir oscuro y apartado
Con el amor, única luz del mundo.

HABLANDO A MANONA

Manonita, Manona,
Ahora has aprendido
Cómo el aire, de pronto,
Se lleva los amigos.
Y así
Tú estás ahí,
Yo estoy aquí.

A veces Dios nos hace
De un cariño regalo,
Por un poco de tiempo,
Cuando bien nos portamos.
Y al fin
Tenemos que vivir
Tú ahí, yo aquí.

¿Está bien, te parece,
Manona, Manonita,
Que el cariño no sea
Para toda la vida?
¿Y así
Tú estés ahí
Y esté yo aquí?

Esperemos, Manona;
Manonita, paciencia:
Tal vez nuestros afectos
Dios los pone a esa prueba.
Y así
Tú estás ahí,
Yo estoy aquí.

Y luego una mañana,

Despertando, hallaremos
Sonrientes las caras
De los que estaban lejos.
Y al fin
No estaremos así:
Tú ahí, yo aquí.

EL AMOR TODAVIA

¿Es ésta la faz, la figura
Que entrevía tu deseo
Levantándose en tu camino,
Dominante, como tu dueño?

¿Dominante? Con inconsciencia
De un deseo loco y tardío,
Pero ofreciendo inútilmente,
Con su existencia, tu motivo.

Como el adivino en la arena
La visión halla del futuro,
En estos aires que aún extrañas
Crees hallar a tu vida un rumbo.

Rumbo prohibido, imposible,
Otra vez el viejo tormento.
Tienes opuestas las estrellas,
Opuesto está su pensamiento.

Tu vida además sólo cuenta
Con hoy apenas, no mañana.

Su juventud es triunfante,
Tu vejez al espejo habla.

La paradoja lamentable
A su regla otra vez se pliega:
Conocer lo que no conoce,
Desear lo que no desea.

Veneno y triaca es a un tiempo
El antiguo encanto insidioso:
En el cuerpo que tu amor crea
Aún esperas nutrir tus ojos.

LO QUE AL AMOR LE BASTA

De nuevo el amor tiene
Presa en ti. De servirle
A pesar de ti mismo
La edad aún no te exime.

Sin amor, libre eras,
Cuando tus ojos vieron
La nueva criatura
Que despertó al deseo.

Los ojos ya alimentan
Ese encanto en el alma
Y otra cosa no quieres.
¿Sólo contemplar basta?

¿Eso te basta? Y cómo,

Viéndola, a todo llena
Una razón; y es todo
Sin razón, al no verla.

Mirar a lo que amas.
Si bastara ese encanto
Nada más; si bastara
Este mirar lo amado.

En la fase primera
Del amor te demoras
Sin allegarte al cuerpo
Cuyo existir adoras.

1936

Recuérdalo tú y recuérdalo a otros,
Cuando asqueados de la bajeza humana,
Cuando iracundos de la dureza humana:
Este hombre solo, este acto solo, esta fe sola.
Recuérdalo tú y recuérdalo a otros.

En 1961 y en ciudad extraña,
Más de un cuarto de siglo
Después. Trivial la circunstancia,
Forzado tú a pública lectura,
Por ella con aquel hombre conversaste:
Un antiguo soldado
En la Brigada Lincoln.

Veinticinco años hace, este hombre,

Sin conocer tu tierra, para él lejana
Y extraña toda, escogió ir a ella
Y en ella, si la ocasión llegaba, decidió a apostar su vida,
Juzgando que la causa allá puesta al tablero
Entonces, digna era
De luchar por la fe que su vida llenaba.

Que aquella causa aparezca perdida,
Nada importa;
Que tantos otros, pretendiendo fe en ella
Sólo atendieran a ellos mismos,
Importa menos.
Lo que importa y nos basta es la fe de uno.

Por eso otra vez hoy la causa te aparece
Como en aquellos días:
Noble y tan digna de luchar por ella.
Y su fe, la fe aquella, él la ha mantenido
A través de los años, la derrota,
Cuando todo parece traicionarla.
Mas esa fe, te dices, es lo que sólo importa.

Gracias, Compañero, gracias
Por el ejemplo. Gracias porque me dices
Que el hombre es noble.
Nada importa que tan pocos lo sean:
Uno, uno tan sólo basta
Como testigo irrefutable
De toda la nobleza humana.

A SUS PAISANOS

No me queréis, lo sé, y que os molesta
Cuanto escribo. ¿Os molesta? Os ofende.
¿Culpa mía tal vez o es de vosotros?
Porque no es la persona y su leyenda
Lo que ahí, allegados a mí, atrás os vuelve.
Mozo, bien mozo era, cuando no había brotado
Leyenda alguna, caísteis sobre un libro
Primerizo lo mismo que su autor: yo, mi primer libro.
Algo os ofende, porque sí, en el hombre y su tarea.

¿Mi leyenda dije? Tristes cuentos
Inventados de mí por cuatro amigos
(¿Amigos?), que jamás quisisteis
Ni ocasión buscasteis de ver si acomodaban
A la persona misma así traspuesta.
Mas vuestra mala fe los ha aceptado.
Hecha está la leyenda, y vosotros, de mí desconocidos,
Respecto al ser que encubre mintiendo doblemente,
Sin otro escrúpulo, a vuestra vez la propaláis.

Contra vosotros y esa vuestra ignorancia voluntaria,
Vivo aún, sé y puedo, si así quiero, defenderme.
Pero aguardáis al día cuando ya no me encuentre
Aquí. Y entonces la ignorancia,
La indiferencia y el olvido, vuestras armas
De siempre, sobre mí caerán, como la piedra,
Cubriéndome por fin, lo mismo que cubristeis
A otros que, superiores a mí, esa ignorancia vuestra
Precipitó en la nada, como al gran Aldana.

De ahí mi paradoja, por lo demás involuntaria,
Pues la imponéis vosotros: en nuestra lengua escribo,
Criado estuve en ella y, por eso, es la mía,
A mi pesar quizá, bien fatalmente. Pero con mis expresas
excepciones,

A vuestros escritores de hoy ya no los leo.
De ahí la paradoja: soy, sin tierra y sin gente,
Escritor bien extraño; sujeto quedo aún más que otros
Al viento del olvido que, cuando sopla, mata.

Si vuestra lengua es la materia
Que empleé en mi escribir y, si por eso,
Habréis de ser vosotros los testigos
De mi existencia y su trabajo,
En hora mala fuera vuestra lengua
La mía, la que hablo, la que escribo.
Así podréis, con tiempo, como venís haciendo,
A mi persona y mi trabajo echar afuera
De la memoria, en vuestro corazón y vuestra mente.

Grande es mi vanidad, diréis,
Creyendo a mi trabajo digno de la atención ajena
Y acusándoos de no querer la vuestra darle.
Ahí tendréis razón. Mas el trabajo humano
Con amor hecho, merece la atención de los otros,
Y poetas de ahí tácitos lo dicen
Enviando sus versos a través del tiempo y la distancia
Hasta mí, atención demandando.
¿Quise de mí dejar memoria? Perdón por ello pido.

Mas no todos igual trato me dais,
Que amigos tengo aún entre vosotros,
Doblemente queridos por esa desusada
Simpatía y atención entre la indiferencia,
Y gracias quiero darles ahora, cuando amargo
Me vuelvo y os acuso. Grande el número
No es, mas basta para sentirse acompañado
A la distancia en el camino. A ellos
Vaya así mi afecto agradecido.

Acaso encuentre aquí reproche nuevo:
Que ya no hablo con aquella ternura
Confiada, apacible de otros días.
Es verdad, y os lo debo, tanto como
A la edad, al tiempo, a la experiencia.
A vosotros y a ellos debo el cambio. Si queréis
Que ame todavía, devolvedme
Al tiempo del amor. ¿Os es posible?
Imposible como aplacar ese fantasma que de mí evocasteis.

HISTORIAL DE UN LIBRO

(La Realidad y el Deseo)

[1958]

Debo excusarme, al comenzar la historia del acontecer personal que se halla tras los versos de *La Realidad y el Deseo*, por tener que referir, juntamente con las experiencias del poeta que creó aquéllos, algunos hechos en la vida del hombre que sufriera éstas. No siempre será aparente la conexión entre unos y otras, y al lector corresponde establecerla, si cree que vale la pena y quiere tomarse la molestia.

No recuerdo que, antes de sorprenderme a mí mismo descubriéndome una vocación poética, hubiese yo pensado, ni deseado, ser poeta, aunque mi aceptación del hecho siguiera al despertar de la vocación. Ya entrado en la edad madura, volviendo sobre mi niñez y adolescencia, percibí cómo todo en ellas me había preparado para la poesía y encaminado hacia ella. Y, como un poeta lo dijo: «el niño es padre del hombre».

Mi contacto primero con la poesía, a través de los versos de un poeta que años más tarde sería uno de mis preferidos entre los de lengua española, fue con ocasión del traslado de los restos de Bécquer, desde Madrid a Sevilla, para sepultarlos en la Iglesia de la Universidad. Unas primas mías, Luisa y Brígida de la Sota, dejaron a mis hermanos los tres tomos de las obras del poeta, los cuales yo, dada mi afición temprana a la lectura, hojeé y leí. No sabría decir lo que entonces percibí, hacia 1911, aunque no estoy seguro de la fecha, a mis ocho o nueve años, en esa lectura; pero algo debió quedar, depositado en la subconsciencia, para algún día, más tarde, salir a flor de ella.

Hacia los catorce, y conviene señalar la coincidencia con el despertar sexual de la pubertad, hice la tentativa primera de escribir versos. Nada sabía acerca de lo que era un verso, ni de lo que eran formas poéticas; sólo tenía oído o, mejor dicho, instinto del ritmo, que en todo caso es cualidad primaria del poeta. La idea de escribir, y sobre todo la de escribir verso, en parte por las burlas acostumbradas y que no pocas veces había oído acerca del poeta, suscitaba en mí rubor incontrolable, aunque me escondiera para hacerlo y nadie en torno mío tuvo noticia de tales intentos. Ello debió ocurrir hacia septiembre de 1916, y pocos meses más tarde, siguiendo la asignatura de retórica y preceptiva literaria, en el cuarto año de bachillerato, el padre escolapio (estudié con los escolapios) que nos enseñaba esa materia, al ocuparse de la décima nos pidió que compusiéramos una.

El hito tercero y decisivo en el camino que yo parecía seguir casi sin iniciativa propia, lo crucé hacia 1923 o 1924, a los 21 o 22 años. Hacía entonces el servicio militar y todas las tardes salía a caballo con los otros reclutas, como parte de la instrucción, por los alrededores de Sevilla; una de aquellas tardes, sin transición previa, las cosas se me aparecieron como si las viera por vez primera, como si por primera vez entrara yo en comunicación con ellas, y esa visión inusitada, al mismo tiempo, provocaba en mí la urgencia expresiva, la urgencia de decir dicha experiencia. Así nació entonces toda una serie de versos, de los cuales ninguno sobrevive.

En mi primer año de estudios universitarios había sido yo alumno de Pedro Salinas, como catedrático que él era, en Sevilla, de Historia de la Lengua y Literatura Españolas. Mas por una incapacidad típica mía, la de serme difícil, en el trato con los demás, exteriorizar lo que llevo dentro, es decir, entrar en comunicación con los otros, aunque algunas veces lo desee, durante el curso no fui para Salinas sino un alumno más, y de los menos distinguidos, entre el medio centenar de ellos que debió tener durante el año escolar 1919-1920. Ya casi al final de mi carrera, la ocasión de haber publicado yo algunas líneas de prosa en una revistita estudiantil,

líneas que Salinas leyó, y la mediación de algunos amigos comunes, nos puso al fin en contacto. No sabría decir cuánto debo a Salinas, a sus indicaciones, a su estímulo primero; apenas hubiera podido yo, en cuanto poeta, sin su ayuda, haber encontrado mi camino.

Leía entonces por vez primera, y digo por vez primera porque sólo en aquellos días percibí el sentido de lo que dejaron escrito, aunque en algunos casos fuera relectura, a los poetas españoles clásicos: Garcilaso, Fray Luis de León, Góngora, Lope, Quevedo, Calderón. Salinas me indicó la necesidad de que leyera también a los poetas franceses, de que aprendiera una lengua extranjera. Baudelaire fue el primer poeta francés a quien entonces comencé a leer en su propia lengua y hacia el cual he conservado devoción y admiración vivas. Luego, aunque mi conocimiento de la lengua era aún deficiente, emprendí la lectura de Mallarmé y de Rimbaud; el verso del primero me apareció ya entonces, y nunca dejó de aparecerme así a través de los años, con una hermosura sin igual. En cuanto a Rimbaud, no creo que yo, en aquella primera lectura, me diera cuenta del alcance de su pensamiento, aunque aquel contacto preliminar con su obra dejara una huella que las lecturas posteriores fueron profundizando.

A partir de 1924 había comenzado a escribir los poemitas que aparecerían en *Perfil del Aire*, mi libro primero. Mas en él, juntamente con la huella de algunos de los poetas que he mencionado, debo indicar la de Pierre Reverdy, cuyo nombre descubrí en un comentario nada favorable a su obra. No es Reverdy poeta hacia el cual haya conservado mucha estimación, pero entonces me ayudaron algunas cualidades suyas, en favor de las cuales estaba yo predispuesto: desnudez, pureza (sea lo que sea lo que esta palabra, tan abusada, suscite hoy en la mente del lector), reticencia. En todo caso es justa su mención aquí, porque la huella de Reverdy, aunque ningún crítico la percibiera, es visible en *Perfil del Aire*. No quiero dejar de indicar otros dos libros que también leí por entonces, aunque el efecto de su lectura no sería visible sino

pocos años después: la de *Les Chants de Maldoror* y del *Préface a un livre futur*.

Por idénticas fechas, sobre todo, comencé a leer a André Gide, del cual Salinas me dejó primero, no sé si sus *Prétextes* o sus *Nouveaux Prétextes*, y luego sus *Morceaux Choisis*. Me figuro que Salinas no podía suponer que con esa lectura me abría el camino para resolver, o para reconciliarme, con un problema vital mío decisivo. De mi deuda para con Gide algo puede entreverse en el estudio que sobre su obra escribí entre 1945 y 1946. La sorpresa, el deslumbramiento que suscitaron en mí muchos de los *Morceaux*, no podría olvidarlos nunca; allí conocí a Lafcadio, y quedé enamorado de su juventud, de su gracia, de su libertad, de su osadía. No creo que los pocos versos que escribí en 1951 (*In Memoriam A. G.*), al morir André Gide, puedan dar al lector cuenta bastante de cuanto significó su obra en mi vida.

Acaso extrañe que no indique lecturas de poetas clásicos, de escritores griegos y latinos, que forman, lo sepamos o no, la columna vertebral de nuestro organismo literario. Desgraciadamente, no tengo conocimiento de la lengua griega, y uno muy deficiente (por incuria adolescente, ya que estudié latín en el bachillerato) del latín. En esta lengua puedo leer algo, usando de lo que en inglés llaman *crib*. Las traducciones al español de los clásicos, o apenas existen o son rematadamente malas; es cierto, además, que dichas traducciones deben repetirse de cuando en cuando, ya que cada época requiere nuevas traducciones de las obras clásicas, y por excelentes que sean, su lenguaje las hace anticuadas, cosa que no ocurre con el de los textos originales. Ya en francés pude hallar traducciones mejores, aunque con la deformación inevitable, de poetas griegos y latinos.

En cuanto a lecturas filosóficas, la sola palabra filosofía despertaba en mi mocedad una curiosidad intelectual que no reservaba sólo para la poesía. Desgraciadamente, mi curso universitario de historia de la filosofía fue un fracaso. ¿Por culpa mía? ¿Por culpa del profesor? Era éste un anciano que había

heredado de su padre, krausista, idéntica profesión filosófica, lo cual acaso tiñera sus lecciones que, por lo demás, no alimentaron aquella curiosidad mía a que me he referido. Por mi cuenta leí algo de Schopenhauer y de Nietzsche, y poco después, al estudiar economía (cuyo catedrático quedó para mí como ejemplo de la indiferencia y desdén con que cierto tipo de intelectual español, pedante y vanidoso, podía proceder con sus alumnos), llegué a leer, en traducción pésima y podada al extremo, *El Capital*. En realidad mis lecturas filosóficas no las haría, con cierto provecho, hasta algunos años más tarde, al encontrarme, primero en Glasgow y luego en Cambridge, con una biblioteca universitaria a mi disposición.

A fines de 1926, creo recordar, Emilio Prados y Manuel Altolaguirre anunciaron desde Málaga la aparición de «Litoral» y, con sus Suplementos, la de varios libros de poetas nuevos. Salinas, que me había hablado de reunir en volumen los versos que yo tenía escritos por esas fechas, y algunos de los cuales aparecieron ya en la «Revista de Occidente», propuso su publicación a Prados y a Altolaguirre. Este respondió pronto, aceptando el librito. Y en abril de 1927 llegó a mis manos el delgado volumen, con su título de *Perfil del Aire*, la indicación de que era el 4.º Suplemento de «Litoral» y su pie de la imprenta Sur, en Málaga. Junto a mi cama, durante la noche, estuvieron los ejemplares; creo que apenas dormí, y los poetas que recuerden la aparición de su libro primero comprenderán mi desvelo. Salinas estaba en Madrid, durante las vacaciones universitarias de primavera, y uno de los primeros ejemplares que envié fue el suyo. El libro le estaba dedicado.

Poco después cayeron sobre mí, una tras otra, las reseñas acerca de *Perfil del Aire*: todas atacaban el libro. Pero lo que más me dolió fueron las cortas líneas evasivas con las cuales Salinas me acusó recibo desde Madrid. Las críticas giraban, más o menos, sobre dos puntos: uno, que yo no era «nuevo» o, como algunos decían entonces, con dos términos ridículos que me excuso por repetir ahora, «novimorfo» ni «porvenirista»; el otro era el de imitar a

Guillén. A la acusación de no ser «nuevo» el tiempo ha dado la respuesta adecuada; a la de imitar a Guillén, yo mismo he respondido en un escrito («El Crítico, el Amigo y el Poeta») y no necesito repetir aquí mis argumentos.

Inexperto, aislado en Sevilla, me sentí confundido. La experiencia me iría indicando luego las causas para aquellos ataques; pero entonces, conociendo cómo a todos los libritos de verso que por aquellos años aparecían en España se les había recibido, por lo menos, con benevolencia, la excepción hecha al mío me mortificó tanto más cuanto que ya comenzaba a entrever que el trabajo poético era razón principal, si no única, de mi existencia.

Mas no conocemos los recursos vitales de que podemos disponer sino cuando la ocasión nos pone a prueba y, aun confundido como quedé, algo en el fondo de mí comenzó a decirme que aquellos ataques no eran justos, que mi libro era otra cosa de lo que aquella gente decía. A tal conclusión me ayudó al mismo tiempo la reacción de algunos frente al ataque. José Bergamín, a quien yo conocía y estimaba, respondió a una de las críticas más enconadas, defendiendo y elogiando el libro. Luego fueron apareciendo otros comentarios favorables; lo curioso es que éstos partieran de medios literarios distantes del madrileño. Entre ellos recuerdo y agradezco el que me dedicaba, en catalán, la gaceta barcelonesa *L'Amic de les Arts*.

Cuando los versos de *Perfil del Aire* volvieron a publicarse, con algunas supresiones y correcciones, en la edición primera de *La Realidad y el Deseo*, el año 1936, les quité el título original, porque ya para entonces mi antipatía a lo ingenioso en poesía me lo había hecho poco agradable. Pero mi conclusión de diez años atrás acerca del libro apenas había cambiado; aunque ahora (1958), al leer una opinión reciente sobre el mismo, como ésta: «en el año 1927 la poesía española asistió al nacimiento de un libro soberbio, titulado *Perfil del Aire*», no deje de parecerme exagerada, como también me lo parecieron antes las opiniones adversas.

Perfil del Aire es el libro de un adolescente, aún más adolescente de lo que lo era mi edad al componerlo, lleno de afanes no del todo conscientes, melancólico, precisamente por la impotencia en que me hallaba para satisfacer esos afanes («la melancolía no es sino fervor caído», leí yo entonces en alguna página de Gide); pero, al mismo tiempo, libro de un poeta que, desde el punto de vista de la expresión, sabía más o menos adonde iba. Instintivamente me orientaba ya hacía lo que hoy, reflexivamente, llamaría una expresión coloquial, sorteando, también por instinto, los dos escollos frecuentes en la poesía española durante la década del 20: lo folklórico y lo pedantesco. Mi disgusto ante los manierismos entonces habituales entre los escritores jóvenes, me libró de caer en no pocos de sus riesgos consiguientes. Hoy sé que el seguir ciegamente las maneras literarias de la época, tanto como la complacencia para consigo mismo, dan pronto ocasión a las primeras arrugas, y que nada como ambas cosas hace vulnerable ante el tiempo a una obra literaria.

«Aquello que te censuren, cultívalo, porque eso eres tú». No digo que esa máxima sea sabia, ni prudente, pero yo la puse en práctica poco después de publicar mi primer libro. Porque mis versos siguientes fueron, decididamente, aún menos «nuevos» que los anteriores. Mi amor y mi admiración hacia Garcilaso (el poeta español que más querido me es), me llevaron, con alguna adición de Mallarmé, a escribir la «Egloga», cuya publicación, abriendo el número primero de «Carmen», la marcó Salvador de Madariaga, en un folletón de *El Sol*, con un elogio subrayado^[1] que, lejos de favorecer mi causa en el ambiente literario madrileño, pudo perjudicarla aún más, pues aquel elogio, además de enfrentarle con la hostilidad de que acaso se equivocaba con respecto a mí («sostenerla y no enmendarla», como castizamente creo que dice Guillen de Castro), parecía favorecerme a exclusión de los otros poetas entonces jóvenes.

Tras de la «Egloga» escribí la «Elegía» y luego la «Oda». Tales ejercicios sobre formas poéticas clásicas fueron sin duda

provechosos para mi adiestramiento técnico; pero no dejaba de darme cuenta cómo mucha parte viva y esencial en mí no hallaba expresión en dichos poemas. Unas palabras de Paul Eluard, «y sin embargo nunca he encontrado lo que escribo en lo que amo», aunque al revés, «y sin embargo nunca he encontrado lo que amo en lo que escribo», cifraban mi decepción frente a aquellas tres composiciones. Al menos, es verdad, me halagaba en ellas ver que comenzaba yo a concebir, y a realizar, que la materia poética era susceptible de amplitud mayor que la acostumbrada entonces entre nosotros.

La mención de Eluard es sintomática de dicho momento mío, porque el surrealismo, con sus propósitos y técnica, había ganado mi simpatía. Leyendo aquellos libros primeros de Aragón, de Breton, de Eluard, de Crevel, percibía cómo eran míos también el malestar y osadía que en dichos libros hallaban voz. Un mozo solo, sin ninguno de los apoyos que, gracias a la fortuna y a las relaciones, dispensa la sociedad a tantos, no podía menos de sentir hostilidad hacia esa sociedad en medio de la cual vivía como extraño. Otro motivo de desacuerdo, aún más hondo, existía en mí; pero ahí prefiero no entrar ahora.

Quería yo hallar en poesía el «equivalente correlativo» para lo que experimentaba, por ejemplo, al ver a una criatura hermosa (la hermosura física juvenil ha sido siempre para mí cualidad decisiva, capital en mi estimación como resorte primero del mundo, cuyo poder y encanto a todo lo antepongo) o al oír un aire de *jazz*. Ambas experiencias, de la vista y del oído, se clavaban en mí dolorosamente a fuerza de intensidad, y ya comenzaba a entrever que una manera de satisfacerlas, exorcizándolas, sería la de darles expresión; mas, inhábil para conseguirlo, sus ecos me perseguían con una advertencia dramática: el tiempo aquel que yo vivía era el mío, el único de que dispondría, y yo no sabía gozarlo, ni tampoco decir en poesía esa urgencia de todo el ser. Al lector que estime inadecuado a mi experiencia su resultado emotivo, y frívolo éste además, al tratarse sólo, al menos en una de las instancias que

mentoné, de una experiencia consistente en oír un aire de *jazz*, le recordaré aquellas palabras de Rimbaud, cuyo sentido creo posible comparar al de mi experiencia: «un título de *vaudeville* erguía espantos ante mí».

En julio de 1928 murió mi madre (mi padre había muerto en 1920) y a comienzos de septiembre dejé Sevilla. La sensación de libertad me embriagaba. Estaba harto de mi ciudad nativa, y aún hoy, pasados treinta años, no siento deseo de volver a ella. Las ciudades, como los países y las personas, si tienen algo que decirnos requieren un espacio de tiempo nada más; pasado éste, nos cansan. Sólo si el diálogo quedó interrumpido podemos desear volver a ellas. ¿Qué será ver siempre la misma faz junto a nosotros al despertar? ¿Las mismas cosas? ¿Las mismas calles? Keats lo dijo: *better be imprudent moveables than prudent fixtures*. Desde niño me atraieron los viajes, y el espacio comenzó pronto a obsesionarme; el tiempo, mi otra obsesión, sería, naturalmente, más tardía.

Disponía de algún dinero, lo suficiente para vivir con modestia unos meses, un año. Tras de unos días en Málaga, adonde el mar, que no vi hasta tarde en mi vida, me atraía, además de la ocasión de charlar con Altolaquirre, Prados y José María Hinojosa, otro poeta malagueño cuya muerte terrible no se ha mencionado entre nosotros, me fui a Madrid. Aquellos años la ciudad grande era tema literario muy a la moda, y aunque Madrid no era ciudad comparable a Berlín o Nueva York, en mi caso resultaba al menos aquella donde yo debía tratar de ganarme la vida. Mi grado universitario no podía servirme de mucho, porque era de licenciado en derecho y éste nunca me atrajo. Entreveía también que yo servía a algo que, en mi caso, no admitía se le diese devoción secundaria ni compartida: la poesía. Tenía además horror a lo que el mismo Rimbaud ha llamado «la mano», el acomodamiento espiritual a un oficio o profesión, y comprendía, no sin terror, ya que la sociedad exige tal acomodamiento de los que deben ganarse la vida, que nunca tendría esa «mano».

Tras de volver por el Prado, que ya conocía de un viaje anterior a Madrid, una de mis visitas primeras fue a Vicente Aleixandre. Salinas, entre tanto, trataba de que la universidad de Toulouse me aceptara como *lecteur d'espagnol* durante el curso próximo. Económicamente resultaba bien poca cosa, pero era una salida primera al mundo y la ocasión de usar de una lengua que conocía en teoría, pero no en la práctica. Madrid me agradaba y, por otra parte, temía comenzar a rodar sin asidero, temor que mi destino ulterior ha justificado y confirmado. Recibido el nombramiento de lector, al despedirme de Salinas un atardecer, con el frío invernal ya cercano, la estufa y la luz encendidas en su casa, me atacó insidiosamente la sensación de algo que yo no tenía, un hogar, hacia el cual, y hacia lo que representa, siempre he experimentado menos atracción que repulsión. Ciertamente que el deseo de conocer a Francia, país que era el de mi abuelo materno, compensaba aquella nostalgia hogareña.

Aún no había crecido lo bastante para darme cuenta clara de las diferencias entre lo francés y lo español. Toulouse era, como creo que es toda provincia francesa, una ciudad con cosas agradables y cosas sórdidas, y pronto encontré algunos rincones donde no me hallaba a disgusto. El trabajo escolar me era difícil, porque no tenía práctica de él; lo que llevaba preparado para mis clases estaba dicho en pocos minutos y el resto de la hora se erguía amenazador frente a mí. Sólo años más tarde adquiriría facilidad para llenar con la explicación de un tema toda una clase.

París, cómo no, me fascinó. Cuando el catedrático de literatura española en Toulouse, antes de salir yo para París, me preguntó qué era lo que más deseaba ver, y le respondí que el Louvre, creo que quedó extrañado. Los museos, aunque en aquellos años andaban en desgracia con algunos jóvenes iconoclastas, me atraían siempre. Al pasar por el *boulevard* Saint-Michel, las librerías, con mesas desbordando libros en mitad de la acera, me detenían largo rato. Pasé allá el tiempo dedicado a ver, a pasear, a leer. Qué deseo sentía de quedarme indefinidamente.

De regreso en Toulouse, un día, al escribir el poema «Remordimiento en traje de noche», encontré de pronto camino y forma para expresar en poesía cierta parte de aquello que no había dicho hasta entonces. Inactivo poéticamente desde el año anterior, uno tras otro, surgieron los tres poemas primeros de la serie que luego llamaría «Un Río, un Amor», dictados por un impulso similar al que animaba a los surrealistas. Ya he aludido a mi disgusto ante los manierismos de la moda literaria y acaso deba aclarar que el surrealismo no fue sólo, según creo, una moda literaria, sino además algo muy distinto: una corriente espiritual en la juventud de una época, ante la cual yo no pude, ni quise, permanecer indiferente.

Dado mi gusto por los aires de *jazz*, recorría catálogos de discos y, a veces, un título me sugería posibilidades poéticas, como este de *I want to be alone in the South*, del cual salió el poemita segundo de la colección susodicha, y que algunos, erróneamente, interpretaron como expresión nostálgica de Andalucía. En París había visto la primera película sonora, cuyo título, «Sombras blancas en los mares del Sur», también me dio ocasión para el tercer poema de la colección. Aún recuerdo, cuando subía al piso segundo del cine, que creo era uno próximo a los Campos Elíseos, si no estaba en los mismos, cómo llegó hasta mí el rumor del mar, fondo de aquella cinta. Uno de los letreros de cierta película muda que vi en Toulouse, me deparó esta frase para mí curiosa: «en (no recuerdo el nombre de lugar que se mencionaba) los caminos de hierro tienen nombres de pájaro», y la usé, como en un *collage*, dentro del poemilla «Nevada».

Ya en Madrid, durante el verano de 1929, continué escribiendo los poemas que forman la serie, terminándola. Antes había tenido cierta dificultad en usar del verso libre; con el impulso que entonces me animaba, la dificultad quedó vencida, llegando a veces, tanto en «Un Río, un Amor» como en la colección siguiente, «Los Placeres Prohibidos», a utilizar versos de extensión considerable, en realidad versículos. Prescindí de la rima, consonante o asonante y apenas si,

desde entonces, he vuelto a usar la primera. Lo curioso es que, a pesar de ambas cosas, verso libre y ausencia de rima, en ocasiones sea visible en alguna de tales composiciones (por ejemplo «Estoy cansado») una intención análoga a la de la canción; creo que siempre ha sido constante en mis versos, aunque a intervalos, la aparición del poema-canción. Pero no quería repetir la forma y la manera de las canciones medievales, ni de las letrillas, sino, con impulso semejante, conseguir otra expresión. Inútil añadir que nadie se dio cuenta de mi propósito.

Poco a poco fui siguiendo camino que me llevaba hacia un tipo de poesía en la cual lo que yo quería decir me parecía más urgente que lo que resultara al seguir los laberintos de la rima. Es cierto que algunos poetas creyeron cómo sus hallazgos más felices fueron deparados por ese azar de la rima; respetando su parecer, no creí conveniente imitarles, prefiriendo seguir el hilo de mi pensamiento a dejarme conducir, lejos de él, por la rima. Lo maravilloso de la poesía es la posibilidad inagotable que hay en ella, por lo cual ningún poeta, aun siendo de los mayores, puede darnos, si no alguna o algunas de dichas posibilidades, un punto de vista limitado con respecto a la vasta poesía.

La afición al cine hacía que me interesaran los Estados Unidos, ya que las películas norteamericanas eran las más cotizadas entonces, y la vida allá la que más cercana parecía al ideal juvenil, sonriente y atlético, que no pocos mozos se trazaban entonces. Nombres de ciudades o de Estados de aquel país dieron pretexto a algunos de mis versos. No se olvide, por otra parte, que los países «artísticos», como Italia, habían caído en descrédito entre muchos de nosotros, descrédito en parte atribuible a los viejos desplantes esteticistas de d'Annunzio y a los otros políticos, más recientes en fecha, del Duce. Sin embargo, una de las cosas cuya falta hoy más lamento en mi vida es no haber conocido Italia en mi juventud. Mas eran las grandes ciudades modernas las que entonces nos atraían.

Seguí leyendo las revistas y los libros del grupo surrealista; la protesta del mismo, su rebeldía contra la sociedad y contra las

bases sobre las cuales se hallaba sustentada, hallaban mi asentimiento. España me aparecía como país decrepito y en descomposición; todo en él me mortificaba e irritaba. No sé, si de haber tenido la suerte de nacer en otra tierra, ésta me hubiera parecido tan desagradable. Hoy reconozco que entonces, al menos, nadie me hubiera impedido decir tal opinión y comprendo que me formé y eduqué en mi tierra cuando aún se respetaban en ella ciertas libertades humanas sin las cuales el hombre casi deja de serlo: el proceso de descomposición nacional estaba menos avanzado de lo que lo está hoy.

Como consecuencia de tal descontento ciertas voces de rebeldía, a veces matizadas de violencia, comenzaron a surgir, aquí o allá, entre los versos que iba escribiendo. La caída de la dictadura de Primo de Rivera y el resentimiento nacional contra el rey, que había permitido su existencia, si no la había traído él mismo, suscitaban un estado de inquietud y de trastorno. Mi antipatía al conformismo me hacía difícil a veces el trato con aquellos pocos escritores a quienes conocía, repugnándome el fondo burgués que adivinaba en ellos. Unas palabras que, a petición de Gerardo Diego, escribí como introducción a la selección de algunos versos míos, destinados a publicarse, en 1931, en su antología *Poesía Española*, expresaban, creo que fielmente, aquel descontento. A pesar de todo, en Aleixandre hallé entonces la amistad, la camaradería casi completas que antes no hallara en nadie. Las tardes que pasábamos juntos eran uno de los pocos momentos de agrado y distensión con que contaba. Y no solo era la compañía de Aleixandre; a Federico García Lorca, que sólo había visto una vez en Sevilla, en 1927, le volví a encontrar en casa de Aleixandre, de regreso de su viaje, durante un año, por Estados Unidos y Cuba. Como ocurre siempre, cuando la única escapada es a través de la conversación, terminada la visita salía yo excitado y descontento.

Entre tanto había hallado un trabajo que, a cambio de la ocupación entera de mi jornada, me dejaba dinero bastante para pasar de un día al otro, lo cual sería casi siempre mi situación

económica, aunque luego, afortunadamente, con bastantes menos horas de trabajo y éste de índole más llevadera. «Un Río, un Amor» estaba terminado; en 1931 comencé «Los Placeres Prohibidos». Los poemas de una y otra colección los escribí, cada uno, de una vez y sin correcciones; la versión que años más tarde publiqué de ellos era la misma que me deparó el impulso primero. A diferencia de las dos colecciones anteriores, de las cuales las «Primeras Poesías» sufrieron algunas correcciones, no sólo antes de publicarlas en *Perfil del Aire*, sino al reeditarlas, en 1936, en *La Realidad y el Deseo*. Aunque no tantas correcciones como los tres poemas «Egloga, Elegía, Oda», que pertenecen a ese tipo de composición que, a través de los años, exigió de mí borradores numerosos o «estados» sucesivos, hasta que el poema adquiere su forma final. El arte de la poesía requiere unas veces el toque ligero y otras el toque insistente, pero en ambos casos el resultado debe confundir la paciencia con la sorpresa.

Desde que comencé a escribir versos me preocupaba a veces la intermitencia que ocurría, a pesar mío, en el impulso para escribirlos. Este no dependía de mi voluntad, sino que se presentaba cuando quería; una experiencia inaplacable, una necesidad expresiva, eran, por lo general, su punto de arranque. El impulso exterior podía depararlo la lectura de algunos versos de otro poeta, oír unas notas de música, ver a una criatura atractiva; pero todos esos motivos externos eran sólo el pretexto, y la causa secreta un estado de receptividad, de acuidad espiritual que, en su intensidad desusada, llegaba, en ocasiones, a sacudirme con un escalofrío y hasta a provocar lágrimas, las cuales, innecesario es decirlo, no se debían a una efusión de sentimientos. Aprendí a distinguir entre lo que pudiera llamar la causa aparente y la causa real de aquel estado a que acabo de referirme y, al tratar de dar expresión a su experiencia vi que era la segunda la que importaba, aquella de la cual debía partir el contagio poético para el lector posible.

En ocasiones dichos períodos de sequedad o esterilidad eran de unos meses, de un año, de dos; poco a poco fui viendo cómo, lejos de ser períodos estériles, eran períodos de descanso y de renuevo, igual que los del sueño lo son para el cuerpo y, después de ellos, al volver a escribir, observaba que mi trabajo se había enriquecido y transformado. De lo cual comprendí que no sólo eran provechosos, sino necesarios, resultando en el crecimiento y desarrollo de la mente. Pero conviene que el poeta no se abandone durante tales períodos de inactividad involuntaria, sino que cultive asiduamente la lectura, la música, los viajes, todo aquello que conoce como fructífero para alimentarle y renovarle. Aparte de que también le es posible el trabajo literario de otro orden cuando el impulso poético no le anima.

El periodo de descanso entre «Los Placeres Prohibidos» y «Donde habite el Olvido», aunque apenas marcado por un lapso de tiempo, aparte de la experiencia amorosa que dio ocasión a muchas composiciones de la segunda colección citada, representó también el abandono de mi adhesión al superrealismo. Este había deparado ya su beneficio, sacando a luz lo que yacía en mi subconciencia, lo que hasta su advenimiento permaneció dentro de mí en ceguera y silencio. Ya no tenía necesidad del superrealismo y comenzaba a ver, por otra parte, la trivialidad, el artificio en que degeneraba al convertirse en fórmula poética. La lectura de Bécquer o, mejor, la relectura del mismo (el título de la colección es un verso de la rima LXVI) me orientó hacia una nueva visión y expresión poéticas, aunque todavía apareciesen en ellas, aquí o allá, algunos relámpagos o vislumbres de la manera superrealista.

En *Ocnos*, «Aprendiendo Olvido», me he referido a la anécdota personal que está tras los versos de «Donde habite el Olvido». La historia era sórdida, y así lo vi después de haberla sobrepasado; en ella mi reacción había sido demasiado candida (mi desarrollo espiritual fue lento, en experiencia amorosa también) y demasiado cobarde. Son necesarios, además, algunos años, aunque no sabría decir cuántos, para aprender, en amor, a regir la parte de egoísmo

que, no del todo conscientemente, arriesgamos en él. Si la sección segunda de *La Realidad y el Deseo* es una de las que menos me satisfacen en el libro, también es de éstas la sección quinta, «Donde habite el Olvido», aunque no por motivos estéticos, como la «Egloga, Elegía, Oda», sino éticos, y su relectura me produce rubor y humillación.

Importa que el poeta se dé cuenta de cuándo acaba una fase y comienza otra en su desarrollo espiritual; mientras el poeta esta vivo, es decir, mientras no se agote su capacidad creadora, esa mutación ocurre de modo natural, como la de las estaciones del año, nutriéndose de cuanto le depara nuestro vivir. Creo que es necesidad primera del poeta el reunir experiencia y conocimiento, y tanto mejor mientras que más variados sean. Unas palabras de Empédocles, aunque desligadas de su sentido original, referente según creo a la transmigración de las almas, «porque antes de ahora he sido un muchacho y una muchacha, un matorral y un pájaro, y un pez torpe en el mar», me parecen expresar a maravilla esa sucesión varia y múltiple de experiencia y conocimiento que el poeta requiere, a falta de la cual su obra resulta pálida y estrecha. En mi caso particular, el cambio repetido de lugar, de país, de circunstancias, con la adaptación necesaria a los mismos, y la diferencia que el cambio me traía, sirvió de estímulo, y de alimento, a la mutación. No indico, de otra parte, cuánto pudo ayudarme ahí la necesidad de aprender lenguas nuevas, con la riqueza que la poesía de esas lenguas aportaba a mi acervo.

En 1934 comencé a componer los poemas de «Invocaciones a las gracias del Mundo», título que, en la edición tercera de *La Realidad y el Deseo*, quedó reducido a «Invocaciones», por llegar a parecerme engolado y pretencioso. Al comenzar dichos poemas, cansado de los poemitas breves a la manera de Machado y Jiménez, poetas que habían perdido quizá el sentido de lo que es composición, percibí que la materia a informar en ellos exigía mayor dimensión, mayor amplitud; al mismo propósito ayudaba el que por entonces me sintiera capaz (perdóneseme la presunción) de decirlo

todo en el poema, frente a la limitación mezquina de aquello que en los años inmediatos anteriores se llamó poesía «pura». Fuera cuales fueran los efectos benéficos de aquella pretensión a decirlo todo en el verso, efectos entre los cuales me permitiría indicar el de ampliar mis límites de la experiencia poética, que los «puros» redujeron hasta el enrarecimiento, en mi caso hubo, además, por torpeza mía, uno perjudicial: hacerme divagar no poco, sobre todo al comienzo de ciertos poemas en dicha colección. Se nota también, en el tono de los mismos, ampulosidad; de ahí que me parezca absurda la pretensión de algunos de que «El Joven Marino» sea el poema mejor que yo haya escrito. En realidad si les parece así es a causa de esos dos defectos que acabo de indicar, garrulería y ampulosidad, que tan característicos son de nuestros gustos literarios tradicionales.

Más que mediada ya la colección, antes de componer el «Himno a la Tristeza», comencé a leer y a estudiar a Holderlin, cuyo conocimiento ha sido una de mis mayores experiencias en cuanto poeta. Cansado de la estrechez en preferencias poéticas de los superrealistas franceses, cosa natural en ellos, como franceses que eran, mi interés de lector comenzó a orientarse hacia otros poetas de lengua alemana e inglesa y, para leerlos, trataba de estudiar sus lenguas respectivas.

Vivía entonces en Madrid Hans Gebser, poeta alemán que, con la ayuda de un amigo inglés, Roy Winstone, traducía los textos para una antología de los poetas de mi generación, la cual se publicaría en Berlín poco tiempo antes de comenzar la guerra civil. De ahí la ocasión de nuestro conocimiento, y gracias a él pude poner en práctica mi propósito de estudiar a Holderlin, de quien había leído algo. Con la colaboración de Gebser, emprendí luego la traducción de algunos poemas; pocas veces, excepto en mi traducción de *Troilus and Cressida*, de Shakespeare, he trabajado con fervor y placer igual. Al ir descubriendo, palabra por palabra, el texto de Holderlin, la hondura y hermosura poética del mismo parecían levantarme hacia lo más alto que pueda ofrecernos la poesía. Así

aprendía, no sólo una visión nueva del mundo, sino, consonante con ella, una técnica nueva de la expresión poética. Los poemas que entonces traduje aparecieron en «Cruz y Raya» a comienzos de 1936.

Mi conocimiento de la lengua alemana era menos que elemental, y tuve que dejarme guiar por Gebser; de ahí uno de los errores más enojosos en la traducción, error que no comprendí sino años después: el del verso final en el poema *Haljite des Lebens*, que dice *Klirre die Fahnen*, interpretado como «restallan las banderas», en vez de «rechinan las veletas», que es la interpretación justa. Ese y otros puntos de mi traducción hubiera querido rectificarlos en la publicación segunda de la misma, que hizo la editorial Séneca de México en 1942; pero yo estaba entonces en Escocia, y José Bergamín, director de la editorial, no tuvo a bien enterarme de la reimpresión.

Después de *Perfil del Aire* sólo había alcanzado a publicar dos libritos mas: «Donde habite el Olvido», en 1934, y «El Joven Marino», en 1936. Ese no hallar ocasión de editar mis versos inéditos, enojoso aunque me pareciera, no sólo me permitió espacio para reflexionar sobre mi trabajo y corregirlo, sino que me sugirió la posibilidad de reunirlos todo bajo el título general de *La Realidad y el Deseo*. La ocasión surgió en 1936, cuando José Bergamín aceptó la publicación del libro en las ediciones de «Cruz y Raya».

En otra ocasión he aludido a que me parecen existir, con respecto a la acogida que los lectores les dispensan, dos tipos de obras literarias: aquellas que encuentran a su público hecho y aquellas que necesitan que su público nazca; el gusto hacia las primeras existe ya, el de las segundas debe formarse. Creo que mi trabajo corresponde al segundo tipo, y la lentitud del mismo en parecer estimable (la cual, por cierto, corresponde a la lentitud, a que antes aludí, de mi desarrollo espiritual) ayudó a que, al publicarse *La Realidad y el Deseo* en 1936, contara ya con la simpatía de algunos lectores. Desgraciadamente, la guerra civil, que

empezó poco después de aparecer el libro, impidió que pudiese darme cuenta de aquella simpatía naciente.

Antes de comenzar la guerra estaba yo para marchar a París, como secretario del embajador don Alvaro de Albornoz, además de su otro secretario, que era su hija, mi amiga Concha de Albornoz. Los acontecimientos precipitaron mi marcha y, no sin alguna posibilidad de que me ocurriera un lance que pudo poner término a mi viaje y a mi existencia, cosa entonces frecuente, llegué a París, donde estuve desde julio a septiembre. Entre los libros que compré entonces estaba la *Antología Griega*, texto griego y traducción francesa, editada en la colección Guillaume Budé. Menciono su adquisición porque esos breves poemas, en su concisión maravillosa y penetrante, fueron siempre estímulo y ejemplo para mí.

La estancia en París fue breve; al regresar el embajador a Madrid, regresé con él y con su familia. La nostalgia natural de dejar París se unía a lo incierto y difícil de la situación española. Al principio de la guerra, mi convicción antigua de que las injusticias sociales que había conocido en España pedían reparación, y de que ésta estaba próxima, me hizo ver en el conflicto no tanto sus horrores, que aún no conocía, como las esperanzas que parecía traer para lo futuro. Desnudas frente a frente vi, de una parte, la sempiterna, la inmortal reacción española, viviendo siempre, entre ignorancia, superstición e intolerancia, en una edad media suya propia; y, de otra (yo en pleno *wishful thinking*), las fuerzas de una España joven cuya oportunidad parecía llegada. Luego me sorprendería, no sólo la suerte de salir indemne de aquella matanza, sino la ignorancia completa de ella en que estuve, aunque ocurriera en torno mío.

Ninguna otra vez en mi vida he sentido como entonces el deseo de ser útil, de servir; ya un cínico famoso (creo que era Talleyrand) advirtió a unos diplomáticos jóvenes: «y sobre todo, nada de celo». En efecto, el celo, paradójicamente, de poco sirve y siempre es observado por los otros, en la víctima del mismo, con desconfianza.

Afortunadamente mi deseo de servir no sirvió para nada y para nada me utilizaron. La marcha de los sucesos me hizo ver poco a poco que no había allí posibilidad de vida para aquella España con que me había engañado. Al margen de todo, no pensé en salir de allá, que hubiera sido lógico, dada mi opinión sobre la situación española; todavía me parecía que, trabajando en lo que siempre fuera mi trabajo, la poesía, estaba al menos al lado de mi tierra y en mi tierra.

Algo de eso quise expresar en los poemas escritos durante el año primero de la guerra civil, que luego formaron parte de «Las Nubes». La muerte trágica de Lorca no se apartaba de mi mente. En las noches del invierno de 1936 a 1937, oyendo el cañoneo en la ciudad universitaria, en Madrid, leía a Leopardi. El tono de mis versos se hacía quizá menos ditirámico y su extensión iba reduciéndose, usando de preferencia una combinación básica de versos endecasílabos y heptasílabos.

Alguna ocasión se me ofreció para irme de España, pero no sé si, de haberla aprovechado, llegaran a permitírmelo. En febrero de 1938 un amigo inglés, el cual, sin saberlo yo, había gestionado desde Londres que el gobierno de Barcelona me otorgara pasaporte con destino a Inglaterra, para dar unas conferencias, me avisó de que podía emprender el viaje. No creía que mi ausencia durase más de uno o dos meses, creencia que sin duda me facilitó la aceptación del proyecto. Pero mi ausencia ha durado ya, a estas fechas, más de veinte años. A ese amigo, Stanley Richardson, que murió en Londres en 1940, durante un bombardeo, debo haberme salvado de los riesgos eventuales, después de terminada la guerra civil, si su final me alcanza en España. Al comienzo de aquélla estuve en ignorancia de la persecución y matanza de tantos compatriotas míos (los españoles no han podido deshacerse de una obsesión secular: que dentro del territorio nacional hay enemigos a los que deben exterminar o echar del mismo), mas luego adquirí una consciencia tal de esos sucesos, que enturbiaba mi vida diaria; hasta el punto de que, fuera de mi tierra, tuve durante años cierta pesadilla recurrente:

me veía allá, buscado y perseguido. Sufrir de tal sueño es cosa que, simbólicamente, me enseñó bastante respecto a mi relación subconsciente con España.

No conocía Inglaterra, aunque fuera país que desde mi niñez me interesó, sin duda por esa atracción de contrarios que tan necesaria es en la vida, ya que la tensión entre ellos resulta, al menos para mí, fructífera: mi sur nativo necesitaba del norte, para completarme. Londres me decepcionó al principio, esperando ver otra ciudad de encanto exterior, como París. Para gustar de Londres, como de toda Inglaterra, para sentir su encanto íntimo, hecho de tradición filtrada a través de los años, matizada por la idiosincrasia nacional, hace falta tiempo. Y eso era, precisamente, lo que yo no quería tener entonces, tiempo; movido por la nostalgia de mi tierra, sólo pensaba en volver a ella, como si presintiera que, poco a poco, me iría distanciando hasta llegar a serme indiferente volver o no. De otra parte, pocos extranjeros, sobre todo los de países meridionales, dejan de experimentar en Inglaterra cierta humillación, nacida de la inferioridad inevitable ante el dominio del inglés sobre sí mismo y sobre el contorno, ante sus maneras, naturalmente tan delicadas, que muestran, por contraste, la tosquedad, la rudeza de las nuestras. Inglaterra es el país más civilizado que conozco, aquel donde la palabra civilización alcanzó su sentido pleno. Ante esa superioridad no hay sino someterse, y aprender de ella, o irse.

Y eso fue lo que hice: sin dinero, como de costumbre, sin conocer todavía la lengua, mortificado ante la perfección de la convivencia humana inglesa, después de unos cuantos meses de estancia, en julio marché a París, camino de España. Mas las noticias que allá me dieron acerca de la guerra civil, y mi escaso deseo de volver a asistir impotente a la ruina de mi tierra, me detuvieron. Fue aquélla una de las épocas más miserables de mi vida: sin recursos, como dije, sin trabajo, sólo la compañía y la ayuda de otros amigos y conocidos cuya situación era semejante a la mía, me permitieron esperar y salir adelante.

Cuando dejé España llevaba conmigo unos ocho poemas nuevos; en Londres, movido por las emociones encontradas a que ya me referí, escribí seis más. La mayor parte de unos y de otros estaba dictada por una conciencia española, por una preocupación patriótica que nunca he vuelto a sentir. Entre los pocos libros que tenía conmigo, estaba la antología *Poesía Española*, de Diego, y en ella releí a Unamuno y Machado, hallando en sus versos respuesta y alimento para aquella preocupación a que acabo de aludir. A dicho tipo de composiciones añadí otro dictado por el contorno mío de entonces, unas veces francés (como «La Fuente», cuyo motivo y fondo lo deparó el jardín de Luxemburgo), otras inglés, aunque el número de éstas habría de acrecerse a mi regreso a Inglaterra. Porque Stanley Richardson me avisó en septiembre de que Cranleigh School, en Surrey, me aceptaba como ayudante del profesor de español. Regresé, pues, a Inglaterra y en enero de 1939 pasé, de Cranleigh School, a la universidad de Glasgow, y de allí a la de Cambridge en 1943.

Si no hubiese regresado, aprendiendo la lengua inglesa y, en lo posible, a conocer el país, me faltaría la experiencia mas considerable de mis años maduros. La estancia en Inglaterra corrigió y completó algo de lo que en mí y en mis versos requería dicha corrección y compleción. Aprendí mucho de la poesía inglesa, sin cuya lectura y estudio mis versos serían hoy otra cosa, no sé si mejor o peor, pero sin duda otra cosa. Creo que fue Pascal quien escribió: «no me buscarías si no me hubieras encontrado», y si yo busqué aquella enseñanza y experiencia de la poesía inglesa fue porque ya la había encontrado, porque para ella estaba predispuesto.

Por otra parte, el trabajo de las clases me hizo comprender como necesario que mis explicaciones llevaran a los estudiantes a ver por sí mismos aquello de que yo iba a hablarles; que mi tarea consistía en encaminarles y situarles ante la realidad de una obra literaria española. De ahí sólo había un paso a comprender que también el trabajo poético creador exigía algo equivalente, no tratando de dar

sólo al lector el efecto de mi experiencia, sino conduciéndole por el mismo camino que yo había recorrido, por los mismos estados que había experimentado y, al fin, dejarle solo frente al resultado.

En Cranleigh, durante los meses de otoño que allí estuve, mientras Inglaterra y el mundo atravesaban la crisis que culminó en la visita de Chamberlain a Hitler, cierta calma melancólica fue invadiéndome, y apareciendo en los versos escritos entonces, después de la tormenta de la guerra civil. «Lázaro», una de mis composiciones preferidas, quiso expresar aquella sorpresa desencantada, como si, tras de morir, volviese otra vez a la vida. Sin duda no pocos de los estudiantes con quienes me cruzaba por los campos que rodeaban la escuela morirían pocos años después, en la segunda guerra mundial, que la tregua de Munich sólo demoró, como aquellos otros cuyos nombres podían leerse allí, en un cenotafio, muertos en la primera. Para mi abatimiento, el campo aquel de Surrey era marco de la nostalgia aguda que sentía de mi tierra, mi ambiente, mis amistades españolas.

Continué la lectura, ya comenzada la primavera anterior, de algunos poetas ingleses. Leía, simultáneamente, alguna comedia de Shakespeare, Blake, Keats; acostumbrado al ornato verbal, barroco en gran parte, de la poesía española, que de manera sutil me parecía repetirse en la francesa, me desconcertaba no hallarlo en la inglesa o, al menos, que ésta no hiciera del mismo, como los españoles y los franceses, razón de ser para la poesía. Pronto hallé en los poetas ingleses algunas características que me sedujeron: el efecto poético me pareció mucho más hondo si la voz no gritaba ni declamaba, ni se extendía reiterándose, si era menos gruesa y ampulosa. La expresión concisa daba al poema contorno exacto, donde nada faltaba ni sobraba, como en aquellos epigramas admirables de la antología griega.

Aprendí a evitar, en lo posible, dos vicios literarios que en inglés se conocen, uno, como *pathetic fallacy* (creo que fue Ruskin quien le llamó así), lo que pudiera traducirse como engaño sentimental, tratando de que el proceso de mi experiencia se objetivara, y no

deparase sólo al lector su resultado, o sea, una impresión subjetiva; otro, como *purple patch* o trozo de bravura, la bonitura y lo superfino de la expresión, no condescendiendo con frases que me gustaran por sí mismas y sacrificándolas a la línea del poema, al dibujo de la composición. Ya se recordará cómo, en general, mi instinto literario tendía a prevenirme contra riesgos tales. Algo que también aprendí de la poesía inglesa, particularmente de Browning, fue el proyectar mi experiencia emotiva sobre una situación dramática, histórica o legendaria (como en «Lázaro», «Quetzalcóatl», «Silla del Rey», «El César»), para que así se objetivara mejor, tanto dramática como poéticamente. La luz, los árboles, las flores del paisaje inglés comenzaron a aparecer en mis versos, para matizarlos con un colorido y claroscuro nuevos. Así fue el norte completando en mí, meridional, la gama de emociones sensoriales.

Mas ese efecto de la lectura de los poetas ingleses acaso fuera mas bien uno cumulativo o de conjunto que el aislado o particular de tal poeta determinado. Al decir eso debo añadir cómo Shakespeare me apareció entonces, y así me aparecería siempre, como poeta que no tiene igual en otra literatura moderna; acaso represente para mí lo que Dante representa para algunos poetas ingleses, completando en éstos, poetas nórdicos, lo que Shakespeare completa en mí, poeta meridional, aunque entre Dante y Shakespeare no haya otra correlación que la de su grandeza respectiva. Al mismo tiempo que a los poetas leía a los críticos de la poesía, que en Inglaterra son bastantes y de importancia excepcional: las *Vidas de los Poetas*, del Dr. Johnson; la *Biographia Literaria*, de Coleridge; las *Cartas* de Keats, los ensayos de Arnold y Eliot. Me interesaba ya el camino que habían seguido los poetas ingleses para llegar a estos poemas que iba conociendo, así como lo que pensaron acerca de la poesía y las cuestiones concernientes a ella.

En 1940, durante mi estancia en Glasgow, Bergamín publicó en México la edición segunda de *La Realidad y el Deseo*, aumentada con la sección VII, «Las Nubes», la cual, comenzada en Madrid,

como dije, y continuada en Londres, París y Cranleigh, terminé en Glasgow el año ya mencionado. Una edición separada de «Las nubes», edición pirata, por cierto, apareció en Buenos Aires en 1943. Había temido yo que la situación en España, después de terminada la guerra civil, no fuera favorable para nosotros, los poetas y escritores idos, y que mi trabajo, apenas comenzado a publicarse en 1936, quedaría olvidado y desconocido de los jóvenes. Que de mis versos se hiciera no sólo una edición segunda, sino hasta una edición pirata, me permitió vislumbrar para el mismo posibilidades menos pesimistas.

Ni Glasgow ni Escocia me resultaban agradables. A partir de 1941 comencé a pasar en Oxford los meses de vacaciones estivales. En sus librerías, aunque la guerra también repercutiese en ellas, tanto por lo que atañía a la edición de libros ingleses como por la dificultad o imposibilidad de obtener los extranjeros, hallé no pocos libros de poesía o sobre poesía, nuevos o de ocasión, que iba leyendo y estudiando. El regreso a Escocia me deprimía en extremo. Durante uno de esos períodos de vacaciones en Oxford, en el verano de 1941, comencé allá «Como quien espera el Alba», lo continué en Glasgow y lo terminé en Cambridge en 1944. El otoño, invierno y primavera de 1941 a 1942 fue uno de los períodos de mi vida cuando más requerido me vi por temas y experiencias que buscaban expresión en el verso; a veces, no terminado aún un poema, otro quería surgir. No pocas veces he oído que el poeta debe desconfiar de tales períodos de abundancia; no sé. El resultado de aquel mío está ahí y, a pesar de todo, «Como quien espera el Alba» es quizá una de las colecciones de mis versos donde más cosas hay que prefiero.

El traslado a la universidad de Cambridge me alegró mucho. La tarde en que debía tomar el tren camino de Londres y Cambridge, dejando al fin Escocia, fui por última vez a la universidad y, deteniéndome en el *quadrangle*, miré bien a todos lados (a la antipatía, lo mismo que a la simpatía, también puede en alguna ocasión complacerle el demorar la mirada sobre el objeto de ella).

Luego me fui. Rara vez me he ido tan a gusto de sitio alguno. Durante los dos años de estancia en Cambridge, de 1943 a 1945, viví en Emmanuel College, y quienes conozcan los colegios de Cambridge y Oxford saben el encanto que tienen. El trabajo escolar me permitía, lo mismo que me permitió en Glasgow, el uso de la biblioteca universitaria.

Entre mis lecturas de esos años quisiera mencionar cómo, ya en Glasgow, había comenzado todas las noches a leer, por costumbre, una vez acostado, algunos versículos de la Biblia en traducción inglesa; de dicha lectura quizá debe quedar huella, entre otros versos míos, en algunos de los de «Como quien espera el Alba». Lectura diferente fue la de las Conversaciones de Goethe con Eckermann y la de la Correspondencia entre Goethe y Schiller. Ambos libros nos acercan tanto a Goethe que en ellos parece asistiéramos a su vida diaria y a la marcha de su pensamiento. Su Correspondencia con Schiller, además, es lectura especialmente ejemplar y fecunda para un poeta. En Cambridge comencé a leer a Kierkegaard, que me atrajo profundamente, buscando, en traducción inglesa, no pocas de sus obras.

También continué durante esos mismos años formando, en lo posible, mi educación musical. Ya desde Sevilla acostumbraba yo a asistir a conciertos, y en Inglaterra no sólo pude satisfacer ampliamente mi gusto hacia la música, sino la necesidad que siento de ella. La música ha sido para mí, aún más quizá que otra de las artes, la que prefiero después de la poesía. En Londres fue donde mejores ocasiones tuve para escuchar música; no olvido una serie de conciertos semanales dedicados a toda la música de cámara de Mozart. Porque Mozart es el artista a quien debo haber gozado del más puro deleite; y al escribir eso recuerdo cómo algunos discuten acerca de que el arte debe «comprometerse», ser útil. No conozco obra de arte comprometido que me haya servido tanto, ni mejor, en su pureza irreductible, como la de Mozart.

La terminación de la guerra me alcanzó en Cambridge, y a esos años alude el título de «Como quien espera el Alba», ya que

entonces sólo parecía posible esperar, esperar el fin de aquel retroceso a un mundo primitivo de oscuridad y de terror, en medio del cual Inglaterra era como el arca cerrada donde Noé sobrevivió a las aguas del diluvio. Llevaba ya no pocos años de vivir en Inglaterra, pero mi actitud acerca del país y del carácter nacional seguía siendo ambivalente, lo cual se echa de ver en todos aquellos poemas míos de fondo o tema inglés. No olvido, ni es fácil que olvide, cuanto de admirable había conocido allí: qué diferencia entre lo que vi en mi tierra durante la guerra civil y lo que vi en Inglaterra durante la segunda guerra mundial, en previsión, en sentido común, en esfuerzo callado.

Ejemplo del valor sin gestos ni palabras, que es el del inglés, quisiera recordar ahora cómo les vi comportarse; en un hotel de Liverpool, durante uno de aquellos bombardeos con los cuales la *Luftwaffe* trataba de dominarles por el terror. Estaba yo sentado en el *lounge* del hotel; en torno de mí otros huéspedes, hombres y mujeres, leían o charlaban quedamente. Al oírse las sirenas anunciando la proximidad de los aviones enemigos y, luego, más que cercana, la explosión de las bombas, ni uno solo de ellos se movió: todos siguieron callados, en la misma actitud en que les sorprendiera el ataque. Cuando algún tiempo después volví a Liverpool, nada quedaba en pie del centro de la ciudad, incluso aquel hotel donde yo me hospedara. No es Inglaterra, ni son los ingleses, gente que atraiga fácilmente el afecto, al menos el mío; pero no conozco tierra ni gente hacia las que sienta igual admiración y respeto.

Antes de dejar Cambridge, comencé «Vivir sin estar Viviendo», que continué en Londres, adonde me fui en 1945. A partir de la lectura de Holderlin había comenzado a usar en mis composiciones, de manera cada vez más evidente, el *enjambement*, o sea el deslizarse la frase de unos versos a otros, que en castellano creo que se llama encabalgamiento. Eso me condujo poco a poco a un ritmo doble, a manera de contrapunto: el del verso y el de la frase. A veces ambos pueden coincidir, pero otras diferir, siendo en

ocasiones más evidente el ritmo del verso y otras el de la frase. Este último, el ritmo de la frase, se iba imponiendo en algunas composiciones, de manera que, para oídos inexpertos podía prestar a aquéllas aire anómalo^[2]. En ciertos poemas míos, que constituyen un monólogo dramático, entre los cuales se encuentran algunas de mis composiciones preferidas, el verso queda como ensordecido bajo el dominio del ritmo de la frase. Desde temprano me agradó poco el verso de ritmo demasiado acusado, con su monotonía inevitable, y nunca quise usar, por ejemplo, el ritmo trocaico ni tampoco, uniforme en una composición, el verso dodecasílabo. Si en el verso hay música, mi preferencia se orientó hacia la «música callada» del mismo.

Con lo dicho se relaciona íntimamente mi escasa simpatía por la rima, y mucho más si es «rica», dejando de usarla, como antes dije, a partir de 1929. Igual antipatía tuve siempre al lenguaje suculento e inusitado, tratando siempre de usar, a mi intención y propósito, es decir, con oportunidad y precisión, los vocablos de empleo diario: el lenguaje hablado y el tono coloquial hacia los cuales creo que tendí siempre. Las palabras de J. R. Jiménez, «Quien escribe como se habla irá más lejos en lo porvenir que quien escribe como se escribe», me parecen una de sus máximas más justas. No digo que no se halle en mis versos excepción a estas preferencias que vengo indicando; no siempre puede el escritor, ni sabe, ser fiel a sus gustos, y también en poesía, como en todo, el azar nos conduce en ocasiones, no siempre mal, contra nosotros mismos. La relectura de mis versos, hecha recientemente, al corregir pruebas para la edición tercera de *La Realidad y el Deseo*, constituyó un ejercicio ascético, mortificante de la vanidad, ya que pocas composiciones parecían concertarse, y aun en éstas el concertamiento sólo era fragmentario, con las predilecciones estilísticas y preferencias expresivas que acabo de indicar.

Sentí dejar Cambridge, y aunque un trabajo equivalente me aguardaba en Londres, en el Instituto Español, el ambiente no era tan atractivo. Es verdad que en Londres contaba con teatros,

conciertos, librerías numerosas, y si no añadido los museos es porque éstos, vacíos durante la guerra, sólo poco a poco iban recobrando algunos de sus tesoros. Tuve que irme a Estados Unidos sin poder ver nuevamente las antigüedades griegas del Museo Británico. En Cambridge había escrito los ocho poemas primeros de «Vivir sin estar Viviendo», y a ellos añadiría trece más, antes de marcharme de Inglaterra, aunque, de éstos, algunos los escribí en Cornualles, cerca de la costa, adonde me acostumbré a pasar cuantas vacaciones tenía, porque había llegado a cansarme de la gran ciudad y del tipo de vida que representa. También comencé en Londres, creo que hacia 1946, la traducción del *Troilus and Cressida* de Shakespeare, labor que me iba a enseñar mucho y que emprendí con amor.

En marzo de 1947 recibí carta de mi amiga Concha de Albornoz, quien hacía unos años trabajaba en Mount Holyoke College, Estados Unidos, preguntándome si aceptaría un puesto allí. Aunque parezca increíble, no había pensado en cómo y dónde habría de continuar mi existencia. Volver a mi tierra, ni pensaba en ello: poco a poco se consumaba la separación espiritual, después de la material, entre España y yo. Los Estados Unidos fueron, como ya dije, entusiasmo juvenil mío, que no llegó entonces a obtener satisfacción visitando el país, y puede suponerse si la propuesta me atraería. Comencé las gestiones, largas y complicadas, para obtener visado; además de esas dificultades, estaban las del transporte a Nueva York, ya que, apenas acabada la guerra, los viajes aéreos o marítimos aún no eran normales.

Llegó el verano, el verano más sostenidamente soleado y luminoso que conociera durante mis nueve años de estancia allá, y aún continuaba yo, obtenido el visado, sin resolver la cuestión de transporte. Debía hallarme en Mount Holyoke a fines de septiembre, a comienzos del curso; cuando desesperaba ya de emprender la jornada, me enteraron en la agencia de viajes, donde solicitara pasaje, que una señora había cancelado el suyo y podía disponer de su cabina. Era un barco francés, que tocaba Southampton, de

donde saldría para Nueva York el 10 de septiembre. No pocas veces me había preguntado cómo sería aquella tierra adonde me preparaba a marchar, y que no era sólo otra tierra más, otro país más, sino parte del continente americano, hacia el cual un español tiene que experimentar atracción e interés peculiares.

Puesto que mi actitud entonces, como dije antes, era refractaria a la metrópoli y afecta al campo (Teócrito y Virgilio siempre fueron para mí poetas predilectos), mi pregunta acerca de la nueva tierra se cifró así: «¿cómo serán los árboles aquellos?», que daría el verso primero para un poema («Otros Aires») escrito luego en Mount Holyoke. No se extrañe que en los árboles cifrara, inconscientemente, la curiosidad hacia el país aún desconocido, porque ante mí tuve todos aquellos años los hermosos, los bellísimos árboles ingleses: robles, encinas, olmos^[3]. A un plátano viejo de dos siglos, en el jardín de los Fellows de Emmanuel College, había dedicado el poema «El Arbol», en «Vivir sin estar Viviendo».

A medianoche partí de la estación de Waterloo, el 10 de septiembre de 1947, camino del puerto, de donde saldría rumbo a Estados Unidos. Coexistían en mí dos emociones contrarias: una, la de la curiosidad y atracción hacia un país nuevo, y la otra, algo fúnebre, de abandonar lo que fue nuestro mundo. Retirada la escala del buque, sobre cubierta esperé la partida, pensando en aquellos nueve años que había vivido en tierra inglesa. No sé si el poeta experimenta sus emociones con intensidad mayor o igual a la de cualquier otro hombre; no puedo conocerlo, puesto que, como decía Hopkins, «bebo en un solo jarro, que es el de mi propio ser». Aquellos momentos nocturnos en Southampton, antes de la partida, bastaron para que recorriese, en un trance agónico, como se dice que ocurre a los moribundos, toda una frase de mi vida.

Más tarde traté de expresar en un poema, «La Partida», aquella experiencia, pero no lo conseguí. Es necesario que el poeta explore todas las ramificaciones, las posibilidades del tema, y las siga, relacionándolas dentro de la composición, para que un poema

adquiera existencia. Hay experiencias cuyo alcance se nos escapa, unas veces por pereza al explorarlas, ése creo que fue mi caso al componer «La Partida»; otras por incapacidad para explorarlas, y ésa fue mi situación al escribir el poema en prosa «El Acorde». Es verdad que no siempre es necesaria, al escribir un poema, esa exploración de sus posibilidades; cuando se trata de un tema cuyas posibilidades las conoce de antemano el poeta como limitadas, en el cual, lo mismo que en el relámpago, basta un instante para su iluminación, sólo hay que trasladar lo esencial de la experiencia. Así creo que ocurrió en «Los Espinos», uno de mis poemas preferidos.

Entre una y otra situación, aquella de posibilidades poéticas amplias y esta de posibilidades poéticas breves, es necesario distinguir previamente, porque una requiere desarrollo y otra requiere concreción; esa diferencia nace con el germen mismo del poema. Siempre traté de componer mis poemas a partir de un germen inicial de experiencia, enseñándome pronto la práctica que, sin aquél, el poema no parecería inevitable ni adquiriría contorno exacto y expresión precisa. La extensión mayor o menor de un poema la dicta de antemano, como es natural, el germen del cual nace. También la expresión, en una y otra de las dos situaciones antes indicadas, debe acomodarse a la naturaleza respectiva del poema a escribir, y ajustarse a un paso más lento o a un paso más breve, aunque eso no quiere decir que concentración e intensidad no sean requeridas en ambos casos. Se trata, simplemente, de un cambio en la velocidad. Lo dicho afecta en parte a la variedad necesaria al poeta, si no quiere que su trabajo resulte monótono, aunque esa variedad depende de la mayor o menor amplitud en la escala temática y expresiva del poeta.

El arribo a Nueva York lo he referido en poema en prosa, «La Llegada». Viniendo de un país donde la guerra y la posguerra impusieron, y seguían imponiendo todavía al marcharme de allí, penitencia y ascetismo excepcionales, las tiendas de Nueva York, que son quizá uno de sus encantos mayores, me lo hicieron aparecer como país de Jauja. Mount Holyoke me agradó, así como

la cordialidad de la gente y la abundancia de todo. Téngase en cuenta que, por vez primera en mi vida, mi trabajo iba a pagarse de manera decorosa y suficiente, lo cual, como es natural, acaso ayudaba a mi primera reacción optimista.

En noviembre recibí desde Buenos Aires ejemplares de «Como quien espera el Alba». Las erratas, aunque no tan numerosas, tratándose de un libro más pequeño, como en la edición segunda de «*La Realidad y el Deseo*», me mortificaron. Seguía imposibilitado por la distancia para conocer la reacción directa ante el libro; confusamente, de aquí y de allá, me llegaban indicaciones de que algunos acogían mis versos de manera diferente a como fueron acogidos en Madrid los primeros: el tiempo comenzaba quizá a hacer su obra. Lo curioso era que, aun cuando mis publicaciones anteriores no hubieran sido objeto de atención particular, no quedaban olvidadas, y mi nombre surgía, aquí o allá, al hablarse de poesía española. Era un reconocimiento más bien tácito que expreso y, aunque no dejara de sorprenderme, lo más sorprendente resultaba cómo había resistido yo, durante años, lleno de una fe absurda, trabajando, aunque sin facilidad para publicar mis escritos, en medio de un aislamiento continuo. La poesía, el crearme poeta, ha sido mi fuerza y, aunque me haya equivocado en esa creencia, ya no importa, pues a mi error he debido tantos momentos gozosos.

Seguí experimentando en Mount Holyoke, durante el curso de 1947 a 1948, agrado idéntico. Mas al llegar el fin de curso, una estudiante que había trabajado conmigo su tesis, al despedirse de mí me dijo de pronto: «No se quede aquí, no se quede aquí». Tras de sus palabras vi el recelo que sentía de que aquel ambiente fuera perjudicial a mi trabajo como poeta; a pesar mío, no dejé de impresionarme. Es verdad que, contrario al vaticinio, «Vivir sin estar Viviendo» fue continuado y terminado en Mount Holyoke, y que allí empecé también «Con las Horas contadas», aunque esta colección la terminaría ya abandonados los Estados Unidos, en México.

Vine a México por vez primera en el verano de 1949 y, contra mis presunciones, el efecto resultó considerable; tanto que la vida en

Mount Holyoke se me hizo enojosa. En el librito en prosa *Variaciones sobre Tema Mexicano*, que comencé a escribir durante el invierno de 1949 a 1950, puede entreverse el conflicto; también aparece en algunas composiciones de «Con las Horas contadas». La estancia en Nueva York, durante las escapadas del pueblo, no me traía compensación, porque no conocía a nadie y, a veces, una sensación de miedo me sobrecogía al percibirme entre extraños en medio de aquel inmenso país. No pensaba sino en la vuelta a México. Hoy veo que era la mía una situación donde mis reacciones primeras, no controladas por mí, iban dominándome contra toda reflexión y todo sentido común.

Seguí volviendo a México los veranos sucesivos, y durante las vacaciones de 1951, que había alargado pidiendo medio año de permiso a las autoridades de Mount Holyoke, conocí a X, ocasión de los «Poemas para un Cuerpo», que entonces comencé a escribir. Dados los años que ya tenía yo, no dejo de comprender que mi situación de viejo enamorado conllevaba algún ridículo. Pero también sabía, si necesitara excusas para conmigo, cómo hay momentos en la vida que requieren de nosotros la entrega al destino, total y sin reservas, el salto al vacío, confiando en lo imposible para no rompernos la cabeza. Creo que ninguna otra vez estuve, si no tan enamorado, tan bien enamorado, como acaso pueda entreverse en los versos antes citados, que dieron expresión a dicha experiencia tardía. Mas al llamarla tardía debo añadir que jamás en mi juventud me sentí tan joven como en aquellos días en México; cuántos años habían debido pasar, y venir al otro extremo del mundo, para vivir esos momentos felices.

Mas mi enamoramiento estuvo desde un principio bajo la amenaza de extinción, porque el encuentro casi coincidió con el término de mi estancia autorizada en México. Y, pasando por Cuba, tuve que regresar a Estados Unidos. La existencia en Mount Holyoke se me hizo imposible; los largos meses de invierno, la falta de sol (un poco de luz puede consolarme de tantas cosas), la nieve, que encuentro detestable, exacerbaban mi malestar. La lectura, que

siempre tuvo para mí atractivo singular, llegó a aburrirme; a veces me ocurría entrar en la biblioteca de la universidad para tomar un libro y volvía a salir de ella sin ninguno. Téngase en cuenta que llevaba algunos años de vivir *vicariously* (a eso alude el título de «Vivir sin estar Viviendo»), y que a veces leía para sustituir la vida que no vivía. Era un estado similar al de los personajes que Don Quijote pretendía haber visto en la cueva de Montesinos, y como ellos, sin pena ni gloria, me movía suspendido en un estado ilusorio que no era de vigilia ni tampoco de sueño. La consecuencia de ese vivir es que nada se interpone entre nosotros y la muerte: desnudo el horizonte vital, nada percibía delante sino la muerte. Afortunadamente, el amor me salvó, como otras veces, con su ocupación absorbente y tiránica, de tal situación.

No sería justo si no mencionase ahora, después de indicar mi cansancio entonces de la lectura, cómo en Mount Holyoke hice una en extremo reveladora: la de Diels, *Die fragmente der Vorsokratiker*, ayudado por una traducción inglesa de los mismos textos; más tarde, ya viviendo en México, leería también la obra de Burnet, *Early Greek Philosophy*. Los fragmentos de filosofía presocrática que en una y otra obra conocí, sobre todo, quizá, los de Heráclito, me parecieron lo más profundo y poético que encontrara en filosofía; de otra parte, las teorías allí expuestas para explicar la génesis del universo, aunque en contradicción con las nuestras, no dejaban de intrigarme con su ingeniosidad razonable. Aquel mundo remoto de Grecia, tan cercano a nosotros al mismo tiempo, me atrajo en no pocas ocasiones de mi vida, sintiendo la nostalgia que otros poetas, mejor enterados de él que yo, expresaron en sus obras. No puedo menos de deplorar que Grecia nunca tocara al corazón ni a la mente española, los más remotos e ignorantes, en Europa, de «la gloria que fue Grecia». Bien se echa de ver en nuestra vida, nuestra historia, nuestra literatura.

Mi reacción ante la lectura arriba indicada me trajo a la memoria, a través de los años, aquella otra infantil que rara vez olvido, hecha cuando cayó en mis manos un libro de mitología griega. Era un libro

elemental, donde aquellos dioses antropomórficos, aunque vistos a través de Roma, al menos no estaban aureolados por el culto académico de los eruditos del siglo XIX. De pronto, mi religión, mis creencias, entonces bien arraigadas y, como es natural, sin asomo de duda racional, me parecieron tristes, si no es, como diría hoy, tratando de interpretar mi reacción infantil, deprimentes. Algo de eso quise expresar en *Ocnos*, «El Poeta y los Mitos», trozo que debió aparecer en la edición segunda del libro, aunque la pusilanimidad de los editores sólo permitió su impresión en algunos ejemplares de autor.

Ahí acaso más importante que las creencias diferentes fuera la diferente reacción emotiva frente a ellas. Apenas si conozco nada sobre Grecia ni, por tanto, sobre sus creencias; mas aquella actitud que, según algunos comentaristas, era la suya, acerca de una supervivencia vaga, sin castigos ni recompensas, después de esta vida, no me parecería del todo extraña a mi instinto, aunque no diga que a mi razón, ya que en realidad lo que a los griegos, al menos en una fase de su historia, les importaba sobre todo era ocuparse en el mundo, sin divagar acerca del final inevitable. Es cierto que en determinados versos yo mismo he querido engañarme con nociones halagüeñas de inmortalidad, en una forma u otra; es difícil ser siempre fiel a nuestras convicciones, por hondas que sean. La culpa tal vez pueda achacarla a cierto idealismo mío, espontáneo y cándido, que sólo con ayuda del tiempo puedo dominar y, tras la reflexión, orientar hacia lo materialista. Ya Coleridge decía que los hombres son, por nacimiento, platónicos o aristotélicos, o sea, idealistas o materialistas.

Prefiero soslayar el tema, aunque, por la relación que tiene con algunos versos míos debo, al menos, indicar esto: mis creencias, como las campanas en la leyenda de la ciudad sumergida, sonando en ocasiones, me han dado pruebas a veces, con su intermitencia, de que acaso eran también legendarias y fantasmales; pero acaso también de que subsistían ocultas. Así, tras de largos períodos inoperantes, en momentos de *Sturm und Drang*, después de la

guerra civil, por ejemplo, o durante la peripecia amorosa que refieren los «Poemas para un Cuerpo», surgían a su manera, según mi necesidad. Por eso mismo, ¿no parecerán sino reflejo egoísta de esa necesidad mía de ellas, sin que merezcan propiamente el nombre de creencias?

Durante el invierno de 1950 comencé «Con las Horas contadas», el título indicando no sólo la urgencia del tiempo (antes aludí a cómo el tiempo ha sido, a partir de cierta fecha en la vida, una de mis preocupaciones constantes), sino también, principalmente, la de la rareza en los momentos de aquella aventura amorosa que entonces vivía. La mayoría de las composiciones que incorporaba a la colección eran de extensión más reducida que las de las colecciones anteriores y entre sus versos aparecía la rima asonante, indicando, de una parte, la búsqueda, acaso no del todo consciente, de cómo concentrar el tema, más bien que la de explorar sus ramificaciones, y de otra, la tendencia al canto, al poema-canción a que antes me he referido. Ambas cosas no siempre eran resultado de una decisión voluntaria, sino que partían de un impulso subconsciente.

No he sido nunca, al menos en ocasiones decisivas, hombre prudente; así que, al regresar otra vez desde México a Estados Unidos, después de las vacaciones de 1952, iba decidido a dimitir de mi puesto en Mount Holyoke. Como poseído por un demonio, no vacilé en tirar a un lado trabajo digno, posición decorosa y sueldo suficiente, para no hablar de la residencia en país amable y acogedor, donde la vida ofrece un máximo de comodidad y conveniencia. Pero el amor tiraba de mí hacia México. Con tanta más fuerza cuanto que siempre padecí del sentimiento de hallarme aislado y que la vida estaba más allá de donde yo me encontrara; de ahí el afán constante de partir, de irme a otras tierras, afán nutrido desde la niñez por lecturas de viajes a comarcas remotas. Y sólo el amor alivió ese afán, dándome la seguridad de pertenecer a una tierra, de no ser en ella un extranjero, un intruso. Por eso siempre lo antepuse a toda otra consideración, ayudado además por aquel

atractivo poderoso que, como ya dije, tuvo siempre para mí la hermosura física juvenil. Todo eso intervino en mi decisión de abandonar Estados Unidos.

Pero algo más intervino en dicha decisión. Una constante de mi vida ha sido actuar por reacción contra el medio donde me hallaba. Eso me ayudó a escapar al peligro de lo provinciano, habiendo pasado la niñez y juventud primera en Sevilla, donde la gente pretendía vivir no en una capital de provincia más o menos agradable, sino en el ombligo del mundo, con la falta consiguiente de curiosidad hacia el resto de él. Eso me ayudó luego a escapar a las modas y complacencias literarias habituales en el ambiente madrileño, no menos provinciano por ser el de la capital. Lo que ayudó en mí al fluir de cierta vena protestante y rebelde, que creo debe tenerse en cuenta al leer algunos de mis versos. Y finalmente vino en mi decisión de abandonar Estados Unidos. Alguno, después de leer lo anterior, tal vez me considere un «inadaptado», lo cual sé que constituye uno de los inconvenientes mayores para el individuo en sociedad, y al considerarme así no dejaría de tener, probablemente, alguna razón. Yo no me hice, y solo he tratado, como todo hombre, de hallar mi verdad, la mía, que no será mejor ni peor que la de los otros, sino solo diferente.

Me instalé, pues, en México en noviembre de 1952, decidido, como era natural, a no dejar la responsabilidad de mi proceder en otros hombros que los míos. No digo, sin embargo, que luego, en no pocas ocasiones, no me haya arrepentido de lo hecho. Al amor no hay que pedirle sino unos instantes, que en verdad equivalen a la eternidad, aquella eternidad profunda a que se refirió Nietzsche. ¿Puede esperarse más de él? ¿Es necesario más?

En México terminé «Con las Horas contadas», así como la breve serie de los «Poemas para un Cuerpo», incluidos en la colección citada, que son, entre todos los versos que he escrito, unos de aquellos a los que tengo algún afecto. Al decir eso comprendo que yo mismo doy ocasión para una de las objeciones más serias que pueden hacerse a mi trabajo: la de que no siempre he sabido, o

podido, mantener la distancia entre el hombre que sufre y el poeta que crea. Y en México ha aparecido ahora la edición tercera de *La Realidad y el Deseo*, en 1958, año en que escribo estas páginas, suscitadas por dicha publicación, para considerar, en la perspectiva del tiempo, mi trabajo. Para ver no tanto cómo hice mis poemas, sino, como decía Goethe, cómo me hicieron ellos a mí.

Alguna vez me contaron en la casa familiar, en Sevilla, cómo durante la fiesta que siguió a mi bautizo, al arrojar mi padre desde un balcón al patio lo que allí llamaban «pelón», mis primos y primas, que eran numerosos, se arrojaron sobre el montón de monedas, mientras mi hermana Ana, segunda hermana mía, se quedaba en un rincón, mirando el espectáculo y sin participar en él. Al preguntarle alguno por qué no entraba ella también en la refriega, respondió: «estoy esperando a que acaben». En su respuesta veo no tanto la tontería inocente como la muestra de cierta cualidad insobornable, rasgo característico del temperamento familiar, que también existe en mí.

Así, frente a la turbamulta que se precipita a recoger los dones del mundo, ventajas, fortuna, posición, me quedé siempre a un lado, no para esperar, como decía mi hermana, a que acabaran, porque sé que nunca acaban o, si acaban, que nada dejan, sino por respeto a la dignidad del hombre y por necesidad de mantenerla; y no es que crea no haber cometido nunca actos indignos, sino que éstos no los cometí por lucro ni por medro. Verdad que la actitud puede parecer a algunos tontería, y no ha dejado de parecérmelo también a mí bastantes veces. Pero ya lo dijo hace muchos siglos alguien infinitamente sabio: «carácter es destino».



LUIS CERNUDA (Sevilla, 21 de septiembre de 1902 – México, D.F., 5 de noviembre de 1963) fue un destacado poeta y crítico literario español, miembro de la llamada Generación del 27.

Su abuelo materno Ulises Bidou, era de origen francés, pero se castellanizó el apellido al instalarse como droguero en Sevilla; luego en el exilio su nieto recobraría el apellido. Su educación fue rígida e intransigente debido al carácter y a la condición militar de su padre, que se retiró con el grado de coronel. Con motivo del traslado de los restos de Bécquer, a los nueve años de edad empieza a leer poesía y, más tarde, un profesor lo anima a escribir versos y le corrige los que compone. Empieza a estudiar Derecho en la Universidad de Sevilla en 1919, siendo uno de sus profesores Pedro Salinas, quien le ayudó con sus primeras publicaciones. Al año siguiente fallece su padre.

En 1923 deja la universidad para hacer el servicio militar e ingresa en el Regimiento de Caballería de Sevilla. En 1924 volvió para terminar la carrera, lo que consiguió en 1926. Asiste con Higinio Capote y Joaquín Romero Murube a las tertulias literarias organizadas por Salinas, lee a los clásicos españoles y a autores franceses, especialmente André Gide, que supone para él una

revelación. En 1925 conoce a Juan Ramón Jiménez y publica sus primeros poemas en Revista de Occidente. En 1926 viaja a Madrid; colabora en La Verdad, Mediodía y Litoral, esta última la revista malagueña del matrimonio formado por Manuel Altolaguirre y Concha Méndez, a los que siempre le unirá una gran amistad, incluso en el exilio mexicano. Lee a los surrealistas franceses, y le influyen en especial Pierre Reverdy y Paul Éluard; a este último lo traducirá más tarde.

En 1927 publica su primer libro lírico, Perfil del aire en la imprenta malagueña de Prados y Altolaguirre, pero es atacado por Juan Ramón Jiménez, quien considera a este libro demasiado influido por Jorge Guillén; esto no se lo perdonará nunca Luis Cernuda. En diciembre asiste a los actos celebrados en el Ateneo de Sevilla con motivo del tercer centenario de la muerte de Góngora, pero sólo como oyente, aunque ya había conocido a varios miembros de la que sería denominada después Generación de 1927. En 1928 fallece su madre y, tras liquidar la herencia familiar, abandona Sevilla para siempre, visitando antes a sus amigos malagueños (Altolaguirre, Prados, Méndez e Hinojosa); allí tiene un breve *affaire* amoroso con Gerardo Carmona y marcha a Madrid, donde conoce a Vicente Aleixandre; en noviembre Salinas le ayuda a conseguir un lectorado de español en la Universidad de Toulouse; viaja también a París, donde se aficiona al cine.

Se traslada luego a Madrid en 1929 y allí, desde 1930, trabaja en la librería de León Sánchez Cuesta, asiste a diversas tertulias en compañía de Vicente Aleixandre y de Federico García Lorca. Este último le presenta (1931) a un joven actor gallego llamado Serafín Fernández Ferro y Cernuda se enamora de él; pero este sólo le corresponde cuando necesita dinero. Este amor insatisfecho inspirará sus libros *Donde habite el olvido* y *Los placeres prohibidos*. Gerardo Diego lo incluye en su Antología (1932) y, concluida su relación con Serafín, Cernuda se involucra en el proyecto de las Misiones pedagógicas, primero en la sección Bibliotecas y luego en

el Museo ambulante. Con ellos recorre los pueblos de Castilla y Andalucía y conoce a Ramón Gaya y al pintor Gregorio Prieto; colabora además en la revista Octubre de Rafael Alberti (1933). Al año siguiente publica *Donde habite el olvido* y empieza a leer a los poetas del Romanticismo europeo; visita otra vez Málaga. Colabora en la revista *Cruz y Raya* de José Bergamín y publica en ella sus traducciones de Hölderlin (1934). En 1936, poco antes de estallar la Guerra Civil, interviene en el homenaje a Valle-Inclán y publica la primera edición de su obra poética completa hasta entonces, bajo el título de *La realidad y el deseo*.

Se entera del asesinato de Federico García Lorca y le escribe una sentida elegía, «A un poeta muerto (F. G. L.)», cuyos dos últimos párrafos fueron censurados. Pasó dos meses como agregado de la Embajada Española en París y vuelve a Madrid, donde se alista en el Batallón Alpino; con él es enviado a la Sierra de Guadarrama. En abril de 1937 se traslada a Valencia, donde colabora con *Hora de España* y publica la citada elegía a Lorca. Participa allí en el II Congreso de Intelectuales Antifascistas de Valencia, donde conoce a Octavio Paz, a quien volverá a ver más adelante en México. En el verano interpreta el papel de Don Pedro en la representación de Mariana Pineda dirigida por Altolaguirre.

En 1938 parte al Reino Unido a dar un ciclo de conferencias y conoce a Rafael Martínez Nadal, quien será luego uno de sus estudiosos. En Oxfordshire ejerce de tutor de niños vascos refugiados, lo que le inspira el poema *Niño muerto*. Luego trabaja como profesor en el internado Cranleigh School. Lee a los clásicos ingleses, en especial a los poetas metafísicos y a T. S. Eliot, pero también a Constantino Cavafis. Trabaja como lector de español en la Universidad de Glasgow, la Universidad de Cambridge (1943) y el Instituto Español de Londres (1945), pasando los veranos en Oxford en compañía del pintor Gregorio Prieto. Termina *Las nubes* y escribe los poemas en prosa de *Ocnos*. En 1944 un nuevo amor le inspira los poemas de *Vivir sin estar viviendo* y desarrolla una intensa labor

de crítico literario, publicando en el *Bulletin of Hispanic Studies* varios ensayos sobre poesía española; traduce Troilo y Cresida de Shakespeare (1945).

En 1947 se inicia su exilio norteamericano; allí enseña literatura en el colegio de señoritas de Mount Holyoke (Massachusetts), puesto que desempeñará hasta 1952 y logra por fin la ansiada estabilidad económica. Tres viajes a México en 1949, 1950 y 1951 le hacen desear volver a vivir en una tierra donde se habla el español, en compañía del amplio exilio republicano refugiado allí gracias a la hospitalidad del presidente Lázaro Cárdenas. En 1951 es invitado por la revista *Orígenes* para dar conferencias en Cuba y amistad con el escritor Lezama Lima; además se reencuentra con María Zambrano.

Por fin consigue dejar su puesto y establecerse en México capital en 1952; allí se enamora de un culturista, Salvador Alighieri, que había conocido en las vacaciones de 1951; a él están dedicados los *Poemas para un cuerpo*. En México vuelve a ver a Octavio Paz y a los Altolaguirre, en especial a su mujer, Concha Méndez, a cuya casa en Coyoacán se muda en 1953. Desde 1954 trabaja en la Universidad Nacional Autónoma de México como profesor por horas e investiga con una beca de El Colegio de México; colabora en diversas revistas mexicanas.

En 1955 su figura es reivindicada en España por un grupo de jóvenes poetas cordobeses, el *Grupo Cántico*, lo que supone para él una gran satisfacción; en 1956 emprende la redacción de los primeros poemas de *Desolación de la Quimera* y en 1957 se imprimen los *Poemas para un cuerpo* y sus Estudios sobre poesía española contemporánea. Publica en México en la Cultura su biografía literaria, «Historial de un libro», con motivo de la tercera edición revisada y ampliada de *La realidad y el deseo* (1958). En 1959, con motivo del fallecimiento de Manuel Altolaguirre, se ocupa de editar las Poesías completas de su amigo y empieza a mantener correspondencia con jóvenes poetas españoles. En 1960 Carlos

Barral le publica en Barcelona los ensayos contenidos en las dos partes de Poesía y literatura y en verano imparte un curso en la Universidad de California en Los Ángeles. Entre 1961 y 1962 es profesor visitante en San Francisco y en este último año se publica en México *Desolación de la Quimera*. Entre 1962 y 1963 vuelve a impartir un curso en Los Ángeles y el 5 de noviembre de ese año fallece en la Ciudad de México y es enterrado pocos días después en la sección española del Panteón Jardín.

Nunca negó su condición homosexual, factor que le hizo ser considerado en su patria un «raro» y rebelde, dada la mentalidad poco abierta de la España de entonces, «un país donde todo nace muerto, vive muerto y muere muerto», como dirá en *Desolación de la Quimera*. La consciencia de su aislamiento se expresa en una de sus imágenes más conocidas: Cernuda se ve a sí mismo «como naípe cuya baraja se ha perdido».

Notas

[1] Bastantes años más tarde Raimundo Lida habría de dispensar a esa «Egloga» el honor, de todo punto extravagante, de citar dos estrofas de ella en sus notas a la traducción del libro de Middleton Murry, *The Problem of Style*, como ejemplo alternativo, en castellano, al fragmento de *The Tempest* citado en el original. <<

[2] Alguien no muy perspicaz en cuestiones poéticas llegó a decirme en Londres que yo había dejado de escribir en verso. <<

[3] Hermanos de los olmos ingleses son los olmos de Aranjuez, traídos de Inglaterra por Felipe II. <<